

Por el autor de *Hay vida después de la crisis* y *La economía no da la felicidad*

**JOSÉ CARLOS DÍEZ**



**DE LA INDIGNACIÓN**



**A LA ESPERANZA**

**CONSTRUIR LA ESPAÑA  
DEL BIENESTAR ES POSIBLE**

PLAZA  JANÉS

**JOSÉ CARLOS DÍEZ**

De la indignación  
a la esperanza

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para mi madre Isabel y todas las mujeres de su generación.  
Ellas han conseguido recortar la brecha de género  
pero aún queda mucho por hacer y son un  
referente para las siguientes generaciones,  
especialmente para los hombres.*

## PREFACIO

En junio de 2012 España fue rescatada por nuestros socios europeos y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Se trataba de un hecho inédito en nuestra historia democrática. Nos encontrábamos en uno de los momentos económicos más convulsos de los últimos cuarenta años y la situación fue adquiriendo tintes sombríos en los meses posteriores, en los que alcanzamos la cifra de 6 millones de desempleados y un 27 % de tasa de paro. Un triste récord.

Alarmado por la gravedad de la situación, en mayo de 2013 publiqué el que era mi primer libro, *Hay vida después de la crisis* (Plaza & Janés), con el propósito de contribuir al debate y, al mismo tiempo, explicar las causas de la crisis y prevenir a la ciudadanía contra los chamanes de la economía que poblaban nuestra querida España. Proponía, además, un plan integral con medidas concretas y entendibles para el gran público, que nos ayudara a salir de la depresión y poner un suelo a la sangría de la destrucción de empleo.

El libro tuvo una aceptación social que superó mis expectativas más optimistas. Capté la atención de los medios de comunicación y de muchas personas que estaban deseando escuchar un discurso alternativo al de «no hay otra salida» que nos vendían tanto el gobierno como la Troika.

Por fortuna, la política europea cambió a partir de 2013. Si, un año antes, Mario Draghi había evitado que España saliera del euro y retrocediera a los

momentos más oscuros de su historia económica, en 2014 comenzó a comprar deuda pública con tres objetivos: depreciar el euro para frenar la devaluación salarial y la deflación; poner un suelo al desplome del crédito y la depresión económica, y bajar los tipos de los créditos de nuestras empresas y familias para iniciar un nuevo ciclo de inversión y empleo. Todas ellas eran medidas de sentido común que se contaban entre las propuestas del plan desarrollado en mi libro.

Había, además, otro gran problema. España, entre otros países, necesitaba más tiempo para llevar a cabo el ajuste fiscal prometido. Así pues, en el verano de 2013 recibimos con alegría la noticia de que el Consejo Europeo aceptaba dar a España dos años más para alcanzar el objetivo de déficit del 3 % del Producto Interior Bruto (PIB). Eso permitió suavizar los recortes, lo que, sumado a las compras del Banco Central Europeo (BCE), ha resultado fundamental para que tanto España como Europa hayan abandonado la recesión.

Después de aquel éxito, me propusieron escribir un segundo libro. Algunos lectores, a los que el primero les había encantado, reconocían que había cuestiones que no comprendían bien, por eso decidí que en esta ocasión el énfasis estaría no tanto en la actualidad como en la explicación de conceptos económicos, fundamentales para entender el mundo en que nos movemos. Así nació *La economía no da la felicidad* (Plaza & Janés, 2015), un libro muy querido, que me llevó muchas más horas y más esfuerzo intelectual que el anterior, ya que en él compartía mis veinticinco años de conocimiento y estudio de la economía.

En este momento, sin embargo, en que vuelvo a ver con preocupación el futuro y a discrepar del mensaje oficialista, me parece necesario regresar a las propuestas que nos deben llevar a recuperar la dignidad de este país y de sus ciudadanos.

La crisis ha dejado grandes cicatrices: ha elevado el paro de larga duración hasta el punto de que, en muchos casos, se ha convertido en pobreza; ofrece trabajos precarios y escasos a nuestros jóvenes, que sobreviven con salarios similares a los de los años noventa del siglo pasado; la cesta de la compra y las facturas de bienes básicos como la electricidad han subido... En una situación como ésta no resulta sencillo sostener que hay vida después de la crisis, pero estoy seguro de que la habrá.

Yo nací en una familia humilde y la vida no me lo puso fácil. Cuando acabé mis estudios de economía, éramos muchos los que trabajábamos en subempleos, con contratos y salarios precarios. Nos llamaban «la generación perdida» y nos atemorizaban diciendo que nuestros empleos desaparecerían y se trasladarían a los países de la Europa del Este (hoy, nuestros socios en la Unión Europea).

Por eso escribo desde la convicción de que esta crisis tiene solución, que nuestros jóvenes recuperarán sus derechos y tendrán oportunidades de desarrollar un proyecto vital en España para vivir mejor de lo que vivieron sus padres, como ha sido mi caso.

Hoy, igual que nosotros entonces, los jóvenes acaban sus estudios y ven una densa niebla en su horizonte. Encuentran frustradas sus expectativas vitales y eso ha despertado su indignación y la de otros grupos sociales también afectados por la mala gestión gubernamental durante la crisis. Como hemos comprobado en las últimas convocatorias electorales, el voto se ha mudado a nuevas formaciones y ha fragmentado el panorama político dificultando en extremo la composición de un gobierno que tardó un año en llegar después de negociaciones frustradas y bloqueos de todo tipo.

Sin empleo no hay paraíso. Y aunque desde 2013 España ha demostrado, una vez más, que es una economía muy agradecida, que cuando tiene condiciones estables crece y crea empleo, no es suficiente. ¿Dónde está, pues,

la solución? El comunismo se puso al frente de las empresas, intentó buscar atajos y acabó generando más infelicidad que la que quería resolver. Pero, como ha demostrado esta maldita crisis, el capitalismo desregulado tampoco ha sido eficaz en la eliminación de factores como la pobreza y la desigualdad. La respuesta, como expliqué en mis dos libros anteriores, es una economía mixta donde el Estado tome una posición proactiva e inteligente.

En España hemos conseguido crear empleos, pero la desigualdad sigue creciendo, y, con ella, la pobreza. Hay componentes puramente nacionales en ese comportamiento que tienen que ver con la reforma laboral de 2012 y con la creación de empleos en sectores de baja productividad que se ven obligados a tener bajos salarios para ser competitivos y vender. Pero no podemos caer en la trampa de fenómenos como Donald Trump o Marine Le Pen, y reducirlo todo a un asunto local. La elevada desigualdad es un fenómeno global y sistémico que tiene que ver con la revolución tecnológica y con la irrupción de nuevos competidores en el tablero mundial. Los llamados «países emergentes» han despertado y quieren una parte mayor de la tarta. Y a pesar de que la tarta cada vez es más grande, también hay que repartirla entre más comensales.

En algunos sectores, como el turismo, la ingeniería, la producción de coches o de trenes, España sale beneficiada. Pero en otros, como el textil o el calzado, ha salido perjudicada. No obstante, con una crisis textil de gran envergadura, Zara y Mango se han convertido en líderes mundiales y abren tiendas en todos esos países emergentes.

Ante un problema global, la solución debe ser de la misma escala. Necesitamos un gobierno global que ponga orden en los mercados financieros, los mismos que durante la Gran Recesión han demostrado su potencia desestabilizadora y su capacidad destructiva. Necesitamos que China asuma las reglas de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Necesitamos



que se avance en la Cumbre de París para luchar efectivamente contra el cambio climático. Necesitamos poner orden en los paraísos fiscales con el fin de garantizar que todos paguemos impuestos de manera equilibrada y dotar a los gobiernos de más recursos para corregir la elevada desigualdad.

España sólo supone el 0,5 % de la población mundial; sin embargo, tras el Brexit, somos el 10 % de la población europea. Esto nos da un peso político para influir en las instituciones europeas y conseguir una España, una Europa y un mundo mejores. Es cierto que tenemos que consensuar nuestro modelo con el resto de los socios europeos, un ámbito en el que ha habido mayoría de derechas los últimos tres lustros. Aun así, nuestra posición en Europa nos da una capacidad de influencia muy superior a la que tendríamos en solitario fuera del proyecto europeo.

Algunos reniegan de la intervención pública, pero si todo, desde la sanidad hasta la educación, quedara en manos de la iniciativa privada, la economía capitalista tendería a la entropía y al caos como la propia naturaleza. Los socialdemócratas queremos el orden, por eso he escrito este libro con un plan para erradicar la desigualdad extrema en España generada por la crisis y el pinchazo de la burbuja inmobiliaria, cuyo objetivo sea acabar con el desempleo, aumentar la renta por habitante y repartirla eficientemente para que la mejora llegue a todos los españoles y no sólo a unos pocos.

JOSÉ CARLOS DÍEZ

## La desigualdad: el gran reto del siglo XXI

La desigualdad es el origen de todos los movimientos locales.

LEONARDO DA VINCI

Hace tan sólo diez años habría sido impensable que un libro de economía se situase entre las obras más vendidas. Sin embargo, *El capital en el siglo XXI*, de Thomas Piketty, entró en las listas de ventas de todo el mundo en 2014. ¿Cuál fue la causa? Una grave crisis económica que ha provocado un seísmo de gran magnitud a escala mundial y que se ha sentido de un modo muy profundo entre las sociedades del mundo desarrollado, poco acostumbradas a este tipo de eventos.

### LA PRIMERA GRAN CRISIS DEL SIGLO XXI

Después de un gran terremoto es complicado encontrar agua potable. La quiebra de Lehman Brothers destrozó las tuberías de la liquidez mundial y dejó sin nada que beber a cientos de miles de empresas, que eran incapaces de

hacer frente a sus pagos. Tampoco podían comprar los bienes intermedios necesarios para sus fábricas y tuvieron que parar la producción en seco. Eso activó la depresión económica.

La Gran Recesión vino provocada por una crisis de deuda y por excesos financieros. Excesos principalmente privados, provenientes de muchas empresas y familias que pensaron que el crecimiento del PIB, la creación de empleo, el aumento de la renta disponible y el incremento de sus beneficios serían eternos. El sistema bancario y financiero, por su parte, alimentó esa falsa euforia con una extrema accesibilidad al crédito.

Lo acontecido con Lehman Brothers hizo colapsar el sistema financiero de Estados Unidos, que se hundió en pocos días. Tras décadas de globalización financiera, el contagio al resto del mundo fue casi inmediato. En pocos días, la economía real caía a plomo. El canal de transmisión a la economía real y el empleo fue el comercio mundial.

Al principio nadie quería abandonar la fiesta, y tanto los periodistas como los creadores de opinión nos acusaban a los economistas de querer aguarla con alarmas innecesarias. Poco tiempo después, estos mismos opinadores nos criticaron sin piedad por no haber hecho nada para evitarlo.

La situación se agravó en los meses siguientes y, en la primavera de 2009, la destrucción de empleo había alcanzado máximos históricos. Los ciudadanos del mundo descubrimos que no hay nada más real que el dinero. Las sociedades de los distintos países despertamos de los efectos de la burbuja financiera y comprobamos con pesar lo vulnerables que somos. Y como les ocurrió a nuestros antepasados más remotos, a los que el miedo paralizaba para protegerse de sus depredadores y así no ser vistos, nos paramos en seco.

El desconcierto, combinado con el aumento del desempleo y la desigualdad, derivó en una crisis social y en otra de tipo político que aún estamos lejos de superar. La confianza ha sido sustituida por el miedo hasta tal punto que

incluso en los países donde la tasa de paro ha bajado al 5 %, como es el caso de Estados Unidos y el Reino Unido, continúa el temor y el descontento. Jóvenes que tenían diez o doce años cuando quebró Lehman ahora sufren la precariedad laboral o, directamente, un elevado desempleo, y se quejan, con razón, de su situación. Estos jóvenes, que sólo han conocido la incertidumbre y la desilusión, son los que han impulsado fenómenos como el Brexit y Jeremy Corbyn en el Reino Unido, Le Pen en Francia, Beppe Grillo en Italia y Bernie Sanders o Donald Trump en Estados Unidos.

## REVOLUCIONES CIENTÍFICAS Y ECONÓMICAS

Thomas Kuhn, en *La estructura de las revoluciones científicas* (Fondo de Cultura Económica, 2006), analizaba la historia de la ciencia creando un modelo perfectamente aplicable a las dinámicas sociales y económicas. Según su tesis, durante años el paradigma vigente —llámese Newton o Lehman Brothers— apenas es discutido. Sin embargo, cuando llega un acontecimiento que compromete la credibilidad del paradigma —la recesión y el aumento del desempleo—, éste entra en crisis y es negado y condenado con rotundidad. La primera reacción siempre pone en cuestión todos los pilares del paradigma y se propone su eliminación completa. Con el tiempo, el miedo y la ansiedad van disminuyendo porque se identifican los problemas que han debilitado los pilares del paradigma. Éstos quedan sustituidos por otros más adecuados, pero la estructura esencial se mantiene. Las sociedades que salen de las crisis —incluso las que lo hacen reforzadas— son aquellas que identifican los cuatro o cinco pilares del paradigma que han fallado y los cambian.

La teoría de Kuhn bebe de las fuentes de la Grecia clásica. Los filósofos presocráticos Parménides y Heráclito mantenían posturas contrarias: el

primero afirmaba que «el ser es y el no ser no es», mientras que el segundo defendía lo opuesto. Su discusión es la que da origen a la conocida frase de Heráclito: «Nunca te bañarás en el mismo río, la corriente se habrá encargado de cambiarlo». La naturaleza y el entorno humano cambian permanentemente, de manera caótica y sin ningún propósito deliberado. El matemático Benoît Mandelbrot nos ha mostrado como nadie la no linealidad y el caos de la naturaleza. Sin embargo, la mayoría de los humanos no estamos preparados para aceptar el caos, y la incertidumbre que genera la naturaleza nos provoca miedo y desata nuestro instinto de supervivencia. Buscamos resguardo y desarrollamos sistemas políticos como la democracia, que nos ofrece estabilidad y seguridad.

Las crisis activan nuestros miedos más primarios. Por este motivo, siempre defiendo que la mejor vacuna para luchar contra el miedo es la de estar bien informado y leer sobre la historia económica, porque las crisis de deuda son consustanciales al ser humano desde que se crearon instrumentos que permitían diferir o anticipar el gasto y el consumo de bienes en el tiempo. No son malos por sí mismos, sino más bien al contrario: un crédito permite a un empresario construir una fábrica o abrir un restaurante y crear empleo; una hipoteca permite a los trabajadores usar una casa sin tener todo el dinero para comprarla y anticipar su consumo, y un plan de pensiones permite ahorrar y diferir el consumo durante nuestra jubilación cuando dejamos de ingresar un salario por nuestro trabajo, complementando la pensión pública. Estos tres instrumentos suponen grandes ventajas, e incluso en los países comunistas también hay bancos, crédito y productos de ahorro.

La primera crisis de deuda de la que tenemos registro histórico tuvo lugar en el siglo VI a.C., en el Templo de Delfos, en Grecia. Varias polis acordaron una unión fiscal y una moneda única similar al proyecto de la Unión Europea. La unión fracasó por problemas de gobernanza y no pudieron hacer frente a sus

pagos. No contamos con los registros de PIB y de empleo de entonces, pero al no disponer de recursos, los gobiernos a buen seguro se vieron obligados a aplicar recortes de gasto y subidas de impuestos para hacer frente a la deuda y no ser invadidos por los ejércitos de los acreedores.

En España también contamos con una larga historia de crisis de deuda que ha recogido Francisco Comín en *Las crisis de deuda soberana en España (1500-2015)* (Catarata, 2016). Colón, a diferencia de la mayoría de los seres humanos, no temía el riesgo y desafió el paradigma vigente desde los romanos que señalaba Finisterre como el fin del mundo. Nadie sabía qué iba a pasar, pero el navegante consiguió un crédito sindicado de Isabel la Católica y otros señores feudales, se embarcó en un bote de apenas veinte metros de eslora y cruzó el Atlántico.

Es humano temer a los cambios; por eso, querido lector, cuando tengas miedo o pienses que algo es imposible, te recomiendo que vayas a la Rábida, en Huelva, y subas a la réplica de las tres carabelas con las que ese hombre y su tripulación osaron cambiar el paradigma. Y, ya vencido el miedo, también puedes visitar Finisterre, que mantiene el mismo nombre que en época de los romanos aunque haya dejado de representar el fin del mundo.

Parafraseando la famosa cita atribuida a Einstein, locura es hacer lo mismo una y otra vez y esperar resultados diferentes. O dicho de otro modo: no podemos resolver una crisis tomando las mismas medidas que nos han llevado a ella. Tampoco es necesario provocar una revolución para salir de la crisis. Debemos encontrar los errores que se cometieron, identificar los pilares dañados y sustituirlos. Y, asimismo, preservar aquellas instituciones y valores de la sociedad que han funcionado bien.

La crisis en Europa ha sido más intensa y duradera que en el resto del mundo, con un mayor aumento del paro y la desigualdad. Hay que defender nuestro sistema de bienestar como uno de los pilares esenciales sobre los que asentar el nuevo paradigma, ya que, a pesar de todo, sigue siendo el que corrige con mayor intensidad la desigualdad generada por la economía de mercado en la distribución entre los salarios y el capital. El mundo necesita una Europa fuerte que pueda influir en la reducción de la desigualdad globalizada, y que arrastre al resto de los países hacia el Estado de bienestar europeo. Barack Obama quiso imitarlo y, durante su segundo mandato presidencial, desarrolló la sanidad pública estadounidense. China se plantea un sistema de pensiones público y, poco a poco, se va acercando a los estándares laborales y de negociación salarial que hay en Europa. Pero los europeos estamos inmersos en una crisis de identidad y no parece que seamos conscientes de que somos el modelo a seguir.

Por descontado, la desigualdad no comenzó con la crisis de Lehman Brothers. Si prestamos atención a las estadísticas, y en contra de la intuición general, la desigualdad entre países aumentó tendencialmente durante todo el siglo XX, pero comenzó a caer con fuerza desde 1990. Mientras que la intuición nos dice que la desigualdad está aumentando, los datos señalan que está disminuyendo. Esto se cumple a nivel mundial, pero como bien explicaba Piketty, la ratio de desigualdad dentro de cada país (que es la que percibe el ciudadano con mayor nitidez) se ha incrementado.

China y la India son los grandes responsables de las cifras mundiales, concentrando ambos casi una tercera parte de toda la población. Durante dos siglos, estos dos países habían quedado al margen de las diferentes revoluciones industriales y su renta por habitante se alejó significativamente de los países desarrollados. Tras la Segunda Guerra Mundial, uno y otro

optaron por modelos de planificación económica como los de la Unión Soviética.

Las revoluciones comunistas soviética y china derivaron en un complejo e ineficiente sistema de control de precios consecuencia de una mala interpretación de la teoría marxista. La India, que no hizo la revolución comunista, llegó al mismo camino. Debajo de la espectacular cúpula de vidrio diseñada por Norman Foster en el Museo Británico de Londres se encuentra la biblioteca donde Karl Marx entró en contacto con los libros *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, y *Principios de economía política y tributación*, de David Ricardo. El mismo lugar donde escribió su gran obra, *El capital*. Marx asumió la teoría del valor de Ricardo, pero ninguno de los dos puso en cuestión el intercambio y la economía de mercado. Ricardo argumentó que todo el valor lo determinaba el factor trabajo que incorporaban los bienes. Marx se basó en su teoría del valor para intentar demostrar su tesis de la explotación y la alienación del trabajador por parte del capital. Pero no lo consiguió, ya que su noción del valor con un solo factor de producción no era consistente.

En 1917, durante la revolución soviética, los comunistas impusieron un sistema de planificación de precios. Entonces no pensaban en *El capital* de Marx, simplemente estaban en guerra, y la prioridad era producir armamento y alimentar al ejército, de modo que montaron un sistema de planificación de guerra. En 1922, Rusia padeció una hiperinflación y una profunda depresión económica, como la que sufre en la actualidad Venezuela. En 1923, la Nueva Política Económica desmontó el sistema de planificación de la economía de guerra y contemplaba un plan de liberalización de precios.

Es curioso cómo después derivaron a la planificación de precios y renunciaron a la capacidad del intercambio y el sistema de precios de mercado para asignar bienes escasos. Curiosamente, el fascismo, en el



extremo ideológico opuesto, acabó también en la planificación y en la renuncia del mercado. Franco impuso un sistema de planificación extrema con precios regulados en 1939 y lo mantuvo hasta 1959, cuando se quedó sin reservas de dólares para comprar petróleo y reconoció que el modelo era insostenible, lo mismo que le sucedió a Lenin en 1923. Y aunque la planificación se asocia con la izquierda, en Estados Unidos fue Richard Nixon, del Partido Republicano, quien impuso un sistema de planificación de precios, con Dick Cheney (*neocón* y principal inspirador de la guerra de Irak, que años más tarde fue vicepresidente junto a George W. Bush) como director del programa.

En China, Mao Zedong optó por este sistema de planificación de precios y lo mantuvo hasta su muerte en 1976. En 1979, su sucesor, Deng Xiaoping, aplicó un plan de reformas económicas que incluía un plan de liberalización de precios. Ese mismo año, el 90 % de los precios de los bienes y servicios de la cesta de la compra de los chinos estaban fijados por ley. Hoy en día, el 90 % de los precios se fija libremente en el mercado. Desde 1979, el PIB chino ha crecido a tasas promedio del 10 %. Con un crecimiento que triplica el promedio del crecimiento global, China ha pasado de tener el 2 % del PIB mundial en 1980 al 18 % en 2017. El empleo crece próximo al 1 % de promedio anual; no parece mucho, pero en la magnitud de China, estamos hablando de millones de nuevos empleos y de nuevos consumidores de clase media cada año.

El gran milagro económico chino no habría sido posible sin las migraciones interiores del campo a la ciudad. China es una economía dual, modelo común en países en desarrollo exitosos, como lo fue España en los años sesenta. La mayor parte de la población vivía y trabajaba en el campo, sin maquinaria, y con unos niveles de productividad por ocupado mínimos.

## TRACTORES Y MULAS: PRODUCTIVIDAD Y RENTABILIDAD

Las empresas más eficientes son las más rentables ya que tienen más producción por trabajador; las empresas menos eficientes, con menor producción por trabajador, dejan de ser rentables y desaparecen. Asimismo, la productividad es la variable determinante del salario de los trabajadores y su nivel de vida. El capitalismo sigue la selección natural, como nos enseñó Charles Darwin. Es un sistema duro que necesita de la intervención pública para evitar la entropía y el caos, pero es el sistema menos malo de los conocidos.

La productividad depende del capital por trabajador, así como de la organización y la destreza del empresario. No es lo mismo labrar el campo con mulas que hacerlo con un tractor. Con mulas, la productividad es muy baja; sin embargo, con un tractor se multiplica. En África, donde no hay carreteras entre los centros de producción y los puertos o los centros logísticos, la productividad es baja. Si el Estado construye carreteras, puertos, ferrocarriles, desarrolla la red de electricidad, canaliza el agua, etcétera, crea un entorno más favorable para hacer negocios. Por lo tanto, las infraestructuras influyen significativamente en la productividad y el nivel de vida de un país. No es que los países ricos tengan mejores infraestructuras, sino que son ricos porque sus infraestructuras son mejores.

La civilización occidental se desarrolló con el comercio. Fenicios, griegos, cartagineses y romanos no vinieron a España para hacer turismo. Vinieron por nuestro aceite, nuestro vino y nuestros minerales. Las montañas rojas de Cabárceno, en Cantabria, y las Médulas, en León, no son producto de la erosión, sino del trabajo que los romanos llevaron a cabo en ellas para extraer su hierro y su oro.

La tecnología ha logrado una revolución en el transporte, principalmente el

marítimo. Ahora, el 80 % del comercio internacional es por mar. En los años ochenta del siglo pasado, los barcos transportaban 1.000 contenedores; hoy hay barcos que pueden llevar 15.000, lo cual abarata el coste del transporte y permite que muchos consumidores accedan a productos que antes no estaban disponibles. Por esta razón, unas buenas infraestructuras que permitan llevar la producción de bienes agrícolas o industriales a los puertos son clave para abaratar el coste del producto, para poder ser competitivo y aumentar las ventas. Los países que lo consiguen incrementan su productividad y, con ello, su nivel de vida.

Un país que quiere superar la etapa industrial y avanzar hacia la economía del conocimiento (que permite desarrollar una economía diversificada, con poco peso de la agricultura y la industria y un elevado peso del sector servicios) tiene que invertir en educación, ciencia e innovación.

Cuando en 1898 España perdió sus últimas colonias, empezó una grave crisis fiscal, el país dejó sin pagar su deuda externa y entró en una profunda depresión y un declive económico que duró varias décadas, con el consiguiente retraso y alejamiento de nuestros socios europeos. El pesimismo se adueñó de los intelectuales y acabó calando en la sociedad. Francisco Giner de los Ríos fue la mente más clarividente de la época al identificar la causa de nuestros problemas. Este intelectual malagueño tuvo la lucidez de ver que Estados Unidos no ganó la guerra de Cuba por tener mejores soldados con más entrega en el campo de batalla, sino porque tenía mejores ingenieros y electricistas. Es decir, que había ganado la guerra décadas antes, en las universidades y en los centros de investigación.

Cuando las empresas de un país mejoran su productividad por ocupado (lo que Adam Smith denominaba «división del trabajo»), los salarios de sus trabajadores pueden crecer a la vez que aumentan los beneficios del capital. Y estos últimos pueden dedicarse a la inversión en nuevos proyectos que crearán

más empleos. Si, durante el ciclo expansivo, los salarios suben demasiado y los nuevos proyectos no resultan rentables, las empresas interrumpen la inversión o empiezan a desinvertir, lo que implica que el empleo se frena (o se destruye), la renta de las familias no aumenta (o disminuye), se contrae el consumo y empieza la recesión.

## INVERSIÓN Y TIPOS DE INTERÉS

Entre los factores que determinan la política de inversión de una empresa destacan los tipos de interés. Si los beneficios no llegan para pagar los intereses del crédito, las empresas no invierten. La deuda pública es un factor que hay que tener muy en cuenta. Cuando un empresario invierte, lo hace con la esperanza de conseguir una rentabilidad superior a la que ofrece la deuda pública, porque, de lo contrario, no merece la pena asumir el riesgo de perder todo lo que se ha invertido, como tantas veces sucede. Esto explica que cuando los tipos de interés son elevados, la inversión empresarial suele ser baja y, por tanto, el empleo es escaso, los salarios son precarios y los países no experimentan el desarrollo deseado. Y a la inversa: cuando los tipos de interés son bajos, la inversión es más rentable y suele aumentar, de manera que se crea más empleo, suben los salarios y mejora el nivel de vida.

Éste es el escenario habitual, pero siempre hay excepciones que confirman la regla: en Brasil, desde el año 2005 hasta 2013, los tipos de interés se mantuvieron elevados sin que eso fuera obstáculo para que la inversión creciera con fuerza, aunque la consecuencia fuese una burbuja. La situación contraria también es posible: en Japón y en Europa los tipos de interés están próximos a cero, pero la inversión empresarial es débil.

Los ahorradores saben que la inflación erosiona la capacidad adquisitiva de

sus ahorros y compran activos financieros para protegerse. En consecuencia, para tener tipos de interés bajos es necesario mantener la inflación baja y estable. Los países con menor renta que mejoran su productividad pueden subir sus precios y aumentar la inflación y, al mismo tiempo, mejorar salarios y beneficios que permitan sostener la inversión e incrementar la productividad. Los países donde los salarios crecen por encima de su productividad, en los que suben los precios y tienen una inflación por encima de sus competidores, acaban sufriendo crisis económicas muy intensas por las cuales los salarios deben bajar hasta un nivel en el que la inversión vuelva a ser rentable y se inicie de nuevo un ciclo de creación de empleo y crecimiento. Por lo tanto, la estabilidad macroeconómica que permite tener una inflación no muy elevada y poco variable, a la vez que hace aumentar el empleo y los salarios, es una condición necesaria para que un país se desarrolle y mejore las condiciones de sus habitantes.

Ésta es una explicación muy sencilla acerca de cómo funciona el ciclo económico, pero la realidad es más compleja. Si fuera tan sencillo, cualquiera sería un empresario de éxito. La globalización permite a los consumidores acceder a más productos y de calidad superior a un mejor precio, pero aumenta la competencia para hacer negocios, iniciar nuevos proyectos de inversión rentables, crear empleo y mejorar los salarios y el nivel de vida de los ciudadanos.

## LA DESIGUALDAD GLOBALIZADA Y SUS EFECTOS

El éxito económico de China y la India (así como el de otros países emergentes) ha aumentado la renta por habitante en el mundo y ha reducido la pobreza extrema tanto en esos países como a nivel global. En 1980, los países

desarrollados contaban con el 25 % de la población y se quedaban con el 75 % de la tarta del PIB mundial. Hoy, estos países sólo se quedan con el 50 %. Algunos preferirían volver a los años ochenta, pero aquello era una anomalía histórica. Chinos, indios, argentinos o mexicanos tienen derecho a poseer una parte del capital del siglo XXI.

Si analizamos la economía mundial como un todo, comprobamos que la desigualdad ha caído significativamente. En las tres últimas décadas, la mayor creación de empleo se ha concentrado en los trabajadores de rentas más bajas en países emergentes. Siempre nos referimos a China y la India, pero, desde el año 2000, en América Latina se ha vivido el mayor período de crecimiento, de generación de clases medias y de reducción de la pobreza desde la década de 1960. El mismo proceso se ha reproducido en África, principalmente en Marruecos y los países próximos al Mediterráneo, sin olvidar Estados productores de materias primas como Sudáfrica.

Sin embargo, los datos analizados país a país arrojan conclusiones menos optimistas. En China, la desigualdad ha aumentado significativamente. Entre Shangai (la región más rica) y Xichuan (la más pobre), la diferencia de renta por habitante es de siete veces. En Europa es de dos. En China y la India, las zonas agrícolas siguen siendo muy pobres, mientras que las que se han industrializado siguen lejos de los estándares de consumo de Europa, Japón o Estados Unidos, aunque sus salarios y nivel de vida hayan mejorado de forma sustancial.

Y si reducimos aún más el foco, la situación también empeora: dentro de Shangai, las diferencias entre el percentil del 10 % más rico ha ampliado su distancia con el 20 % más pobre. China ha desarrollado una clase de renta alta de unos 150 millones de consumidores con niveles de consumo similares a los de renta media-alta de los países desarrollados. De hecho, este país cuenta con uno de los principales mercados de marcas de lujo y, sobre todo, es el que

más crece, incluso después de la Gran Recesión de 2008. Con todo, los chinos que llegan a Shanghai desde las regiones pobres tienen muchos problemas de adaptación y sus salarios son muy bajos.

Si analizamos la distribución de la renta dentro de los países desarrollados vemos cómo, desde los años noventa, los salarios reales —descontada la inflación— de dos tercios de la población apenas han mejorado y, en la última década, han empeorado. No obstante, la renta del 10 % de ciudadanos más ricos ha aumentado de manera importante. Nadie duda de que la Gran Recesión ha empeorado la situación, pero no hay que engañarse: el incremento de la desigualdad empezó mucho antes de la crisis y, según las series de Piketty, en 2007 alcanzó máximos desde 1929, antes de empezar la Gran Depresión.

No existe consenso entre los economistas acerca del aumento de la desigualdad, y menos aún sobre sus soluciones. Tras la Gran Depresión (y, especialmente, tras la Segunda Guerra Mundial) se llegó a la conclusión de que la cooperación internacional era un bien público necesario. Organismos supranacionales como la Unión Europea o Naciones Unidas se crearon con el fin de evitar nuevas guerras con millones de muertos como resultado. La guerra de divisas y las guerras comerciales, con el aumento del proteccionismo de los años treinta del pasado siglo, agravaron la depresión. Por eso en los acuerdos de Bretton Woods (julio de 1944) se creó un sistema de tipos de cambio fijo, así como el FMI para supervisar el sistema y actuar de prestador de última instancia cuando un país sufriera una fuga de capitales y una grave crisis de liquidez.

En el terreno económico, se puso en marcha la Organización Mundial del Comercio (OMC) con la misión de impulsar acuerdos de libre comercio y desarme arancelario. El Banco Mundial nació con el objetivo de dar financiación a países pobres o en vías de desarrollo para que pudieran

reconstruir infraestructuras básicas destruidas durante la guerra. Se impusieron fuertes restricciones a la actividad bancaria y a los movimientos internacionales de capitales financieros. Por otro lado, el petróleo se mantuvo estable durante largo tiempo. La combinación de estas acciones dio como resultado el período de mayor gloria de la economía mundial de la historia de la humanidad. Las clases medias prosperaron, apareció el consumismo, Hollywood vivió su máximo esplendor y el sueño americano se hizo global.

Mientras esta historia se desarrollaba en una parte del mundo, Gunnar Myrdal, premio Nobel de Economía en 1974, describía otra parte totalmente diferente, los países pobres o emergentes, en *La pobreza de las naciones* (Siglo XXI, 1975). Y figuras como Raúl Prebisch desde CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) denunciaban un deterioro secular de los términos de intercambio (el cociente entre los precios de exportación divididos entre los precios de importación) favorable a los países desarrollados y que empobrecía a los países emergentes. Estos últimos exportaban principalmente materias primas e importaban bienes industriales. Los precios de las materias primas internacionales crecían menos que los industriales, de manera que los dólares que generaban sus exportaciones cada vez compraban menos bienes importados. Esto suponía un empobrecimiento secular y agrandaba la brecha para salir de la pobreza y converger con los países en vías de desarrollo.

En este entorno surgieron tesis heterodoxas, como la que le valió a Paul Krugman el premio Nobel de Economía en 2008 por la formalización de un modelo matemático que justificaba aranceles para proteger a sectores industriales nacientes. El modelo de Krugman que enseñamos en las facultades de economía exige que la nueva empresa o el nuevo sector tengan una tecnología y una estructura de costes más competitivas que sus rivales. La evidencia demuestra que en sectores industriales es necesario un tamaño



crítico de producción para llegar a un coste que te permita ser competitivo. Las nuevas empresas tienen los mismos costes fijos que las ya establecidas; pero al iniciar su actividad, producen pocas unidades y los costes fijos son muy elevados. Es lo que se conoce como «barrera de entrada». Protegiendo al sector, al principio se le permite alcanzar un tamaño de producción donde el coste fijo por unidad producida es igual o más bajo que el de sus competidores, y entonces deja de estar justificada la protección.

La historia económica nos enseña que todos los países que pasaron de economías agrícolas a industriales (lo que se conoce como «el gran salto») lo hicieron con algún tipo de protección. El Reino Unido, Francia y Alemania protegieron su industria naciente en el siglo XIX. Estados Unidos, a principios del siglo XX, velaba por su industria. Y España también protegió la suya. En 1891, un gobierno de derechas liderado por Cánovas del Castillo, presionado por la burguesía industrial catalana y vasca, incrementó los aranceles, y los sucesivos gobiernos fueron aumentando el grado de proteccionismo hasta el extremo de la autarquía franquista. En la década de 1940, Franco, influido por Mussolini y los postulados de José Antonio Primo de Rivera, limitó las importaciones hasta el extremo con el objetivo de desarrollar la industria nacional. El resultado fue desastroso y profundizó el aislamiento de España, conducido por un gobierno fascista colaboracionista con Hitler y Mussolini en la guerra mundial. El franquismo reinventó la historia para convencer al mundo de que España no había participado en la guerra; sin embargo, todo el mundo sabía que Franco permitía al fascismo alemán e italiano usar el territorio español como base logística y, además, mandó a la División Azul a Rusia para combatir el comunismo (a cuyos miembros el régimen franquista trató como héroes a pesar de haber perdido la guerra).

El proteccionismo llevado al extremo ayuda a entender que en España el ancho de vía sea diferente del europeo o que en el Reino Unido conduzcan con

el volante a la derecha. La única justificación era impedir que los trenes y los coches fabricados en otros países se pudieran usar en España o en el Reino Unido. No obstante, gracias a ese proteccionismo muchas empresas crecieron y hoy son grandes multinacionales: Talgo y CAF son empresas que se desarrollaron en la autarquía franquista. Ambas son hoy líderes mundiales con tecnología propia y compiten, crean empleo y tienen beneficios sin necesidad de protección.

La historia nos enseña que períodos en los que se expanden la globalización y la liberación del comercio acaban generando movimientos populistas que prometen a los ciudadanos proteccionismo. Por lo tanto, es una reacción natural la que lleva a la población a pedir protección a sus gobernantes, aunque a veces los motivos sean confusos. En Estados Unidos, Obama bajó la tasa de paro al 5 %, pero el temor de algunos trabajadores a perder su empleo, unido al de los jóvenes que ven frustradas sus expectativas y al de aquellos cuyos salarios son bajos, dio en 2016 la victoria a Trump con la esperanza de frenar el proceso de globalización.

La irrupción de China y la India en el mercado mundial ha tenido como consecuencia positiva el descenso de la pobreza y la desigualdad en términos globales. Pero esta última ha aumentado dentro de los países tanto desarrollados como emergentes. Este proceso arrancó hace décadas, pero se ha visto agravado por elementos como la globalización, la revolución tecnológica y la Gran Recesión. Es importante tener en cuenta este diagnóstico para poder aplicar políticas que permitan corregir la desigualdad sin poner en riesgo la reducción de la pobreza extrema en el mundo, que ha mejorado la vida de cientos de millones de personas.

En consecuencia, debemos entender el descontento de la globalización, que es un fenómeno generalizado en buena parte de las sociedades desarrolladas, como un proceso lógico y cíclico después de un período tan intenso de

globalización como el que hemos vivido desde 1980. El fenómeno ha aumentado el crecimiento del PIB y el empleo en todo el mundo, pero ha provocado también una redistribución de la renta, y un porcentaje de la población de los países desarrollados se ha rebelado en contra.

En el siguiente capítulo analizaremos los problemas del anterior paradigma económico, ahora cuestionado socialmente, y anticiparemos las condiciones necesarias que debería tener el nuevo paradigma de ideas para que la desigualdad y el descontento contra la globalización se reviertan.

## En busca de un nuevo paradigma global

Nunca te bañarás en el mismo río, la corriente se habrá encargado de cambiarlo.

HERÁCLITO

En octubre de 1973, Israel inició la guerra del Yom Kippur y creó el caldo de cultivo para el nacimiento de un cartel que reuniese a los principales países productores de petróleo. Nada más unirse consiguieron subir el precio del crudo, pasó de 3 dólares por barril a 12. Un petróleo barato había llevado a muchas empresas industriales a desatender la eficiencia energética y a hacerse extremadamente dependientes del crudo.

### EL PRINCIPIO DEL FIN DEL PARADIGMA KEYNESIANO

La intensa subida de los costes energéticos provocó pérdidas en muchos sectores, y la reacción fue incrementar los precios. Los consumidores no aceptaban aumentos tan altos tras haberse triplicado súbitamente los del crudo. Entonces, las empresas optaron por permitir la destrucción de empleo. Los

trabajadores vieron cómo la inflación subía a tasas de dos dígitos y con sus salarios cada vez podían comprar menos bienes. Los sindicatos comenzaron a pedir alzas salariales para compensar esta pérdida de poder adquisitivo. Y las empresas, para compensarlas y evitar volver a entrar en pérdidas, de nuevo subieron los precios.

Esta dinámica rompió el paradigma keynesiano que había dominado la política económica de los países desarrollados desde la Segunda Guerra Mundial. En el prefacio de su libro *Ensayos de persuasión* (Síntesis, 2009), John Maynard Keynes decía que sentía que sus artículos eran graznidos de cuervo que nadie quería escuchar. Lamentablemente, murió muy joven para comprobar cómo su libro *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (Fondo de Cultura Económica, 2006) se convertiría en el libro de economía más influyente de la historia junto a *Oikonomia*, de Jenofonte, que dio origen al nombre de la ciencia en el siglo IV a.C. y a *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, en 1796.

No obstante, lo que se conoció como «el paradigma keynesiano» se componía de aportaciones de discípulos de Keynes que no necesariamente coincidían con la visión del maestro. De hecho, el modelo básico que explica la mecánica económica y que seguimos explicando en las facultades de economía llamado «IS-LM» fue desarrollado por John Hicks. Keynes conoció dicho modelo antes de morir y dijo que estaba bien pero que no reflejaba las ideas de su *Teoría general*.

El paradigma pivotaba sobre la denominada «curva de Phillips». La evidencia empírica mostraba que había una relación constante e inversa entre inflación y desempleo. Cuando aumentaba la inflación, bajaba la tasa de paro, y cuando bajaba la inflación, subía el desempleo. Por lo tanto, se instaló una sensación de control y confort entre los responsables de la política económica: en las recesiones se hacían políticas fiscales y monetarias expansivas para

reducir la tasa de paro y durante las expansiones se aplicaban políticas contractivas para contener la inflación.

La curva de Phillips se cumplía en un entorno determinado, pero de repente algo cambió. El petróleo dejó de ser una materia prima barata y el sistema de tipo de cambio fijo que se instaló en Bretton Woods en 1944 saltó por los aires. El sistema se basaba en una paridad fija del dólar contra el oro, tipos de cambio fijos del resto de las divisas del sistema contra el dólar y el respaldo de la Reserva Federal (conocida como FED por su abreviatura informal) de cambiar cualquier divisa por oro en cualquier momento.

En 1945, Estados Unidos era una economía con bajo nivel de consumo y elevada competitividad, por eso tenía superávit exterior crónico, igual que le ha sucedido a China en las tres últimas décadas. Desde 1945 hasta 1973, el consumo norteamericano creció exponencialmente haciendo que el superávit exterior desapareciera y se convirtiera en déficit, relación que se ha mantenido hasta nuestros días. En 1971, el presidente Nixon devaluó la paridad del dólar contra el oro y dio por finalizada la conversión de cualquier divisa del sistema por oro. El sistema estaba tocado de muerte y, en 1973, Nixon anunció la libre flotación del dólar. Además, el presidente estadounidense impuso un arancel del 10 % sobre las importaciones americanas, amenazando también los acuerdos de libre comercio. Como pone de manifiesto este ejemplo, el proteccionismo no es un invento de Donald Trump.

La inflación mundial subió con fuerza tras el aumento del precio del petróleo y la devaluación del dólar suponía más dinero en circulación en el mundo. Sin embargo, a diferencia de lo que había sucedido en períodos anteriores, el desempleo también subía como consecuencia de los ajustes que acometieron las empresas tras el brutal aumento de los costes que había significado la subida del precio del crudo y, con él, del resto de las materias primas. De pronto el paradigma keynesiano ya no solucionaba problemas.

François Mitterrand ganó las elecciones presidenciales francesas en 1981 y aplicó un intenso plan de estímulo de estilo keynesiano con el fin de reactivar la demanda y reducir la tasa de paro; este plan contemplaba la disminución de la jornada laboral a 35 horas para fomentar la creación de empleo, la subida del salario mínimo, la nacionalización de sectores claves industriales y de banca pública, así como un aumento del 15 % del gasto público nominal en ese año. El resultado fue que la inflación francesa se mantuvo próxima al 13 %, la inversión se desplomó del 25 % del PIB en 1980 al 21 % en 1983, la destrucción de empleo continuó y la tasa de paro subió del 6 % en 1980 al 8 % en 1982.

La nueva política económica francesa dio lugar a una intensa fuga de capitales y a una grave crisis cambiaria y financiera. El franco francés se desplomó un 50 % con respecto al dólar en sólo dos años. Los manuales dicen que una devaluación aumenta el empleo y el PIB, pero si y sólo si la devaluación se produce por una política monetaria expansiva con más dinero en circulación que baja los tipos de interés. El bono a 10 años francés subió del 15 % a principios de 1981 al 17,5 % en junio tras ganar Mitterrand las elecciones, y no bajó del 15 % hasta 1983.

Aunque Ronald Reagan no había llegado aún a la presidencia de Estados Unidos, la revolución neoconservadora se estaba incubando. Ni se hablaba del consenso de Washington ni se había iniciado la desregulación financiera y bancaria; el euro y el pacto de estabilidad en Europa no existían, y Merkel era una estudiante de doctorado en la universidad del lado comunista del Muro de Berlín. ¿Qué sucedió? Lo mismo que los historiadores económicos nos enseñan con sus investigaciones. Las crisis son intrínsecas al sistema fiduciario y de dinero como bien numerario que evita que vivamos en una economía del trueque.

Tras décadas inmersos en un sistema de tipos de cambio fijo, los gobiernos,

los economistas y los ciudadanos comenzamos a entender la importancia de los tipos de cambio y los efectos de la volatilidad y la inestabilidad financieras. Ahora sabemos que la integración económica global consigue economías más eficientes a riesgo de volverlas más vulnerables.

Los economistas se dieron de bruces con una realidad en la que las economías demostraron ser dependientes, y descubrieron que no era posible manipular la demanda interna para reducir la tasa de paro a su antojo, como afirmaba el paradigma establecido. Se hizo necesario volver a los principios básicos para comprender la nueva realidad: toda inversión requiere ahorro para financiarla. Si un país invierte por encima de su tasa de ahorro, incurre en déficit exterior y necesita ahorro de otro país. Los países que tienen déficit exterior incurren en deuda externa para financiarlo. Si el déficit exterior se prolonga en el tiempo, la deuda externa crece y aumenta el riesgo de impago.

Los ahorradores mundiales compran activos financieros para proteger sus ahorros de la inflación y así no perder poder adquisitivo. Cuando invierten en otro país buscan el mismo objetivo, y las expectativas sobre la evolución de los tipos de cambios son determinantes en sus decisiones de compra de activos. Una devaluación de la divisa extranjera en la que invierten supone una pérdida de ahorros y es equivalente a una quita de deuda o un impago. Por esta razón, los ahorradores buscan países con estabilidad macroeconómica e inflaciones bajas y estables.

Cuando los inversores esperan una depreciación de un tipo de cambio, venden activos de ese país y huyen buscando refugio en países con monedas estables. La devaluación va acompañada de una deflación de activos y un aumento de las primas de riesgo. La subida de tipos de interés se contagia a los costes financieros de empresas y familias en deudas, lo cual reduce la inversión y el empleo, y explica el aumento de la tasa de paro.

Una conclusión simple llevaría a defender la idea de reinstaurar de nuevo



un sistema global de tipos de cambio fijos. Los europeos lo hicimos con el sistema monetario primero y con el euro después. Pero ya hemos comprobado que un tipo de cambio fijo o una moneda única no evita las crisis ni disminuye la necesidad de corregir los desequilibrios acumulados durante la época de expansión.

Tras el fracaso de las medidas desarrolladas en 1981, Mitterrand cambió su política económica y puso en marcha un plan ortodoxo de política fiscal, basado en recortes destinados a reducir la inflación y a recuperar la credibilidad de la lucha contra aquella, así como a taponar la sangría de la fuga de capitales con el fin de bajar los tipos de interés y las primas de riesgo hasta un nivel en el que las empresas iniciaran un nuevo ciclo de inversión y creación de puestos de trabajo para reducir el desempleo.

La situación de España a principios de la década de 1980 también era delicada. El año 1981 fue muy complicado no sólo por el esperpéntico golpe de Estado del 23F. La economía se encontraba en recesión, el empleo caía un 3 % anual, la inflación era del 15 %, la mayor parte del sistema bancario estaba quebrado como consecuencia del modelo franquista intervencionista y del boom de crédito y la burbuja inmobiliaria de los años sesenta, había déficit público y exterior y era necesario ahorro externo para financiarlo. En el verano de 1982, el Banco de España apenas tenía reservas de dólares para dos semanas y ni siquiera podía garantizar la importación de petróleo para poner las calefacciones en los hogares españoles durante el siguiente invierno. El escenario no podía ser más deprimente.

Los socialistas se presentaron a las elecciones de octubre con un programa económico similar al de Mitterrand y los inversores extranjeros temían que el PSOE repitiese los errores de los socialistas franceses. Conscientes del descalabro que había sufrido Francia, Felipe González (elegido presidente del Gobierno por aplastante mayoría absoluta) y Miguel Boyer, su ministro de

Economía, optaron por poner en marcha un plan de estabilización clásico que se sustentaba en varios pilares: por un lado, la devaluación, destinada a corregir la competitividad que penalizaba las exportaciones españolas y que ayudaría a mejorar la situación de la industria y el empleo; por otro, un duro ajuste fiscal que abordaba la reestructuración industrial de sectores y grandes empresas que, tras la subida del precio del petróleo, habían dejado de ser viables. Pensaban combatir de este modo las expectativas de inflación y frenar la fuga de capitales que padecía nuestra querida España.

El plan de estabilización tardó dos años en surtir efecto y fue un gran éxito. Cimentó las bases para un largo período expansivo acompañado por nuestra entrada en la Comunidad Económica Europea en 1986, lo cual provocó a su vez una intensa entrada de capitales que redundó en un crecimiento significativo del empleo y los salarios. Con ello aumentaron los ingresos públicos y los socialistas pudieron cumplir su programa socialdemócrata y desarrollar el Estado de bienestar.

En cuarenta años de democracia el gasto social por habitante en España se ha triplicado, algo sin precedentes en toda nuestra historia, pero también en la historia mundial. Pocos países han conseguido un aumento tan notable del Estado de bienestar en tan corto plazo de tiempo.

## LAS MATERIAS PRIMAS Y LOS CICLOS ECONÓMICOS

La situación actual no difiere mucho de aquélla. El ciclo se repite con ingredientes semejantes: el fuerte incremento de los precios de las materias primas provoca una intensa subida de renta acompañada de la apreciación de los tipos de cambio, lo cual abarata las importaciones y aumenta la percepción de renta permanente de los ciudadanos, que consumen más y, en consecuencia,

baja el desempleo. Los gobiernos a su vez creen también que los ingresos públicos son permanentes y que crecerán a tasas de dos dígitos de por vida... En 2013, el superciclo de materias primas acabó y a continuación le siguió otro ciclo largo de precios bajos. Al desplomarse los precios del petróleo y del resto de las materias primas, lo hicieron también los ingresos exteriores. Los países reaccionaron incrementando el gasto público para evitar un aumento de la tasa de paro, lo que llevó al crecimiento de los déficits exteriores que los convertía de nuevo en economías dependientes de la financiación externa.

Los gobiernos de América Latina aprovecharon el boom de materias primas para reducir su deuda exterior, financiar buena parte en moneda local reduciendo su dependencia del dólar y bajar la deuda pública a la vez que aumentaba la recaudación, mejoraban las políticas públicas de redistribución y conseguían la mayor reducción de la pobreza y la desigualdad desde los años setenta.

En 2008, los bajos niveles de deuda pública y externa permitieron por primera vez en mucho tiempo a estos gobiernos hacer políticas fiscales y monetarias expansivas para contrarrestar los efectos de la recesión mundial y la mayor contracción del comercio internacional desde que existen estadísticas. Tuvieron éxito y contribuyeron, junto con los países desarrollados, a evitar otra gran depresión global.

Sin embargo, algunos países se pasaron de dosis. Por ejemplo, en Brasil el consumo privado en 2009 creció a tasas próximas al 4 %. Una cosa es usar la política fiscal para suavizar los efectos de las recesiones sobre el desempleo y la pobreza y otra muy distinta meter tanta dosis que se desvirtúe el ciclo. Los ciclos económicos se producen por una dinámica de desequilibrios y expectativas. Los desequilibrios siempre resisten más de lo que los economistas anticipamos y se corrigen de manera más brusca de lo previsto.

La brutal recesión con caídas del 4 % del consumo privado acontecida en Brasil en 2015 se debe, en parte, a los excesos de las políticas anticíclicas aplicadas en 2008.

Lo mismo sucedió en España en el año 2001. Europa y el mundo vivían una recesión mientras que en España el consumo privado crecía al 2 % anual. El presidente José María Aznar y su gobierno, del que Mariano Rajoy formaba parte, nos decía que España iba bien y que gracias a sus políticas nos salvábamos de la temida recesión. Lejos de milagros económicos, la realidad era bien distinta: el consumo crecía porque el empleo subía, los precios de la vivienda aumentaban, los promotores construían viviendas y creaban empleo, pagaban salarios y, a su vez, creaban puestos de trabajo.

Keynes nos enseñó que la política anticíclica debe actuar en sentido contrario a lo que hacen los agentes para suavizar el ciclo, esto es, reducir los desequilibrios y de este modo evitar crisis tan profundas como las que vivimos en 2008. Sin embargo, el gobierno de Aznar, ajeno a estas enseñanzas, hacía crecer el consumo público un 5 % anual, alimentando con gasolina el incendio de nuestra burbuja inmobiliaria. El final de la historia ya lo conocemos: paro, pobreza, crisis social, política y varias generaciones hipotecadas por una deuda pública que ya supera el 100 % del PIB, su nivel más alto desde 1909 y que tardaremos al menos dos décadas en digerir.

En 2008, la Reserva Federal bajó los tipos al 0 % e inundó el mundo de dólares depreciando su moneda. Esta medida obligó a los inversores a buscar refugio en países emergentes con monedas sobrevaloradas y tipos de interés altos. En el verano de 2008, un inversor internacional podía elegir entre comprar un bono de deuda pública brasileña o acciones de la bolsa de Nueva York. Si compraba un bono brasileño obtendría una rentabilidad anual próxima al 15 %. Si lo metía en bolsa perdería de media el 50 % de sus ahorros en el siguiente año. Muchos fondos de alto riesgo compraban bonos

brasileños y se financiaban en dólares. Cobraban un 15 % por su inversión y pagaban el 0 % por sus créditos.

Cinco años después, la FED anunció que dejaba de comprar deuda pública y empezó a hablar de subidas de tipos. El mensaje fue gradualista y prudente, pero suficiente para que los inversores mundiales vendieran sus activos infravalorados y buscaran refugio de nuevo en el dólar. Entre los veranos de 2013 y 2015, el real brasileño pasó de valer 2 contra el dólar a 4, lo que supone una devaluación del 50 %. Por lo tanto, si el fondo de alto riesgo compraba bonos brasileños al 15 %, cuando cambiara su dinero a dólares dos años después perdía un 20 % de sus ahorros.

Los fondos de alto riesgo compraron bonos de deuda pública española e italiana, que, en el verano de 2013, ofrecían el 4 % con el respaldo firme del BCE de hacer todo lo que fuera necesario para mantener el euro. Asimismo, financiaban sus compras en reales brasileños. El tipo de interés de sus créditos era del 15 %, pero cuando cambiaban sus dólares a reales dos años después para devolver el crédito, les costaba un 20 % menos gracias a la depreciación del tipo de cambio. Por lo tanto, los fondos ganaron un 8 % por sus inversiones en bonos de la periferia europea y un 20 % por su financiación en reales.

## CHINA Y LA INDIA GIRAN EL TIMÓN DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

Que la euforia financiera no es un problema reciente nos lo enseñaron Carmen M. Reinhart y Kenneth S. Rogoff en su libro *Esta vez es distinto* (Fondo de Cultura Económica, 2011), en el que cuentan la historia de ochocientos años de locura financiera. Los problemas de la crisis de Brasil o España tras el pinchazo de la burbuja inmobiliaria son los mismos que sufrió Francia en

1981. La diferencia es que hoy los flujos financieros globales en términos de PIB mundial son los mayores de la historia de la humanidad.

Las economías dependientes de la financiación externa, como es el caso de España, son más vulnerables que nunca a cambios en los flujos financieros, por naturaleza inestables. Cuando los flujos llegan, bajan los tipos de interés, se incrementa el valor de los activos y la riqueza de los ciudadanos, aumentan el consumo, la inversión y el empleo, y se reduce la pobreza. Esto genera unas endorfinas de felicidad que permiten convivir con los inversores y nadie se cuestiona el sistema financiero internacional, la ausencia de reglas y la gobernanza mundial que permita suavizar estos efectos. En ese escenario es muy complicado ser prudente y advertir a gobiernos, empresas y bancos de los riesgos que conlleva el endeudamiento: nadie quiere apagar la música para que la fiesta acabe, pero tampoco nadie quiere ser el responsable de las funestas consecuencias que acarrea conducir bajo los efectos del alcohol o, en este caso, la droga del crédito.

Éste es, sin lugar a dudas, el efecto más dañino que provocó la revolución neoconservadora liderada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher en la sociedad mundial. El aumento de la inflación y el desempleo, unido al fracaso de las políticas de demanda para aumentar la actividad y el empleo, facilitó el triunfo del discurso *neoon*: la intervención pública es mala en todas las circunstancias, el mercado es eficiente y siempre regula mejor que un burócrata, no se le pueden poner puertas al campo, etcétera. Todos estos mantras fueron repetidos hasta el infinito, día tras día, en los medios de comunicación de masas y calaron en el subconsciente de la sociedad.

El fracaso estrepitoso del comunismo y el desmoronamiento caótico de la Unión Soviética, tras la perestroika de Gorbachov, ayudó a dar alas al nuevo paradigma *neoon*. La Guerra Fría había supuesto un entorno favorable para el desarrollo de la socialdemocracia y del Estado de bienestar. El Muro de

Berlín y el Telón de Acero situaban a Europa en el centro del tablero mundial y en una posición geoestratégica privilegiada. La socialdemocracia europea perdió su hegemonía ideológica y le costó adaptarse al nuevo mundo, donde los cambios se producían a velocidad de vértigo.

Tras la muerte de Mao en 1979, el Partido Comunista Chino, liderado por Deng Xiaoping, inició un proceso de reformas denominado «socialismo democrático». Se mantenía el sistema político de partido único pero se iniciaba una etapa de liberalización económica para transitar del comunismo al sistema capitalista en la versión china. En 1980, el 90 % de los precios en China eran fijados por ley. En la actualidad, casi el 90 % de los precios los fijan libremente en el mercado las empresas. El Estado mantiene el control de la economía a través de un sistema bancario muy intervencionista donde el gobierno sigue diciéndoles a los bancos cuánto crédito hay que dar, a qué sectores y a qué tipos de interés.

El tipo de cambio también ha estado intervenido. El gobierno chino ha mantenido un tipo de cambio del renminbi (literalmente, «moneda del pueblo») infravalorado para favorecer su exitoso modelo de desarrollo orientado a la exportación. Con los salarios muy bajos, un ejército de reserva de pobres en el campo, el tipo de cambio infravalorado y un sistema que favorece la inversión extranjera, el modelo chino ha sido un rotundo éxito, manteniendo crecimientos promedios del PIB del 10 % durante treinta años y sacando de la pobreza extrema a más de 500 millones de personas, un hecho sin precedentes en la historia económica mundial. El modelo es muy similar al del resto de los países desarrollados, pero tiene más mérito por el efecto escala. Fue semejante al desarrollo español de la década de 1960, pero se remonta en años y ha tenido efectos significativos sobre la economía global: sobre el crecimiento, pero también sobre la desigualdad en los países desarrollados.

El economista británico Arthur Lewis formalizó el modelo dual y su funcionamiento, que China ha reproducido fielmente. La mayoría de los trabajadores eran campesinos sin apenas maquinaria, con unos niveles de productividad próximos a cero y en una economía de autoconsumo y subsistencia. La liberalización económica activó el proceso de industrialización cerca de los núcleos urbanos. Aunque la productividad de esos trabajadores seguía siendo muy inferior a la de los países desarrollados (por eso sus salarios también lo eran), era infinitamente mayor que la que aportaba ese mismo trabajador en el campo.

Por lo tanto, el empleo crecía el 2 % en China pero el PIB aumentaba el 10 %. La diferencia era el incremento de la productividad de los trabajadores que pasaban del campo a la industria. Es como si el F. C. Barcelona colocase a Messi en la portería, donde su productividad, debido a su altura, será presumiblemente baja, mientras que en la posición de delantero sus goles aumentan la productividad y su aportación al conjunto del equipo.

Los trabajadores aumentaban su destreza con el tiempo, los empresarios chinos mejoraban la gestión, ganaban dinero, compraban más y mejores máquinas y la productividad seguía creciendo. China se convirtió así en la fábrica del mundo y muchas empresas deslocalizaron su producción allí. El impacto sobre el sector industrial de los países desarrollados fue muy intenso a partir de los años noventa. Pero el mayor impacto se produjo sobre los países emergentes, especialmente en América Latina, donde las importaciones chinas fueron desplazando a las maquiladoras latinoamericanas que exportaban sobre todo a Estados Unidos.

En 1995, la India, tras una profunda crisis económica, decidió abandonar el sistema de planificación y siguió el camino de China liberalizando su economía. La India tiene un sistema democrático multipartidista y ha sido



también un modelo dual muy exitoso para reducir la pobreza extrema con crecimientos algo menores pero próximos al 7 %.

En ambos países vive el 30 % de la población global y ambos tienen el 13 % del total de exportaciones mundiales. Mientras, Alemania, que tiene tan sólo el 1 % de la población mundial, da cuenta del 7 % de las exportaciones globales. Por lo tanto, el crecimiento de China y la India debemos entenderlo como un proceso de normalización tras varios siglos en los que ambas economías habían estado ausentes del tablero económico mundial.

No obstante, el proceso de normalización, al tratarse de un tercio de la población del planeta, tiene también sus efectos negativos, y es necesario analizarlos para poder entender el problema de la desigualdad mundial, especialmente en los países desarrollados. El aumento del empleo chino e indio en el total mundial ha tenido un efecto demostración, reduciendo el salario medio. En estos últimos treinta años, el impacto se ha producido sobre trabajadores de baja cualificación, principalmente en el sector industrial. En el sector servicios, la revolución de las telecomunicaciones ha permitido deslocalizar algunos grupos, pero el impacto ha sido menor: centros de atención al cliente, algunos servicios administrativos, etcétera.

## LOS CAMBIOS POLÍTICOS SE TRADUCEN EN CAMBIOS ECONÓMICOS

La importación de productos chinos o indios tiene efectos positivos, ya que los consumidores de los países desarrollados hemos disfrutado de precios más baratos de los bienes importados; por ello, con el mismo salario hemos podido comprar más bienes. En la universidad, en economía internacional, enseñamos a nuestros alumnos el modelo Stolper-Samuelson (en honor de Wolfgang Stolper y Paul Samuelson, que fue Premio Nobel de Economía en

1970). El teorema nos enseña que cuando importas un bien, importas el empleo y el capital que se ha utilizado para producirlo. Por lo tanto, mediante la importación en los países desarrollados hemos aumentado la demanda de empleo en los países emergentes y favorecido la reducción de la pobreza extrema; además, nos hemos beneficiado como consumidores de salarios más baratos.

Los antiguos países comunistas europeos también han trabajado, como China y la India, para reducir la pobreza extrema, si bien con un resultado dispar. En Rusia, donde el proceso de transición fue caótico, una oligarquía se hizo con el control de los monopolios públicos y el desarrollo económico ha sido decepcionante. Aunque el superciclo de materias primas y subida del precio del petróleo ha permitido aumentar significativamente la renta por habitante (la población sigue siendo la misma que en 1989), el peso de su PIB mundial ha bajado del 5 %, cuando se disolvió la Unión Soviética, al 3 % actual.

Polonia hizo una transición política y económica más ordenada y ha tenido mejores resultados. En 1989, el sindicato Solidaridad, liderado por Lech Wałęsa, inició la transición del comunismo a un sistema democrático de economía de mercado. El proceso fue muy duro y la inflación se les disparó hasta el 500 %. El plan de estabilización de 1990 para reducir la inflación — que hoy se explica en las universidades como un caso de éxito— provocó una caída del PIB del 15 % y una profunda depresión.

La transición española fue un modelo para los líderes polacos, tanto en el diseño de las instituciones democráticas como en la transformación económica. El Estado mantuvo el control de las empresas públicas y se encargó de la reestructuración industrial de sectores que habían dejado de ser viables, principalmente los astilleros y la siderurgia, igual que sucedió en nuestro país. Y luego los fueron privatizando ordenadamente. Su adhesión a la

Unión Europea, como le ocurrió a España, ha ayudado al desarrollo de instituciones básicas para el empuje económico y recibieron un aluvión de inversiones extranjeras y deslocalizaciones industriales de países europeos, principalmente de Alemania. En los años ochenta, los españoles recibimos esas deslocalizaciones, que fueron un elemento clave para nuestro desarrollo. En los años noventa, éstas se dirigieron principalmente a Polonia y a la República Checa. Polonia es un caso de éxito con crecimientos menos espectaculares que China pero con el doble de renta por habitante y sin apenas pobreza extrema, aunque ambos países siguen teniendo un problema de desigualdad.

#### AUMENTO DE PRECIOS DE LAS MATERIAS PRIMAS Y LAS CLASES MEDIAS

El éxito de China y la India en procesos de industrialización tempranos ha sido muy intensivo en el uso de energía, con diferentes efectos. El fuerte crecimiento de la producción industrial y de la construcción, tras el intenso proceso de urbanización, aumentó significativamente la demanda de materias primas. Asia era responsable de la mayor parte del crecimiento de la demanda de materias primas y es clave para entender la fuerte subida de sus precios, especialmente hasta 2008.

Este aumento de los precios de materias primas desacreditó la tesis de Raúl Prebisch, quien defendía que los países emergentes se empobrecían ya que los precios de sus exportaciones de materias primas crecían menos que los de sus importaciones industriales. Los más beneficiados por el comercio mundial en los últimos quince años han sido los países emergentes productores de éstas, sobre todo en América Latina y África: en los años noventa crecían a tasas promedio del 3 % y entre 2002 y 2007 (período en el que se concentró el

superciclo de materias primas) el crecimiento promedio fue del 5 y el 7 %, respectivamente.

Además, por primera vez en décadas, en América Latina el crecimiento se repartió mejor con el nacimiento de una incipiente clase media. El gasto público de la región pasó del 20 al 30 % del PIB, mejorando las políticas sociales y también las infraestructuras y la educación tras dos décadas de bajo nivel de inversión. El crecimiento, más algunas reformas fiscales que han aumentado la progresividad, permiten a los gobiernos disponer de más recursos para mejorar las políticas sociales.

La mayor parte de los países estuvieron gobernados por partidos de izquierdas. Brasil, Chile, Colombia y Perú tenían como ejemplo el modelo socialdemócrata europeo. Como dijo Lula da Silva, «el modelo de bienestar europeo debería ser declarado patrimonio de la humanidad». Los países latinoamericanos denominados «bolivarianos», lejos de liberalizar como China o la India, intensificaron la planificación económica propia de países comunistas. No obstante, el fuerte aumento de ingresos públicos procedentes de las exportaciones de materias primas les permitió subir el gasto público y acometer políticas sociales que redujeron la pobreza.

Este crecimiento y la disminución de la pobreza se consiguieron reduciendo la deuda pública y, especialmente, la deuda externa. Asimismo, muchos países lograron emitir en moneda local y reducir las deudas de sus bancos en dólares, aminorando el denominado «pecado original». En cada recesión, los países latinoamericanos padecían una fuga de capitales y una depreciación de sus divisas, y la deuda en dólares provocaba graves crisis fiscales y bancarias que acababan en depresión económica.

Este fuerte crecimiento asiático y el superciclo de materias primas ayudan a explicar que la desigualdad en el mundo se haya reducido significativamente al tener en cuenta el mundo como un todo. Sin embargo, también explica el aumento de la desigualdad en los países desarrollados. El salario real de las clases medias en estos países dejó de crecer o lo hacía a tasas muy por debajo de su promedio histórico. En cambio, en los felices noventa se vendió que la globalización y la revolución tecnológica traerían a Estados Unidos una nueva era de prosperidad. Milton Friedman, ideólogo de los *neocón*, y Franco Modigliani, socialdemócrata y miembro del consejo de asesores de John F. Kennedy, consiguieron el premio Nobel de Economía (en 1976 y 1985, respectivamente) por sendos modelos sobre el comportamiento de los consumidores.

Ambos llegaron a la conclusión de que la mayoría de los seres humanos somos adversos al riesgo por naturaleza en mayor o menor grado. Por eso no nos gusta tener que alterar nuestro patrón de gasto y nuestros hábitos bruscamente. Sin embargo, nuestro ciclo vital de ingresos es muy irregular. Durante la etapa de formación y estudio vivimos con nuestros padres y condicionados al nivel de vida de éstos. La educación y las habilidades de cada uno determinan los ingresos futuros y son uno de los grandes determinantes de la desigualdad.

Cuando inicias tu ciclo laboral, tu curva de aprendizaje es creciente y tu salario medio también debería serlo. En las recesiones, sin embargo, el riesgo de perder el empleo aumenta exponencialmente y, si sucede esto, descarrilas de la senda normal del salario. En el caso de que consigas volver al mercado de trabajo, normalmente lo haces con un sueldo inferior al que tenías al salir. Si vives en España y tienes más de cincuenta años, las probabilidades de no volver al mercado laboral o de hacerlo pero en condiciones muy precarias son

altas, y se entra en una de las trampas de la pobreza. Con pocos estudios y empleos de baja cualificación fácilmente sustituibles por gente sin experiencia o por robots, la probabilidad de caer en la emboscada de la pobreza crece exponencialmente.

La jubilación, la viudedad para mujeres que cuidaban del hogar y eran dependientes del sueldo de sus maridos, la orfandad y la incapacidad derivada de accidentes o enfermedad también son causas de pobreza. Por esta razón, la sociedad ha ido desarrollando una serie de seguros que buscan mantener una renta permanente durante todo el ciclo vital de los ciudadanos.

Ésta es la esencia del Estado de bienestar y la razón de ser de la socialdemocracia. Los ciudadanos de menos renta con un peor acceso a la educación tienen más probabilidades de ser pobres y de alcanzar una renta baja como la tuvieron sus padres. No es casual que la mayoría de los liberales que defienden el libre mercado extremo y demonizan la acción del Estado hayan nacido en familias acomodadas y hayan tenido la fortuna de acceder a una buena educación. Tampoco extraña que los ciudadanos de menor renta y los abandonados por el sistema de selección natural capitalista, en muchas ocasiones y en varios continentes, hayan optado por revoluciones comunistas para repartir mejor la riqueza existente. Conclusión: el ultraliberalismo es autofágico y los sistemas democráticos que han intentado llevarlo a la práctica han fracasado. El comunismo acaba en revolución, termina con la democracia y consigue igualar las rentas pero por abajo, haciendo pobres a todos los ciudadanos. Por eso acaba fracasando, aunque se tardan décadas en cambiarse el paradigma y en cerrar las heridas y la pobreza que genera.

Por este motivo, los países con mayor renta por habitante optan por modelos mixtos socialdemócratas que aprovechan las ventajas de la economía de mercado para crear empleo y riqueza, y desarrollan instituciones para repartir mejor esa riqueza generada, entre otras: educación pública para conseguir una

sociedad meritocrática y que ciudadanos con talento no sean condenados a la pobreza por la única razón de haber nacido en el seno de familias pobres; becas de estudio para esas familias; sistema público de pensiones que ataque las cuatro principales causas de la pobreza —jubilación, viudedad, orfandad e incapacidad— que el mercado no resuelve ya que no son rentables, y sanidad pública para reducir el riesgo de enfermedad y pobreza.

El mayor éxito de la socialdemocracia es conseguir que ultraliberales como Aznar o Esperanza Aguirre defiendan la sanidad pública cuando llegan al gobierno. La derecha siempre intenta privatizarla y regalar el monopolio a sus amiguetes, que no han de invertir un euro, que tienen como cliente cautivo al Estado y que si les sale mal, suelen llevar encima un aval público para que paguemos sus errores todos los contribuyentes. Pero la sanidad es un bien público asumido y valorado por la mayoría de la población y todos los intentos de privatización acaban fracasando ya que lleva a perder las elecciones a los partidos que lo intentan.

## BIN LADEN, EL SUEÑO AMERICANO Y LA EUFORIA HIPOTECARIA

En los felices noventa coincidió un período de fuerte crecimiento del empleo con una liberalización financiera. Como nos enseñó en su hipótesis de inestabilidad financiera el economista Hyman Minsky (el economista que mejor refleja el pensamiento de Keynes, según dice mi maestro Antonio Torrero), cuando se incrementa la competencia en el sistema financiero, disminuyen los márgenes y los bancos aumentan los riesgos.

Minsky es clave para entender la gran burbuja de crédito mundial creada desde los años noventa que ha llevado al mayor nivel de deuda mundial sobre PIB desde 1929. La burbuja de crédito empezó en las empresas del sector

tecnológico, lo cual es algo habitual en la historia. Todas las revoluciones tecnológicas llevan aparejadas burbujas de créditos y crisis financieras e impagos de la deuda. Pasó con el ferrocarril y también con internet y las telecomunicaciones.

En 2001, el mundo entró en recesión y la burbuja tecnológica saltó por los aires. Además, se produjo una grave crisis financiera con quiebras empresariales tan escandalosas como Enron o Parmalat. El 11 de septiembre de 2001, un comando terrorista a las órdenes de Bin Laden estrelló dos aviones contra las Torres Gemelas que habían despegado desde Boston. Por entonces, yo era director financiero de Estudio Lamela Arquitectos, el líder del sector en España con 150 profesionales que en aquellos momentos desarrollaba la T4 de Barajas, la nueva ciudad deportiva del Real Madrid y varios proyectos internacionales.

El primer avión impactó a la hora de la comida en España, y recuerdo que el comentarista del telediario decía que una avioneta se había empotrado en una de las torres. Con las cámaras grabando en directo, todos vimos cómo el segundo avión se estrellaba contra la otra torre. Al llegar al estudio, un arquitecto experto en estructuras que había colaborado en la construcción de la Torre Picasso en Madrid con Minoru Yamasaki, arquitecto de las Torres Gemelas, dijo: «Es increíble lo que están aguantando». Yo me quedé desconcertado. También me explicó que la estructura del edificio era metálica, que el acero se funde a 500 grados y que el incendio provocaría el colapso de las dos torres; de pronto empezó a hacer cálculos de las personas que podían morir al quedarse atrapadas por encima del incendio sin poder bajar. La torre estaba diseñada para soportar el impacto de un avión, y así fue; pero los aviones habían despegado en Boston y estaban llenos de queroseno. El avión se desintegró al impactar contra el edificio y el queroseno se diluyó por el hueco de los ascensores. El incendio se extendió rápidamente y por eso las



dos torres se desplomaron igual que si se hubiera tratado de una explosión controlada. El suelo de Manhattan es de roca y la cimentación era común a más edificios; de modo que el colapso de las torres provocó un terremoto oscilatorio de nivel 7 en la escala Richter que causó la caída de otros edificios colindantes. La heroica actuación de los bomberos de Nueva York redujo la estimación de muertes del arquitecto a la mitad.

El atentado conmocionó al mundo. En agosto de 2002, un año después, este economista observador se encontraba ampliando su tesis doctoral en Estados Unidos y visitó Nueva York. Era una ciudad en estado de guerra tomada por el ejército y la policía. Los restaurantes habituales de comida para llevar ya no eran autoservicio por el temor a un ataque bacteriológico. La Zona Cero era una parcela enorme ya limpia de escombros y aún sin construir. Estuve cenando con un compañero de la universidad que llegó a Nueva York el 10 de septiembre de 2001, y el 11 empezaba a trabajar en las Torres Gemelas. Dormía en el edificio del puerto, justo al lado del World Trade Center, y la policía le despertó para pedirle que desalojara su vivienda y saliera a la calle. Por suerte pudo coger la cartera, ya que no volvería a su casa en varias semanas. Al bajar llamó a su madre desde un teléfono público cuando colapsó la primera torre. La pantalla de polvo iba hacia él y consiguió subir a un barco que zarpaba rumbo a Staten Island.

Es importante describir la situación para comprender la reacción de la política económica. Estados Unidos se hallaba técnicamente en recesión y las bolsas se desplomaron tras el atentado. En el año 2000 había pinchado la burbuja del Nasdaq y el ataque precipitó el contagio provocando una grave crisis de crédito con quiebras generalizadas de empresas, principalmente de telecomunicaciones. La Administración Bush anunció una intensa rebaja de impuestos que benefició a las rentas altas, contribuyendo al aumento de la

desigualdad. La Reserva Federal sobrerreaccionó y bajó los tipos hasta el 1 % en 2003 (niveles mínimos desde 1958), y el BCE lo hizo hasta el 2 %.

El sobreendeudamiento bancario provocado por la burbuja del Nasdaq en los felices noventa aumentó y se contagió a las familias mediante créditos hipotecarios. Cinco millones de hogares estadounidenses pasaron a ser nuevos propietarios de una vivienda y el crédito bancario a las familias se dobló desde 2001 hasta 2007. Los bancos tuvieron el mayor momento Minsky de euforia financiera desde 1929 y aumentaron los riesgos.

Muchas familias estadounidenses de renta baja y trabajos precarios, que siempre habían tenido un acceso muy restringido al crédito, pudieron ser propietarios gracias a los denominados créditos *subprime*. En este entorno de euforia, muchas familias creyeron que la bonanza sería eterna y se embarcaron en una hipoteca. Desde la Casa Blanca se asoció la compra de una vivienda a cumplir el sueño americano.

#### UN TSUNAMI FINANCIERO: LA OLA QUE LLEGÓ MÁS ALLÁ DE LAS COSTAS

La vivienda es un mercado local. Pero la burbuja inmobiliaria fue global, ya que tras el Consenso de Washington y el profundo proceso de liberalización financiera, el contagio de la euforia se expandió por todo el planeta. Dinamarca registró una burbuja inmobiliaria y un sobreendeudamiento de las familias, Nueva Zelanda, Canadá, el Reino Unido, Irlanda, España, etcétera.

En la primavera de 2006, la morosidad hipotecaria en Estados Unidos comenzó a crecer por primera vez desde 1995. En julio de 2007, las agencias de *rating* cambiaron sus criterios para evaluar emisiones de bonos con titulizaciones hipotecarias. Los modelos daban mucho peso a la información reciente y durante años anticiparon que el riesgo de ese tipo de activos era

mínimo. De hecho, las agencias de *rating* asignaron calificaciones AAA, donde la probabilidad de impago esperada de esos bonos era del 0,000005 %. Muchos bonos eran sintéticos e incluían hipotecas *subprime* de alto riesgo pero en cantidades mínimas que, según las agencias, permitían mantener el AAA.

El cambio de metodología provocó un «tsunami financiero». La gran ola llegó a Europa en agosto de 2007 cuando varios fondos de inversión anunciaron que prohibían a sus partícipes retirar fondos ante la ausencia de liquidez para devolverles su dinero. Un corralito del siglo XXI que, en vez de producirse en las sucursales, tenía lugar en los fondos de inversión. La opinión pública no veía las colas en los bancos y no fue consciente de la gravedad del problema. Aquello provocó una estampida no en los depósitos sino en los mercados financieros.

Los bancos mundiales habían creado un sistema bancario en la sombra, legal y al margen de la regulación. Se usaban paraísos fiscales para crear fondos que invertían en activos con bonos, la mayoría con el respaldo de hipotecas. El fondo compraba activos —supongamos AAA de máxima calidad a euríbor +0,1 %— y se financiaba en el mercado interbancario con préstamos a euríbor. Por lo tanto, el beneficio era del 0,1 %. Ésta es una rentabilidad muy baja para una inversión y los bancos optaron por el momento Minsky: colocaban muy poco capital, supongamos un 2 % del total de dinero invertido, y multiplicaban esa rentabilidad por cincuenta veces.

Era un negocio muy rentable que en muchos bancos llegó a dar cuenta de un tercio de sus beneficios operativos. Pero también era un modelo muy vulnerable. El tsunami financiero colapsó el acceso de estos fondos de inversión al mercado de financiación y el sistema se cayó como un castillo de naipes. Los financieros que durante décadas metieron miles de millones para

patrocinar la revolución neoconservadora de repente pidieron al Estado que interviniera para evitar otra Gran Depresión.

Los economistas estudiamos en profundidad los errores cometidos durante la Gran Depresión en los años treinta y las lecciones aprendidas permitieron no volver a cometerlos. El mundo consiguió evitar otra gran depresión mundial, pero aun así sufrió la peor crisis económica en ochenta años. Por eso se le llama la «Gran Recesión». Los gobiernos reaccionaron con urgencia, contundencia y coordinación, y la mayoría de los países ejecutaron políticas monetarias y fiscales expansivas, desde China hasta Estados Unidos.

El paradigma ultraliberal se desmoronó tras la caída de Lehman Brothers. En quince días, el colapso de Wall Street provocó el de todos los mercados mundiales, incluido el del comercio internacional, provocando la caída de exportaciones desde que existen estadísticas. Los ciudadanos volvemos a comprobar en nuestras propias carnes la capacidad destructiva del sistema financiero. Ordenado y estable, genera bienestar y permite aumentar el empleo y la renta por habitante; en cambio, cuando se desordena y los inversores internacionales entran en pánico, provoca destrucción, desempleo, pobreza y aumentos de deuda pública que costearán varias generaciones.

El fracaso del comunismo era demasiado reciente y el mundo estaba vacunado tras ochenta años que habían generado más pobreza y problemas de lo que la revolución pretendía resolver. El mundo se encuentra aún inmerso en una crisis de ideas en busca de un nuevo paradigma, y todos los pilares del anterior están en cuestión: la globalización, el libre comercio, la innovación, la eficiencia económica o la distribución del trabajo, como la denominó Adam Smith, entre otros factores.

EL MIEDO PUEDE TENER UN COSTE MUY ALTO: POPULISMO

La reacción habitual de los economistas es denunciar la irracionalidad del miedo y explicar las ventajas teóricas e históricas del libre comercio y la eficiencia económica. El miedo es parte del comportamiento humano y hay que respetarlo. En una democracia, el voto tiene un componente emocional muy elevado y los populistas son muy hábiles canalizando ese miedo para conseguir el poder. Cuando lo obtienen, llevan a cabo políticas proteccionistas que empobrecen aún más a los ciudadanos durante diez o veinte años.

El miedo actual a los robots recuerda mucho al que tenían los sabots (trabajadores franceses que se organizaban para luchar contra las nuevas tecnologías que amenazaban sus empleos) a las máquinas de vapor. La historia ha demostrado que sus miedos eran infundados. Pero de nuevo el miedo es un gran motivador y condiciona el curso de una sociedad democrática; es el caldo de cultivo de revoluciones comunistas o populistas que acaban generando más problemas que los que pretenden resolver.

Este economista observador tiene una visión alejada de librecambistas o ultraliberales, así como de los comunistas y los populistas. Siempre he sido un aristotélico convencido que defiende que la virtud se encuentra en un punto intermedio entre dos extremos. Como me enseñó un profesor de filosofía, el *intermezzo* aristotélico no es lineal, sino un punto elevado por encima de los extremos. Aristóteles creía que la luna era una esfera perfecta, Galileo nos enseñó que la naturaleza es irregular y Einstein, que dentro del caos siempre hay un orden.

En España, Pablo Iglesias creó un partido sin militantes, un sindicato sin trabajadores y un periódico sin lectores. Supo anticiparse a lo que vendría. Por su parte, el PSOE es una institución con ciento treinta y siete años de vida y el único partido durante la democracia que ha mantenido su nombre. Hoy

cualquiera que pretenda encontrar un nuevo paradigma debe asumir riesgos y anticiparse al futuro extremadamente incierto al que nos enfrentamos.

El problema es que el mundo ha cambiado, y aunque las ideas y los objetivos socialdemócratas siguen siendo los mismos, las políticas y las estrategias para conseguirlos deben adaptarse al siglo XXI, igual que las políticas socialdemócratas que triunfaron en los años sesenta eran diferentes de las del siglo XIX. Este libro pretende aportar un proyecto socialdemócrata del siglo XXI. Yo soy un economista español y el proyecto será para España. Pero tendrá un enfoque global; por lo tanto, es válido y adaptable a la mayoría de los países, aunque cada uno deberá encontrar su propio modelo y espacio en la era de la tecnología global.

Los ciudadanos somos los dueños de las decisiones en una democracia. A pesar de la crisis y de que la socialdemocracia en Europa y en España no vive sus mejores momentos, sigo siendo un creyente. Los ciudadanos han sufrido una crisis brutal, tras un período de euforia financiera irracional. Decirles que el mercado por sí solo y sin la intervención del Estado va a resolver sus problemas conseguirá generarles más miedo y desconfianza, y entregarlos a los brazos de populistas que les dirán lo que quieren oír con el único fin de conseguir el poder.

El cambio se hará mejorando la gobernanza global y reformando las instituciones para que protejan a los ciudadanos y las rentas salariales ayudando a reequilibrar el sesgo favorable a las rentas del capital y de los altos ejecutivos de las últimas décadas, o no será. La Asociación Transatlántica de Comercio e Inversión (TTIP, del inglés *Transatlantic Trade and Investment Partnership*) debería ir más allá de un simple tratado de libre comercio clásico. Debería incluir derechos laborales de la OIT, resoluciones contra el cambio climático de la Cumbre de París, lucha contra los paraísos fiscales, etcétera. Debería ser la base sobre la que construir una nueva

gobernanza global que incluya luego al G20, donde están representados China, la India y países africanos y latinoamericanos. Hay que acometer una reforma en profundidad de las instituciones globales para adaptarlas al nuevo mundo que nos toca vivir en el siglo XXI. Un mundo multicultural y multipolar. Un mundo que, gracias a buenas políticas y liderazgo, conseguiremos que sea mejor que el que vivimos en el siglo XX, cuando fuimos en dos ocasiones a la guerra (mundial), algo que parece que se nos ha olvidado.

Lamentablemente, la victoria de Trump pone en riesgo la nueva agenda de gobernanza global iniciada por Obama pero que no se consolidó. El mayor beneficiado de la americanización de Estados Unidos es China, que ya desempeña el papel de líder mundial, de manera especial en el Global Sur. Europa tiene una gran oportunidad para recuperar la influencia perdida en el tablero mundial y contribuir con un modelo más humano que el norteamericano y el chino.

En este libro pretendo explicar que el aumento de la desigualdad no es una maldición divina y tiene solución. Es cierto que es intrínseca al sistema capitalista (la irrupción de China y de las nuevas tecnologías la intensifican), pero los elevados niveles de desigualdad que soportamos son fruto de errores y malas ideas que han llevado a malas políticas y a la peor crisis global de los últimos ochenta años.

Querido lector, si eres de los que crees que el destino se puede cambiar, que podemos construir presas para evitar inundaciones en época de lluvias y escasez de agua en la de sequía, y que podemos poner al hombre de nuevo en el centro de las decisiones, sin duda has elegido un buen libro. Encontrarás propuestas para el debate. Confío en que mis ideas, fruto de décadas de investigación y observación, así como de experiencias vividas, sirvan para iniciar una discusión que acabe derivando en una mayoría social que las lleve a cabo mediante un sistema de democracia representativa.

## Pobreza versus desigualdad

Erradicar la pobreza no es un acto de caridad,  
es un acto de justicia.

NELSON MANDELA

Los alimentos crecen a tasa aritmética y la población, a tasas geométricas. Era una tesis contundente. En 1798, el reverendo Thomas Robert Malthus escribió su influyente libro *Ensayo sobre el principio de la población* determinando la importancia de la demografía en la ciencia económica. Pronosticaba crisis permanentes por hambrunas o guerras para depurar los excesos de población cuando los alimentos escasean.

Su tesis se cumple en muchos países pobres, principalmente en África y, hace cuatro décadas, en Asia. Pero en la mayor parte de los países los pronósticos apocalípticos maltusianos no se han confirmado. Esto se debe a que los avances tecnológicos permiten al hombre aumentar los alimentos y los bienes, en las zonas más desarrolladas, también a tasas geométricas. Por el contrario, en aquellos países en los que sí se cumplen las profecías del reverendo, su población carece de formación en la mayoría de los casos y, lo que es más importante, del acceso a las nuevas tecnologías. No son pocos los



países del África subsahariana en los que se sigue cultivando la tierra al modo tradicional o con tecnología que usábamos en España hace siglos.

## RECURSOS, INNOVACIÓN E INSTINTO DE SUPERVIVENCIA

La presión humana sobre el territorio provoca escasez y crea la necesidad de innovar y desarrollar nuevas tecnologías para garantizar la supervivencia. Nuestros antecesores tardaron mucho tiempo en bajar de los árboles y erguirse a dos patas en la sabana africana. El cerebro diseñó herramientas que les permitieron defenderse, procrear y aumentar la población. Pero ese crecimiento supuso que los alimentos no fueran suficientes para mayores poblaciones y, consecuencia de ello, dio lugar al abandono de su hábitat natural. Bordearon el continente africano por las playas comiendo pescado hasta llegar a lugares como Atapuerca. Se asentaban cerca de los ríos, pues sus presas también lo hacían, para asegurarse agua y comida, y buscaban cuevas para cobijarse. El ser humano siempre fue migrante en busca de mejores condiciones de vida para él y para su grupo. Y lo sigue siendo.

Dos mil años antes del nacimiento de Jesucristo, antes de que los íberos, los fenicios o los romanos llegaran a la península, se crearon motillas cerca de las Tablas de Daimiel, en Castilla-La Mancha. Las motillas eran fortificaciones con pequeños asentamientos urbanos donde había un pozo para acumular el agua, se guardaba el grano y se construyeron hornos con los que cocinar y forjar armas, primero de bronce y luego de hierro. Los arqueólogos han encontrado en esas motillas pulseras hechas del marfil de los colmillos de elefantes; sin embargo, en esa zona no había elefantes, de modo que comerciaban e intercambiaban bienes con otros territorios lejanos.

Se estima que la población mundial, cuando nació Jesucristo, era de unos

200 millones de personas en la parte del mundo donde existían estadísticas. En América, buena parte de Asia y África no hay datos de aquellas fechas. China y la India ya eran los territorios más poblados y suponían la mitad de la población mundial. La llegada de Colón a América en 1492 dio inicio a uno de los períodos de mayor desarrollo tecnológico de la historia. Gracias a ese impulso innovador y al descubrimiento de nuevos alimentos y bienes, la población mundial se duplicó en trescientos años. Hacia 1820 poblábamos la Tierra 1.000 millones de seres humanos, que se convirtieron en 2.000 millones en el transcurso del siglo XIX. Ya en el XX, la población mundial se triplicó hasta los 6.000 millones de habitantes.

Por lo tanto, siempre que escuchemos las trompetas del apocalipsis debemos pensar que estamos llegando a la muralla de Jericó. Ninguno de los crecimientos de población citados anteriormente acabó con la especie, por eso es conveniente confiar en el instinto de supervivencia del ser humano para innovar y resolver la escasez. Lo realmente complicado es diseñar leyes e incentivos que protejan nuestro querido planeta de nuestro instinto freudiano de supervivencia y procreación. El ser humano es el mayor depredador sobre la tierra y su ingenio ha avanzado tanto que es capaz de poner en riesgo hasta las condiciones para tener un planeta con aire y agua limpios donde habitar.

#### POLLOS, MICROBIOLOGÍA Y LONGEVIDAD: MUCHA RENTA PARA MUCHOS AÑOS

Hay otro factor que a menudo olvidamos cuando hablamos de crecimiento de la población, y es la longevidad: no se trata sólo de que el planeta se encuentre habitado por un número cada vez mayor de personas, sino que éstas permanecen más tiempo en él. Los historiadores estiman que para la época del

Imperio romano la esperanza de vida estaba próxima a los veinte años y la probabilidad de morir antes del primer año de vida era del 35 %.

En 1889, Louis Pasteur se encontraba en su laboratorio tratando de hallar el modo de combatir el cólera aviar. Su ayudante olvidó inocular a unos pollos con un cultivo de la bacteria. Pasaron varias semanas antes de que se dieran cuenta del error y, aunque la bacteria se había debilitado, decidieron hacerlo de todos modos. Las aves enfermaron, pero no sólo no murieron como se esperaba, sino que además habían desarrollado resistencia e inmunidad. Así nacieron las vacunas. La microbiología permitió al ser humano revertir el destino de la naturaleza y aumentar nuestra esperanza de vida.

Otro de los grandes avances tecnológicos que han ayudado a mejorar la esperanza de vida ha sido el desarrollo del tratamiento de aguas para el uso humano. Ingenieros y químicos han conseguido con su trabajo de canalización, alcantarillado, depuración y reciclaje aprovechar al máximo uno de los recursos más valiosos del planeta.

Cuando mi abuelo nació en 1904, la esperanza de vida media rondaba los cuarenta años. Murió en 1989, con ochenta y cinco años de edad. Su vida, como la de tantos habitantes de la España rural de la época, no fue sencilla: sin patrimonio de ningún tipo, sin acceso a los estudios, con trabajos discontinuos como jornalero y con el peso de la Guerra Civil en su juventud y de la escasez de la posguerra más adelante. Su generación, mal formada y mal alimentada, duplicó su esperanza de vida gracias, entre otras cosas, a la implantación en España de un sistema sanitario universal.

Pero, además de multiplicar nuestra presencia y el tiempo que vivimos, los seres humanos hemos aumentado nuestra renta disponible y el consumo de bienes por habitante en los últimos siglos. Según Angus Maddison, en el año 1820 la renta per cápita en el mundo era de 720 dólares. En 1913, antes de la Primera Guerra Mundial, se había doblado hasta los 1.500 dólares en paridad

de compra, corregida la inflación para que sean comparables con los dólares de 1820. Hoy la renta mundial por habitante está próxima a los 8.000 dólares, según sus estimaciones.

Estos datos significan que, en el último siglo, la renta mundial por habitante se ha multiplicado más de cinco veces. Mayor renta permite mayor consumo. En 1965, el mundo consumía 30 millones de barriles de petróleo al día. Hoy llegamos a los 95 millones. En 1965, dos tercios del consumo de petróleo tenían lugar en los países desarrollados miembros del selecto club de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos). En la actualidad, los países emergentes consumen más petróleo que los desarrollados: China y la India consumen 16 millones de barriles al día, mientras que en 1965 sólo menos de medio millón.

### ¿PODRÁ LA TIERRA SOPORTAR EL CRECIMIENTO?

En 1972, el Club de Roma publicó su influyente informe «Los límites del crecimiento», una corriente de pensamiento que se ha denominado «neomaltusianismo». Su informe consiguió aumentar la conciencia ambiental de la sociedad, sobre todo en Estados Unidos y Europa, principales consumidores de energías fósiles, y fue clave para el desarrollo de energías renovables.

Cervantes, en su más famosa novela, hacía que don Quijote se pelease contra unos molinos de viento. La energía eólica ya estaba presente en las vidas de los campesinos del siglo XVII. La tecnología actual permite que un solo molino genere más electricidad que todas las centrales hidráulicas que había en el río Bidasoa y que empiezan a ser desmanteladas. Los primeros molinos, que se instalaron en Tarifa en 1992, generaban 0,2 megavatios. José

Luis Rodríguez Zapatero aumentó la inversión en I+D+i y, fruto de iniciativas financiadas en aquel momento, Cantabria ha desarrollado en su centro tecnológico una patente de un molino en alta mar que se sirve tanto del viento como de las mareas y que puede llegar a generar hasta 6 megavatios. Comparado con los primeros modelos instalados en Cádiz, en tan sólo veinticinco años se ha conseguido alcanzar una potencia treinta veces mayor.

Las reservas probadas de petróleo se han triplicado desde 1972 y también el consumo. La innovación tecnológica ha permitido explorar los océanos en aguas profundas, las arenas movedizas de Canadá o por medio de fracturación hidráulica, más conocida por el término inglés *fracking*.

De nuevo se confirma que Malthus subestimó la capacidad del ser humano para superar la escasez, pero también que su voluntad de supervivencia puede superar la capacidad de nuestro planeta para soportarlo. Desde que se publicó el informe «Los límites del crecimiento», las emisiones de efecto invernadero se han doblado y China ya supera en ellas a Estados Unidos (posee, además, las mayores reservas de carbón del mundo, que es su fuente primaria para generar electricidad). No obstante, en emisiones por habitante, los países desarrollados siguen siendo los más contaminantes.

La temperatura de la Tierra no ha parado de aumentar desde que se publicó el informe del Club de Roma. El planeta ha sufrido varias glaciaciones y la temperatura es cíclica. En la costa asturiana, desde Gijón hasta Ribadesella, existe uno de los mayores santuarios de fósiles de dinosaurios del mundo. En el museo de Colunga te explican que, gracias a las glaciaciones, la cordillera permitió que fuera un lugar de excelentes pastos para que los dinosaurios lo poblaran. Por lo tanto, no es la primera vez que cambia la temperatura del planeta.

Sin embargo, la correlación del aumento de la temperatura terrestre y el volumen de emisiones es muy elevada y cada vez son menos los que se atreven

a negar la causalidad. Aunque haberlos haylos. Mariano Rajoy, por ejemplo, se refirió a un científico primo suyo quien, al parecer, opinaba que «si nadie garantiza ni qué tiempo hará mañana en Sevilla, ¿cómo van a decir lo que va a pasar dentro de trescientos años?», negando de esta forma tan particular la posibilidad de predecir el cambio climático y el modo en que nos afectaría en el futuro. Afortunadamente, años después ha sido capaz de rectificar un argumento tan desafortunado, y en la Cumbre del Clima de 2015 celebrada en París, admitió que se había equivocado, que las emisiones de combustibles fósiles intensifican el calentamiento en la Tierra y que era importante luchar contra ello. Se trata de un asunto complejo, pues la contaminación es un problema mundial, pero las políticas para combatirla se desarrollan localmente, país a país. Por eso las soluciones han de ser *locales*.

Por desgracia, a finales de 2016, los estadounidenses eligieron en las elecciones presidenciales a un negacionista del cambio climático como Donald Trump, que ha llegado a la Casa Blanca dispuesto a deshacer el trabajo del anterior presidente en este ámbito. Barack Obama consiguió que la lucha contra el cambio climático estuviera en la agenda política norteamericana, participó activamente en la Cumbre del Clima de París, se sumó a compromisos concretos y aportó fondos para que éstos se llevaran a cabo. Cambió la regulación, se enfrentó al influyente lobby del petróleo e impulsó el desarrollo de energías renovables. Trump, por su parte, ha prometido que frenará todas esas iniciativas y que el petróleo volverá a ser la principal fuente de energía de su país.

En la Universidad de Alcalá hemos creado el Foro de Economía del Agua, que tengo el honor de dirigir. El calentamiento global acelera la evaporación del agua dulce, que de este modo se convierte en un bien escaso. Además de las implicaciones para el equilibrio ambiental del planeta, también deviene en una limitación para el desarrollo económico y la creación de empleo. España

es un país sometido a estrés hídrico que recibe 80 millones de turistas al año, muchos de ellos en las zonas más áridas de la península, emplazadas cerca de la costa mediterránea y en las islas. Consumimos más agua de la disponible, los acuíferos están sobreexplotados y esto supone una limitación para reducir nuestra tasa de paro y mejorar la renta por habitante, los salarios y la desigualdad.

Gro Harlem fue la primera ministra socialdemócrata de Noruega. Un referente del feminismo mundial, pues formó parte del primer gobierno de un país compuesto únicamente por mujeres; también ha sido embajadora de Naciones Unidas para el Cambio Climático. Tuvimos el honor de recibir su visita en uno de nuestros Foros del Agua, y entonces nos explicó que ninguna sociedad puede resistir el crecimiento cero que proponía el Club de Roma. La clave era decidir por qué tipo de crecimiento apostar. Publicó el primer informe donde se usó el concepto de «desarrollo sostenible». Hoy la sostenibilidad forma parte del debate de la opinión pública. El Foro se hizo en la sede de la Fundación Giner de los Ríos, el intelectual que nos enseñó que el futuro de un país dependía de su educación. Hoy la sostenibilidad se enseña en nuestras escuelas a los niños desde pequeños y es la mayor garantía de que el desarrollo pueda mantenerse en el futuro.

#### MENOS DE UN DÓLAR PARA VIVIR AL DÍA. POBREZA EXTREMA

La economía mundial no tiene un problema de potencial de crecimiento, aunque el aumento de la población mundial sigue siendo menor y eso reducirá el crecimiento del PIB en el futuro. El principal problema sigue siendo el injusto reparto de ese crecimiento. En 1980, los países desarrollados, que representaban menos del 25 % de la población mundial, se quedaban con el 75

% del reparto de la tarta del PIB cada año. Esa anormalidad histórica —fruto de la supremacía tecnológica durante los siglos XIX y XX— ya se ha revertido. Hoy los ciudadanos que viven en países emergentes se quedan con más de la mitad de la tarta. Y crecen más, por lo que el proceso de convergencia en renta por habitante continúa.

La reducción de la pobreza extrema en los últimos cuarenta años no tiene precedentes en la historia de la humanidad. Hay varias formas de medirla: familias que tienen ingresos menores a un dólar al día y que no cubren una cesta básica para vivir. La capacidad de los países muy pobres para medir el ingreso es francamente limitada y los precios de la cesta de la compra son diferentes entre países. Por esta razón, los economistas usamos el método denominado «paridad de poder de compra». Los bienes que se comercian internacionalmente suelen tener precios similares en todos los lugares. En cambio, los servicios son muy intensivos en empleo y, como los salarios son más bajos en los países pobres con menor productividad, los precios de los servicios también son más baratos.

En mis exámenes de macroeconomía internacional suelo pedir a los alumnos que expliquen por qué los precios son más bajos en los países pobres. Si comparamos el precio de un corte de pelo en España y otro en Marruecos, la diferencia es más que notable. Sin embargo, nadie en su sano juicio se desplazaría a otro país para solicitar un servicio de este tipo ya que los costes del desplazamiento en tiempo y dinero elevarían el precio de manera considerable. Lo que este ejemplo nos muestra es que la mayoría de los servicios deben proveerse localmente ya que tienen barreras de entrada que los protegen de la competencia internacional. Incluso multinacionales que venden sus productos por internet tienen que entregarlos localmente y necesitan contratar personal para la logística y la administración en cada país. Los salarios de esos trabajadores se fijan en el mercado de trabajo local y, en



los países en vías de desarrollo, son más bajos. Por este motivo, cuando viajamos a países con un menor nivel de renta (a la nuestra) comprobamos que los precios son más bajos, y en países de mayor renta son más altos. En Suiza es difícil comer en un restaurante por menos de 50 dólares, mientras que en países con una menor renta se puede comer por 5 o 10 dólares.

Es complicado calcular el ingreso familiar en países pobres, como también lo es medir un índice de precios para corregir la capacidad de compra. Los precios en los países desarrollados suelen ser unitarios y estables para todos los consumidores. Hay ofertas, pero en un supermercado el precio es el mismo a primera hora de la mañana que a primera hora de la tarde. En países pobres o emergentes, los productores suelen ir directamente a los mercados a vender sus productos y cada negociación tiene un precio diferente. Si el producto es perecedero, normalmente el vendedor tiene que andar varias horas hasta su casa y, si no consigue venderlo, al final de la mañana el precio será muy inferior que al principio.

Por esa razón son mucho más fiables las estadísticas que miden la canasta básica; es decir, se define cuál es la cesta de la compra que permite un mínimo nivel de subsistencia y se registra cuántas familias no consumen ni siquiera esa canasta básica. Esto es lo que define la pobreza extrema. Naciones Unidas se encarga de compilar dichas estadísticas y hace un gran esfuerzo por homogeneizarlas por países y áreas. Aun así, continúa siendo muy complicado conseguir estos datos y, cuando se logra, llegan con muchos errores de medición.

**BUENAS Y MALAS NOCITICAS: DISMINUYE LA POBREZA EXTREMA PERO AUMENTA LA DESIGUALDAD**

A mediados de la década de 1970, Asia se encontraba en una situación de pobreza extrema similar a la que hoy tienen muchos países del África subsahariana. En 1979, China abandonó el sistema de planificación económica y pasó a uno mixto, con la economía de mercado como principal sistema de asignación de recursos. La India abandonó la planificación económica en 1995 y también ha tenido un éxito espectacular en reducir la pobreza extrema. No obstante, ambos países necesitan seguir creciendo a tasas elevadas varias décadas más para erradicar el problema.

Unos 1.000 millones de chinos e indios han abandonado el campo y han migrado a las ciudades. En el campo trabajaban en la agricultura y su objetivo era comer dos o tres cuencos de arroz al día. Su esperanza de vida era muy baja y, si caían enfermos, sólo contaban con la solidaridad familiar para evitar la muerte o la pobreza extrema. Cuando migraban a las ciudades, entraban a trabajar en fábricas sin derecho a vacaciones y con salarios muy bajos comparados con los de las mismas fábricas establecidas en países desarrollados. Sin embargo, podían comer las proteínas y vitaminas (que Naciones Unidas considera necesarias) y tenían asistencia médica en las fábricas.

Según el Banco Mundial, en 1990 había 1.850 millones de personas en situación de pobreza extrema, el 35 % de la población mundial. En la actualidad, la cifra se ha reducido hasta unos 700 millones, el 10 % de la población total. Incluso desde 2007, con la peor crisis económica global desde los años treinta del pasado siglo, el proceso ha continuado y la pobreza extrema ha disminuido en 500 millones de personas.

El problema, por lo tanto, es la desigualdad dentro de los países. En China, la diferencia de renta por habitante entre la región con mayor renta, Shangai, y la de menor renta, Xichuan, que tiene 250 millones de habitantes, es de siete veces. Lo mismo sucede en Argentina entre la provincia de Buenos Aires y las

del norte. En España, la diferencia entre la de mayor y la de menor renta es de dos veces. No obstante, dentro de Shangai o Buenos Aires también hay grandes diferencias de renta. En el centro de Buenos Aires está Villa 31, un barrio de infraviviendas donde viven miles de personas, pero si cruzas una calle ya estás en Puerto Madero, el barrio más exclusivo de la ciudad, lleno de viviendas y oficinas.

En España, el Instituto Nacional de Estadística (INE) elabora una encuesta anual que mide el riesgo de pobreza. La Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) se realiza con metodología Eurostat y se mide igual en los veintiocho países de la Unión Europea (ahora veintisiete, tras la salida del Reino Unido). La encuesta mide la pobreza relativa que realmente calibra la desigualdad. En España no se calcula una estadística de canasta básica como sí hace, por ejemplo, CEPAL en América Latina por países. En la ECV, el INE estima como umbral de pobreza el 60 % de la media de ingresos; según datos de 2016, un 22 % de la población española estaba en riesgo de pobreza. La encuesta también hace preguntas específicas muy útiles para conocer la situación de exclusión social de las familias. Por ejemplo, pregunta si la familia tiene dificultad para llegar a fin de mes con su renta, si disponen de un colchón de ahorro para atender un imprevisto o si pueden irse de vacaciones al menos una vez al año. La encuesta permite también conocer la pobreza infantil. Pregunta a los hogares si los niños comen las proteínas mínimas que estima la Organización Mundial de la Salud, si llevan calzado adecuado al colegio, si tienen un lugar para estudiar o para jugar con sus amigos. En 2016, unas 100.000 familias españolas reconocían que sus hijos no comían las proteínas necesarias o no llevaban calzado adecuado. Considerando que hay unos 15 millones de hogares en España, la pobreza severa afecta a menos del 1 % de la población. En unos 500.000 hogares no tenían un lugar adecuado para estudiar, una circunstancia que los condena a la trampa de la pobreza. Por

lo tanto, el 3 % de las familias están en situación de exclusión severa. La mayoría de estas familias no tienen empleo y han perdido la vivienda, y las que tenían una hipoteca han sido desahuciadas. En muchos casos se trata de familias monomarentales, madres solteras o divorciadas con hijos a su cargo. Si la madre trabaja, no puede cuidar de los hijos, y si cuida de los hijos, no tiene dinero para darles de comer y pagar la vivienda.

La mayor parte de la exclusión social en España la ha provocado la crisis. Nuestro país, junto a muchos otros, registró una burbuja inmobiliaria desde 1998 hasta 2007. Pero aquí, además de subir mucho el precio de las viviendas, hubo un boom de la construcción. En 2006 se registraron casi un millón de visados de viviendas y se inició la construcción de 700.000 nuevas casas. Construíamos más que en el resto de los países de la Eurozona juntos. En 2007 la burbuja pinchó y en 2009 se iniciaron sólo 35.000 viviendas. Para construir una casa se estima que se necesitan dos trabajadores, incluidos los que trabajan en la construcción con los empleos indirectos en la industria para producir las ventanas, puertas, ladrillos y materiales de obra, y también aquellos implicados en otros servicios necesarios, ya sea la gestión del suelo, de la construcción o de la venta de casa. Por lo tanto, en menos de dos años el frenazo en seco del boom de la construcción de viviendas provocó la destrucción de 1,5 millones de empleos, tres de cada cuatro destruidos en la Gran Recesión en 2008 y 2009.

El resto de los sectores también destruyeron empleo en la peor recesión en España desde la Guerra Civil, y no pudieron absorber esos puestos de trabajo que se escapaban tras el pinchazo de la burbuja. El boom de la construcción provocó un intenso flujo de inmigración que encontró en España un trabajo y una renta mejores que los que tenían en sus países. La mayor parte venían del norte de África, Rumanía, Polonia y América Latina. La exclusión severa y el riesgo de pobreza se concentró en la población inmigrante hasta la recesión de

2012. La crisis bancaria y el rescate provocaron una intensa segunda recesión, y en 2012 y 2013 se destruyó otro millón de empleos, una recesión más intensa que la de 1992. La dureza de la crisis y su prolongación en el tiempo dieron lugar a que muchos españoles perdieran su puesto de trabajo, su seguro de paro y entraran en la pobreza severa.

La Comisión Europea elabora cada año un informe sobre los países miembros con recomendaciones. Normalmente, los medios de comunicación se centran en las relativas a la reducción del déficit público y las reformas estructurales en el mercado de trabajo. Sin embargo, todos los años la Comisión denuncia la deficiente política contra la pobreza y la exclusión social en España. Alerta sobre la ausencia de un censo y no una encuesta que permita diseñar políticas públicas para erradicar el problema. Al afectar sólo al 20 % de la población, la exclusión social tiene solución. De hecho, varias comunidades autónomas tienen rentas mínimas de inserción que minimizan el problema. Con todo, la Comisión Europea denuncia que no hay una coordinación desde el gobierno central con las comunidades autónomas y ayuntamientos para que todos los españoles con exclusión social tengan las mínimas ayudas, independientemente del territorio en el que residan.

#### LA DESIGUALDAD NO SE SOLUCIONA VOTANDO A RAJOY

En 2017 prácticamente trabajaban en España las mismas personas que en 2011; pero de los que se encontraban en paro, la mitad habían perdido la prestación y entraban en exclusión severa. En 2011, el 80 % de los parados cobraban la prestación que les permitía disponer de una renta básica y los protegía de la exclusión. El gobierno de Rajoy ha negado el problema, e

incluso el ministro de Hacienda llegó a pedir públicamente a las ONG que no publicaran estadísticas de pobreza para no generar alarma social.

Desde 2011, muchos españoles repiten el mantra de que PP y PSOE son iguales, que ya no hay ideologías y que da igual ser de izquierdas o de derechas. Afirmación esta que, además de ser falsa, es muy injusta. El gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero sufrió una grave crisis financiera en 2010 y 2011 por el contagio de la crisis griega que el BCE y los líderes europeos fueron incapaces de resolver. Por lo tanto, se vio obligado a aplicar recortes para reducir el déficit ante los graves problemas para emitir deuda pública. Sin embargo, el ajuste fue inclusivo y tuvo un impacto mínimo sobre las políticas sociales y el Estado de bienestar. Por su parte, Rajoy ha cometido numerosos errores, el principal de los cuales fue precipitar el rescate de 2012, pero lo más criticable de su gestión ha sido la falta de sensibilidad social, sobre todo con las familias en exclusión severa.

La situación podría ser más dramática, pero un millón de inmigrantes que vinieron a España atraídos por el boom de la construcción han regresado a sus países desde 2011 o se han ido a otro lugar a buscar un empleo y una renta mínima de subsistencia que en España no lograban tener. Por esta razón se ha reducido más el número de desempleados que los empleos creados.

El otro fenómeno que se ha agravado mucho durante la crisis ha sido la desigualdad. El mercado de trabajo español, desde 2008 hasta 2014, apenas ofrecía oportunidades de empleo, y se estima que los trabajadores que lo perdían y volvían a encontrar uno nuevo han tenido una caída de salarios próxima al 30 % de media. Los otros grandes damnificados de la crisis han sido los jóvenes que acababan sus estudios y querían encontrar una salida laboral. Uno de cada dos menores de veinticinco años que quieren trabajar no puede hacerlo, y España cuenta con la segunda tasa de paro juvenil más alta de Europa, sólo superada por la de Grecia. Además, los que consiguen un empleo

lo hacen con salarios y condiciones de trabajo muy precarias. Los jóvenes economistas que encuentran trabajo están teniendo salarios similares a los de mi generación a mediados de los años noventa, pero con una salvedad: los precios de la cesta de la compra han subido un 30 % desde entonces. Los jóvenes de hoy en día, con el mismo salario, pueden consumir menos bienes, de modo que su descontento y su desafección con la política y las instituciones están justificados. La cuestión es que el cabreo te permite desahogarte, pero no salir de la crisis y resolver los problemas. El 15M fue el anticipo de una mayoría absoluta de Rajoy, y la precariedad salarial de los jóvenes españoles ha aumentado desde entonces.

La bajada de salarios se ha concentrado en ese 30 % de la población que ya tenía unos ingresos bajos. Esto, unido a la fuerte destrucción de empleo, ayuda a explicar que España tenga el mayor riesgo de pobreza de la Unión Europea, sólo superada por Bulgaria, y que seamos el país donde más ha aumentado éste durante la crisis. No obstante, al ser una medida de pobreza relativa, esas ratios no son comparables. La renta media en Bulgaria es un 60 % inferior a la española; por lo tanto, un español en riesgo de pobreza con una renta un 40 % inferior a la media sigue teniendo una renta superior al 80 % de la población búlgara.

España es un caso particular debido a la burbuja y las cicatrices que ha dejado su pinchazo. Pero también nos afectan las tendencias globales que han aumentado la desigualdad, especialmente en los países desarrollados desde 1980. El fenómeno que más ha influido en la desigualdad es lo que denominamos «globalización». China y la India —y más países emergentes— adoptaron modelos de desarrollo basados en las exportaciones, y el comercio mundial ha crecido el doble que el PIB global en los últimos treinta años.

En la asignatura de comercio internacional que se imparte en las facultades

de Economía, cuyo principal manual es el de Paul Krugman, explicamos el teorema Stolper-Samuelson.

Tal como explicamos anteriormente, China y la India tuvieron mucho éxito en sus exportaciones a causa de sus bajos salarios. En el próximo capítulo veremos que ésta fue la misma estrategia de desarrollo que sacó a España del atraso secular en los años sesenta. Gracias a nuestros bajos salarios, las empresas francesas y alemanas deslocalizaron aquí parte de su producción. La diferencia con China siempre es cuestión de la escala. El crecimiento de las exportaciones españolas desde 1960, y especialmente desde nuestra entrada en la Unión Europea en 1986, tuvo un efecto mínimo en las exportaciones mundiales. Por el contrario, el crecimiento de las exportaciones chinas sí cambió el tablero mundial.

Los bajos salarios explican que las empresas produzcan bienes muy intensivos en mano de obra (por ejemplo, el textil). Cuando un país importa bienes producidos en países con salarios menores, los compra a precios más bajos. Por lo tanto, un consumidor en un país desarrollado con el mismo salario puede comprar más bienes y aumentar su consumo. Yo ahora compro trajes al mismo precio que cuando empecé a trabajar, a mediados de los años noventa. El salario medio en España se ha doblado desde entonces. En consecuencia, si no pudiéramos importar los trajes, serían más caros y tanto nuestro consumo como nuestro nivel de vida serían menores.

Se dice que los chinos nos han robado empleo. Éste se ha reducido a la mitad en el sector textil en España desde que China entró en la OMC a mediados de los años noventa. Pero hay 6 millones de españoles más trabajando desde 1995 y la renta por habitante se ha doblado.

Los chinos también importan y, como son muchos, existe un efecto escala sobre el empleo mundial. España es muy competitiva en la producción de bienes de equipo, especialmente máquina-herramienta. Cuando vemos en



televisión una fábrica con máquinas enormes confeccionadas a medida para producir es muy probable que se hayan hecho en España. China ya es el principal cliente de exportación de nuestro sector de bienes de equipo.

España es un gran productor de coches, y empresas españolas como Gestham, Grupo Antolín o Cie Automotive son líderes mundiales en la producción de componentes de automóvil. Muchas de las piezas del motor o los asientos de los coches producidos en China se diseñan en España. Volkswagen vende muchos coches Passat en China y los perfiles de aluminio de sus ventanas están producidos en Arganda del Rey.

Aunque el textil español está en crisis, Zara es líder mundial de ventas de ropa y Mango, entre otras empresas, también se disputa los primeros puestos mundiales del sector. Zara ha abierto cientos de tiendas en China. Inditex, la empresa propietaria de Zara, tiene más de 100.000 empleados, de los cuales 40.000 trabajan en España, muchos en Arteixo, en la sede cerca de La Coruña, donde están los trabajadores mejor pagados de la compañía.

El empleo y la renta por habitante en los países desarrollados han seguido creciendo desde 1980. El problema es que un porcentaje elevado de trabajadores ha visto cómo sus salarios han crecido menos que la inflación y han perdido poder adquisitivo. Se trata principalmente de trabajos con una baja cualificación, más fáciles de deslocalizar a países con salarios bajos. La crisis ha frenado la intensidad del proceso de globalización. Desde 2008, y especialmente desde 2012, el comercio mundial crece menos que el PIB mundial. La causa es el frenazo en seco de las importaciones de países emergentes, que han pasado de crecer próximas al 10 % antes de la crisis a estancarse en 2016.

REFORZAMIENTO DE LAS INSTITUCIONES MUNDIALES = DEBILITAMIENTO DE LA

## DESIGUALDAD

Otro fenómeno que ha afectado a la desigualdad es la revolución tecnológica. Los nuevos inventos permiten sustituir mano de obra por máquinas o robots, y los empleos afectados, para mantener su trabajo, se ven obligados a bajar sus salarios o no podrían competir con las máquinas. Ya hemos explicado anteriormente que las tesis malthusianas del fin del empleo siempre se han equivocado. Hay más puestos de trabajo, pero el problema es que el salario medio mundial es menor hoy, ya que la mayor parte de esos empleos se crean en países emergentes con sueldos más bajos.

Durante los años noventa y hasta 2007, el proceso de endeudamiento de las familias en muchos países desarrollados enmascaró el fenómeno. Los salarios no crecían por encima de la inflación, pero las familias se compraban casas, los bancos les permitían en muchos casos consumir hoy y pagarlo mañana, y el aumento de los precios de la vivienda y de la riqueza acumulada permitió mantener el nivel de vida.

La quiebra de Lehman Brothers supuso un gran estruendo que despertó a muchos ciudadanos de su sueño. Todos comprobamos la capacidad destructiva de los mercados cuando los inversores se asustan y huyen en estampida a buscar refugio en la deuda pública de los países y las monedas que más seguridad generan. El crédito se secó, tocó pagar las deudas y muchas familias aterrizaron de repente en la realidad y tuvieron que ajustar bruscamente su nivel de gasto, algo que al ser humano le genera desasosiego e infelicidad.

Esta situación provocó el cierre de muchas empresas y una intensa destrucción de empleo, y lo que comenzó como una crisis financiera se transformó en una crisis económica y, tiempo después, derivó en una crisis social y política. La crisis social es sistémica y afecta a muchos países, pero en cada uno se manifiesta de manera diferente.

En Estados Unidos, por ejemplo, muchos afectados por la globalización y la revolución tecnológica votan a Trump porque les promete prohibir las importaciones y proteger sus empleos. En el Reino Unido, los ciudadanos votaron en su mayoría a favor del Brexit para restringir la llegada de inmigrantes. En Francia buscan refugio en Le Pen, y en Alemania los aglutina un partido xenófobo como Alternativa. En el sur de Europa, además de partidos de extrema derecha como Amanecer Dorado, han emergido partidos de extrema izquierda como Podemos en España o Syriza en Grecia. Por otra parte, en América Latina el viraje es a la derecha, con Macri en Argentina y Temer en Brasil. Y en Hong Kong asistimos a «la revolución de los paraguas», que exige al gobierno chino más libertad.

Todos los países se han visto afectados de alguna manera por ambos fenómenos. El economista turco y profesor de Harvard Dani Rodrik ha estudiado el populismo a lo largo de la historia y argumenta que todos los períodos de integración económica global y revolución tecnológica acaban generando una reacción populista ya que la sociedad, asustada, reclama protección. Por lo tanto, podemos considerar que el populismo es cíclico, igual que el PIB o el empleo. Sin embargo, los ciclos populistas son más prolongados y difíciles de predecir y anticipar que los ciclos económicos.

Del mismo modo que en España el gobierno de Rajoy no hizo nada para frenar el ascenso de la desigualdad, las instituciones mundiales tampoco han tomado medidas para contrarrestar estos efectos. La política sigue siendo local y la solución también debe serlo. Pero el fenómeno es global y exige una mayor coordinación de políticas entre países. Para ello es necesario reforzar las instituciones mundiales, la mayoría creadas en 1945 tras la Segunda Guerra Mundial y en plena Guerra Fría. Es necesario adaptarlas a este nuevo mundo multipolar y multicultural. En los próximos capítulos iremos

desarrollando tanto políticas nacionales como supranacionales enfocadas a resolver el problema.

Desde 1980, el porcentaje de renta que se queda el 1 % de la población más rica en Estados Unidos y el Reino Unido ha subido con fuerza hasta registrar sus máximos históricos. Estos dos países fueron el epicentro de la revolución neoconservadora de Reagan y Thatcher. En el resto de los países europeos, el porcentaje de renta que se queda el 1 % de la población más rica ha subido, pero sigue estando muy por debajo de los máximos alcanzados en el siglo XX antes de la Segunda Guerra Mundial.

España, desde la muerte de Franco y la llegada de la democracia, es uno de los pocos países en el mundo donde el peso del 10 % de la población más rica ha disminuido su participación en la distribución de la renta. El resto de los españoles han aumentado su peso, incluso el 30 % de la población más pobre después de esta maldita crisis. Los más beneficiados por la llegada de la democracia y la entrada en Europa han sido las clases medias. Esto se explica por una serie de decisiones políticas y leyes que han revertido la tendencia internacional, como la reforma fiscal de 1977 que fija un impuesto progresivo sobre la renta, la universalización del sistema público de pensiones y de salud desarrollado en los años ochenta, el aumento significativo del gasto en educación, la subida de las pensiones mínimas del 50 y del 90 % en el caso de las de viudedad con hijos a cargo durante los gobiernos de Zapatero, el aumento del salario mínimo, etcétera.

La extrema desigualdad que padecemos no es, por lo tanto, una maldición divina y, como todos los problemas, tiene solución. El futuro está por escribirse. Y como dice mi buen amigo Sebas Álvaro, quien dirigió *Al filo de lo imposible* y nos mostró la belleza del alpinismo subiendo todos los ochomiles del mundo, «debemos cumplir nuestros sueños imposibles».

## España, un caso de éxito

España es una economía muy agradecida.

ANTONIO TORRERO

Llevo estudiando crisis financieras y depresiones desde hace muchos años, pero siempre se habían producido en otros países: Japón, Tailandia, México, Brasil, Turquía, Argentina, Islandia, etcétera. Reconozco que estudiar una crisis en tu propio país, viendo el dolor y el sufrimiento que genera a millones de tus compatriotas, a tus familiares y amigos más próximos, me ha afectado emocionalmente. Por esta razón, que un académico —sin temor a lo políticamente correcto— diga con toda tranquilidad que considera a tu país como exitoso, me emocionó.

En 2015 estuvo en España James A. Robinson, economista y coautor junto a Daron Acemoglu del best seller mundial *¿Por qué fracasan los países?* (Deusto Ediciones, 2012). Le pregunté por la causa del pequeño tamaño medio de las empresas españolas y qué medidas habían tomado otros países para tener compañías de mayor tamaño y con mayor capacidad para desarrollar proyectos empresariales en un entorno global tan competitivo. Me contestó que no era un experto en ese tema (una humildad que se agradece de los

académicos en un mundo plagado de sofistas) y me dijo que, para ellos, España es un caso de éxito: es uno de los pocos países que ha conseguido saltar de una renta por habitante por debajo de la mitad del promedio europeo a converger hasta la media en tan sólo cincuenta años. Estoy de acuerdo con la afirmación de que España es un país exitoso y me gustaría analizar las causas de que se lograra ese aumento tan espectacular de la renta por habitante en un período de tiempo tan corto.

La historia del purasangre español empieza en 1959 y aún continúa. Al frente del país han estado Francisco Franco, Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo Sotelo, Felipe González, José María Aznar, José Luis Rodríguez Zapatero y Mariano Rajoy. Sin los gobiernos y los políticos no se podría explicar la historia de éxito, pero es justo reconocer que el mérito es de toda la sociedad española y, especialmente, de nuestros políticos.

#### CUARENTA AÑOS DE DICTADURA Y CUARENTA DE DEMOCRACIA

España es uno de los Estados nación más antiguos del mundo, con una historia tupida con más grises que blancos. Nuestra actual Constitución es un ejemplo muy ilustrativo de ello, pues con tan sólo cuarenta años de vida es ya la más longeva de toda nuestra historia. Un pequeño lapso de tiempo frente a los más de doscientos años de la Constitución de Estados Unidos.

Nuestra historia antigua está llena de invasiones foráneas que convirtieron a España en una sociedad multicultural muy adecuada para el mundo de cambios profundos en el que vivimos. Después de los romanos, los árabes estuvieron ocho siglos en nuestro territorio, que aún no se llamaba España. La repoblación, o Reconquista, empezó desde el norte de la península y, en su avance hacia el sur, se fueron configurando reinos y feudos que anteceden a

nuestro actual Estado de las autonomías: los reinos de Castilla, León, Aragón, Valencia y Granada.

En 1492, cuando los Reyes Católicos conquistan Granada, crean el Reino de España. El descubrimiento de América situó al nuevo Estado español como la mayor potencia militar y económica del mundo. Llegaron los Austrias y la influencia germana y después los Borbones, con influencia francesa. Y todos ellos configuraron la cultura y la idiosincrasia de la España de hoy.

Uno de los pintores más representativos del arte español de todos los tiempos fue Francisco de Goya. Su famoso lienzo *Duelo a garrotazos* (1820-1823), que se conserva en el Museo del Prado, resume a la perfección lo que ha sido la historia de España a lo largo de los siglos: guerras, conflictos, golpes militares, revueltas civiles, de nuevo guerras, golpes militares y vuelta a empezar.

Cuanto más leo sobre la historia de nuestra querida España, más valoro la Constitución que tenemos y la transición a la democracia que conseguimos. Tras el año 2016, con dos elecciones consecutivas en las que nuestros políticos fueron incapaces de formar gobierno, he comprendido que la transición fue un milagro provocado por una sociedad hastiada por cuarenta años de dictadura, con deseos de superar el desgarró de la Guerra Civil y una mezcla de esperanza, anhelo de libertad y miedo a volver a los conflictos que plagan nuestra historia.

Y también por unos líderes políticos que se enfrentaron al destino de la historia para cambiarlo. Empezó todo el rey Juan Carlos, que renunció a los poderes plenipotenciarios de Franco. Torcuato Fernández-Miranda, que con su Ley de Reforma desactivó el franquismo y dio seguridad jurídica a la transición y la Constitución sin derramamiento de sangre. Y luego Adolfo Suárez, Felipe González, Santiago Carrillo y Manuel Fraga, junto con todos

los que los ayudaron en sus partidos, supieron buscar los consensos necesarios para no repetir nuestro destino, que siempre acababa en conflicto.

Cierto es, también, que no todo fue perfecto; por ejemplo, el modelo autonómico ha sido un federalismo imperfecto aún por desarrollar. Pero, sin duda, los últimos cuarenta años han sido los mejores de la historia de España.

#### LAS DIVISAS DE FRANCO SE PARECÍAN A LAS DE FIDEL

En 1939, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, la España gobernada por Franco tomó posición del lado fascista, que acabó siendo derrotado. En 1945, acabada la guerra, tanto Hitler como Mussolini habían muerto, pero Franco aún resistía. España, aliada con el bando perdedor, quedó aislada de Europa y huérfana en la Guerra Fría, ya que no era aceptada por Estados Unidos, por los países occidentales ni tampoco por los comunistas. Franco optó por el modelo falangista de autarquía inspirado en Mussolini. Impuso un férreo control a las importaciones y a la tenencia de divisas para favorecer la producción nacional. Y todas las decisiones económicas eran planificadas por el gobierno. Era un modelo muy parecido al de Cuba, aunque Fidel Castro y Franco estaban en las antípodas ideológicas.

En mi etapa de director financiero en Estudio Lamela Arquitectos, recuerdo que Antonio Lamela me dejó el libro de regulación del gremio de arquitectos durante el franquismo. El arquitecto se limitaba a diseñar y a ejecutar la obra y no se preocupaba de la gestión empresarial. El contrato, el precio y el sueldo de los trabajadores lo fijaba el gobierno por ley; el decreto de regulación lo firmaba Serrano Suñer, cuñado de Franco, y la regulación era tan estricta que detallaba cosas tan absurdas como la vestimenta del arquitecto en protocolo de gala.



El modelo económico franquista era autofágico o entrópico, como explicaba Manuel Torres, el economista más influyente de la época. España no tenía petróleo ni maquinaria moderna, ni disponía de nuevas tecnologías ni de muchos bienes de capital para producir. Por lo tanto, cuanto más aumentaba la producción industrial, más crecía la demanda de importaciones de petróleo y maquinaria. Pero como el modelo se enfocaba hacia dentro y estaba protegido de la competencia internacional, las empresas eran muy poco competitivas y nuestras exportaciones eran anémicas, no crecían.

Cuanto más crecía la economía, más aumentaban las importaciones, lo que provocaba déficit con el exterior. Al ser un país aislado, no tenía acceso a los mercados de capitales internacionales para poder financiarlo. Franco y su equipo económico plantearon aquella situación como una guerra económica y como una nueva cruzada, la misma estrategia que usaron durante la Guerra Civil. En vez de reconocer la insostenibilidad del modelo, resistieron numantivamente veinte años. Los costes de aquella desastrosa política económica los pagaron todos los españoles. La pobreza aumentó exponencialmente, ya que la cartilla de racionamiento no cubría la canasta básica para vivir. Ante la escasez, se generó un mercado negro con productos que conseguían sortear la restricción sobre las importaciones.

La historia nos enseña que cuando alguien quiere comprar un bien y otro quiere venderlo, se encuentran el precio y las condiciones para hacerlo. Limitar la economía de mercado no elimina la necesidad de demanda de bienes, y en todas las ocasiones y en todos los países en los que se ha restringido la actividad económica ha surgido un mercado negro.

Los bienes entraban por los puertos, por los Pirineos y por la frontera portuguesa. No es casual que los pueblos cercanos a ambas fronteras tuvieran más actividad económica que los del interior de la misma provincia. El estraperlo era un foco de corrupción enorme y había que pagar a muchos

intermediarios. Al entrar en España se convertían en monopolistas, ya que nadie disponía de esos bienes y tenían poder de fijación de precios. Los mercados negros son siempre ineficientes y los precios son mayores que en los países en los que los bienes circulan libremente. Por eso en los pueblos cercanos a Francia y Portugal se cruzaban las fronteras para conseguir productos más baratos, bien para autoconsumo, bien para alimentar el mercado negro. Lo mismo que sucede ahora en Venezuela y que ellos llaman el «bachaqueo».

#### ENTRE BOOM Y CRISSI: DE EISENHOWER A SUÁREZ

En 1952, España empezó a abandonar el aislacionismo gradualmente. El presidente Eisenhower quería tener bases militares norteamericanas en el sur de Europa y visitó España para conseguirlo. En 1954, una misión del FMI y del Banco Mundial vino a España y elaboró un plan de estabilización. Era un plan ortodoxo con ajuste fiscal, liberalización para desmontar la autarquía y planificación extrema, devaluación de la peseta para recuperar competitividad y poder exportar, y una política monetaria ortodoxa para reducir la tasa de inflación. Con precios regulados y mercado negro es muy difícil — técnicamente— medir la inflación, aunque se estima que era superior al 40 %. Esta circunstancia encarecía los salarios en dólares y perjudicaba las exportaciones. Un problema similar al que tienen ahora Cuba o Venezuela.

El modelo reventó en 1957. Cuentan que el ministro de Comercio Alberto Ullastres, del Opus Dei y fiel al régimen, llegó al Pardo y le dijo a Franco que quedaban reservas de divisas para importar petróleo para pocas semanas y que eso dejaría a muchas familias sin calefacción y con restricciones de luz. Franco contestó que vendieran naranjas, y Ullastres le preguntó: «¿Y si hay

una gota fría y estropea la cosecha?». En ese momento el dictador fue consciente de la necesidad de poner en práctica el plan propuesto por el FMI y el Banco Mundial. Franco le contestó con su personal estilo: «Hágase».

El plan se puso en marcha en 1959 y fue menos ambicioso que el propuesto por el FMI. El ajuste a corto plazo fue muy duro. La devaluación provoca una subida de precios importados y para evitar una hiperinflación exige contención salarial. Por lo tanto, la capacidad de compra disminuye y el consumo se desploma. Se estima que la renta por habitante en 1960 cayó un 15 %, una crisis peor que el pinchazo de la burbuja inmobiliaria en 2008. Sin embargo, a diferencia de la crisis que hemos padecido, el ajuste fue muy rápido. En pocos meses la economía recuperó las condiciones necesarias para crecer y comenzó la historia de nuestro purasangre. Desde entonces España ha demostrado ser una economía muy agradecida que cuando tiene condiciones estables demuestra un elevado potencial de crecimiento. Con todo, las crisis también son más intensas que las de nuestros socios europeos: la tasa de paro en las tres últimas crisis siempre ha superado el 20 %, y en 2013 registró su máximo histórico del 27 %.

Estabilizar la inflación y el tipo de cambio de la peseta fue clave. El milagro económico se basó principalmente en tres variables: más de tres millones de españoles emigraron, principalmente a Francia, Alemania y también hacia América Latina (México, Argentina y Venezuela). Esos españoles enviaban remesas a sus familias y con esas divisas había dólares para las importaciones de petróleo y maquinaria. La otra fuente principal de divisas fue el turismo; y la tercera, la llegada de inversión extranjera en busca, principalmente, de salarios baratos.

Los españoles abandonaron las zonas rurales y se fueron a las ciudades. En el campo, la productividad por ocupado era mínima, y en la ciudad, ya fuera en la industria o en el turismo, crecía exponencialmente. El gobierno mantuvo

el control del sistema bancario y el crédito estaba dirigido a los sectores con mayor potencial de crecimiento y creación de empleo. El gobierno de Franco les decía a los bancos cuánto tenían que prestar, a qué empresas y sectores y a qué tipo de interés. El modelo era muy similar al que después aplicaron en China en 1979.

Según Eurostat, la oficina de estadística de la Comisión Europea, la renta por habitante en España en 1960 —corregida por paridad de compra, para hacer comparables los datos con otros países— era el 60 % de la UE-15, que incluye los países más desarrollados del continente. En 1975, la renta por habitante española era el 82 % de los quince países más desarrollados de Europa. Teniendo en cuenta que fue uno de los períodos de mayor crecimiento económico de los países europeos, converger más de 20 puntos en renta por habitante llevó a denominar al proceso «el milagro económico español».

En 1973 se creó la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y el precio del crudo pasó de 3 dólares por barril a 12. Hasta entonces las grandes empresas petroleras controlaban el mercado y mantenían el precio bajo, pero al unirse los principales productores provocaron una brusca subida de precios. Si corregimos los precios del petróleo con la inflación, 12 dólares de 1974 serían equivalentes a 55 dólares de 2015. En 1979, Irak e Irán entraron en guerra y había serios problemas para transportar el petróleo por el estrecho de Ormuz en el golfo Pérsico. Esa escasez de crudo en el mercado disparó los precios hasta los 36 dólares, equivalentes a los 105 dólares alcanzados en 2015.

La crisis económica en 1973 y 1979 fue global, pero en España fue mucho más intensa. Buena parte de la industria en 1975 era pesada (altos hornos, navieras) y era muy intensiva en el uso de energía. El precio del crudo se multiplicó por cuatro en apenas seis años y muchas de esas empresas entraron en pérdidas y no resistieron. Estaban altamente endeudadas y provocaron la

quiebra de varios bancos. En 1975 también pinchó una burbuja inmobiliaria generada durante el boom, y las empresas promotoras y constructoras quebraron.

La crisis bancaria heredada del franquismo en 1975 fue peor que la que hemos padecido desde 2008. El mayor coste fue por Rumasa, que tenía empresas industriales que quebraron y provocaron la quiebra de los bancos del grupo. El coste total que pagamos los contribuyentes por aquella crisis bancaria fue equivalente al 12 % del PIB. En la crisis actual el coste ha sido hasta 2016 de un 7 %. Es lo mismo que acabará sucediendo en China, ya que sus empresas también están muy endeudadas y las ineficientes terminarán incurriendo en el impago. Los modelos de crédito dirigido favorecen el crecimiento económico, pero todos acaban en una grave crisis bancaria.

#### EL PACTO POLÍTICO QUE CAMBIÓ LA ECONOMÍA: LA MONCLOA Y LA CEE

Ésa fue la herencia que recibió Suárez cuando tuvo el mandato del rey y luego de los españoles para gobernar. La imagen que mejor resume la transición es la cara de Suárez en su escaño mirando al cielo y dando gracias cuando las Cortes franquistas aprobaron la Ley para la Reforma Política. La prioridad era crear las instituciones democráticas. La Ley de Partidos, la amnistía por delitos políticos, la legalización del Partido Comunista, la aprobación de la Constitución, etcétera. Suárez fue enterrado merecidamente con honores de Estado y con el respeto y la admiración de los españoles. Pero sin la cesión y la responsabilidad del Partido Socialista y del Partido Comunista la transición no habría sido posible.

La situación política complicaba la gestión de la crisis económica. Los Pactos de la Moncloa firmados en 1977 fueron una potente imagen de unidad y

de apoyo a las instituciones de todos los partidos, desde los comunistas hasta Alianza Popular, formada por exministros del franquismo. Una imagen para los ciudadanos de que la democracia iba en serio y una imagen para el exterior, especialmente para nuestros socios europeos, que seguían con atención los acontecimientos en España y que apoyaron en todo momento la democracia.

Los efectos para la economía del pacto también fueron relevantes. En octubre de 1977, cuando se firmaron los pactos, la inflación estaba próxima al 30 %. El aumento de los precios del petróleo forzó a las empresas a subir los precios y los trabajadores exigían mayores aumentos de salarios al año siguiente para proteger su capacidad adquisitiva. Esto forzaba a las empresas a subir los precios o a despedir trabajadores para no entrar en pérdidas o para minimizarlas. Es lo que se denominó «estanflación»: crecimiento estancado pero con destrucción de empleo y aumento de la tasa de paro.

En la *Teoría general*, Keynes asumía que la tasa de inflación estaba próxima a cero y centró toda su atención en la demanda. Lo mismo que sucedió en la Gran Depresión. Pero en su *Breve tratado sobre la reforma monetaria* (Fondo de Cultura Económica, 1992) y en *Tratado sobre el dinero* (Síntesis, 2010), Keynes analizó la inflación con una visión ortodoxa, aprendida de su maestro en la Universidad de Cambridge, Alfred Marshall. No considerar la inflación fue la principal crítica a la *Teoría general* de Milton Friedman, que aun así asumió la gran innovación de Keynes al introducir el tiempo y las expectativas en el análisis económico.

Hasta 1973, los economistas basaban sus análisis en la curva de Phillips, un economista británico que encontró una relación inversa y estable entre la tasa de inflación y la de desempleo. Cuando subía la inflación era una fase expansiva, se creaba empleo y bajaba la tasa de paro, mientras que en las recesiones se destruía empleo, aumentaba el paro y se moderaban los salarios y la inflación.

A partir de 1973, tras la brusca subida de los precios del petróleo, subía la inflación y el paro a la vez, y el paradigma de la curva de Phillips quedó inhabilitado. Edmund Phelps desarrolló la curva de Phillips ampliada y consiguió el Premio Nobel por ello. Mantenía en la ecuación la relación entre inflación y tasa de paro, pero introducía también las expectativas de inflación. Si los ciudadanos esperaban que la inflación subiera en el futuro, pedirían un aumento de salarios y sería una profecía autorrealizable.

Los Pactos de la Moncloa mandaron una potente imagen de unidad de todos los partidos con una señal clara apoyando la estabilidad y la necesidad de frenar la dinámica inflacionista, que era la principal causa del aumento del desempleo y la infelicidad de millones de españoles. Unos meses después la inflación bajó al 15 %. Todavía era elevada, pero se mantuvo estable en ese nivel por varios años. Eso evitó una grave crisis cambiaria de la peseta que habría acabado en impago de la deuda y en depresión económica, como había sucedido en varias ocasiones desde 1850.

Por lo tanto, con la democracia los españoles empezamos a comprender las virtudes de la estabilidad macroeconómica, que es lo primero que enseñamos a los alumnos en una facultad de Economía. La inestabilidad económica es más sencilla y exige menos sacrificios a corto plazo, pero la historia nos demuestra que siempre acaba en desastre y aumenta la infelicidad de los ciudadanos. Como me enseñó mi maestro Antonio Torrero en la Universidad de Alcalá, España es una economía muy agradecida y siempre que tiene unas mínimas condiciones de estabilidad demuestra tener un elevado potencial de crecimiento y de creación de empleo.

Aun así, la gestión económica de Suárez fue deficiente. En 1982, cuando el PSOE consiguió una apabullante mayoría absoluta, España estaba de nuevo al borde del precipicio del rescate financiero internacional, como en 1957: el gobierno había agotado las reservas de dólares y divisas, España tenía

cerrado el acceso a los mercados financieros internacionales y había riesgo de no poder importar petróleo para poner las calefacciones ese invierno.

El fracaso estrepitoso de la política económica de Mitterrand el año anterior fue una gran lección para los socialistas españoles, que hasta entonces tenían un programa similar al de los socialistas galos. El gobierno francés tuvo que rectificar y Felipe González, quien siempre destacó por su gran olfato político, hizo un plan de estabilización. La renta por habitante y el empleo eran mayores que en 1959 y la inflación, menor, pero de nuevo España no tenía condiciones estables para crecer y reducir la tasa de paro.

Miguel Boyer anunció un plan de ajuste fiscal y una devaluación de la peseta. Tuvo que sanear el sistema bancario, principalmente los bancos de Rumasa, para desatascar el canal del crédito y permitir iniciar un nuevo ciclo de inversión y creación de empleo. Como hemos comprobado en la crisis de 2008, digerir los excesos de una burbuja inmobiliaria y una crisis bancaria lleva tiempo. Fuera del euro, sin credibilidad monetaria y con una elevada inflación, el Banco de España no pudo bajar los tipos al 0 % y comprar deuda pública como ha hecho el BCE. Al contrario, tuvo que subir los tipos para parar la fuga de capitales y la sangría de divisas, y así evitó una depresión como las que padecieron México en 1994, Tailandia en 1997, Brasil en 1998 y Argentina en 2001.

El gran impulso para salir de la crisis fue nuestra incorporación a la Comunidad Económica Europea (CEE) en 1986. España ya se favorecía de los beneficios de la unión aduanera y de bajos aranceles con nuestros vecinos europeos. Hubo que aceptar concesiones desfavorables para nuestro sector agrario, que por su dimensión amenazaba la Política Agraria Común. Pero España entraba en un entorno de seguridad jurídica y se sometía a las leyes y garantías europeas. Aquello provocó una llegada masiva de inversión



extranjera de empresas que decidieron deslocalizar su producción en nuestro país y aprovechar los menores salarios de los trabajadores.

## LA COMPETITIVIDAD Y EL DISEÑO DE MODA

La inversión extranjera directa en empresas es clave para el desarrollo de un país. En primer lugar, permite la llegada de divisas necesarias para importar bienes de equipo y maquinaria, aumentar la productividad, la competitividad, el empleo y los salarios en una economía abierta. De nuevo, estar cerrados al comercio mundial es más fácil, como hizo Franco en 1939, pero el resultado es desastroso.

Además de divisas, la inversión extranjera la realizan empresas que tienen una capacidad tecnológica, conocimiento y técnicas de gestión mucho más sofisticadas que las que tenían las empresas españolas. La llegada de multinacionales tiene el mismo efecto que las abejas en la polinización. Trabajadores españoles entran a formar parte de sus plantillas y aprenden técnicas de gestión más eficiente y el uso de tecnologías más sofisticadas.

El sector de la moda es el mejor ejemplo. El diseño de moda en la España de principios de los años ochenta era puramente local y sin apenas influencia de las tendencias internacionales. En los años ochenta, los grandes de la moda desembarcaron en España para atender los gustos de la nueva nación democrática en la que los jóvenes ya tenían una visión global y unos gustos similares a los jóvenes franceses o alemanes. Dos empresarios, Amancio Ortega y Rosalía Mera, supieron comprender aquel profundo cambio y abrieron primero Zara y luego más marcas. Hoy Inditex es el líder mundial. Al principio los acusaban de copiar a sus competidores y les prohibían entrar en

las pasarelas de Nueva York, París o Milán. En la actualidad son creadores de tendencia.

El sector de la distribución también es un buen ejemplo. El comercio era minorista y muy ineficiente, y provocaba que los precios de la cesta de la compra fueran más caros. Los grandes de la distribución francesa desembarcaron en España tras nuestra entrada en la Comunidad Europea. Hoy en día, el líder de la distribución es Mercadona, una empresa creada desde cero por Juan Roig, que tiene técnicas de gestión más eficientes que los líderes mundiales, algo impensable en los años ochenta. Los franceses trajeron la marca blanca a España, pero Mercadona es mucho más innovador con sus marcas blancas que aquéllos.

En el sector industrial también encontramos muchos ejemplos. Gestham era una empresa de calderería. La llegada de multinacionales del automóvil les permitió convertirse en proveedores y evolucionar al sector de los componentes. Hoy son líderes mundiales. Igual que el Grupo Antolín o Cie Automotive, como ya mencionamos en el capítulo anterior. Talgo se aprovechó de la diferencia en el ancho de vía y los elevados aranceles que lo protegían de la competencia internacional. Cuando entramos en Europa se eliminaron los aranceles para empresas europeas y se acabó su ventaja comparativa. En los años ochenta no tenía tecnología ni capacidad. Hoy compite con tecnología propia y gana concursos de alta velocidad dentro y fuera de España.

No obstante, nuestra situación de partida en la década de 1980 era muy desfavorable para que las empresas pudieran competir en igualdad de condiciones. Por eso la principal ventaja competitiva eran los bajos salarios. En 1980, las infraestructuras españolas eran impropias de un país europeo tras décadas de atraso y aislamiento. En Andalucía sólo había 50 kilómetros de autopistas y la mayoría eran de peaje. Eso aumentaba las horas de transporte y complicaba enormemente, por ejemplo, la exportación de frutas y hortalizas,

productos perecederos y convertidos, hoy, en unos de los principales sectores de exportación de la economía andaluza. Asimismo, nuestro capital humano estaba muy poco formado. Por continuar con el ejemplo, cuando murió Franco, la mitad de los andaluces estaban sin escolarizar y uno de cada cuatro no sabía leer ni escribir. Miguel Delibes reflejó en su obra *Los santos inocentes* (1981) la realidad rural de una buena parte de nuestra querida España. Las máquinas y la tecnología que las empresas españolas usaban eran pocas y de peor calidad que las de nuestros competidores europeos.

El resultado de todo ello se resumía en la productividad por trabajador: era menos de la mitad que la del promedio europeo. Como hemos explicado en capítulos anteriores, la productividad por trabajador es determinante para las ventas de las empresas, para el precio de sus productos y para sus beneficios. Los precios de venta determinan los salarios de los trabajadores y éstos, a su vez, hacen lo mismo con la renta de las familias y su nivel de vida.

Aunque la historia de éxito de la economía española comenzó en 1959, realmente el gran salto a la modernidad y el progreso tuvo su inicio en 1986 gracias a nuestra incorporación como miembro de pleno derecho al proyecto europeo. En 2015, según Eurostat, España ha convergido al promedio europeo en infraestructuras. Como la inversión ha sido más reciente, la calidad de éstas es mayor que la de nuestros socios.

Cuentan que en una cumbre hispano-alemana hubo mucha tensión. Alemania estaba en una compleja crisis a principios de siglo y el canciller Gerhard Schroeder estaba aplicando recortes y reformas, aunque eran un juego de niños en comparación con los aplicados en España en 2012, tras el rescate. España, gracias a la burbuja, apenas había notado la crisis europea e internacional y Aznar daba lecciones a sus colegas europeos de cómo gestionar la economía. Además, el presidente se posicionó junto a George W. Bush y Tony Blair en la guerra de Irak, enfrentando a España con Francia y Alemania. Durante el viaje

en avión, los asesores económicos del canciller alemán le dijeron que España recibía fondos europeos —principalmente fondos Feder y de cohesión— para invertir en infraestructuras por el 1 % del PIB. El canciller interpretó que Alemania no crecía pero con su dinero se subvencionaba la mitad del crecimiento español y encima tenía que aguantar a Aznar dándole lecciones. Schroeder montó en cólera diciendo que se iba a cargar los fondos de cohesión. El canciller cometió un error habitual, que es confundir el efecto fiscal y contable con el económico. Los fondos de cohesión fueron propuestos por Felipe González tras la caída del Muro de Berlín para aceptar la unificación alemana. Los germanos aceptaron porque los necesitaban para reconstruir y modernizar la Alemania del Este, tras cuarenta y cinco años de comunismo. Desde la oposición, Aznar acusó a González de pedigüeño en medio de la cumbre europea decisiva para aprobar los fondos, lo cual debilitó la posición del gobierno español. Por fortuna, acabaron aprobándose.

España ha sido el país que más se ha beneficiado de estos fondos, al ser uno de los grandes países por PIB y población. Aunque en porcentaje de PIB otros países han recibido más (por ejemplo, Irlanda), sin duda supusieron una gran aportación de nuestros socios a la modernización de las infraestructuras y el desarrollo español. Pero parte de esos fondos se gastaban en importaciones, muchas de ellas de Alemania. Por lo tanto, aunque España recibía el 1 % del PIB en fondos de cohesión, eso no aumentaba el 1 % el PIB español.

Este economista observador colaboró en la gerencia de los arquitectos e ingenieros que hicieron la T4 de Barajas. El proyecto era construir dos nuevas terminales, la T4 y el edificio satélite, que doblaban la capacidad del aeropuerto hasta unos 50 millones de viajeros, el mayor aparcamiento y la mayor cubierta ecológica de España en la azotea del edificio. Los tres edificios costaron unos 400 millones de euros y la desviación en el coste de ejecución fue mínima.

El proyecto lo diseñaba Estudio Lamela junto con el estudio de Richard Rogers. Al mismo tiempo, el equipo de Rogers estaba diseñando la T5 del aeropuerto de Heathrow en Londres. El diseño de la T4 era más innovador: la fachada en muro cortina, de nueve metros de altura con estructura cableada, nunca se había construido en el mundo. Aun así, la obra se ejecutó en la mitad de tiempo y con menos de la mitad de coste. Y recibió fondos europeos (hay que advertir que un 25 % de los materiales utilizados fueron importados).

Las obras públicas aumentan la actividad económica y el empleo en el futuro y tienen un efecto multiplicador. Hacen crecer el consumo y la inversión. También aumentan las importaciones y el PIB y el empleo de nuestros socios europeos, especialmente de Alemania. Aun así, los españoles debemos estar agradecidos por la generosidad de nuestros socios europeos y debemos tener la misma generosidad con los centroeuropeos (polacos, checos...), que son los que ahora se benefician mayoritariamente de los fondos.

#### «DAME DOS»: LA SOBREALORACIÓN DE LA PESETA

Durante el período 1985-1992, la economía española volvió a demostrar su elevado potencial de crecimiento. El problema es la calidad de este último y los desequilibrios generados para conseguirlo. Para reducir la inflación, el gobierno socialista optó por una estrategia de peseta cara. En 1986, España decidió mantener estable la cotización de la peseta contra el marco alemán. Eso supuso que los precios de bienes importados se estabilizaran, y el índice de precios al consumo (IPC) bajó rápidamente del 15 al 5 %. Sin embargo, el gran esfuerzo en inversión pública y en desarrollar el Estado de bienestar provocó un déficit público estructural. El fuerte crecimiento del PIB y del

empleo, junto a una inflación más elevada que la de nuestros socios (especialmente Alemania), provocó una subida de salarios en España mayor que la de los socios europeos. Las empresas que vendían sus bienes y servicios en nuestro país pudieron subir sus precios y mantener los beneficios. Con todo, las empresas que vendían sus bienes en el exterior no podían subir sus precios ya que perderían clientes que habrían pasado a comprar productos alemanes. Sus beneficios disminuían y redujeron la inversión y la creación de empleo. En la unificación alemana se tomó una decisión controvertida al canjear dinero de pequeños ahorradores de marcos del Este por su equivalente en marcos del Oeste.

Los economistas germanos habían planteado el canje de 3 o 5 marcos del Este por 1 del Oeste. Aquella decisión supuso un fuerte aumento de dinero en circulación en Alemania y ponía en riesgo la estabilidad de precios. Alemania ya había sufrido una grave hiperinflación en 1924 cuando los precios de la cesta de la compra se duplicaban cada tres horas: si hacías la compra a las nueve de la mañana te costaba 100; si comprabas al mediodía, 200, y si lo hacías por la tarde, 400. Todos los alemanes perdieron sus ahorros y padecieron una profunda crisis económica. Tras unos duros años en el plano económico, Hitler llegó al poder y arrastró a Europa a una segunda conflagración mundial más cruel que la primera. Muchos alemanes vinculan la inestabilidad económica con la victoria electoral del Partido Nacionalsocialista, de tal forma que la estabilidad de precios les obsesiona.

En 1989, para contener la inflación y enfriar la economía, el Bundesbank (banco central de Alemania) subió los tipos de interés. Muchos inversores internacionales salieron del dólar para invertir en marcos alemanes y la divisa germana se apreció. El resto de los países europeos se habían comprometido a no permitir fluctuar sus monedas más del 2,25 % contra una unidad de cuenta denominada ECU, antecedente del euro. La apreciación del marco alemán

aumentó el valor del ECU y forzó a todos los países europeos a subir sus tipos de interés y apreciar sus divisas.

La peseta llegó a cotizar a su nivel más caro contra el dólar. La apreciación abarata comprar y viajar al exterior, y da una falsa sensación de riqueza. En aquel tiempo a los españoles en Nueva York nos llamaban *give me two* («dame dos»). Entraban en la tienda y elegían algo que les gustaba; cuando el dependiente les decía el precio, era tan barato comparado con España que se llevaban dos unidades.

El problema es que nuestras exportaciones eran más caras y aquello provocó una grave crisis industrial. Las empresas alemanas tenían un elevado nivel de productividad, mayor contenido tecnológico, mejor «marca de país», bienes con posición cuasi monopolística, como los automóviles, y podían soportar apreciaciones del marco y subidas de precios en dólares sin que sus ventas se resintieran. La mayoría de las empresas industriales españolas, si subían precios, perdían clientes. Por lo tanto, el resultado fue menores beneficios, menor inversión y menor creación de empleo.

Tras la Gran Recesión, que comenzó en 2008, las crisis anteriores parecen suaves. No obstante, la crisis de 1993 fue corta pero muy intensa. Destruyó casi un millón de empleos, el 8 % del total. En la primavera de 1992, Dinamarca dijo «no» en referéndum al Tratado de Maastricht y en Francia el «sí» ganó por la mínima. Aquello puso en duda el avance del proyecto europeo y provocó una fuga de capitales de la mayoría de los países, incluida Francia, y los inversores buscaron refugio en el marco alemán.

Como nos enseñó Krugman con el modelo que le permitió conseguir el Nobel, la crisis cambiaria comenzó cuando los países se quedaron sin reservas para defender su tipo de cambio. España tuvo que devaluar la peseta tres veces un 20 %. El problema es que la prima de riesgo de nuestra deuda pública se disparó hasta 500 puntos básicos o cinco puntos de tipo de interés;

es decir, el Estado español, para emitir un bono, tenía que pagar un 5 % de tipo de interés mayor.

Al subir los tipos de interés de la deuda pública —el activo con menor riesgo—, el resto de los tipos de interés bancarios subieron más. El aumento del coste de los bancos para financiarse los forzaba a subir los tipos de interés de sus préstamos a empresas y familias. Con este incremento la demanda de hipotecas y las compras de las casas se frenaron en seco, lo mismo que la inversión y la creación de empleo de las empresas. Esta situación provocó un aumento de la morosidad y la quiebra de Banesto, el mayor banco español. Comparado con la crisis bancaria de 2012, donde fueron rescatadas varias entidades y al resto se les tuvo que bajar los tipos de interés al 0 % y darles acceso ilimitado a la financiación del BCE, la crisis de 1993 parece leve. Pero fue una crisis dura en la que la tasa de paro estuvo por encima del 20 % y generó mucha infelicidad.

España necesitaba corregir sus excesos tras un ciclo de crecimiento muy intenso, especialmente la sobrevaloración de la peseta. Las tres devaluaciones fueron determinantes. Como apenas teníamos deuda externa, la devaluación abarató nuestros salarios en dólares y en marcos alemanes, reactivando nuestras exportaciones, la producción y el empleo industrial. Por el contrario, en 2008, con una elevada deuda externa, sobre todo privada y bancaria, una devaluación del tipo de cambio habría provocado la quiebra de millones de familias hipotecadas, de empresas endeudadas y de la mayoría del sistema bancario, y habría generado más paro e infelicidad.

No obstante, para salir de la crisis España necesitaba que nuestros socios europeos salieran a su vez de la recesión. Las empresas industriales españolas concentran más de dos tercios de sus exportaciones en países europeos; ya lo dice el clásico: «Dime a quién exportas y te diré cómo creces». La unificación alemana provocó una subida de tipos de interés y precipitó el fin del ciclo



expansivo europeo. La guerra de Irak en 1991 dio lugar a una brusca subida del precio del petróleo y a una recesión mundial que también afectó a Europa. Y la crisis financiera y cambiaria que afectó a varios países europeos en el verano de 1992 intensificó la crisis económica y la destrucción de empleo.

Existe un lugar común que hace recaer la culpa de la crisis sobre las Olimpiadas de Barcelona y la Expo de Sevilla. La única relación de ambos eventos con la recesión fue que coincidieron en el tiempo. La economía es cíclica y había desequilibrios acumulados que ya hemos explicado, y también perturbaciones externas como la subida del precio del petróleo o el contagio del aprieto financiero.

La realidad es que las Olimpiadas transformaron Barcelona de forma muy positiva; las inversiones realizadas en aquella época la convirtieron en una de las ciudades más dinámicas del mundo. Y la Expo recuperó las islas del Guadalquivir para la ciudad y rompió la barrera de Despeñaperros, tanto por carretera como por ferrocarril, para conectar mejor a nueve millones de andaluces con el resto de España y Europa. Desde 1985, Andalucía es la comunidad autónoma española donde más ha crecido el empleo, sólo superada por Canarias. Casi se ha doblado en treinta años y no habría sido posible sin las inversiones que propició aquella exposición universal.

Para salir de la crisis económica era necesario resolver la crisis financiera que comenzó en 1992. En estos tiempos en que la antipolítica contamina Europa y España, hay que señalar que la solución a aquella crisis financiera fue política. Para un inversor internacional, una devaluación es equivalente a una quita de deuda. El inversor mide su rentabilidad en su moneda local y, si se devalúan sus inversiones exteriores, esto les supone una pérdida equivalente al porcentaje de la devaluación.

El temor en 1992 era similar al de 2012 cuando se pensaba que el euro saltaría por los aires tras la crisis de Bankia y el rescate de España. El «no»

danés y el referéndum francés pusieron en cuestión el proyecto europeo y los inversores temían que se desmontara el sistema monetario, que volviera la libre flotación de las divisas y que les provocara fuertes pérdidas. En una rueda de prensa conjunta, Helmut Kohl, canciller germano, y François Mitterrand, presidente francés, pusieron fin a la crisis. Kohl anunció que el Bundesbank había facilitado una línea de crédito en marcos alemanes al Banco de Francia. Esta medida daba munición al país galo para frenar la fuga de capitales y mantener el franco dentro del sistema monetario. Ese compromiso político de los dos principales líderes de los países que habían luchado en las dos guerras mundiales, y que habían decidido desde 1945 crear un proyecto común para que no volviéramos a tener más conflictos bélicos en Europa, fue creíble y acabó con los miedos.

La crisis en los países periféricos continuó hasta 1995, pero con menos intensidad, lo cual permitió volver a crecer y a crear empleo. El Reino Unido e Italia decidieron abandonar el sistema monetario y dejaron flotar sus divisas libremente. España tuvo que devaluar su moneda de nuevo en 1995. Y Portugal pasó la crisis sin devaluarla pero con elevados costes para su futuro.

En el momento en que bajó la tensión financiera, España volvió a demostrar que es una economía muy agradecida. 1995 fue el año de la recuperación plena con la economía, creciendo un 4 % y creando 300.000 empleos. La devaluación permitió mantener crecimientos de exportaciones próximos al 10 % anual. Eso activó un ciclo de inversión empresarial industrial y de creación de empleo que se fue contagiando al consumo privado y al resto de los sectores. Es el ciclo de recuperación habitual desde 1959.

LA ECONOMÍA AGRADECIDA

Aun con la intensa recuperación, el PSOE perdió las elecciones generales en 1996 por primera vez desde 1982. El PIB y los salarios crecían, pero no se recuperó el nivel de empleo de 1991 hasta 1997. Los economistas medimos el ciclo y las recesiones por el PIB y los niveles de actividad de las empresas, pero las familias suelen ir por detrás del ciclo. El consumo privado tarda en enterarse de que ha empezado la recesión y luego mejora lentamente en la recuperación.

El Partido Popular heredó una economía creciendo y con una inflación próxima al 5 %. Los ingresos públicos aumentan cuando lo hace la inflación. Cuando las empresas suben, los precios aumentan la recaudación por el IVA, y cuando crecen los salarios, se incrementa la recaudación por el impuesto sobre la renta. El déficit público era elevado (7 %) y, para entrar en el euro en 1999, el objetivo era el 3 % o demostrar esfuerzos para conseguirlo.

El nuevo gobierno del PP hizo un presupuesto austero, pero no fueron necesarios recortes como los que hizo Rajoy en 2012 tras el rescate. El fuerte crecimiento de ingresos públicos, próximo al 7 %, permitió que un crecimiento del gasto del 3 % fuera suficiente para reducir el déficit. La deuda pública estaba cercana al 60 % del PIB, casi la mitad que en 2017, pero el pago de intereses de ésta era del 5,5 % del PIB, casi el doble que ahora. España pagaba tipos próximos al 10 % por su deuda pública a largo plazo.

A pesar de todo ello, la economía tiene mucha inercia y España volvió a demostrar, desde 1993 hasta 1998, que es una economía muy agradecida con un alto potencial de crecimiento. La principal causa de la maldita crisis que hemos padecido los españoles desde 2008. La buena noticia es que de nuevo en 2016 y 2017 la economía ha vuelto a demostrar que es agradecida y que en cuanto tiene condiciones de estabilidad crece y crea empleo. El problema es que la deuda y el desempleo siguen siendo elevados y la crisis aún no ha acabado. Ha dejado cicatrices: desigualdad y precariedad salarial que afectan

a millones de españoles, así como un desempleo de larga duración, sobre todo de jóvenes con pocos estudios y mayores de cuarenta y cinco años.

## Crónica de una crisis anunciada

En España se ha producido un cambio estructural.

JOSÉ MARÍA AZNAR

Los países que no aprenden de sus errores están condenados a repetirlos. España ha sufrido desde 2008 hasta 2013 la peor recesión desde la Guerra Civil. La destrucción de empleo estuvo próxima al 20 %, uno de cada cinco ciudadanos que trabajaba en 2008 perdió su empleo durante la crisis, y el 15 % de las empresas se vieron forzadas a cerrar. Por lo tanto, en España es correcto utilizar el término «depresión económica» para calificar lo sucedido.

Se han escrito cientos de libros sobre la crisis; este economista observador escribió *Hay vida después de la crisis* en 2013. Lamentablemente, el diagnóstico sigue sin ser correcto en el debate de la opinión pública. Por eso es importante repetir hasta la saciedad las causas y las consecuencias de esta maldita crisis, pero no para hacer un ejercicio de autoflagelación, tan habitual en nuestra querida España. Ir mirando siempre por el retrovisor es la manera más segura de estrellarte. En este capítulo analizaremos las causas y las consecuencias de la crisis y los motivos del crecimiento del PIB y del empleo que comenzó en 2013.

A la conclusión de este libro la tasa de paro es del 17 %, la segunda mayor de Europa, sólo superada por Grecia; la deuda externa neta sigue en el 80 % del PIB, similar a 2008, y la deuda pública está próxima al 100 % del PIB, su nivel más alto desde 1909. Por lo tanto, España sigue en crisis. No obstante, desde 2013 el cambio de política económica europea, especialmente la intervención activa del BCE comprando deuda pública, ha reducido las primas de riesgo de los países periféricos y España ha vuelto a demostrar que es una economía agradecida, con un alto potencial de crecimiento.

No obstante, como sucedió durante la burbuja, el crecimiento de nuestra productividad ha vuelto a estancarse, lo mismo que nuestros salarios, a pesar de la intensa creación de empleo. Todo empieza a recordar al período de la falsa bonanza, como Miguel Sebastián ha titulado su libro, en el que explica el lapso de la burbuja inmobiliaria. El crecimiento está inflado artificialmente por las compras de deuda del BCE, que seguramente acabarán en 2019. Y con este modelo de crecimiento la digestión del elevado endeudamiento será agónicamente lento. Por esta razón es tan importante hacer un buen diagnóstico de la crisis y analizar qué políticas son necesarias para reducir nuestro tendón de Aquiles, que es la elevada deuda, principalmente la externa.

#### ANTECEDENTES DE LA CRISIS ESPAÑOLA

En 1996 el PP ganó las elecciones generales. En democracia también hay ciclos políticos y tienen una elevada correlación con los ciclos económicos, aunque otros muchos factores influyen en las decisiones de los votantes en unos comicios. Un año antes, la economía española crecía un 4 % y la deuda pública era del 63 % del PIB. En 2016 el PIB creció un 3 % y la deuda pública superó el 100 %. Rajoy dice ahora que somos los campeones de

Europa y, en 1995, tanto Aznar como él mismo afirmaban que estábamos en crisis y al borde de la quiebra. Como nos enseñó Einstein, todo es relativo y depende con el cristal con el que se mire la realidad.

En 1996, la economía española se había beneficiado del impulso de las tres devaluaciones de la peseta que depreciaron el tipo de cambio. Una depreciación del tipo de cambio reduce los salarios en dólares y abarata enormemente las exportaciones, aumentando su demanda. Ese año las exportaciones españolas de bienes y servicios crecieron un 17 % anual en volumen, el mayor crecimiento de la serie desde 1980 hasta 2016. No obstante, la tasa de paro era del 23 % y las heridas de la crisis de 1993 aún no se habían cerrado. El debate en Europa lo monopolizaba la moneda única y qué países entrarían en ella en la primera fase. Para acceder se habían fijado unos criterios en el Tratado de Maastricht:

1. Deuda pública próxima al 60 % del PIB.
2. Déficit público inferior al 3 %.
3. La inflación no podía exceder 1,5 puntos al promedio de los tres países miembros con menor tasa.
4. Tipo de cambio estable durante dos años dentro del sistema monetario europeo.
5. Prima de riesgo de bonos a 10 años de deuda pública no superior al 2 %, 200 puntos básicos.

España es una economía con elevado potencial de crecimiento pero con nula tradición de estabilidad macroeconómica. Las devaluaciones habituales en la historia económica de España aumentan los precios de las importaciones y suben la inflación. En 1996, la inflación estaba ligeramente por encima del límite próximo al 3 %. El déficit público había comenzado a reducirse gracias

a las medidas de ajuste aplicadas desde 1993, al crecimiento del PIB y a los ingresos y la reducción del gasto por desempleo. Pero seguía en el 5,5 % del PIB, por encima del 3 % del objetivo. La deuda pública alcanzó el 67 % del PIB, y la prima de riesgo estaba en 400 puntos básicos, muy por encima del objetivo.

José María Aznar tomó posesión como presidente en mayo de 1996 y su primera misión fue elaborar el presupuesto para ese mismo año. Mantuvo la política fiscal restrictiva que heredó del gobierno de Felipe González, aunque con la inflación y la economía creciendo con fuerza, bastó con moderar el crecimiento del gasto público y no fueron necesarios recortes. Al año siguiente el déficit disminuyó hasta el 4 %, principalmente por el aumento de los ingresos, y la deuda pública disminuyó ligeramente hasta el 66 % del PIB.

El gobierno de Aznar pactó con los sindicatos y la patronal una subida moderada de salarios a cambio de no hacer reformas en el mercado laboral, lo que supuso pérdidas de derechos para los trabajadores. Asimismo, en 1997 aprobó la ley de reforma del sector eléctrico, por la que se creaba una fijación artificial del precio de la luz a los consumidores y se compensaba la diferencia con los costes de producción a las empresas eléctricas. Se consiguió bajar la inflación para entrar en el euro, pero se creó un sistema perverso que generó un déficit de tarifa que alcanzó casi los 30.000 millones de euros y que vamos a pagar todos los españoles con nuestros impuestos.

Con los datos de 1997, en mayo de 1998 se decidía qué países entrarían a formar parte del euro en 1999. El crecimiento, junto con la reducción del déficit y la bajada de inflación, aumentó la probabilidad esperada de entrada de España y los inversores internacionales empezaron a comprar deuda pública nacional de manera compulsiva. Los bonos españoles pagaban un 4 % más que los alemanes y si España entraba en el euro, el riesgo de depreciación del tipo de cambio disminuía radicalmente. Por lo tanto, la deuda pública



española era muy atractiva. Esta llegada de inversores redujo drásticamente los tipos de interés de nuestra deuda pública y ayudó a cumplir el objetivo de déficit del 3 % del PIB y a reducir aquélla. En 1996, el Estado pagaba el 4,5 % del PIB en intereses de la deuda y en 1999 bajó al 3 % del PIB tras la entrada en el euro y la reducción de los tipos de interés.

Otro de los requisitos para formar parte de la Eurozona era que el banco central fuera independiente, requisito que España cumplió en 1994. Luis Ángel Rojo, uno de los mejores economistas de la historia de España, era el gobernador que pilotó la entrada en el euro y fue un actor principal de ésta. Rojo creía en la necesidad de conseguir que España tuviera cultura de estabilidad macroeconómica, de tener una gestión de las finanzas públicas prudente y una tasa de inflación baja y estable.

Las tormentas monetarias de 1992, que tuvieron su última réplica en 1995, forzaron al Banco de España a priorizar la estabilidad financiera y del tipo de cambio por encima del crecimiento y la inflación. En 1996, con la economía creciendo al 3 % y el tipo de cambio estabilizado, el objetivo era reducir la inflación para cumplir el objetivo. Por esta razón, Rojo y su equipo, formado por excelentes economistas, la mayoría doctores por las mejores universidades estadounidenses, optaron por mantener los tipos de interés elevados y converger gradualmente en tipos oficiales a los de nuestros socios europeos, en especial, de Alemania.

Ese año los tipos en el mercado interbancario en Madrid, medidos por el índice Mibor, estaban próximos al 9 %, y dos años después, en 1998, antes de nuestra entrada en el euro, bajaron al 3%. Seis puntos de bajada de tipos de interés fueron claves para explicar el fuerte impulso que supuso la unión a la Eurozona para el PIB y el empleo en España. El gran error de José María Aznar y de su equipo económico en 1998 fue creerse que todo era gracias a su llegada a la Moncloa y la confianza que esto había generado. Escuchando sus

comentarios uno concluye que Aznar creyó realmente que en España había un cambio estructural, negando la burbuja y hablando de su período de gobierno como el modelo de éxito que España debe reproducir. Da la sensación de que sigue sin entenderlo.

## MODELOS EXTREMOS: ESPAÑA Y ALEMANIA

Los economistas denominamos «cambio estructural» a aquellas transformaciones en la forma de producir de una economía que permiten aumentar el empleo, los salarios y el nivel de vida de los ciudadanos de forma permanente. Hay tres maneras de producir bienes y servicios: con trabajo, con capital y con tecnología y mejor organización empresarial; es decir, lo que Robert Solow llamó «progreso técnico», Adam Smith, «división del trabajo», y Joseph Schumpeter, «destrucción creativa».

Los cambios estructurales acaban provocando crecimientos de productividad, lo cual permite a las empresas subir salarios sosteniendo un crecimiento de los beneficios que mantiene el atractivo de la inversión y la creación de empleo y aumentos de productividad en el futuro. El crecimiento de la productividad de la economía española desde 1980 está próximo al 1 % anual. Desde 1998, cuando entramos en el euro, hasta 2004 disminuyó el 1 %. Si hubiera crecido al promedio del 1 % en 2004, la productividad debería haber sido un 10 % superior a la de 1998.

El cambio estructural se produjo en la restricción de ahorro de la economía española. Cuando un país quiere acercarse a la renta por habitante de otros países necesita aumentar su inversión en capital humano, en infraestructuras, en maquinaria y en tecnología. Esas inversiones es preciso financiarlas y sólo

hay dos opciones: con ahorro interno, lo cual implica sacrificar consumo hoy por renta y consumo mañana, o apelando al ahorro exterior.

Los españoles desde 1998 mantuvimos un crecimiento del consumo público y privado próximo al 3 % y optamos por el modelo de apelar al ahorro externo. Esto implica incurrir en déficit con el exterior, y cada año éste aumenta la deuda externa. Las decisiones de aumentar el consumo, la inversión incluida en vivienda y la apelación al ahorro exterior fueron de las empresas y las familias, y estuvieron financiadas por los bancos. El gobierno de Aznar redujo el déficit y apenas apeló al ahorro exterior, y el gobierno de Zapatero registró superávit desde 2004 hasta 2007, por primera vez en la historia de la democracia. Sin esos superávits, el déficit exterior y la deuda externa habrían sido mayores. Pero el gobierno de Aznar alentó el modelo de la burbuja con su «España va bien», tomando medidas que, lejos de apagar el incendio, vertían más queroseno. Como nos advirtió Keynes, el poder de las ideas supera al de los intereses creados.

Nuestro análisis actual asocia la culpa de todos nuestros males a la corrupción, que sin duda ha sido elevada durante la burbuja. Pero debemos ser conscientes de que el dinero robado supone una mínima parte de los 1,8 billones de euros de deuda externa que constituyen nuestro principal tendón de Aquiles. Aunque la lacra de la corrupción no hubiese campado a sus anchas durante los años de la burbuja, España habría tenido una grave crisis al pincharse ésta, al tiempo que se desataba la peor crisis económica y financiera mundial de los últimos ochenta años. Sin toda esa corrupción, nuestra deuda externa, que nos hace extremadamente dependientes del ahorro externo y de las condiciones en los mercados financieros internacionales y la prima de riesgo, seguiría existiendo en tasas muy elevadas. La corrupción es un mal que hay que combatir, pero también debemos saber que erradicarla no será suficiente para salir de la crisis. Hay que concentrar nuestros esfuerzos en comprender

las causas que han provocado la peor depresión económica desde la Guerra Civil y cambiar nuestro patrón de crecimiento. Cuando hay fiebre es necesario atacar la infección; el paracetamol sólo suaviza los efectos pero no cura las causas del problema.

España es un país con una historia desastrosa en términos de estabilidad macroeconómica. Recomiendo leer el libro de mis colegas de la Universidad de Alcalá Pablo Martín-Aceña *et al.*, *Las crisis financieras en la España contemporánea: 1850-2012* (Crítica, 2013). Desde 1850 hemos sufrido varios episodios de impago de deuda externa. Cada cambio de régimen, desde la democracia hasta la dictadura, y tras varias guerras registradas durante el período, el gobierno de turno decretaba la deuda anterior como ilegítima y no pagaba. El más grave de estos impagos fue en 1899, cuando, tras perder la guerra de Cuba y Filipinas, el gobierno español no canceló la deuda externa. Desde entonces hasta la llegada de la democracia en 1978, España estuvo fuera de los mercados internacionales de financiación.

Con un bajo nivel de renta, la capacidad de ahorro de España era muy reducida y, sin acceso al ahorro externo, la capacidad para invertir en educación, infraestructuras, maquinaria y tecnología también era muy reducida. El riesgo de impago y los tipos de interés eran muy elevados. La inflación también era alta, provocando inestabilidad en el cambio de la peseta con el resto de las divisas, lo cual aumentaba aún más los tipos de interés. Éstos funcionan como la barra en el salto de altura: si está a un metro, salta mucha gente, pero si sube a dos metros, sólo pueden superarla unos privilegiados. Si los tipos están al 0 %, como en 2016, muchos negocios son rentables y aumentan la inversión y el empleo; si los tipos son muy elevados, como en 2012 durante el rescate, esto pone el viento en contra de la inversión y el empleo.

Alemania es el caso opuesto a España en lo que a estabilidad

macroeconómica se refiere. Ya hemos contado en el capítulo anterior el gravísimo caso de hiperinflación que protagonizaron en 1924 y que hizo que la miseria se adueñara de Alemania. El ahorro de todas las generaciones vivas dejó de tener valor, ya que con el dinero depositado en el banco a cada hora que pasaba podías comprar menos bienes.

Los españoles, por fortuna, nunca hemos padecido una hiperinflación y no somos conscientes del trauma que supone, como sí lo son muchos países latinoamericanos, especialmente los venezolanos, que la están padeciendo en la actualidad. Tras la hiperinflación en Alemania llegó el caos, Hitler ganó las elecciones de 1933 y con él empezó el horror: la guerra y el Holocausto. Los alemanes asocian inestabilidad macroeconómica a caos y no es casual que en su Constitución incluyeran la independencia del banco central del gobierno, prohibieran que financiara directamente al Estado y exigiesen que concentrara todos sus esfuerzos en preservar la estabilidad de precios. Esto permitió a Alemania tener tipos de interés bajos y una moneda estable, lo cual favoreció su desarrollo y sus inversiones en capital humano, infraestructura, maquinaria y tecnología, y explica la mayor parte de la diferencia de renta por habitante entre España y Alemania.

Uno y otro forman los dos extremos, pero ninguno de los dos modelos son deseables. Para tener el modelo español es necesario dejar de pagar la deuda externa y pasar por una grave crisis financiera y depresión económica, lo mismo que le sucedió a México en 1994, a Brasil en 1998 o a Argentina en 2001. Y para llegar al modelo germano hace falta pasar una hiperinflación, Hitler, una guerra y una derrota humillante que provocó millones de muertos, destrucción e infelicidad en el pueblo alemán y en el resto del mundo.

LOS ESPAÑOLES NOS HACEMOS LOS SUECOS: DÉFICIT CERO Y PATRÓN ORO

Prefiero el modelo sueco, cuna de la socialdemocracia moderna. Suecia abandonó el patrón oro en 1930, un ancla de estabilidad extremadamente rígida que la Gran Depresión se encargó de sepultar. No es que los países abandonaran el patrón oro, sino que el patrón oro los abandonó a ellos, limitando la capacidad de los gobiernos para luchar contra la Gran Depresión e intensificando sus efectos sobre el desempleo y la pobreza.

Desde 1931, los economistas socialdemócratas suecos, liderados por el Nobel de Economía Gunnar Myrdal, desarrollaron nuevas instituciones y reglas para conseguir estabilidad macroeconómica tras el abandono del patrón oro. En 1934, antes de que Keynes publicara su *Teoría general*, los suecos incluyeron una regla de estabilidad presupuestaria en su Constitución. Hasta entonces, el paradigma era que el Estado debía mantener déficit cero cada año. Los socialdemócratas pasaron a mantener la estabilidad presupuestaria en todo el ciclo. Esto exigía que en los años de expansión el Estado incurriera en superávits para, en los años de recesión, caer en déficits. La suma en todos los años del ciclo daría déficit cero. Pero el modelo socialdemócrata evitaría el efecto procíclico que provocaba mantener el déficit cero cada año y que fue otra de las causas, junto al patrón oro, que explica la Gran Depresión. En las fases de expansión crece el PIB y los ingresos públicos, y para mantener el déficit igual a cero, el Estado debe incrementar el gasto con la misma intensidad que aumentan los ingresos. En las expansiones, las familias y las empresas gastan, la tasa de paro baja, los salarios suben, la inflación también, pero igualmente lo hacen los tipos de interés, que acaban asfixiando el ciclo expansivo.

Y en las fases recesivas, las empresas y las familias recortan el gasto y los ingresos públicos caen. Si el Estado también recorta el gasto, intensifica la destrucción de empleo y la recesión. Los suecos innovaron, y luego Keynes

institucionalizó su modelo. España incluyó una regla de estabilidad presupuestaria en la Constitución en 2011, setenta y siete años después que Suecia.

Es curioso que haya gente que diga públicamente que es socialdemócrata y que su modelo es el sueco y, al mismo tiempo, critique la reforma del artículo 135 de la Constitución y aseguren que es la causa de la crisis. La mayoría desconocen que en 1978 ya era inconstitucional no pagar la deuda, y que el artículo 135 está inspirado en el artículo 118 de la Constitución de 1931 de la Segunda República, en la que esto mismo también era inconstitucional. Los congresistas republicanos, con buen criterio, entendieron entonces que los impagos de deuda habían sido la causa del retraso secular de la economía española. Lamentablemente, la Gran Depresión y sobre todo nuestra Guerra Civil no permitieron que España entrara en una senda de estabilidad macroeconómica que hubiera permitido baja inflación, bajos tipos de interés y mayor inversión en capital humano, infraestructuras, maquinaria y tecnología, como defendía Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza.

En 2012, el ajuste fiscal tras el rescate fue brutal y supuso el 4 % del PIB, eliminando el efecto del ciclo sobre ingresos y gasto por desempleo, lo que los economistas denominamos «saldo estructural». Por eso los socialdemócratas criticamos aquel ajuste, porque fue una de las causas que provocó que España y el conjunto de la Eurozona entraran de nuevo en recesión. Y con la misma regla en 2015, con la economía creciendo y creando empleo, con el mayor déficit de la Eurozona, y la deuda pública por encima del 100 % del PIB, y en máximos desde 1909, Mariano Rajoy aumentó el déficit estructural más del 1 % del PIB. No incumplió la Carta Magna, ya que el cambio constitucional no ha entrado aún en vigor. Pero un socialdemócrata debe defender una gestión prudente de las finanzas públicas, que implica

ahorrar cuando las familias y las empresas gastan, para gastar en las recesiones y compensar el recorte de desembolso de unas y otras. Una gestión prudente de las finanzas públicas es una condición necesaria para garantizar un Estado de bienestar que permita reducir la desigualdad y erradicar la pobreza extrema.

#### EL TABLERO COMPLEJO DE LA ECONOMÍA ES TAMBIÉN UN TABLERO POLÍTICO

La entrada en el euro permitió a España tener tipos de interés bajos y una moneda estable, como en Alemania, por primera vez en siglos. Nuestros bancos y empresas pasaron en 1999 a emitir en euros, lo que les permitía conseguir más ahorro internacional a tipos de interés más bajos, y podían devolver el dinero a plazos más largos. El impacto más importante se produjo en el mercado hipotecario. Con la peseta, los bancos españoles financiaban sus créditos principalmente con depósitos de clientes. Las hipotecas eran, por lo regular, a 15 años y a tipos por encima del 10 %. Con el euro, nuestros bancos pudieron emitir en los mercados financieros internacionales, lo que les permitió dar más créditos que su base de depósitos, bajar los tipos de interés de las hipotecas y alargar los plazos hasta 30 años. Una hipoteca de 100.000 euros en las antiguas pesetas a 15 años y al 10 % pagaría una cuota mensual equivalente próxima a 1.000 euros. Tras entrar en el euro, la misma familia podía conseguir una hipoteca de 100.000 euros a 30 años y al 3 %; la cuota mensual se le había reducido hasta los 400 euros, un 60 % menos.

Esto inmediatamente provocó un boom de crédito hipotecario y un fuerte aumento de las ventas de viviendas. Muchas familias vieron cómo con el mismo sueldo y, manteniendo el principio de prudencia bancaria para que la cuota de la hipoteca no superase el 35 % de aquél, los bancos podían dar más



dinero prestado y las familias acceder a pisos con precios elevados. Muchas vendieron su casa para comprar una vivienda nueva más grande y con mejores prestaciones.

Esta dinámica era esperada e inevitable. El problema fue creer que estábamos ante un cambio estructural que sería permanente y que la economía española crecería al 3 % y crearía 500.000 empleos del año de por vida, lo que permitiría comprar todas las casas construidas a precios elevados y crecientes. Si el gobierno dice que España va bien, los medios lo repiten diariamente y los ciudadanos ven que la economía crea empleo, se lo creen y lo incorporan a sus expectativas. El fuerte aumento del empleo, de la renta de las familias y del precio de la vivienda daban la sensación de mayor riqueza personal; esto explica que en España también se produjera un boom de consumo privado, que suponía el 65 % del PIB. Por lo tanto, la entrada en el euro estaba detrás de la mayor parte del fuerte crecimiento del PIB y el empleo.

Los socialdemócratas, para mantener la estabilidad macroeconómica, recomendaban políticas fiscales y monetarias restrictivas durante la fase expansiva del ciclo, para compensar la euforia del gasto privado de empresas y familias. Los tipos de interés de una economía desarrollada y con estabilidad macroeconómica suelen estar próximos al crecimiento del PIB nominal que incluye la inflación. El PIB nominal en España crecía cercano al 7 %; sin embargo, tras el atentado de las Torres Gemelas en 2001 y la recesión en la Eurozona, el BCE bajó los tipos al 2 % para evitar una mayor recesión y destrucción de empleo en países con problemas. El más beneficiado de la política monetaria expansiva fue Alemania, donde la tasa de paro había subido a máximos históricos.

España e Irlanda necesitaban que el Banco Central subiera los tipos de interés para frenar la demanda de hipotecas y enfriar el boom de crédito y la

burbuja, pero el BCE los bajaba para suavizar los efectos de la recesión en la Eurozona y reducir la tasa de paro; es lo que Robert Mundell, premio Nobel de Economía y padre de la teoría sobre uniones monetarias óptimas, advirtió como el principal problema de los países con una moneda única: cuando uno de ellos tiene una crisis diferente al resto. Para la burbuja inmobiliaria, la brusca bajada de tipos del BCE fue como verter queroseno en un incendio. En 2001 pinchó la burbuja tecnológica que había inflado los precios de las bolsas en los felices noventa. El sector de telecomunicaciones (altamente endeudado) registró una crisis de deuda. La inestabilidad se contagió a otras empresas como Enron en Estados Unidos o Parmalat en Italia, que no pagaron su deuda, y se extendió a países emergentes, con una grave crisis financiera y cambiaria en Turquía y otra más intensa en Argentina en diciembre de 2001.

Los inversores huyeron a refugiarse en activos de calidad con máxima calificación crediticia, y los bajos tipos de interés de la deuda pública en Estados Unidos, Europa y Japón los llevaron a demandar bonos AAA con respaldo hipotecario. Las hipotecas históricamente tenían una ratio de impago y de morosidad baja, razón por la que esos activos recibían el AAA. La demanda por bonos de titulización y cédulas hipotecarias AAA aumentó exponencialmente y los bancos españoles aprovecharon la oportunidad para emitir cantidades ingentes de dinero que luego prestaban en hipotecas a las familias, echando más combustible al fuego de la burbuja.

Los flujos migratorios se intensificaron en el mundo y España fue un foco de atracción de inmigrantes. Éstos toman decisiones con incertidumbre y no van a los países con menor tasa de paro, sino a donde hay más probabilidad de encontrar empleo. Mientras que en Alemania y Centroeuropa el empleo estaba prácticamente estancado, España creó uno de cada tres empleos nuevos en la Eurozona desde 1998 hasta 2007. Entre 1997 y 2013, seis millones de inmigrantes llegaron a nuestro país. Naciones Unidas define «inmigrante»

como «residente no nacido en el país». España fue el segundo país del mundo en recibirlos, sólo por detrás de Estados Unidos, y el primero en términos relativos con un crecimiento de la población superior al 15 %.

La llegada de inmigrantes evitó una espiral inflacionista de salarios que habría provocado el colapso de la inversión y el estancamiento secular del PIB y del empleo. Y tuvo además efectos expansivos sobre el boom de consumo y sobre el boom de la compra de viviendas. Los inmigrantes ocuparon los inmuebles antiguos que vendían los españoles y la burbuja se extendió por igual en todos los barrios y ciudades, especialmente en la periferia de las grandes urbes.

Siguiendo la regla socialdemócrata diseñada por Myrdal en 1934, el gobierno español debería haber practicado una política fiscal prudente y haber generado superávits para frenar la euforia de gasto de empresas y familias, la euforia financiera de los inversores internacionales, el boom de la inmigración y los bajos tipos de interés del BCE. Pero Aznar, *neocón* confeso, creyó y practicó el dogma del déficit cero cada año.

En 2000, la fuerte creación de empleo y la campaña política del «España va bien» dieron sus frutos y el PP ganó por primera vez con mayoría absoluta. Los ingresos crecieron un 8 % de promedio anual esa legislatura. El gasto público creció un 6 % y, con el fuerte crecimiento del PIB, el déficit se redujo. No obstante, el gasto público crecía con fuerza (sobre todo en comunidades autónomas que estrenaban competencias en educación y sanidad) y ardía más fuego en la burbuja.

Los impuestos de Actos Jurídicos Documentados, que se pagaban cuando se registraba una hipoteca, o el Impuesto de Transmisiones Patrimoniales, que grava la compraventa de viviendas usadas, lo ingresaban íntegramente las comunidades autónomas. Esos ingresos provenientes de la burbuja crecían exponencialmente y, con la regla de déficit cero que defendía Aznar y su

equipo económico, el gasto podía aumentar con la misma desmesura. En comunidades autónomas el gasto crecía próximo al 8 %, 3 puntos por encima del crecimiento potencial nominal de la economía y 6 puntos por encima de los tipos de interés del BCE. En Cataluña y Comunidad Valenciana creció por encima del 10 % de promedio anual. No es casual que ambas comunidades hayan sido en 2017 las más endeudadas y hayan tenido que ser rescatadas por el gobierno central para evitar el impago de deuda que habría forzado a reducir el gasto más bruscamente e intensificado la depresión y la destrucción de empleo.

#### LA COMPETITIVIDAD NO ERA EL PROBLEMA. LA EXPLICACIÓN NO ES TAN SIMPLE

Los socialdemócratas somos federalistas por convicción ya que es la única forma de mantener un discurso coherente en Nueva York en Naciones Unidas, en Bruselas en la Unión Europea, en Madrid en el Parlamento español y en el resto de los parlamentos de comunidades autónomas y plenos de ayuntamientos. Por lo tanto, estamos a favor de la descentralización del gasto. Sin embargo, Aznar descentralizó el gasto sin un diseño institucional que permitiera coordinar la política fiscal como herramienta de política económica. Parece realismo mágico, pero hay más mecanismos de coordinación de política fiscal en la Eurozona, entre los diecinueve países, que en España entre el gobierno central y las diecisiete comunidades autónomas.

El mayor disparate de política económica que refleja bien los errores de diagnóstico de Aznar, Rajoy y su equipo económico fue la ley del suelo. El PP aprobó una ley que ni Thatcher se habría atrevido a sancionar. Cuando la aprobaron en 1998, Aznar, Rajoy y su equipo prometieron a los españoles que

la ley aumentaría la oferta de suelo, bajaría el precio de la vivienda haciéndola más accesible a personas de renta baja y generaría más empleo. Hoy conocemos el resultado. El precio del suelo se disparó provocando la mayor burbuja de la historia de España desde Isabel la Católica. El empleo duró hasta que pinchó la burbuja en 2008 y desapareció con más intensidad que con la que se creó. En 2013 se registraron visados para construir 30.000 viviendas, el dato más bajo desde que hay estadísticas. Y éstas existen desde 1960.

En 2003, el PSOE ganó las elecciones municipales. La economía crecía un 3 % y se crearon 700.000 empleos, pero la participación en la guerra de Irak, con el 80 % de los españoles en contra en las encuestas y la gestión de la mayoría absoluta, había desgastado al gobierno. Un año después, el PP perdió las elecciones generales tras el dramático atentado del 11M donde tantos madrileños de bien y vecinos de mi querida Universidad de Alcalá perdieron la vida. La economía crecía principalmente por la burbuja inmobiliaria, pero el PP se había atribuido todo el mérito, y desde el primer día que Zapatero llegó a la Moncloa tocaron las trompetas del apocalipsis augurando que acabaría con el crecimiento y la herencia que ellos habían dejado.

Eran tiempos de extrema tensión; el año sin gobierno y la irrupción de Podemos ha sido un juego de niños comparado con lo que sucedió en 2004. Un diputado del PP dijo en sede parlamentaria que el PSOE había ganado las elecciones metiendo un tren en el Congreso, sin ningún respeto a las víctimas y a sus familiares, que aún sufrían el desgarró que supuso para sus vidas el peor atentado de la historia de nuestra querida España.

Cuento esto ya que muchos jóvenes entonces eran unos niños y no eran conscientes de lo que sucedió. Esa tensión se trasladó al debate económico y enseguida pasamos del «España va bien» al «España no es competitiva». Si hablabas bien de la economía española durante el gobierno del PSOE te

miraban como a un bicho raro. Desde el año 2001, este economista observador empezó a preocuparse por nuestro modelo de crecimiento. Vivía la euforia inmobiliaria muy de cerca como director financiero del Estudio Lamela, especialmente en las grandes operaciones de suelo e inmobiliarias en las que se pagaban precios disparatados que a los pocos meses parecían baratos. En 2004 cambié de trabajo y pasé a ser economista jefe de Intermoney, perteneciente al Grupo CIMD, el mayor intermediario de deuda pública y mercado interbancario en España y Portugal. Formábamos parte del panel de Funcas de previsiones de la economía española. Sistemáticamente, desde 2004 hasta 2007, fuimos los que teníamos las previsiones de crecimiento del PIB más altas y, además, fuimos los más acertados del panel. Íbamos en contra de lo políticamente correcto: decir que la economía se iba a desacelerar.

Estudié economía, y aún hoy lo hago para tener criterio propio. Siempre he asumido riesgos opinando en contra del consenso cuando creía que éste estaba equivocado. En ese período era de los pocos que defendía que, aunque se había deteriorado, España no tenía un grave problema de competitividad, y que la causa de los elevados déficit exterior y deuda externa era la burbuja inmobiliaria y el boom de crédito. El problema en España es que había dos economías: la de la burbuja y la del resto. La primera tenía fundamentos para continuar mientras los inversores internacionales comprasen cada año unos 150.000 millones de euros (15 % del PIB) en bonos bancarios con respaldo hipotecario.

El gobierno de Zapatero tuvo el primer superávit fiscal de la historia de nuestra democracia, y lo mantuvo en 2005 y en 2006. En 2007 alcanzó un 2 % del PIB y redujo la deuda pública neta a cerca del 20 % del PIB, el mínimo histórico en siglos. Es cierto que la burbuja aumentaba los ingresos públicos y facilitaba el superávit. Pero el trío de las Azores —Aznar, Bush y Blair—

también vivían en una burbuja y ninguno consiguió tener superávit fiscal en sus respectivos países.

Zapatero triplicó el presupuesto de I+D+i para reforzar la economía innovadora y reducir nuestra dependencia del ladrillo. Pero la única forma de frenar aquella burbuja era subir los tipos de interés. Recuerdo que en mis entrevistas y artículos en medios de comunicación recomendaba en aquella época que el BCE subiera los tipos, así como las críticas que aquello me generaba de asociaciones de consumidores, que me acusaban de querer perjudicar a las familias para comprar una vivienda; mucha gente que me había visto en televisión y me paraba por la calle, además de amigos o familiares que me criticaban cuando nos veíamos en comidas o tomando unas cañas en algún bar. La subida de los precios de la vivienda pasó a formar parte del paisaje normal de nuestra querida España y la mayoría de los españoles pensaban que nunca dejarían de subir. Por eso hubo burbuja.

Mi defensa de la competitividad de la economía española era fruto del estudio y de los datos, no un dogma de fe. Con los salarios creciendo por encima de las cifras de nuestros socios europeos y la demanda interna y los precios domésticos más atractivos que fuera de España, nuestras exportaciones de bienes resistían mejor la irrupción de China en el tablero mundial que las de nuestros socios europeos. Asimismo, nuestras exportaciones de servicios ganaban cuota mundial. Con salarios y costes de producción crecientes, si las ventas de las empresas en el exterior mejoran es porque están innovando en producto o servicio, en diseño, calidad, logística, etcétera. Es decir, estaba aumentando la productividad. Ya nos lo había enseñado Schumpeter en 1911 en su *Teoría del desenvolvimiento económico*: la clave es el empresario innovador.

Un día asistí a una conferencia de un economista francés que hablaba del dragón chino y del elefante indio, y me encantó la presentación. Yo mismo

empecé a hablar del purasangre español. Recuerdo la guasa de mis colegas en seminarios y de muchos periodistas. Cuando estalló la crisis, los economistas internacionales más influyentes defendían que sin poder devaluar el tipo de cambio, España —como Grecia y Portugal— estaba condenada al estancamiento secular dentro de la Eurozona. Mantuve la defensa de nuestra competitividad y argumentaba que nuestro problema era la deuda externa y la crisis bancaria provocada por el pinchazo de la burbuja inmobiliaria. En mis viajes a Bruselas, Frankfurt, Londres o Nueva York defendía hasta la extenuación que España tenía una crisis de deuda pero no un problema grave de competitividad. Por supuesto que había que corregir los excesos de los años de la burbuja y que era preciso ajustar a la baja muchos salarios en un buen número de sectores. Pero anticipé que tras la crisis, y en cuanto recuperase unas condiciones financieras estables, la economía española volvería a crecer.

Siempre he defendido la competitividad de la economía de España y siempre me he puesto la camiseta de la Roja para defender su potencial de crecimiento, cuando Rajoy, siendo ya presidente, atendía a inversores internacionales o paneles de organismos internacionales muy influyentes. Cuento estas intimidades porque me gustaría que todos los jóvenes economistas en el futuro tengan ese comportamiento. Cuando hay problemas, nuestra obligación es denunciarlos, pero cuando hay virtudes, también debemos decir las. Una democracia necesita instituciones sólidas y una sociedad fuerte y con valores. Que un cambio de gobierno ponga en cuestión nuestras instituciones es la forma más eficaz de acabar con la democracia y empobrecernos.

La política es un oficio que consigue lo mejor y lo peor de la condición humana. Sin duda, una de las mayores injusticias y falacias de la historia de nuestra democracia ha sido culpar a Zapatero de la burbuja y la crisis. Por



supuesto que cometió errores, como todos los gobernantes del mundo que toman decisiones. Más aún en la peor crisis mundial en ochenta años, lo cual forzaba a actuar en condiciones de extrema incertidumbre y ante escenarios desconocidos, como el colapso de los mercados financieros y el comercio mundial tras la quiebra de Lehman Brothers. No hay que confiar nunca en quien encuentra explicaciones simples a problemas tan complejos como la Gran Recesión mundial. La culpa de la crisis no ha sido de Zapatero, pero tampoco de Rajoy, Aznar, Merkel o Bush.

#### LA BURBUJA FINANCIERA ESTALLA EN MIS NARICES

Recuerdo en concreto un día de diciembre de 2006. Estaba en mi oficina leyendo el *Financial Times* y una noticia me sorprendió: los diferenciales de titulaciones *subprime* AAA habían pasado de libor más 200 puntos básicos a libor más 400 puntos básicos. Aunque tras la crisis la palabra «*subprime*» ya se asocia a riesgo, al tener AAA se las consideraba activos con uno muy bajo. En España las hipotecas se daban a euríbor, similar al libor, más 50 puntos básicos, y las titulaciones AAA en el mercado se podían comprar por euríbor más 25 puntos básicos. Por lo tanto, un AAA a más 400 básicos desentonaba en unos mercados globales con la aversión al riesgo en mínimos históricos.

Comencé a investigar y encontré un informe de la Reserva Federal de otoño de 2006 que señalaba que el porcentaje de hipotecas *subprime*, en el total de las carteras de hipotecas de los bancos estadounidenses, era bajo, y el riesgo estaba bajo control. En España tenemos muchos complejos de inferioridad y pensamos que el Banco de España fue el único que falló en los mecanismos de supervisión para prevenir la crisis. Salvo honrosas excepciones, como el

Banco de Canadá, la mayoría de los bancos centrales fueron muy laxos y permisivos en la supervisión bancaria.

En julio de 2007, las agencias de calificación advertían un cambio de metodología y anunciaron bajadas de *rating* generalizadas a titulizaciones y activos relacionados con las hipotecas. El mercado secundario de esos títulos colapsó y muchos inversores intentaron vender sus activos sin encontrar contrapartida. En agosto, un fondo de BNP anunció restricciones en los reembolsos de sus clientes ya que no podía vender activos para conseguir liquidez y devolverles el dinero. Los corralitos en el siglo XX ocurrían en los bancos, con colas para retirar los depósitos. En el siglo XXI tienen lugar en los fondos de inversión, en los mercados e internet, sin colas en las sucursales.

Este economista observador había trabajado en la tesorería del Banco Cooperativo, el banco de las cajas rurales. Los españoles vemos el mundo rural como pequeño e ineficiente, pero todas las cajas rurales juntas son una de las principales entidades financieras de nuestra querida España. Además, en el año 1998, antes de empezar la burbuja, las cajas rurales tenían una elevada posición de su dinero en liquidez y el Banco Cooperativo era creador de mercado del BCE y uno de los grandes operadores en el mercado interbancario. Algunos días llegamos a intermediar el 5 % de todas las operaciones interbancarias de la Eurozona. Tenían un acuerdo de mutualización de riesgos y la gestión de su tesorería la hacíamos desde el banco.

En agosto de 2007, el motor de la economía mundial empezó a fundirse, sin que los ciudadanos fueran muy conscientes de la que se avecinaba. Desde entonces hasta la quiebra de Lehman, cada información anticipaba que la burbuja de crédito mundial era muy superior a la que nadie podía imaginar. Aparecían vehículos que los grandes bancos habían gestionado desde paraísos

fiscales —con total opacidad de los supervisores—, y con escaso capital para resistir pérdidas.

La quiebra de Lehman hizo saltar por los aires aquel castillo de naipes. Como nos enseñan los historiadores que estudian crisis financieras, la euforia fue generalizada en el mundo, y afectó a familias, empresas, bancos y a muchos gobiernos. Es cierto que los supervisores fallaron, pero ellos son los bomberos, no los culpables de provocar el incendio. Las crisis son intrínsecas al sistema capitalista, y el comunismo provocó más problemas de los que intentaba resolver. Por esta razón, este economista observador es socialdemócrata y quiere un modelo mixto con una intervención inteligente del Estado, que en el caso de los mercados financieros debe ser global.

Para España, que el pinchazo de la burbuja inmobiliaria coincidiera con la peor crisis económica y financiera mundial en ochenta años era el peor de los mundos posibles. Nuestro tendón de Aquiles, el acceso a la financiación en los mercados de capitales internacionales, se rompió dejando una economía inoperativa. Nuestra principal vulnerabilidad era la dependencia del ahorro externo que se financiaba en los mercados financieros de titulizaciones y cédulas hipotecarias principalmente. En julio de 2007, esos mercados se secaron y los bancos españoles dejaron de conseguir financiación para dar nuevo crédito. El mayor impacto fue sobre el hipotecario y los promotores inmobiliarios, que explicaba la mayor parte del crecimiento del total del crédito.

España era una economía adicta al crédito, el oxígeno que alimentaba la burbuja y el boom de la construcción de viviendas. El corte de la materia prima en los mercados internacionales eliminó el oxígeno de la burbuja, que saltó por los aires. Muchos habíamos advertido de esta vulnerabilidad, pero reconozco que nunca pensé que el ajuste de la burbuja en España se produciría en el peor de los escenarios previstos.

Las economías tienen inercia y, en el segundo semestre de 2007, se mantuvo la creación de empleo y el crecimiento del PIB, pero fue perdiendo fuerza. La destrucción de empleo comenzó en febrero de 2008, con baja intensidad. La destrucción masiva se produjo tras la quiebra de Lehman Brothers en otoño de ese año y duró hasta la primavera de 2009. La crisis era tan compleja y virulenta que el debate económico tenía lugar en un escenario parecido al del camarote de los hermanos Marx.

La mayor parte de los economistas se centraron en las políticas de oferta, reformas del mercado de trabajo, liberalización del mercado de bienes y servicios, aumento de la competencia, etcétera. Todas ellas, medidas que tienen efecto a muy largo plazo y que no habrían evitado el pinchazo de la burbuja inmobiliaria y la destrucción de 1,5 millones de empleos. Dos de cada tres puestos de trabajo destruidos entre 2008 y 2009 tienen que ver con el pinchazo de la burbuja. A corto plazo, las políticas que suavizan la recesión son la fiscal, la monetaria y la cambiaria. En el caso de una crisis bancaria, como nos enseñó la japonesa de 1991, intervenir el sistema bancario y sanarlo suaviza el desplome del crédito que aumenta la mortalidad empresarial por asfixia financiera e intensifica la destrucción de empleo.

El protocolo en una crisis financiera implica hacer un diagnóstico correcto y actuar con diligencia y contundencia. Pero el BCE actuó tarde y con baja intensidad: la maldición europea. En julio de 2008, el precio del petróleo subió a 150 dólares por motivos puramente especulativos, a pesar de estar inmersos en la peor crisis económica y financiera mundial de los últimos ochenta años. El BCE siguió a los inversores como un rebaño y subió los tipos de interés para evitar riesgos de inflación.

En las recesiones —de nuevo el protocolo—, los bancos centrales bajan los tipos de interés, que fue lo que hizo la Reserva Federal desde el verano de 2007. La FED estaba presidida por Ben Bernanke, uno de los economistas que

más y mejor había estudiado la Gran Depresión, sus causas y los errores que se cometieron. Bernanke se equivocó; su principal error, dejar quebrar Lehman Brothers, provocando el mayor pánico financiero de la historia. Versionando a san Agustín, cuando analizas a la FED te deprimes, pero cuando la comparas con el BCE la ensalzas.

En agosto de 2007, cuando estalló la crisis de las *subprime*, el BCE tenía disponible una ventanilla para que los bancos pidieran crédito de emergencia, y funcionó mejor que la FED. La Reserva Federal sólo prestaba a veinticinco bancos que se encargaban a su vez de prestar al resto, y los de inversión (como Lehman) no podían acceder. Ésa fue una de las causas de su caída, aunque la principal fue su insolvencia. En cambio, al BCE podían acceder todos los bancos europeos. Sin embargo, en septiembre de 2008, una semana antes de la quiebra de Lehman Brothers, el BCE endureció las condiciones para acceder a esa ventana de liquidez, cometiendo una enorme equivocación en cuanto al diagnóstico de la crisis a la que se enfrentaban. La FED, tras el grave error de dejar quebrar Lehman, reaccionó rápidamente permitiendo acceso ilimitado a los bancos a préstamos del banco central. El BCE tardó varios meses en hacerlo y unas pocas semanas en bajar los tipos de interés para frenar la recesión que ya se había activado.

Los bancos españoles habían dado muchos más créditos que su base de depósitos y no podrían refinanciar los vencimientos de bonos en los mercados. Esa falta de liquidez y la lenta reacción del BCE acentuaron la restricción de crédito, la mortalidad de las empresas, la asfixia financiera y la destrucción de empleo. En contra del mito, el gobierno español reaccionó rápidamente creando un fondo de liquidez, el FAAF (Fondo para la Adquisición de Activos Financieros), cuyo objetivo era aliviar la crisis de los bancos. El gobierno emitía deuda pública, donde había una fuerte demanda y tipos bajos, y con ese dinero compraba emisiones de cédulas hipotecarias a los bancos. Eso alivió la

tensión y además el Estado ganó dinero con el fondo, ya que compraba las cédulas a un tipo de interés mayor que al que emitía la deuda pública. A finales de 2008, el BCE permitió el acceso ilimitado de los bancos europeos (y españoles) a su ventanilla de crédito, lo cual alivió los problemas de liquidez, pero la recesión ya se había activado, y la intensa destrucción de empleo junto con el cierre de empresas aumentaban la morosidad, provocando una grave crisis bancaria.

Los superávits fiscales del gobierno desde 2004 permitieron bajar la deuda pública neta hasta el 22 % del PIB, una de las más bajas de la OCDE. Por primera vez en siglos, en una recesión España pudo hacer una política fiscal expansiva y anticíclica, como recomendaba Keynes en la *Teoría general* y también Myrdal en la regla de estabilidad presupuestaria que los socialdemócratas suecos introdujeron en su Constitución en 1934. En 2008 y 2009, los ingresos públicos en España se desplomaron 70.000 millones de euros, el 7 % del PIB, la mayor caída de ingresos de la democracia. Y el gasto dedicado a los subsidios de desempleo aumentó 30.000 millones (3 % del PIB). Por lo tanto, la crisis provocó un aumento del déficit del PIB. Si el gobierno hubiera seguido la regla del déficit cero cada año, como hizo el presidente Hoover en Estados Unidos durante la Gran Depresión y que el presidente Aznar defendía como el bálsamo de Fierabrás, hubiera aplicado recortes y subidas de impuestos por el 8 % del PIB, habría destruido millón y medio de empleos adicionales, y la tasa de paro habría superado en 2010 el 30 %, 10 puntos más de la que se registró.

## EL PLAN E Y LA TRAGEDIA GRIEGA EN EL SIGLO XXI

Desde la derecha se acusó a Zapatero de despilfarrador por la devolución de

los 400 euros en el impuesto sobre la renta y por el Plan E. La devolución fue una bajada de impuestos que permitió a las familias disponer de más dinero en su cuenta del banco, dentro de las opciones que permite la regla socialdemócrata y la *Teoría general* de Keynes. La medida se anunció en diciembre de 2007 y, posteriormente, la Administración Bush aprobó una medida similar, lo que desmiente que el gobierno español reaccionara tarde a la crisis. La política no deja de sorprenderte, pero que gente del PP criticara la medida de los 400 euros fue una señal que anticipaba que Rajoy haría en 2012 la mayor subida de impuestos de la democracia.

El Plan E era una ley convoy de estímulo keynesiano que incluía un rescate del automóvil que evitó que muchas fábricas se fueran de España. El 90 % de la producción de coches en nuestro país es para la exportación, y las ventas en el exterior se desplomaron un 50 % desde junio de 2008 hasta junio de 2009. En 2016, la provincia de Palencia (donde nació este economista observador) explicó el 100 % del crecimiento de las exportaciones españolas, y el presidente de Renault España, Jean-Pierre Laurent, reconoció que las ayudas del Plan E fueron clave para mantener la fábrica aquí.

El Plan E asimismo incluía un programa de créditos blandos para que los hoteles, que también sufrieron una fuerte caída en la llegada de turistas, especialmente europeos, aprovecharan la baja demanda para acometer remodelaciones y hacerse más competitivos. No es casual que los dos sectores que más han crecido en ventas, en exportaciones y en empleo hayan sido el turismo y el automóvil, y que los dos se beneficiaran del Plan E.

La principal crítica que se puede hacer al gobierno de Zapatero —y que ha reconocido él mismo— es que mientras tomaban estas medidas se negó a usar la palabra «crisis» hasta julio de 2008. También lo hizo el vicepresidente Pedro Solbes, los responsables económicos de la Comisión Europea y el presidente Bush en Estados Unidos. El presidente Zapatero ha afirmado que lo

hizo bienintencionadamente para no generar más expectativas depresivas, pero la crisis fue tan intensa que minó la credibilidad del ejecutivo. Otra crítica que se le podría hacer es que no fuera más contundente con la crisis bancaria y el saneamiento del sistema. Zapatero, en su libro *El dilema: 600 días de vértigo* (Planeta, 2013), afirma que desde el Banco de España se le ocultó la gravedad del problema, mientras esta institución se defiende afirmando que las entidades le ocultaban a su vez el problema de insolvencia que tenían. Desde nuestro banco central se argumentaba que su prioridad era reducir el coste de la crisis para el contribuyente, objetivo loable, sin duda. No obstante, una vez hubo fallado la supervisión preventiva, lo que nos enseña la historia de las crisis bancarias es que actuar rápido resulta crucial para suavizar el impacto de la restricción de crédito sobre el cierre de empresas y la destrucción de empleo.

Los agujeros de capital sólo se tapan con capital, y si no hay capital privado, tiene que ser con capital público para garantizar los depósitos y el ahorro de los ciudadanos. Aristóbulo de Juan tiene una máxima: cuando un supervisor dice que la crisis bancaria no va a costar ni un euro a los contribuyentes es que no está resolviendo la crisis. Eso fue lo que sucedió en España, y no ocurrió por un problema de regulación financiera, sino principalmente por la falta de carácter del equipo dirigente del Banco de España. Todos los artículos y documentos que publicaba cada una de las direcciones generales del banco (no sólo el gobernador y el subgobernador) negaron la insolvencia del sistema bancario, la restricción de crédito y sus efectos demoledores sobre el empleo.

Por primera vez desde 1929, en 2008 todos los países del mundo entraron en recesión a la vez, pero las políticas económicas fueron diferentes. Por esta razón es posible comparar las que se desarrollaron en Estados Unidos y en la Eurozona, dos áreas del mundo con un nivel de población, de empleo, de PIB



y de capacidad tecnológica similar. En Estados Unidos, la FED actuó con más diligencia y más contundencia que el BCE, bajando los tipos de interés, inyectando dinero a sus bancos, comprando deuda pública e hipotecaria y depreciando el dólar. La FED también fue más contundente recapitalizando el sistema bancario en 2008, mientras que en Europa, en 2016, bancos alemanes —y sobre todo italianos— han aflorado pérdidas no reconocidas. Barack Obama, que tomó posesión de la presidencia en enero de 2009, aprobó un plan de inversión de 700.000 millones de dólares, con la economía destruyendo 500.000 empleos, en el peor mes de la historia. Mientras tanto, en la Eurozona el estímulo fiscal fue inferior, y comenzamos a retirarlo antes y con más intensidad. El ajuste fiscal comenzó sin que el BCE comprara deuda pública (como hizo la Reserva Federal) y con el euro próximo a máximos históricos, dañando las exportaciones y el empleo industrial europeo. Además, la crisis dejó en evidencia los problemas de diseño institucional de la moneda única europea, que se creó sin un tesoro europeo, sin eurobonos, sin capacidad fiscal en Bruselas, sin supervisión bancaria única, sin seguro de depósitos común, sin fondo de garantía de depósitos común, sin seguro de desempleo común, etcétera.

Todo empezó como una tragedia griega. El último país en incorporarse al euro, Grecia, tenía en 2007 la deuda pública en el 100 % y decía tener un déficit próximo al 3 % del PIB, en el momento más álgido del ciclo expansivo y con los ingresos públicos creciendo con fuerza. Grecia estaba gobernada — desde su entrada en el euro en 2002— por Nueva Democracia, partido de derechas perteneciente al Partido Popular Europeo. En octubre de 2009, los socialistas ganaron las elecciones griegas con mayoría absoluta, y el nuevo gobierno sacó las facturas guardadas en los cajones y debajo de las alfombras: el déficit público de 2007 pasó a ser del 15 % del PIB (12 puntos más de lo reconocido por el gobierno anterior), y en 2009 el déficit registró la

escalofriante cifra del 35 % del PIB. La Comisión Europea siempre advirtió que desconfiaba de la contabilidad nacional griega, y con informes en contra, Alemania fue el gran defensor de incorporar a Grecia en el euro, por su posición geoestratégica con Turquía. La propia Angela Merkel reconoció después que fue un grave error permitir la entrada en la Eurozona a un país con instituciones tan débiles y niveles de productividad por ocupado de la mitad que los de sus socios.

Los inversores internacionales huyeron despavoridos de Grecia. El país estaba al borde del impago y necesitaba ser rescatado para poder abonar las pensiones y el sueldo de los funcionarios. Los tratados europeos no permitían explícitamente el rescate de un país miembro. Desde Alemania se filtró que el país iba a ser rescatado por el FMI. Meses antes, Obama tuvo que rescatar a California con un crédito puente desde el Tesoro para poder pagar a los funcionarios y devolver sus deudas. (Imaginemos qué habría supuesto para Estados Unidos que hubiera sido el FMI el que rescatara a California.)

La falta de acuerdo dilató la decisión desde diciembre de 2009 hasta mayo de 2010. Los inversores decidieron buscar protección en las deudas alemana y francesa, y vendieron deuda periférica de Grecia pero también de España, Italia, Irlanda y Portugal, y las primas de riesgo empezaron a subir. El aumento de los tipos incrementaba el pago de intereses y el déficit. La dificultad de emitir deuda era mayor para los bancos de la periferia que para los gobiernos, lo que intensificaba la restricción de crédito, el cierre de empresas y la destrucción de empleo.

A primeros de mayo de 2010 se celebraba una cumbre europea. El jueves antes de la cita el BCE se había reunido. En la conferencia posterior, un periodista le preguntó al presidente Jean-Claude Trichet si se habían planteado comprar deuda pública, y éste respondió que no. Los mercados reaccionaron con pánico y la bolsa de Nueva York acumuló un desplome próximo al 10 %

esa primera semana de mayo. Los mercados de deuda corporativa volvieron a colapsar como en julio de 2007, y los mercados interbancarios europeo y americano volvieron a contagiarse. El fantasma de Lehman Brothers y el caos sobrevolaron de nuevo la economía mundial. Obama llamó a Merkel ese mismo jueves para preguntar qué estaba pasando y presionarla para tomar decisiones y evitar otra réplica de la crisis financiera que podría derivar en otra gran depresión. El presidente Zapatero ha contado detalladamente esa cumbre en su libro. España tenía la presidencia de turno de la Unión Europea y coordinaba aquellas reuniones. El jueves habló con Merkel por teléfono y en ningún momento desveló sus planes. La cumbre fue de alto voltaje, con un fuerte enfrentamiento entre Merkel y Sarkozy. El presidente francés exigía aprobar un rescate a Grecia y Merkel se negaba.

El viernes, en la cumbre de presidentes, Zapatero volvió a Madrid sin ser consciente de lo que sucedería el sábado en la reunión extraordinaria del Eurogrupo. La vicepresidenta Elena Salgado asistió con un plan para rescatar a Grecia. Alemania exigió un ajuste fiscal adicional a varios países, incluido España, para aceptarlo. La tensión era extrema y todos temían la apertura de los mercados el lunes. Al final se aprobó el rescate a Grecia primero con un préstamo bilateral de los países, y se acordó crear un fondo europeo de rescate.

El BCE, con el acuerdo del Eurogrupo, anunció el lunes 10 de mayo que compraría deuda pública griega para garantizar la estabilidad financiera del euro. Las compras duraron apenas unos días y volvieron las dudas a los mercados. Ese día comenzó lo que se ha denominado el «austericidio». Recuerdo un seminario en el Banco de España donde economistas del FMI exponían un capítulo de su informe anual y explicaban cómo debería ser la estrategia de salida para evitar que las economías cayeran de nuevo en recesión. Recomendaban a los bancos centrales mantener la política

ultraexpansiva para sostener la estabilidad financiera y aconsejaban empezar retirando la política fiscal. No obstante, advertían que el ajuste no podría superar el 1 % del PIB en términos estructurales. El déficit estructural es una herramienta que usamos los economistas en la que se elimina el efecto del ciclo sobre los ingresos y los gastos, sobre todo el gasto por desempleo, para medir realmente si la política fiscal es restrictiva, expansiva o neutral. Al acabar el seminario, los economistas del FMI aportaron la bibliografía que habían usado de referencia y en ella había un artículo de Javier Vallés. Vallés es doctor en Economía por la Universidad de Minnesota y su director de tesis fue Christopher Sims, quien desarrolló modelos dinámicos que permitían similares efectos de medidas de política económica. Miguel Sebastián, ministro de Economía, y Soledad Núñez, directora del Tesoro, también eran doctores por Minnesota y sus tesis las dirigieron asimismo premios Nobel. Y José Manuel Campa, entonces secretario de Estado de Economía, es doctor por Harvard. Por lo tanto, Zapatero tenía el equipo de asesores económicos con mayor cualificación de la historia de España. Pero le tocó gestionar la peor crisis desde la Guerra Civil y el pinchazo de la burbuja inmobiliaria que ya estaba formada cuando ellos llegaron al gobierno.

En junio de 2009, las políticas monetarias y fiscales expansivas en las principales economías del mundo surtieron efecto y tanto el comercio como el PIB mundiales empezaron a crecer de nuevo. El equipo económico de Zapatero comenzó a retirar la política fiscal siguiendo las recomendaciones del FMI con una estrategia gradual. En el presupuesto de 2010 se anunció una subida del IVA para tapar parte del agujero que había provocado el pinchazo de la burbuja sobre los ingresos públicos. El mayor efecto fue sobre los ingresos de las comunidades autónomas, que tenían impuestos vinculados a la burbuja. El IVA es un impuesto con elevada capacidad de recaudación y el 50 % se transfiere a las comunidades autónomas, que soportan el gasto en

educación y sanidad. El IVA en España tenía tipos muy inferiores a los de nuestros socios europeos.

En mayo de 2010, el gobierno español se vio en el dilema de aceptar un ajuste fiscal adicional y rescatar a Grecia, o bien dejar que este país saliera del euro y fuera un Lehman Brothers II. Todos los países optaron por rescatar a su socio y aceptar el ajuste. La pregunta es: ¿por qué Alemania forzó el ajuste cuando ellos fueron los primeros en incumplir el pacto de estabilidad en 2003? Primero, porque Merkel no fue la que incumplió el pacto. Segundo, porque los ciudadanos alemanes estaban mayoritariamente en contra de rescatar a Grecia con su dinero. Y, en privado, la canciller Merkel ha reconocido que si ella no se hubiera puesto dura con la crisis europea, le habría salido un partido de extrema derecha en Alemania. (Merkel tenía razón: en 2017, Alternativa por Alemania —un partido xenófobo— obtuvo el 10 % de los votos en las elecciones generales.) Y tercero, Merkel es un animal político e hizo de la austeridad su bandera de buena gestión, lo que le permitió ser reelegida en 2013 con el 41,5 % de los votos, 7 puntos más que en 2009.

El resultado del austericidio fue desastroso. Los inversores y las agencias de *rating* son extremadamente procíclicos y el ajuste fiscal aumentó el temor a una segunda recesión e intensificó la fuga de capitales. Las primas de riesgo continuaron subiendo, y lo mismo sucedió con el déficit público, lejos de disminuirlo, como pretendía la medida. La fuga de capitales intensificaba la restricción de crédito, que incrementaba el riesgo de recesión y el temor de los inversores al impago, e incrementaba a su vez la fuga de capitales. Este círculo vicioso provocó que la crisis griega se contagiara al resto de los países periféricos. En noviembre de 2010 tuvo que ser rescatada Irlanda y, en la primavera de 2011, Portugal.

Cada rescate era un terremoto que provocaba un tsunami en los mercados financieros que afectaba a todos los países periféricos. En 2015 Portugal se

vio obligada a intervenir varios bancos, pero como el BCE compraba su deuda, no tuvo que ser rescatada de nuevo. En 2016, Italia anunció que crearía un banco malo y tuvo que rescatar a Monte dei Paschi, una entidad con más depósitos y más pasivos que Bankia. Pero no sólo Italia no fue rescatada, sino que su prima de riesgo apenas subió 50 puntos básicos. En 2011, un rescate similar habría provocado un repunte de la prima de riesgo de 500 puntos básicos y habría forzado el rescate italiano.

Sin embargo, en 2010 y en 2011 el tsunami de cada uno de los tres países rescatados —Grecia, Irlanda y Portugal— llegó a España con mucha virulencia. El presidente Zapatero ha explicado en su libro las presiones para solicitar esta medida extrema. Este economista observador recuerda el 18 de junio de 2010 como si fuera hoy. Por entonces era economista jefe de Intermoney y las principales agencias de noticias internacionales, Bloomberg y Reuters, me citaban habitualmente en sus informaciones sobre España. Cuando los medios generalistas internacionales ponen el foco en un país, no suelen tener muchas referencias económicas y usan los referentes de las agencias. Pues bien, ese 18 de junio el gerente del FMI, Dominique Strauss-Kahn, se reunía con el presidente Zapatero en el Palacio de la Moncloa y me citaron varias televisiones internacionales para grabar: CNN, CNBC, Al Jazeera, NFK, etcétera.

No hay nada peor para un país que los grandes medios desembarquen y pongan sus focos sobre él. Los inversores de bonos suelen ser fondos de pensiones y soberanos y tienen muy difícil justificar ante sus comités de inversiones y sus ciudadanos que están invirtiendo en un país considerado de alto riesgo por la CNN. Los medios son claves para la democracia, y los socialdemócratas somos demócratas creyentes y practicantes. Por eso siempre atiendo a los medios. Ellos van a dar la noticia de todas formas, de modo que siempre es mejor estar presente y contarlo que arriesgarte a que lo cuente otro

economista de fuera con escasa información del país. Tienes que explicar la verdad y ser riguroso en los datos que usas o no te volverán a llamar. Pero al mismo tiempo debes estar sereno para intentar reducir el pánico y desmontar los mitos y rumores que se van formando en los mercados; la mayoría de las veces, rumores de especuladores que han tomado posición, que contaminan para que el precio vaya a su favor, para aumentar sus beneficios y cobrar más bonus, su principal objetivo en la vida.

El plató improvisado estaba en la facultad de Veterinaria de la Universidad Complutense, desde donde las televisiones tenían el Palacio de la Moncloa de fondo de pantalla. Años después supimos que el FMI presionó al gobierno español para que pidiera el rescate. Aquel día no sabíamos que había una petición, pero la tensión se sentía con fuerza. Después comí con el número tres del Tesoro de Estados Unidos, Charles Collins, quien casualmente también se encontraba en Madrid. En la comida había muchos economistas españoles reputados y todos se dedicaron a destacar los vicios y los problemas de la economía española, obsesionados con la competitividad y la reforma laboral. Si esos economistas hubieran estado en el gobierno habrían pedido el rescate ellos solos, sin necesidad de presiones externas.

Collins es profesor de economía de la Universidad de Chicago y un excelente economista con buenos fundamentos. Era consciente de que España padecía una crisis de deuda externa, complicada por la descapitalización del sistema bancario tras el pinchazo de la burbuja inmobiliaria. Este economista observador explicó la situación con realismo, pero advirtiendo que el principal problema venía por la falta de respuesta europea para frenar el contagio. En Alemania, con el apoyo de Durão Barroso (quien tomó la foto de las Azores en la guerra de Irak y, como recompensa, recibió la presidencia de la Comisión), primó la visión calvinista de mostrar sufrimiento para calmar a los mercados. Algo casi imposible de conseguir, pues éstos, cuando se

asustan, se comportan como una manada de búfalos en estampida. El BCE y la compra de deuda eran la única posibilidad de frenar aquella locura.

#### LA AUSTERIDAD Y LOS RESCATES: LOS POLÍTICOS SE LA JUEGAN

Tanto Merkel como Rajoy pregonaban que la austeridad nos sacaría de la crisis y que calmaría a los mercados. Pero tras el ajuste fiscal de mayo de 2010 aumentaron las probabilidades de entrar en una segunda recesión, los mercados se pusieron mucho más nerviosos y las primas de riesgo aumentaron. El presidente Zapatero, con buen criterio, se negó a pedir el rescate que, como lamentablemente comprobamos en 2012 con Rajoy, sería una humillación como país y llevaría a España a perder peso e influencia en los tableros europeo y mundial.

Tras pedir desde 2008 austeridad, en mayo de 2010 Rajoy votó en contra del ajuste. Él y el PP siempre ponen sus intereses electorales y personales por delante de los intereses de los españoles, y mayo de 2010 no fue una excepción a pesar de que España estaba al borde del abismo del rescate. Con todo, las principales críticas a Zapatero le vinieron por la izquierda y de dentro del Partido Socialista. Los críticos decían que no debería haber hecho el ajuste de mayo de 2010, que debería haber anticipado elecciones y dejar que fuera el PP el que hiciera el ajuste. Ésa fue la opción que tomó el presidente portugués José Sócrates, y su país fue rescatado con recortes y reformas mucho más duras que las que hizo el gobierno de Zapatero. Ésa también fue la posición de Alexis Tsipras en Grecia en febrero de 2015, cuando Syriza ganó las elecciones y el líder de Podemos, Pablo Iglesias, dijo en el último mitin de campaña en Atenas: «El cambio ha empezado en Grecia». Syriza provocó una fuga de capitales brutal, similar a la que desató



Rajoy en 2012, una segunda recesión y un corralito. Tsipras convocó un referéndum y los griegos votaron «no» a la austeridad. Pero dos semanas después anunció un ajuste fiscal tres veces más duro que el de Zapatero en mayo de 2010 y un rescate bancario del 10 % del PIB, casi el doble que el de Rajoy en 2012.

Los europeos llevamos ocho décadas sin sufrir una crisis tan dura y tan compleja. Los economistas estábamos desentrenados. Por esta razón, mis principales referentes para comprender la gravedad de la crisis y mi GPS para analizarla han sido economistas latinoamericanos: Enrique Iglesias, secretario general iberoamericano; Rebeca Grynspan, actual secretaria general iberoamericana; José Luis Machinea y Roberto Lavagna, exministros de Economía de Argentina, o José Antonio Ocampo, exministro de Economía de Colombia. Todos ellos, y algunos más, me han ayudado a comprender mejor la crisis a la que nos enfrentábamos y a recomendar las mejores medidas de política económica para minimizar sus daños, ya que tras la burbuja inmobiliaria y el boom de crédito la crisis era inevitable, agravada por la quiebra de Lehman Brothers y el colapso del sistema financiero mundial.

Recuerdo una noche cenando con José Luis Machinea en Madrid. José Luis es nieto de un emigrante vasco que llegó a Argentina sin nada y, pese a ser argentino y estar orgulloso de serlo, le encanta España y sigue con atención todo lo que sucede en nuestra economía. Fue presidente del banco central en el gobierno de Raúl Alfonsín y diseñó el plan Austral para acabar con la hiperinflación heredada de la dictadura militar. Luego fue ministro de Economía con Fernando de la Rúa para gestionar la sobrevaloración del peso y los problemas heredados de la convertibilidad de éste por Carlos Menem. Ha sido secretario general de CEPAL, es doctor en Economía por la Universidad de Minnesota y hoy es profesor de la Universidad Di Tella, la más prestigiosa en economía de Argentina y una de las más destacadas en

Latinoamérica. Es una excelente persona, con un corazón que no le cabe en el pecho, con gran vocación de servicio público y de hacer el bien. Le estaba contando la situación en Europa y en España, principal foco de riesgo e interés de la economía mundial en 2011, cuando José Luis me enseñó una lección que él aprendió de un político argentino y que yo nunca olvidaré: «Cuando alguien critica a otro, tiene que pensar qué haría él si estuviera en su posición y tuviera que tomar decisiones». Los economistas académicos tienden a pensar que el mundo es como una pizarra de un aula de la universidad, olvidan poner restricciones reales, que en muchos casos desconocen, como que el FMI presionó a Zapatero para que pidiera el rescate o que Grecia había ocultado 12 puntos de PIB de déficit público en 2007.

En 2011, este economista observador tenía una relación cordial con el que luego sería el equipo económico de Rajoy. La vicepresidenta Elena Salgado organizaba comidas periódicas con economistas, a las que invitaba a Luis de Guindos y a Luis Garicano, hoy en Ciudadanos. Rajoy y el PP habían construido un relato falso culpando a Zapatero de la burbuja inmobiliaria y de la crisis, y afirmaban que cuando ellos llegaran al gobierno, harían recortes, austeridad, sanearían el sistema bancario, volvería el hada de la confianza de los mercados y colorín colorado, el cuento de la crisis se habría acabado. Siempre pensé que era una posición política, desleal e inmoral, pero que en el fondo no se lo creían.

Según se acercaban las elecciones de 2011 y su llegada al poder, mi temor a que fueran unos ilusos y unos insensatos fue en aumento. Todas las alarmas saltaron cuando Álvaro Nadal, posteriormente asesor económico de Rajoy en la Moncloa, en septiembre de 2011, en pleno tsunami de rescate a Italia que nos afectaba intensamente, concedió una entrevista a Reuters. En las mesas de tesorería de los bancos del mundo entero hay un terminal de la agencia periodística que emite noticias sin parar. Cuando alguna es importante, la

subrayan en rojo con alerta sonora. Todos los operadores la ven y se empieza a comprar o a vender activos financieros en función del impacto esperado. Por lo tanto, hacer una entrevista en Reuters es como hacer fuego de día en medio de las praderas del lejano Oeste americano, donde todos los indios te ven. Nadal, sin pestañear, dijo que no se creía las cifras de necesidades de capital para el sistema bancario que había publicado el Banco de España, próximas a los 15.000 millones; que ellos estimaban que el agujero era de 50.000 millones; que nada más llegar al gobierno obligarían a los bancos a poner a valor de mercado todos sus activos, y que eso supondría rescatar cuatro o cinco entidades. Ésa fue la hoja de ruta que luego aplicaron al llegar al gobierno y que acabó con el primer rescate financiero internacional de España desde 1957. En privado te decían que habían pactado con Alemania un rescate blando sin condiciones: ellos hacían el ajuste y las reformas, y Alemania nos daba 50.000 millones en cómodos plazos y a bajos tipos de interés para sanear el sistema bancario.

En julio de 2011, la vicepresidenta Salgado nos convocó a la última comida de economistas en la que estaba presente Luis de Guindos. Nos contó el acuerdo del Eurogrupo sobre el nuevo mecanismo de rescates bancarios y fue muy explícita explicando que el rescate sería con el Memorándum, firmado por el gobierno y con el aval de la deuda pública. El rescate sería duro o no sería. Por lo tanto, Luis de Guindos y el PP fueron informados por el ejecutivo socialista de las condiciones acordadas en Bruselas, pero los populares vivían en el País de Nunca Jamás pensando que Merkel, al ser del mismo partido, haría una excepción con ellos en el gobierno.

El epicentro de la crisis europea en el verano y otoño de 2011 era Italia. Pero si rescataban a este país, la probabilidad de que España también lo fuera era muy elevada. El 13 de noviembre, Silvio Berlusconi, forzado por su propio partido, se vio obligado a dimitir. Las principales formaciones

italianas apoyaron un gobierno de concentración presidido por Mario Monti, expresidente de la Comisión Europea y hombre de consenso que supuestamente iba a hacer las reformas que pedía Bruselas. Al final, Monti no tenía apoyo parlamentario y presidió un gobierno débil que no consiguió tomar ninguna decisión relevante, ni en Roma ni en Bruselas, para resolver la crisis.

Siete días después de la dimisión de Berlusconi, los españoles votábamos en las elecciones generales. La tensión en los mercados era elevada y el temor a que el euro se rompiera iba en aumento. El jueves previo a los comicios el Tesoro español hizo una subasta de un bono a 10 años. La subasta daba señales preocupantes. El Tesoro consiguió financiación pero a tipos del 7 %. Con los tipos del BCE próximos al 0 %, el 7 % reflejaba temor por parte de los inversores al impago de la deuda. En estas condiciones de extrema tensión se produjo el cambio de la Constitución del artículo 135.

### 135: EL ARTÍCULO DE LA ESTABILIDAD QUE PODEMOS RECHAZA

El BCE y el Banco de España le pedían a Zapatero la reforma laboral que luego hizo íntegramente Rajoy y que provocó la deflación salarial, la precariedad y el descontento social, el aumento de la desigualdad y la exclusión social, que es la principal causa de la aparición de nuevos partidos, de la fragmentación política y de los problemas de ingobernabilidad. En pocos meses se iba a aprobar en Bruselas la nueva regulación fiscal que exigía a los países incluir en su legislación reglas de gasto y estabilidad presupuestaria. El presidente optó por incluir la regla de estabilidad presupuestaria en la Constitución, en su artículo 135.

Algunos medios publicaron que este economista observador era el principal asesor económico del presidente. No era cierto, nunca trabajé en el gobierno,

ni cobré un euro del Estado salvo mi sueldo de profesor asociado en la Universidad de Alcalá, pero lamentablemente hoy, con las redes sociales e internet, es más sencillo crear rumores y noticias falsas que luego cuesta mucho revertir. Donald Trump ha llevado la posverdad a su máxima expresión, pero ésta ya existía antes de Trump: Platón escribió el Mito de la Caverna para luchar contra la posverdad en la Grecia clásica.

Aquel verano de 2011 pasé mis vacaciones en Moraira, un precioso pueblo en la costa de Alicante, frente al peñón de Ifach. Mi segundo hijo tenía un añito y recuerdo que las tres primeras semanas de agosto su padre tuvo que escribir notas casi a diario para sus clientes de Intermoney y numerosos artículos en prensa. Volvimos a Madrid de las vacaciones, fuimos a hacer algunas compras y me dejé el móvil en el carro del niño. A las once de la noche de un viernes sonó el móvil y no me levanté. Volvió a sonar y fui a por él para que no despertara al niño. Era la secretaria personal de Zapatero anunciándome que el presidente quería hablar conmigo. Había estado cuatro veces con el presidente, pero siempre acompañado de otros economistas; ésta era nuestra primera conversación privada. En esa llamada recordé lo que me había dicho Machinea: ponerte en el lugar del otro y pensar siempre qué harías tú. El presidente tenía información precisa de la tensión en los mercados y era muy consciente del riesgo de colapso en el mercado de deuda pública y de rescate. En esa llamada entendí la soledad del gobernante que es consciente de que detrás de él ya no hay nadie, que no era previsible una intervención del BCE y que tenía que elegir sin la certeza de que su decisión solucionara el problema.

Desde su nacimiento en 2014, Podemos ha criticado ferozmente la inclusión en la Constitución del artículo 135 a pesar de que, como hemos señalado antes, consideren a Suecia un modelo a seguir, obviando que fue el primer país en introducir una regla de estabilidad presupuestaria. Se ha criticado que este

cambio en la Constitución anteponía el pago de la deuda a las personas. Pero como ya hemos indicado al principio de este capítulo, el artículo 135, en 1978, ya decía que era inconstitucional modificar la cantidad, el tipo de interés o el plazo de la deuda pública. Por lo tanto, el impago de la deuda ya era inconstitucional, y el artículo se había copiado casi íntegro del artículo 118 de la Constitución de la Segunda República de 1931. Los padres de la Constitución en 1931 y en 1978 identificaron, con buen criterio, que el impago de las deudas declaradas ilegítimas había sido una de las principales causas del aislacionismo internacional y el subdesarrollo de España en el siglo anterior.

Sin embargo, la posverdad se ha impuesto; incluso buena parte de los militantes y dirigentes socialistas se avergüenzan de haber introducido una regla de estabilidad presupuestaria en la Constitución, y muchos de sus votantes en 2008 han dejado de votar al PSOE. Espero y deseo que este libro ayude a acabar con el Mito de la Caverna del 135. Las ideas son libres, pero los hechos son únicos.

EL MANTRA DE LA CONFIANZA SE AGOTÓ: EL MOVIMIENTO BROWNIANO Y LA OCULTACIÓN DE DÉFICIT

El 1 de noviembre de 2011, el italiano Mario Draghi sustituyó a Jean-Claude Trichet como presidente del BCE, un nombramiento que provocó una crisis política en Alemania. El diario *Bild*, el más leído en el país germano, tituló en portada: «Los italianos sólo saben hacer dos cosas: pizza e inflación, y la segunda mejor que la primera». Trichet es ingeniero, Draghi es doctor en Economía por el MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts), una de las

mejores universidades del mundo. Además, varios premios Nobel de Economía fueron sus profesores.

El diagnóstico de la crisis de Draghi era más acertado y ha demostrado mayor habilidad política para conseguir cambiar la política monetaria europea y evitar la ruptura del euro. En su primer Consejo de Gobierno, el 3 de diciembre de 2011, anunció dos subastas extraordinarias a 3 años al 1 %. En la primera, el 21 de diciembre, los bancos consiguieron crédito por 500.000 millones de euros. Con ese dinero cubrieron sus necesidades de liquidez y vencimientos, y parte del dinero lo invirtieron en deuda pública.

Cuando un banco da un crédito, debe tener un porcentaje de capital y recursos propios para avalar un posible impago. Cuando compra deuda pública, la norma asume que es un activo libre de riesgo y no necesita más capital. Un bono español a 3 años, antes de que el BCE anunciase las subastas extraordinarias, daba una rentabilidad del 4,5 %. Los bancos pidieron dinero al BCE al 1 % a 3 años y compraron bonos al 4,5 %. La operación era equivalente a dar un préstamo a una empresa o a una familia al euríbor más 3,5 %. La banca europea compró bonos de deuda pública de manera masiva, las primas de riesgo bajaron y el Tesoro español pudo volver a emitir sin tanta tensión. Este economista observador pedía entonces que el BCE comprara deuda directamente, lo que ha hecho desde 2015 y ha sido más efectivo. Sin embargo, había rechazo por parte del Tribunal Constitucional alemán, y la opción indirecta, diseñada por Draghi, fue efectiva, redujo la tensión en los mercados y evitó el rescate de Italia.

El 20 de noviembre el PP ganó las elecciones por mayoría absoluta. El Banco de España es el banco del Estado y cada mes publica el saldo de liquidez de la cuenta del Tesoro. El gobierno de Zapatero dejó 30.000 millones de euros en la cuenta, disponibles para gastar. La llegada de Rajoy a la Moncloa coincidió con las subastas extraordinarias del BCE y la prima de

riesgo empezó a bajar. Las primas de riesgo bajaban en todos los países periféricos, lo cual confirmaba que la causa era la subasta del BCE y no el cambio de gobierno. Aun así, Rajoy hizo un uso político de esa bajada y confirmó la tesis de que con el Partido Popular había vuelto el hada de la confianza de los mercados.

Cada mes el Banco de España publica la balanza de pagos con el detalle de las compras netas de extranjeros de deuda y acciones españolas, y el Tesoro, por su parte, publica el saldo de deuda pública en manos de no residentes. Desde enero hasta junio de 2012, este economista observador monitorizaba diariamente la intensa fuga de capitales de inversores internacionales en los mercados, y cómo la deuda la compraban bancos españoles que la financiaban con dinero del BCE. Pero en abril se acabó la segunda subasta extraordinaria del Banco Central, la banca española dejó de comprar y comenzaron los problemas.

En 1905, la revista *Nature* publicó un artículo con un experimento novedoso. Dejaban a un señor borracho en el centro de un sembrado y debían anticipar la senda de salida. El resultado fue caótico, ya que en cada intento el señor borracho elegía una senda distinta para abandonar el sembrado. Lo denominaron «paseo aleatorio»; en 1827, Robert Brown lo había definido en microbiología: «movimiento browniano», y Albert Einstein lo demostró matemáticamente en su teoría atómica, con el comportamiento de un electrón dentro del átomo. La gestión de la política económica de Rajoy el primer semestre de 2012 fue un puro paseo aleatorio. Muchos pensábamos que Rajoy tenía un diagnóstico equivocado de la crisis y que no tenía un plan para solucionarla. En pocos días descubrimos que era justo lo que parecía.

La primera decisión fue subir el impuesto sobre la renta en el primer consejo de gobierno. Izquierda Unida llevaba en su programa subir el tipo máximo del impuesto para contribuyentes con una renta superior a 250.000



euros anuales al 49 %. Rajoy fue más lejos y lo subió hasta el 52 %. El argumento es que no se iba a cumplir el objetivo de déficit y eran necesarios más impuestos. Esto contradecía la tesis del PP, que era la misma que la de Reagan: la curva de Laffer. Laffer y Rajoy en la campaña decían que subir impuestos baja la recaudación. Si de verdad cree en la curva de Laffer, ¿por qué subió los impuestos si eso iba a hacer bajar la recaudación?

Para justificar políticamente la medida empezaron a inventarse la cifra de déficit de 2011. En las primeras semanas de enero se filtró la cifra y la cambiaron varias veces hasta marzo. El gobierno central que gestionaba el presidente Zapatero cumplió su objetivo de déficit y dejó las cuentas de la Seguridad Social equilibradas con los ingresos igual que los gastos y 66.000 millones de euros en la hucha de las pensiones.

El problema estaba en las comunidades autónomas. Las elecciones autonómicas fueron en mayo de 2011; el PP había ganado y gobernaba con mayoría. De repente se abrió la veda para aflorar déficit oculto. Lo más sorprendente fue que la mayor desviación tuvo lugar en la Comunidad de Madrid y en la Comunidad Valenciana, ambas gobernadas por el PP desde hacía más de una década. En una entrevista con Carlos Alsina en abril de 2012, cuatro meses después de que Zapatero abandonara la Moncloa, Esperanza Aguirre dijo que se les había olvidado contabilizar unos 2.000 millones de gasto en sanidad. El déficit oculto despertó el fantasma griego y encendió todas las alarmas en Bruselas y en los mercados. El déficit oculto griego fue diez veces mayor que el español, pero hasta mi niño de ocho años habría gestionado mejor que el PP la forma de comunicarlo. Eurostat inició una investigación a Madrid y a Valencia por ocultación de déficit. En el primer caso la confirmó pero no hubo sanción ya que consideraron que había sido un hecho aislado; en el segundo sí hubo sanción ya que la ocultación de déficit había sido sistemática desde el año 2000.

Bruselas exigió al gobierno español que enviara el presupuesto de 2012 cuanto antes. Pero Rajoy, consciente de que, tras aflorar déficit oculto en varias comunidades autónomas, tenía que subir más los impuestos y aplicar recortes, decidió retrasar el envío de los presupuestos hasta mayo, después de las elecciones andaluzas. Aquello sentó especialmente mal en Bruselas, en Frankfurt y en Berlín, y España pasó a ser el principal foco de tensión europeo, superando a Italia con Monti al mando, y a Irlanda y a Portugal, que ya estaban rescatadas.

A pesar de todo, el mayor error fue la gestión de la crisis bancaria. La primera semana de enero de 2012, el ministro de Economía, Luis de Guindos, dijo en una entrevista en *Financial Times* que el sistema bancario español tenía un agujero de 50.000 millones de euros de capital. El pánico se apoderó de los mercados y la prima de riesgo no subía porque los bancos españoles la compraban para financiarla luego en el BCE. En febrero, el gobierno aprobó un decreto en el que obligaba a los bancos a aplicar una provisión del 80 % en el suelo adjudicado de préstamos promotores impagados.

De la investigación del juez Pedraz sobre Bankia se extrae mucha información que entonces no teníamos. Rato había presentado las cuentas de 2011 con el aval del auditor con un pequeño beneficio. Tras publicarse el decreto tuvieron que rehacer las cuentas y ya entonces aparecían pérdidas millonarias. Especialmente en BFA, propietario de las acciones de Bankia, que estaba en quiebra técnica. La gestión prudente de las crisis bancarias recomienda intervenir entidades insolventes cuanto antes para evitar el contagio sobre el resto del sistema bancario, lo que se denomina «el efecto dominó». Rajoy y su equipo económico dijeron a los españoles que no meterían ni un euro en los bancos, que se recapitalizarían con sus propios beneficios. Pero su decreto de saneamiento bancario suponía *de facto* reconocer la quiebra de Bankia, la principal entidad en España, con unos

pasivos de 300.000 millones de euros, el 30 % del PIB; los pasivos de Lehman Brothers suponían tan sólo el 4 % del PIB de Estados Unidos. Por lo tanto, en términos relativos, la crisis de Bankia que precipitó el decreto aprobado por Rajoy y De Guindos fue ocho veces mayor para España que la de Lehman para Estados Unidos.

La prima de riesgo bajaba por las compras de bancos españoles tras la subasta del BCE. Pero la bolsa española empezó a reflejar la fuga de capitales y las acciones de los bancos comenzaron a desplomarse en febrero tras publicarse el decreto. Aun así, el gobierno seguía con el mantra de que con el PP había vuelto el hada de la confianza. Cuando acabó la segunda subasta del BCE, la prima de riesgo empezó a subir y entonces el problema se hizo más evidente. Bruselas y los socios europeos habían perdido la confianza en Rajoy para tomar las medidas necesarias. Y el temor en los mercados a que la crisis bancaria llevara a un rescate aumentó el temor a una ruptura del euro.

En democracia todo se acaba sabiendo, y hoy tenemos más información sobre el rescate español que en 2012. El jueves 7 de junio, la agencia Reuters (la misma a la que Álvaro Nadal concedió la entrevista antes de las elecciones) filtró —citando fuentes oficiales de Bruselas— que España sería rescatada. La prima de riesgo ya estaba elevada y creciente, y ese jueves se disparó. El gobierno se resistía al rescate, pero el presidente del Eurogrupo le avisó de que se había convocado una videoconferencia de urgencia para el sábado, con un único tema del día: España. Además, la videoconferencia se realizaría incluso si el gobierno español no asistía.

El sábado 9 de junio, Luis de Guindos anunció públicamente la solicitud del rescate. Era el primer gobierno español en solicitar un rescate financiero internacional desde 1957. El domingo 10, Rajoy hizo una comparecencia pública en la Moncloa para decir que estaba muy contento, que era un crédito en muy buenas condiciones y que se iba a Polonia a ver a España jugar en la

Eurocopa. El lunes 11, este economista observador estaba convocado a una reunión con otros colegas para comentar las perspectivas macroeconómicas; estaba presidida por el director de la Oficina Económica Álvaro Nadal. Allí le pregunté las condiciones del préstamo: plazo, interés y, sobre todo, condiciones. Me dijo que no habían negociado aún nada.

No daba crédito. El gobierno español había firmado una hoja en blanco de una hipoteca de 100.000 millones, el 10 % del PIB, sin conocer las condiciones. Le anticipé que la deuda pública española había subido tras solicitar el rescate en 100.000 millones, que las agencias nos empeorarían el *rating* y que en pocas semanas estarían negociando un rescate completo como el de Grecia, Irlanda y Portugal, ya que no podrían emitir deuda pública. Aquélla fue una de esas veces en que hubiera deseado equivocarme; lamentablemente, acerté. El propio Luis de Guindos, en su libro *España amenazada* (Península, 2016), reconoció que se quedaron sin acceso al mercado para poder emitir deuda pública, y que en la cuenta del Banco de España sólo había dinero para pagar las pensiones y el sueldo de los funcionarios de ese mes, pero no para pagar las de agosto.

Afortunadamente, Mario Draghi volvió a actuar. El 27 de julio, en un discurso —saltándose el protocolo del BCE— pronunció su famosa frase: «Dentro de nuestro mandato, el BCE está dispuesto a hacer lo que sea necesario para preservar el euro. Y, créanme, será suficiente». La frase tardó en surtir efecto, pero fue seguida por un plan para comprar deuda pública de países que estuvieran rescatados y que tuvo el apoyo de los países miembros, incluida Alemania, donde Merkel tuvo que enfrentarse a su banco central, presidido por su antiguo asesor económico.

El gobierno español negoció el Memorándum, donde daba vía libre a la Troika para diseñar y acometer el saneamiento del sistema bancario español, y donde se comprometía a un ajuste fiscal adicional. Rajoy presentó un

presupuesto que corregía el presentado tan sólo un mes antes con recortes en sanidad y educación, anunciados por él mismo en la Moncloa, de 10.000 millones, la subida de 3 puntos del IVA y el recorte de una paga extra a los funcionarios. Como la fuga de capitales no cesaba y el Tesoro no podía emitir deuda, el gobierno español comenzó a negociar un rescate completo. Las exigencias del rescate eran durísimas: pedían subir el IVA turístico del 10 al 21 % y quitar una paga extra a los 7 millones de pensionistas españoles.

Poco a poco, la nueva medida del BCE fue surtiendo efecto y Merkel cambió de opinión. Un nuevo rescate a España la obligaría a ir de nuevo al Parlamento germano a pedir autorización, lo cual tenía un coste político. La recesión en España ya se había activado. Se destruyó un millón de empleos en 2012 y 2013 y registró un desplome del salario por hora trabajada — descontada la inflación— del 10 %. Así, los trabajadores eran, de media, un 10 % más pobres. La caída del salario se concentró en trabajadores de renta y cualificación bajas, y entre los jóvenes. Es la causa que explica por qué el nuestro ha sido el país de Europa donde más ha aumentado la desigualdad desde 2011.

En España la crisis de 2008 era inevitable, ya que el pinchazo de la burbuja coincidió con la peor crisis financiera y económica mundial desde 1929. Pero la crisis de 2012 se habría podido evitar. Primero, si desde Europa se hubiera hecho una política económica similar a la de Estados Unidos, el BCE hubiera comprado desde mayo de 2010 y se hubiera dado más plazo a los países para reducir su déficit al 3 % que exige el Pacto de Estabilidad. Y segundo, si el gobierno de Rajoy no hubiera cometido errores sistemáticos que llevaron a provocar una fuga de capitales de 250.000 millones de euros, el 25 % del PIB, la mayor de nuestra historia.

## CAMBIO DE MODELO: TE LO HAGO MEJOR Y A UN BUEN PRECIO

En el verano de 2013, Bruselas —sin reconocer sus errores— decidió dar a España dos años más para cumplir su objetivo de llegar al 3 %, lo cual acabó con los recortes y el austericidio. En 2015, el BCE comenzó a comprar deuda pública sin necesidad de que el país estuviera rescatado, como había hecho la FED desde 2010, lo cual redujo las primas de riesgo española, irlandesa e italiana por debajo de los 200 puntos básicos. Y gracias al cambio de política monetaria del BCE, el euro se depreció de 1,30 contra el dólar a cerca de 1,05, con el que acabó 2016, lo cual abarató nuestros salarios en dólares y permitió reactivar nuestras exportaciones sin necesidad de tener que bajar más los sueldos a los trabajadores.

A partir de entonces llegó la recuperación y la creación de empleo, y España salió de la recesión. De nuevo nuestra economía demostró que es muy agradecida y que cuando tiene mínimas condiciones de estabilidad manifiesta un elevado potencial de crecimiento. El precio del petróleo se desplomó de los 100 dólares hasta los menos de 30 el barril, lo cual permitió bajar la gasolina y el gas para las calefacciones, y tanto las familias como las empresas españolas dispusieron en 2015 y 2016 de 20.000 millones (2 % del PIB) para consumir e invertir. Por otro lado, el terrorismo yihadista azotó a nuestros competidores, situando a España como el principal destino de turismo europeo de sol y playa.

No obstante, aunque la tasa de paro ha bajado, sigue siendo inhumana. Sobre todo la de los jóvenes. La deuda pública ha dejado de crecer, pero está en el 100 % del PIB, su mayor nivel desde 1909, y el déficit público cerró 2016 próximo al 4,5 %, el mayor de los países de la Eurozona. Los salarios y la precariedad se mantienen. La exclusión social afecta a más de un millón de españoles. El sistema público de pensiones tiene un agujero de

19.000 millones y la hucha se ha acabado. El empleo que se está creando es principalmente de baja productividad y con bajos salarios. El modelo de la reforma laboral de 2012, el de «Yo te lo hago más barato», se ha impuesto. En 2019, el BCE dejará de comprar deuda pública española y nuestra deuda externa seguirá siendo el tendón de Aquiles. El Tesoro Público tiene que emitir unos 300.000 millones de euros en 2019 y el BCE ya no estará comprando.

Por estas razones, en las próximas páginas se concentrará el análisis en la necesidad de que nuestras empresas cambien el modelo de «Yo te lo hago más barato» por el de «Yo te lo hago mejor y a buen precio». Esto pasa por la innovación, por aprovechar el talento y el capital humanos, por la internacionalización y por el posicionamiento en los países que más crecen, que lamentablemente ya no son europeos.

El próximo capítulo seguirá siendo analítico y diagnóstico. Y en los dos siguientes explicaremos el plan con medidas concretas para conseguir el objetivo utópico del pleno empleo, con mayor renta por habitante, mejor estado del bienestar, menor desigualdad y un país donde hayamos erradicado la exclusión social.

*Made in Spain*

España no necesita un hombre, necesita un pueblo.

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Suele decirse que los países ricos tienen muchas materias primas, pero la evidencia empírica rechaza esa hipótesis con contundencia: Suiza y Bélgica, por ejemplo, no tienen cacao y son líderes mundiales en la producción de chocolate, mientras que los países de América Latina que producen cacao, y se lo venden a suizos y belgas, tienen una renta por habitante un 70 % inferior a estos últimos. ¿Cómo se explica esta paradoja?

El premio Nobel de Economía Robert Solow nos enseñó que la renta por habitante de un país, en el largo plazo, depende en último término del progreso tecnológico y de la capacidad de innovación. Los economistas no nos ponemos de acuerdo en muchas cosas, pero en esto hay un consenso bastante generalizado dentro de la profesión. Y en este caso coincidimos con los antropólogos y arqueólogos. Tuve el privilegio de visitar el Museo de la Evolución de Burgos con Eudald Carbonell, uno de los directores del



yacimiento de Atapuerca. Los primeros humanos pobladores de España y Europa nacieron en África.

Desde nuestros orígenes, el cerebro humano tuvo más capacidad de análisis, comprensión y destreza a la hora de crear instrumentos para conseguir caza y alimento que el resto de los animales. El ser humano consumía mucha energía en la digestión de la comida hasta la aparición del fuego. El hecho de poder cocinar los alimentos facilitó el proceso y mejoró la absorción de nutrientes, esenciales en el desarrollo intelectual. Destaca especialmente nuestro lenguaje y nuestra capacidad de comunicación. Todos los animales se comunican, pero sólo los humanos hemos escrito obras universales como *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, de Miguel de Cervantes, y *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, con lugares mágicos como la isla de Barataria o Macondo, respectivamente. O pintar el *Guernica* o hacer la película de *La guerra de las galaxias*. Por lo tanto, la innovación y el desarrollo tecnológico son intrínsecos a la evolución humana.

## HERRAMIENTAS Y TECNOLOGÍA: EL PIB DE NUESTROS ANCESTROS

Para llegar desde las sabanas africanas hasta Europa, los humanos bordearon la costa africana. Pescaban, cazaban y comían todo tipo de frutas, vegetales y tubérculos. En Atapuerca se asentaron cerca de un río para tener agua dulce, sin la cual nos deshidratamos y morimos. Lo hicieron, además, en una zona de sierra de piedra caliza, que, al ser permeable, permite que el agua penetre en la roca creando cuevas que les servían para resguardarse del frío y de sus depredadores. Vivían en comunidad y tenían un comportamiento gregario, como otras especies de animales. Sin embargo, tras un largo proceso de evolución, hemos llegado a desarrollar grandes urbes de 20 millones de habitantes. En la

antigua Cartago, en el norte de África, ya se había mejorado la tecnología de construcción, con viviendas en cuatro alturas que tenían acceso al agua. Hoy, el ser humano ha conseguido construir una torre en Dubái que supera los 800 metros de altitud.

Por la península Ibérica pasaron la mayoría de las culturas mediterráneas y centroeuropeas: fenicios, griegos, cartagineses, romanos, celtas e íberos. La ocupación musulmana, con casi ocho siglos de presencia, fue la más duradera. Hoy miramos con complejo de superioridad a África y al islam, pero en el siglo VIII sus técnicas agrícolas eran más avanzadas que las nuestras, y gracias a ellos conocimos nuevos cultivos. Tenían los mejores matemáticos y astrólogos y su tecnología militar era muy superior, por eso les costó poco tiempo ocupar la mayor parte de la península. Según el historiador Angus Maddison, en el año que nació Jesucristo, la renta por habitante de lo que hoy es España era la mitad que la de la antigua Roma (hoy Italia). Diez siglos más tarde, hacia el año 1000, habíamos alcanzado a los italianos.

El interés por la península Ibérica fue variado, pero principalmente estuvo motivado por el comercio. Antes de Jesucristo se comerciaba con esclavos, que tenían un contrato único legal. Se buscaban minerales, como las minas de hierro en Cabárceno, cerca de Santander, o las de oro en Médulas, en el Bierzo, hoy maravillosas esculturas naturales pero que fueron raspadas por la mano del hombre para extraer el mineral. Les gustaba nuestro aceite y nuestro vino. En esta actividad comercial se hallan los cimientos de la civilización occidental, que ha sufrido grandes transformaciones desde entonces. Por fortuna, una democracia como la ateniense, que aceptaba el tráfico de esclavos y en la que la mujer ocupaba un puesto secundario, privada de muchos derechos, sería impensable en la actualidad.

El comercio marítimo fue esencial en la difusión de los valores de la cultura occidental: los romanos llegaron hasta Finisterre, los españoles continuamos

hasta América y Filipinas. Nuestros antepasados españoles también tuvieron comportamientos habituales en su época pero intolerables en la nuestra. Todos estos comerciantes llevaron consigo, además de sus mercancías y costumbres, su tecnología. El museo arqueológico de Daimiel, por ejemplo, expone herramientas agrícolas entre las que se cuenta un sofisticado arado romano que permitía aumentar la tierra cultivada, lo que a su vez hacía crecer la productividad, el PIB y el nivel de vida. El arado árabe que llegó después era más eficiente aún, y eso hizo que nuestros niveles de renta subieran hasta alcanzar a los de la Roma del año 1000, como hemos comentado antes. Cuestión distinta, por supuesto, es el modo en que se distribuía esa mayor riqueza.

Los romanos trajeron grandes avances tanto en arquitectura como en ingeniería civil. Daimiel alberga varios asentamientos urbanos preiberos gracias a los cuales hemos podido saber que tenían pozos de agua, hornos para fabricar armas y pan, e incluso una fortificación para protegerse de los ataques. Dos mil años después, la técnica había avanzado hasta la construcción de una obra maestra de la envergadura del acueducto de Segovia. Y en el siglo I a.C. fundaron Complutum (la actual Alcalá de Henares), donde elaboraron un sistema de canalización de agua y de alcantarillado que ha estado en uso hasta nuestros días.

Los numantinos eran ganaderos. En Numancia, la ganadería era poco intensiva en empleo: una sola persona puede estar al cuidado de un gran rebaño, por eso la mayoría de los jóvenes eran guerreros y mercenarios. En el actual yacimiento arqueológico han reproducido las casas anteriores y posteriores a la conquista romana. Los romanos obligaron a los numantinos a ser agricultores y sedentarios para que dejaran de ser mercenarios y guerreros. Construyeron casas más grandes, con mayor altura y mayor complejidad arquitectónica para poder guardar el grano dentro. Esta mejora de la

productividad en la agricultura permitía producir más allá del autoconsumo y, en consecuencia, comerciar con las ciudades donde empezaban los negocios artesanos y la industria incipiente, como la orfebrería y la cerámica. Los árabes mejoraron el regadío agrícola, introduciendo nuevos cultivos como el arroz, la berenjena, la alcachofa, la caña de azúcar, etcétera. Gracias a esas mejoras aumentaron exponencialmente la productividad agrícola, el excedente y el comercio, lo que permitió el desarrollo urbano. En el siglo X, Córdoba, la capital de Al-Ándalus, superaba los 100.000 habitantes y era la ciudad más poblada de Europa. En 1817, David Ricardo explicó, en sus *Principios de tributación*, la teoría de la ventaja comparativa, que Al-Ándalus ya practicaban. Los artesanos se especializaron en textiles de seda y orfebrería de lujo que se exportaban a todo el norte de África y Oriente Próximo, y también a Europa.

Historiadores de buen criterio afirman que en España no hubo reconquista sino repoblación. La conquista la llevaron a cabo los árabes dejando algunos núcleos de población cristiana en el norte. Desde Asturias fueron expandiéndose por la península hasta recuperar Granada en 1492. A su paso fueron creando un nuevo sistema, de corte feudal, donde los mercenarios que recuperaban territorio y se lo adjudicaban se convertían en nobles. La mayoría de los títulos nobiliarios que hoy conocemos por las revistas del corazón tienen su origen en aquella época.

Aquello, además de condicionar el sistema político y legal, también condicionó el sistema económico. Los historiadores afirman que la clave de la revolución industrial en el Reino Unido, en el siglo XVIII, fue definir la propiedad privada de las tierras de cultivo. En España sí hubo derechos de propiedad, pero en grandes latifundios. Y la mesta de ganado tuvo más capacidad de presión sobre los reyes e impuso sus derechos sobre los agricultores. El modelo principal era trashumante: en invierno huían del frío

de las montañas de Castilla y de León y llevaban el ganado a Extremadura; en primavera volvían. Antonio Machado lo plasmó con brillantez en «Campos de Soria», uno de sus poemas de *Campos de Castilla*: «Soria fría, Soria pura, cabeza de Extremadura...».

Los agricultores estaban obligados a dejar pasar al ganado por sus tierras. El presidente de Estados Unidos Ulysses S. Grant acuñó el término «lobista». Cada tarde al salir de la Casa Blanca iba a un hotel cercano a tomar una cerveza. La rutina pasó a ser de dominio público y todos los que querían conseguir algo del presidente iban a esperarle al acabar la cerveza. Al salir, Grant decía con resignación: «Ya están aquí los del lobby». En Castilla no había hoteles pero había cortesanos y formas similares de conseguir leyes favorables a los objetivos de uno. En las novelas históricas y en el cine se refleja bien. Por ejemplo, en las protagonizadas por el Capitán Alatriste o en la película *Juana la Loca*.

Allí encontramos la figura de Pedro Fernández de Velasco, nacido en Burgos en 1425. Fue camarero mayor del rey Enrique IV, y acabó siendo noble de Salas de los Infantes y su sierra, en los Picos de Urbión, donde nace el río Duero y están las lagunas negras de Neila y de Vinuesa, donde está Quintanar de la Sierra (el pueblo de la familia de mi mujer), conocido también como «costa del oxígeno» o «tierra de pinares»; uno de los lugares más maravillosos de nuestra querida España, con pinos de 30 metros de altura, más propios de Canadá o Noruega. Fue también señor de Soba, en Cantabria, otro lugar maravilloso con indianos ilustres. Cerca está Arredondo, de cuyas fiestas este economista observador fue pregonero el verano de 2016. Allí se encuentra la subida a los Machucos, un pico de 2.000 metros de altitud a 30 kilómetros del mar Cantábrico; con una ascensión en vertical, es el puerto más duro que ha incluido la Vuelta Ciclista a España. Fernández de Velasco, condestable de Castilla, tenía muy buena relación con el Papa y era el

interlocutor entre sus reyes y los de Roma. Aquello le dio mucha influencia y riqueza. Construyó el Palacio del Cordón en el centro de Burgos, que aún se conserva, y la capilla de los Condestables en la catedral de Burgos, una joya de la arquitectura y la escultura de la época.

## LA CONQUISTA DE AMÉRICA Y LOS ESCOLÁSTICOS DE ALCALÁ Y SALAMANCA

Sin embargo, lo que condicionó realmente el desarrollo económico de España fue la conquista de América. Esto sí que fue una conquista real en contra de sus pobladores originarios. Después de ocho siglos de actividad bélica en la península, los españoles contaban con un ejército potente, tecnológicamente avanzado. Cristóbal Colón era un aventurero y un humanista que se atrevió a desafiar el pensamiento vigente que aseguraba que la Tierra era plana. La reina Isabel la Católica se reunió con Colón en Alcalá de Henares y puso el capital y el dinero para financiar la expedición.

Del mismo modo que la península fue rápidamente conquistada por los pueblos árabes, así sucedió en el continente americano porque la tecnología y la estrategia militar de los españoles eran muy superiores a las de los nativos. En el tiempo que pasé trabajando entre arquitectos aprendí que arquitectura y construcción reflejan la historia y la capacidad tecnológica de las civilizaciones. Las culturas precoloniales que habitaban el nuevo continente habían alcanzado un alto desarrollo de la ingeniería, como muestra, por ejemplo, el Machu Picchu, obra de los incas. Sin embargo, la catedral de Burgos data de dos siglos antes. Su altura y naves centrales confirman un manejo muy superior de las técnicas de construcción.

Desde América comenzaron a llegar cantidades ingentes de oro y plata. Los reyes españoles dedicaron la mayor parte del dinero a financiar guerras para

defender el catolicismo contra las reformas protestantes. Las cruzadas pasaron de ser contra el islam en lo que se denominaba Tierra Santa y se trasladaron a Europa para guerrear entre europeos, también por motivos religiosos. La cruzada católica de los reyes y la nobleza españoles tuvo efectos económicos desastrosos. En el siglo XVI España era la principal potencia militar del mundo. También intelectual, ya que las mejores universidades eran españolas. Y asimismo cultural, con grandes maestros de la pintura y la literatura universal. Pero la economía fue un monocultivo del oro que llegaba de América, y se produjeron los mismos problemas que vemos ahora en economías que tienen monocultivos de petróleo, como es el caso de Rusia o Venezuela.

La llegada del oro aumentó el dinero en circulación. Los escolásticos de Alcalá y Salamanca (según Joseph Schumpeter, el origen de la economía moderna) observaron que el incremento del dinero en circulación provocaba subidas en el nivel de precios, aunque en aquella época no disponían de estadísticas para medirlo como el IPC. Este aumento de los precios llevó al incremento de los salarios para que los ciudadanos y súbditos no perdieran poder adquisitivo.

La subida de los precios por motivos puramente monetarios, sin mejoras tecnológicas o de capital físico y humano que aumentaran la productividad, provocó un deterioro de la competitividad que perjudicaba las exportaciones españolas y favorecía las importaciones. Sumado al capitalismo castizo, creado durante la repoblación del territorio y la prevalencia de la ganadería y la mesta sobre la agricultura, frenó secularmente el desarrollo de una burguesía, hecho clave para la revolución industrial en Holanda o en el Reino Unido.

Cuentan los historiadores que en Castilla se producía la lana, se transportaba con carretas hasta los puertos de Bilbao o Santander y desde allí

se exportaba a Flandes, donde se transformaba en ropa que luego se exportaba a Castilla. Lo mismo que explicaba al principio del capítulo con el cacao que se cultiva en América y el chocolate que se produce en Bélgica y Suiza, ocurría en España. Nosotros producíamos la materia prima, pero la tecnología, la maquinaria y el diseño para procesarla se hacían fuera. Esta circunstancia condicionó el desarrollo del capitalismo español y ayuda a explicar el retraso en la creación de una burguesía que permitiera acabar con el antiguo régimen y crear un Estado moderno, industrial, con desarrollo científico y tecnológico.

Otra característica de una economía con monocultivo es la extrema dependencia de los ingresos públicos de la llegada del oro. Si a esto sumamos un feudalismo castizo, que retrasó el desarrollo de un sistema de impuestos moderno que permitiera al Estado tener suficientes recursos, más un gasto militar estructural y creciente, el resultado fue una crisis fiscal permanente.

El Estado español (primero con los Austrias, luego con los Borbones, con dictadura o con república) siempre ha gastado por encima de sus ingresos estructurales. El resultado ha sido una serie de crisis sistémicas de deuda pública y de deuda externa. Lo explica magistralmente mi colega de la Universidad de Alcalá Francisco Comín en su libro ya citado *Las crisis de deuda soberana en España (1500-2015)*. A principios del siglo XVI ya existía un mercado secundario de deuda pública en Medina del Campo.

El mercado sigue siendo esencialmente igual que el del siglo XVI. El gobierno no tenía dinero para pagar sus gastos y emitía asientos (lo que hoy serían letras) con el compromiso de devolverlos en pocos meses. Cuando los gastos eran mayores que los previstos o los ingresos menores de lo esperado (en aquella época también había ciclos económicos y recesiones), el gobierno no podía devolver sus deudas. Entonces emitían juros (los bonos actuales),



donde el compromiso era devolver el dinero que le habían prestado ya no en meses, sino en años.

Los españoles, además de ingeniería en infraestructuras, militar y arquitectónica, desarrollaron hasta el extremo la ingeniería financiera, por la necesidad de impulsar guerras carísimas de costear. Cuando el oro de América comenzó a disminuir y empezó el declive imperial, llegaron los impagos de deuda. Los banqueros primero fueron nobles españoles, luego fueron banqueros extranjeros, y las crisis de deuda pública pasaron también a ser crisis de deuda externa. Cuando el Estado español no pagaba su deuda externa, se quedaba sin capacidad de importar bienes necesarios para mantener la cadena de producción y se ocasionaban profundas depresiones económicas, con una fuerte destrucción de empleo y el aumento de la pobreza.

#### LA OBSESIÓN DE LAS CRISIS FISCALES Y LA INESTABILIDAD MACROECONÓMICA

La crisis fiscal fue en aumento en el siglo XVIII y, sobre todo, en el siglo XIX. De las guerras europeas pasamos a las guerras civiles entre españoles. Cada cambio de régimen repudiaba la deuda del régimen anterior declarándola ilegítima. España perdía el acceso al crédito internacional y eso limitaba la capacidad de las empresas para comprar máquinas que incorporasen la nueva tecnología, por lo que ésta llegaba más tarde a España que al Reino Unido, Alemania o Francia, dando cuenta de nuestro retraso en esa área.

En 1845, tras el golpe de Estado de los generales Prim, Narváez y Serrano, que derrocaron al también general Espartero, se produjo la enésima crisis fiscal. Alejandro Mon, ministro de Hacienda, hizo la primera reforma fiscal seria para dotar al Estado español de un sistema de impuestos moderno y eficiente que permitiera recaudar los ingresos necesarios para dejar de apelar

sistemáticamente a la deuda pública y provocar crisis fiscales y económicas sistémicas. Se dejó de gravar la actividad económica directamente y se pasó a gravar las rentas que generaba. El impuesto sobre rentas de Mon —luego perfeccionado por Ramón de Santillán— estuvo vigente hasta 1977. Con la llegada de la democracia, España pasó a tener el actual impuesto sobre la renta, homologable con el resto de los países desarrollados y que en Estados Unidos se aprobó en 1904. La maldición española es que siempre hemos llegado muy tarde a todas las tendencias económicas y tecnológicas internacionales.

Mon, además de una reforma fiscal, hizo recortes en el gasto público para reducir el déficit estructural. Y tras aumentar los ingresos y reducir los gastos de manera estructural, se sentó a negociar con los acreedores, la mayoría extranjeros, una reestructuración de la deuda pública. El lector podrá comprobar, igual que con el mercado de deuda pública en el siglo XVI, que no hay nada nuevo bajo el sol en la crisis de deuda en la que seguimos inmersos en Europa y en nuestra querida España. Cuando llega la crisis, caen los ingresos públicos y se restringe el acceso al crédito internacional. El gobierno se ve obligado a subir los impuestos y a aplicar recortes de gasto. Siempre ha sido así y lo seguirá siendo, en China o en Estados Unidos. La partida doble de la contabilidad pública seguirá siendo la misma aunque inventemos robots y ordenadores cuánticos. Todo gasto se tiene que financiar y toda inversión o activo necesita un pasivo. Y el pasivo puede ser capital o deuda.

La crisis fiscal continuó en el siglo XX, tanto en las dos dictaduras de Primo de Rivera y de Franco como en la Segunda República, y fue agravada por la Guerra Civil. Franco no hizo la reforma fiscal y mantuvo un nivel de ingresos públicos muy bajo, lo cual limitó la capacidad de invertir en infraestructuras, en educación y en ciencia para acabar con el retraso secular de nuestro desarrollo económico. La gestión franquista de la deuda pública fue un sistema

perverso (como explica mi colega Francisco Comín en su libro). Franco obligó por ley a los bancos a tener un porcentaje fijo de sus depósitos invertido en deuda pública. Emitía con tipos de interés bajos y, como tenía problemas para financiar el gasto público, le daba a la maquina de imprimir billetes para pagar a sus funcionarios y al ejército que le mantenían en el poder. Eso provocaba una inflación galopante y una represión financiera, que de nuevo limitaba el crédito a las empresas para invertir e incorporar máquinas y nuevas tecnologías que aumentarían la productividad, los salarios y la renta por habitante de los españoles.

Otra característica secular española que ayuda a explicar nuestro retraso en el desarrollo del sistema capitalista y nuestra reducida capacidad tecnológica es la obsesión que tenemos por el ladrillo. La mayor parte del ahorro y de la riqueza acumulada por los españoles siempre se ha invertido en ladrillo. Lo hemos explicado aquí con el condestable de Castilla, que comenzó de camarero, hizo fortuna y la invirtió en un palacio y una capilla en la catedral como ostentación de su poder. Esto ayuda a explicar que España sea el segundo país del mundo con más patrimonio histórico, sólo por detrás de Italia. Si hubiéramos invertido menos en ladrillo y más en educación, en ciencia y en infraestructuras, hoy seríamos uno de los países con mayor renta por habitante del mundo.

He considerado necesario contar esta historia para desmentir que los españoles tengamos un gen que nos impide innovar. El capitalismo es un proceso de acumulación de conocimiento, de capital humano, empresarial, de infraestructuras. Por lo tanto, hay causas que permiten explicar el retraso secular de España en ciencia y en investigación. Sólo conociendo nuestra historia se puede explicar la lapidaria frase de Miguel de Unamuno, uno de nuestros mejores pensadores: «Que inventen ellos». En 1898 España perdió Cuba y Filipinas y entró en una profunda crisis fiscal. El ministro de Hacienda

era Raimundo Fernández Villaverde y, como le ocurrió a Mon, tuvo que hacer recortes, una reforma fiscal para aumentar la recaudación y después reestructurar la deuda.

La reforma siguió modernizando el impuesto sobre la renta creado por Mon, gravando las utilidades tanto del capital como del trabajo. Creó un nuevo impuesto sobre la riqueza (ya había desigualdad y tanto los economistas como los gobiernos se preocupaban de corregirla en aquel tiempo), además del impuesto de beneficios empresariales, para lo cual tuvo que crear un registro de sociedades que no existía. Esto supuso un gran avance para reducir el peso de los impuestos territoriales —más propios de un sistema feudal—, y España se aproximó al sistema moderno del que disponemos en la actualidad.

En *La riqueza de las naciones*, Adam Smith nos enseñó que el tamaño del mercado condiciona la división del trabajo y la productividad. No es condición necesaria, ya que también puede pasar en países pequeños, pero mercados grandes permiten empresas más eficientes, más empleo y mejores salarios y renta por habitante. Por lo tanto, disponer de un sistema fiscal donde los impuestos se paguen por igual en cualquier lugar del territorio, independientemente de dónde se produzca la actividad económica y el hecho imponible, ayuda a aumentar la competencia, la innovación, la capacidad tecnológica de las empresas, el empleo, los salarios y el nivel de vida. Esto es totalmente compatible con disponer de un Estado federal donde las regiones, las ciudades y los pueblos que conforman el territorio tengan recursos suficientes para atender los servicios públicos, desarrollar las infraestructuras y las políticas sociales que demandan los ciudadanos.

Como hizo Raimundo Fernández Villaverde, será necesaria una reforma fiscal para que parte del sistema tributario se recaude desde el centro. Por ejemplo, el impuesto de sociedades podría ser europeo y con ese dinero financiar políticas activas de empleo y desarrollar un seguro de desempleo

único (como explicaremos en el próximo capítulo). Lamentablemente, el fantasma del nacionalismo, el regionalismo y el independentismo vuelve a sobrevolar sobre nuestra querida Europa; es sin duda la mayor amenaza para el futuro y el bienestar de nuestros hijos, de los que están por venir, de nuestros mayores y de los sistemas públicos de pensiones.

La crisis fiscal y de deuda externa, tras la pérdida de las colonias en 1898, provocó una profunda depresión económica y condicionó a toda una generación de pensadores. Unamuno es uno de ellos, y hay que poner la frase «Que inventen ellos» en su contexto histórico y personal. Él pretendía reivindicar la filosofía y las humanidades, mucho más desarrolladas en España, frente a la ciencia y la investigación, pero sin duda es una de sus frases más desafortunadas. Como explicó Adam Smith, el nivel de vida de un país a largo plazo lo determina su capacidad tecnológica; «Que inventen ellos» implica aceptar tener una renta por habitante inferior a la del resto de los países.

#### EDUCACIÓN, CIENCIA E INNOVACIÓN: AVANZAMOS, PERO QUEDA MUCHO POR HACER

La visión más lúcida de la generación del 98 sobre la necesidad en España de mejorar la educación, la ciencia y la innovación fue la de Giner de los Ríos, quien lideró la Institución Libre de Enseñanza. Giner tenía una visión optimista del futuro de España condicionada a mejorar la educación y la ciencia. Su tesis es que España no perdió Cuba por tener peores soldados, sino porque los estadounidenses contaban con mejores ingenieros y electricistas y los habían formado décadas antes en sus escuelas y en sus universidades. Giner defendía que España no necesitaba un caudillo sino un pueblo, y la clave era la educación. Por esas fechas, Pablo Iglesias coincidió

con la visión de Giner y fundó el Partido Socialista, cuyo objetivo era luchar contra el trabajo infantil y la precariedad en el empleo. Pero tres de cada cuatro españoles de la época no sabían leer ni escribir, de modo que las casas del pueblo se convirtieron en escuelas para enseñarles.

Giner fue un gran innovador y sus ideas siguen vigentes. A principios del siglo XX, la Fundación Rockefeller le hizo una donación para construir un laboratorio de investigación en el jardín de su casa en la calle General Martínez de Campos de Madrid, sede actual de su fundación. Luchó para cambiar la universidad y al final acabó fundando una universidad privada con mecenazgo y donaciones, donde pudo poner en práctica sus ideas innovadoras en pedagogía y desarrollo científico. Becaba a sus mejores alumnos e investigadores para ir a estudiar a las mejores universidades del mundo de la época.

En la Institución Libre de Enseñanza innovaron en el método educativo de los estudiantes desde que empezaban su escolarización. En sus colegios asociados enseñaban a los niños a pensar, a desarrollar su creatividad, a entender el cambio y la incertidumbre como algo consustancial al ser humano, a ser emprendedores y a tener criterio propio para tomar decisiones en un mundo cambiante. También les enseñaban valores cívicos para ser buenos ciudadanos y los concienciaban para preservar el medio ambiente y la biodiversidad. Así nació la Residencia de Estudiantes, donde estuvieron Dalí, Lorca, Buñuel y los mayores talentos de nuestra querida España en aquellos años.

También mostraban un gran interés por la economía. John Maynard Keynes tenía problemas pulmonares y, de adolescente, pasó una temporada en los Pirineos españoles por prescripción médica. Su única visita a España cuando ya era un célebre economista fue para dar una conferencia en la Residencia de Estudiantes en 1930. El título de su ponencia era «Posible situación

económica de nuestros nietos», que luego reeditó e incluyó en su influyente libro *Ensayos de persuasión*, ya citado. En la conferencia, celebrada en plena Gran Depresión, Keynes daba una visión muy optimista del futuro al decir que las siguientes generaciones habrían aprendido a resolver los problemas económicos y se dedicarían a otras cosas que les generasen más felicidad, como el arte. Era una visión parecida a la de su maestro Alfred Marshall, que quería resolver los problemas económicos para que los ciudadanos tuviéramos más tiempo para dedicarlo al alma y a Dios.

Desde Giner de los Ríos hasta hoy los avances de la sociedad española en educación, ciencia e innovación son impresionantes, especialmente desde la llegada de la democracia en 1978. Cuando Franco murió, uno de cada cuatro andaluces seguía sin saber leer ni escribir, y uno de cada dos estaba sin escolarizar. Uno de cada cuatro jornaleros seguía trabajando en el campo con técnicas de producción agrícola y ganadera de siglos anteriores. Hoy en España, la mayoría de la población sabe leer y escribir, y uno de cada tres trabajadores tiene estudios universitarios. Tan sólo el 3 % de los ocupados trabajan en el campo, con maquinaria y técnicas avanzadas que permiten duplicar varias veces lo que producían en 1975 con seis veces menos trabajadores. Es decir, el aumento de la productividad por ocupado en el campo ha sido espectacular.

España aprovechó sus bajos salarios para que empresas francesas y alemanas decidieran deslocalizar parte de la producción de sus países en los años sesenta, setenta y ochenta. Luego mejoramos nuestra educación, nuestro capital humano, la maquinaria que usaban nuestras empresas y nuestras infraestructuras, para converger en renta por habitante y productividad por ocupado con nuestros socios. Desde 1975 España ha aumentado su empleo un 50 %. Las regiones con menor renta cuando murió Franco son donde más ha crecido el empleo. Destaca Andalucía, donde ha aumentado un 75 %, y se ha

reducido la desigualdad dentro del territorio. España ha multiplicado por cuatro su renta por habitante desde entonces, y ha triplicado el gasto social por habitante, desarrollando un Estado de bienestar que era anémico a la muerte del dictador.

Sin embargo, cuando se hace el análisis comparado con nuestros socios europeos, seguimos teniendo un nivel de capital humano ligeramente por debajo de la media y estamos lejos de los países más avanzados del mundo en renta por habitante. Por lo tanto, hemos cerrado la gran brecha educativa pero sigue habiendo margen para mejorar. Y los socios europeos ya no son el gran referente. Los países que lideran el informe Pisa en calidad de educación son los emergentes, la mayoría asiáticos. Polonia es el país europeo con mejor calidad de educación según ese informe de la OCDE.

La mejora también ha sido espectacular en el ámbito científico. El 3,5 % de los artículos publicados en revistas científicas internacionales son de investigadores españoles; eso es el doble del peso del PIB español en el PIB mundial. Sin embargo, seguimos muy lejos de nuestros socios europeos en gasto en investigación e innovación y en número de patentes registradas. El último dato (de 2010) en registro de patentes por habitante era un 60 % inferior al promedio europeo; asimismo, desde 2011 los recortes en gasto público en I+D+i han sido brutales, retrocediendo a los niveles de 2003 que dejó Aznar. En el año 2000, según el Banco de España, estábamos un 90 % por debajo del promedio europeo; o lo que es lo mismo: nuestros socios europeos registraban de media diez veces más patentes por habitantes que nosotros. El gobierno de Zapatero hizo del I+D+i su principal política para revertir la excesiva dependencia de la economía española en la época de la burbuja y triplicó el gasto público en investigación entre 2004 y 2011, siguiendo las recomendaciones de Giner de los Ríos. El PP, tanto con Aznar



entre 1996 y 2004 como con Rajoy desde 2012, ha seguido la filosofía de Unamuno: «Que inventen otros».

Además de un bajo nivel de gasto público en I+D+i, el gasto privado es aún más bajo que el de nuestros socios. España tiene pocas empresas innovadoras, aunque, por fortuna, muchas más que en los años noventa, especialmente en la «i» pequeña. Puedes meter un 10 % del PIB en I+D, pero, como nos enseñó Schumpeter en su teoría del desarrollo económico en 1911, si no hay empresarios innovadores ese conocimiento no se convertirá en empleo y en progreso económico.

Los economistas hemos empezado a medir la inversión en intangibles a pesar de su dificultad, pues en muchos casos se desarrolla dentro de las empresas y no hay transacciones y precios de mercado para valorarla. En España, medida sobre PIB, la inversión en intangibles es la mitad que en Estados Unidos, Francia o los países nórdicos, y un 25 % inferior que en Alemania. Economía digital, bases y análisis de datos, I+D, registro de patentes, propiedad intelectual, derechos de autor y diseño son los ámbitos donde tradicionalmente la economía de los intangibles ha puesto el foco. Las nuevas líneas de investigación de los economistas para medir la innovación se centran en la gestión de las empresas del valor de su marca, de su notoriedad y reputación, investigación y posicionamiento de mercado, formación e inversión en capital humano, gobierno corporativo, formación y calidad de los empresarios, etcétera.

Muchas empresas se han visto obligadas a cerrar durante la crisis, y en 2015 seguían haciéndolo, aunque ya con menor intensidad. Éste es el gran reto de la economía española si quiere bajar su tasa de paro: crear empleos dignos y reducir la elevada desigualdad que padecemos. En los dos capítulos siguientes propondré un plan para conseguirlo; analizaremos los cambios necesarios en las instituciones mundiales y europeas, y luego me centraré en

qué es necesario cambiar en España para conseguir cumplir, de nuevo, nuestros sueños imposibles.

## Democratizar la globalización

América primero.

DONALD TRUMP

La Guerra Civil española, como todas las guerras, supuso un desastre en términos económicos aunque los costes humanos siempre sean más importantes. Pocos meses después de finalizar el conflicto español, en 1939, Europa repitió el error y dio comienzo la Segunda Guerra Mundial, en la que las potencias democráticas se impusieron a los países fascistas a los que el dictador español había declarado su modesto apoyo. Por este motivo, durante los años cuarenta y buena parte de los cincuenta, España fue lo que hoy se denomina «un país no alineado», totalmente aislado de las instituciones europeas e internacionales, así como de sus inversiones, imprescindibles para incorporar avances tecnológicos y mejores técnicas de gestión desarrollados fuera del país.

Como hemos explicado en capítulos anteriores, España ha padecido un retraso secular en su desarrollo económico desde finales del siglo XVIII, cuando comenzó la revolución industrial. El mayor retraso con nuestros socios europeos se produjo a finales de la Segunda Guerra Mundial. Hitler y

Mussolini ayudaron a Franco a ganar la Guerra Civil y Franco les devolvió el favor dejando que Alemania usara España como plataforma logística durante la guerra, con la aportación simbólica de la División Azul que luchó junto a los nazis.

Si a esto le añadimos que Franco optó por el modelo de economía autárquica de José Antonio Primo de Rivera y Mussolini, con la sustitución de importaciones y la planificación económica estricta (modelo similar al de muchos países comunistas), la depresión, la pobreza extrema y la escasez nos alejó aún más de nuestros socios europeos, que optaron por el modelo socialdemócrata y la economía de mercado. Esto provocó en la sociedad española un complejo de inferioridad que reflejó magistralmente Luis García Berlanga en *Bienvenido, Mister Marshall* (1953). Para los españoles, Europa era el referente de libertad, democracia, Estado de bienestar, desarrollo económico, tendencias de moda, musicales, etcétera. La sensación de que Europa acaba en los Pirineos llevó a los españoles a tener un sentimiento insular hasta épocas recientes.

## EL DESCENTEN TO CON LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA

La aprobación del texto constitucional en 1978 rompió con el aislamiento y abrió el mayor período democrático de nuestra historia gracias al cual somos una democracia joven pero sólida. Los partidos de izquierdas, PSOE y PCE sobre todo, que representaban a los perdedores de la Guerra Civil, hicieron un gran ejercicio de responsabilidad facilitando una transición pacífica a la democracia. Y el rey Juan Carlos, Torcuato Fernández-Miranda y Adolfo Suárez lideraron un cambio legal que permitió demoler la estructura franquista y llevar a cabo una transición pacífica a la democracia. El deseo de la

sociedad española de ser europea, que se culminó en 1986, y el apoyo de nuestros socios europeos operaron de forma determinante para que nuestra transición fuera una historia de éxito que ha inspirado a otras jóvenes democracias como Polonia, la República Checa y otros países del bloque comunista.

La cercanía de Europa permitió que España fuera receptora de inversión extranjera y destino turístico preferido de sus ciudadanos europeos. Grecia y Portugal partían de condiciones semejantes, pero nuestro país supo aprovecharlo mejor. De aquellos doce Estados que formábamos la Comunidad Económica Europea, España es el que más empleo ha creado: siete millones, los mismos que Alemania y el Reino Unido y más del doble que Francia e Italia a pesar de tener mucha menor población. Además, hemos multiplicado por cuatro nuestra renta y por tres nuestro gasto social por habitante.

Yo nací en 1971 y apenas guardo recuerdos de 1975 salvo que tuvimos algunos días de vacaciones en el colegio por el fallecimiento de Franco. Soy muy consciente de que mi generación es democrática y europea gracias a los esfuerzos de nuestros padres y abuelos, que tanto empeño pusieron para conseguirlo.

Mis profesores en la Universidad de Alcalá habían estudiado fuera, en las mejores universidades, y ahora nosotros podíamos hacerlo también aquí con los mismos manuales que cualquier alumno de los mejores centros universitarios del mundo. Con veintinueve años fui director financiero de Estudio Lamela Arquitectos y me encargué de diseñar su plan de internacionalización. Competimos en el concurso del aeropuerto de Varsovia contra un consorcio alemán y otro estadounidense y ganamos. Conseguimos la mejor nota en el diseño del edificio y la mejor oferta técnica de construcción. Ése fue el momento en que perdí ese sentimiento de inferioridad tan común entre españoles; podíamos competir de igual a igual con los mejores

arquitectos del mundo y así lo hicimos en concursos como el de la T3 del aeropuerto de Shanghai, el estadio olímpico de Pekín o la nueva sede del BCE en Frankfurt. Los complejos se curan leyendo y viajando.

Gracias a internet, esto incluso ha mejorado. Cuando yo estudiaba en la universidad teníamos que conseguir las series estadísticas para nuestros análisis de revistas en papel que llegaban con retraso a España, la mayoría desde Estados Unidos o Bruselas. Y en los exámenes de estadística teníamos que resolver matrices de tres por tres con cálculos que nos llevaban horas y que hoy resuelve un programa de ordenador en segundos. El avance que ha supuesto para la humanidad la existencia de los ordenadores, internet y el uso masivo de datos es similar al de la invención de la imprenta por Gutenberg.

En el programa de macroeconomía internacional que enseñamos en el grado de economía de la Universidad de Alcalá explicamos algunos modelos que en Estados Unidos no se enseñan hasta el posgrado. España tiene las mejores escuelas de negocios europeas, que compiten de igual a igual con las estadounidenses. Nuestras escuelas de ingeniería están consideradas entre las mejores del mundo. Las nuevas generaciones aún tienen menos complejos de inferioridad que la nuestra. Todo ello tiene mucho que ver con el descontento que ha generado la crisis. Nuestros jóvenes viajan y se comparan con sus pares de otros países y son conscientes de que la precariedad y sus bajos salarios, cuando entran en el mercado de trabajo, son injustos. Son igual de injustos que los que padecemos nuestra generación a mediados de los años noventa, con una tasa de paro juvenil también del 50 %. Pero hoy los jóvenes pueden viajar a menor coste y conocer mucha más información de manera inmediata, lo cual ha intensificado el descontento.

Los españoles, gracias a la solidaridad de nuestros socios europeos, hemos sido los mayores receptores de fondos estructurales y de cohesión. Por méritos propios, además, hemos convergido con ellos en renta por habitante, y somos

el cuarto país en peso político y económico en la Unión Europea. El proyecto europeo hoy necesita un nuevo impulso. A corto plazo, la prioridad es reducir la elevada tasa de paro, especialmente la juvenil, que es la principal herida que ha dejado esta maldita crisis. A medio plazo hay que seguir mejorando las instituciones europeas. La crisis ha dejado en evidencia debilidades que debemos corregir. Las sociedades que no aprenden de sus errores están condenadas a repetirlos.

#### LA GLOBALIZACIÓN DE LAS INSTITUCIONES Y LA GLOBALIZACIÓN FINANCIERA

El mundo hoy es multipolar y multicultural, y el centro geopolítico y geoeconómico se ha desplazado al este y al sur. China y la India, tras dos siglos dormidos, han despertado de su letargo y están recuperando peso e influencia en el tablero mundial. La globalización es un fenómeno que continuará, facilitado por la revolución tecnológica, y ambas tendencias se retroalimentan. La clave es humanizar la globalización y democratizar las instituciones mundiales que se crearon en 1945 en un mundo bipolar y unicultural, pues han quedado obsoletas. La sensación es que los gobiernos nacionales han perdido la capacidad de resolver los problemas de los ciudadanos, aumentando la desafección con la política y las instituciones. Y esto crea un caldo de cultivo para los populismos y los nacionalismos. La política es más necesaria que nunca para conseguir un mundo más sostenible social y ambientalmente.

La crisis ha generado desafección y antipolítica y, sin embargo, la política con mayúsculas es más necesaria que nunca. Como nos enseñó Giovanni Pico della Mirandola en el siglo XV, las personas debemos ser el centro de las decisiones. Los mercados financieros y los robots son instrumentos, pero los

objetivos de la política deben ser las personas. Los que somos socialdemócratas desde una edad temprana hemos incorporado esa convicción a nuestras vidas.

El conjunto de la sociedad en los países desarrollados ha aumentado su empleo, su renta por habitante y el nivel de vida desde 1980, por eso el descontento con la globalización se concentra, principalmente, en determinados segmentos de población que han sido los más perjudicados, ya que la Gran Recesión, provocada por una grave crisis financiera, se cebó en grupos de población como los jóvenes. Hay, además, otro factor que ha echado más leña al fuego: el miedo a la revolución tecnológica que puede limitar aún más el número de empleos y la calidad de éstos. La solución no es prohibir los robots o asignarles impuestos. Las lavadoras y los tractores son robots que pagan el IVA cuando los compras y han ayudado al ser humano a vivir mejor y a tener mayor esperanza de vida. La solución es que los aumentos de productividad se traduzcan en mejores salarios, sobre todo de las rentas más bajas, para reducir la desigualdad. Con mayores beneficios y salarios, el Estado recaudará más y tendrá más recursos para mejorar el Estado de bienestar. Éstos son los principios básicos de la socialdemocracia.

La segunda ley de la termodinámica nos enseña que la naturaleza tiende a la entropía y el caos. La economía capitalista y de mercado sin reglas también tiende al caos, como la naturaleza, generando oligopolios, crisis financieras y desigualdad. Por eso la política y las instituciones deben buscar el orden, reducir la incertidumbre y el miedo que genera. El populismo ha resurgido tras la Gran Recesión en muchos países con distintas ideologías. Hay populismos de derechas y de izquierdas. Sin embargo, todos los populistas tienen algo en común: ofrecen a los ciudadanos protección y soluciones fáciles para resolver problemas complejos. Eso reduce su miedo y muchos deciden votarles.

Soy socialdemócrata por convicción. Considero que es el mejor sistema



humano para reducir la entropía, para crear empleos dignos, para que haya más igualdad y para que nuestro modelo sea sostenible con el pequeño planeta en el que vivimos. No es un sistema perfecto ni puede resolver la escasez, las crisis y los problemas asociados al sistema capitalista. Pero, versionando a Churchill, la socialdemocracia es un desastre sólo si excluimos al comunismo y al liberalismo. A los socialdemócratas no nos preocupa que haya ricos, sólo queremos que creen empleo y que paguen impuestos progresivos. Nuestra preocupación es que haya pobres. La pobreza y la desigualdad extrema es el colesterol que pone en riesgo la democracia y la estabilidad social.

La Organización de las Naciones Unidas (ONU) nació en 1945 tras dos devastadoras guerras mundiales ocurridas con veinte años de distancia. Su objetivo era conseguir la paz y desarrollar los derechos fundamentales del hombre, mejorar la dignidad humana, conseguir la igualdad de mujeres y hombres, de países grandes y pequeños, la libertad, el progreso humano, la sostenibilidad ambiental, mejorar nuestra convivencia, etcétera. Todos ellos son valores que coinciden con los de la socialdemocracia. Naciones Unidas, igual que los socialdemócratas, defiende la política para reducir la entropía y el caos. Hoy, prácticamente todos los países que fundaron la ONU en 1945 — cincuenta y uno— siguen siendo miembros. Su objetivo principal —evitar una tercera guerra mundial— se ha conseguido. Las estadísticas dicen que el porcentaje de población mundial que fallece en conflictos bélicos, militares y civiles está en mínimos históricos desde el siglo xv. Pero como la población mundial ha crecido mucho, lamentablemente mueren más personas y la paz sigue siendo una prioridad para el mundo.

En cuanto al resto de las propuestas, aunque se han producido avances, hay mucho margen para mejorar. La esperanza de vida media en el mundo estaba por debajo de los cincuenta años en 1945 y hoy está por encima de los setenta. Un 20 % de los niños morían antes de cumplir los cinco añitos; hoy esa cifra

ha bajado al 5 %, aunque no es un descenso suficiente. Dos tercios de la población mundial era analfabeta antes de crearse la ONU; hoy esa ratio ha disminuido al 15 %. En los países desarrollados las mujeres ya tienen los mismos años de escolarización que los hombres, y en los países emergentes han cerrado la brecha, aunque siguen teniendo un 20 % menos de tiempo de formación.

En cuanto a la pobreza extrema, en 1980 un 40 % de la población mundial tenía que malvivir con menos de 2 dólares al día en paridad de compra; hoy esa ratio es del 10 %. Lo ejemplifica principalmente Asia, que ha pasado del 70 % de la población en una situación de pobreza extrema en 1980 al 15 % en la actualidad. El problema continúa en el África subsahariana, donde el 40 % de la población sigue padeciendo pobreza extrema, aunque el porcentaje era del 60 % en 1980. África está amaneciendo como lo hizo Asia hace treinta años.

Frente al *America First* («América primero») de Donald Trump y otros modelos no democráticos que ponen en riesgo el orden mundial desde 1945, Europa debe aprovechar su peso político y su influencia para defender con convicción nuestra política en las instituciones mundiales. España es tan sólo el 0,5 % de la población mundial y Cataluña, el 0,1 %. Fuera de Europa seríamos un país insignificante en el tablero mundial, como ocurría antes de aprobar nuestra Constitución. Dentro de Europa tenemos peso político y económico. Cuando España tuvo problemas Europa nos ayudó. Ahora Europa tiene problemas y España debe ir a Bruselas con un plan de país en Europa para defender nuestros intereses, pero también debe ser coherente con un plan de Europa en el mundo y con un plan para el mundo. Los españoles debemos superar nuestros complejos de *Bienvenido, Mister Marshall* y creernos que ya somos europeos por méritos propios.

## CÓMO AFECTA LA VULNERABILIDAD DE LOS SISTEMAS FINANCIEROS A LAS DEMOCRACIAS

Si aplicásemos la primera ley de la termodinámica a las instituciones globales, podríamos decir que éstas ni se crean ni se destruyen, sino que se transforman. El mundo ya es multipolar y multicultural, de modo que las instituciones tienen que adaptarse. Obama fue consciente de la necesidad de este cambio e hizo una política exterior multipolar para democratizar las instituciones globales. No obstante, aún queda mucho por hacer.

En 1973, Nixon decidió sacar al dólar del sistema de cambios fijo que regía el mundo desde Bretton Woods. Desde entonces, el mundo vive en un no-sistema financiero internacional. La integración financiera ha sido muy intensa desde 1973. Los bancos, fondos soberanos, de pensiones, de inversión, de alto riesgo y los bancos de inversión y comerciales mueven cantidades ingentes de dinero por el mundo con mínimas restricciones.

La gestión de carteras se ha democratizado. Hace treinta años sólo las grandes fortunas se colocaban en fondos de inversión. Hoy, cualquier ciudadano con poco dinero puede invertir en un fondo, cambiarlo cada día desde internet e invertir un día en la India y al día siguiente en Estados Unidos o en Sudáfrica. En España hay mucho debate sobre la mínima fiscalidad de las sicavs y vehículos de inversión de las grandes fortunas. Pero los fondos de inversión a los que pueden acceder los pequeños ahorradores tienen la misma fiscalidad ventajosa.

En 1973, la mayor parte del ahorro se gestionaba con depósitos en los bancos, que se encargaban de canalizarlo al crédito a empresas y familias o a gobiernos de su país o de otros países. Hoy en día, los depósitos siguen siendo el principal instrumento de ahorro, pero un porcentaje elevado del ahorro de

empresas y familias se gestiona a través de fondos de inversión y fondos de pensiones. El ahorro se ha institucionalizado y hay gestores profesionales de carteras que manejan fondos que en muchos casos superan el PIB de varios países.

En 1997, los países asiáticos sufrieron una intensa crisis financiera que provocó una profunda depresión en la mayor parte de ellos, especialmente en Tailandia, Indonesia, Corea del Sur y Malasia. Tenían una elevada deuda externa, la mayoría de ella a muy corto plazo, y un bajo nivel de reservas en sus bancos centrales. Los flujos financieros mundiales siguen dinámicas caóticas. La mayor parte del tiempo el caos es determinístico y con cierto orden. Pero cuando los desequilibrios y las burbujas se vuelven insostenibles se produce algún evento y la dinámica se vuelve no determinística e imprevisible.

Tras la crisis asiática, los países más afectados han acumulado cuantiosas reservas de divisas como vacuna frente a otra crisis profunda. Han creado fondos soberanos que se gestionan con técnicas similares a los fondos de pensiones o los fondos de inversión. El mayor fondo soberano del mundo es el de China, cuyo banco central ha llegado a acumular hasta 3,5 billones de dólares en reservas, el equivalente a tres veces el PIB de España. La mayor parte del fondo —casi un billón de dólares— está invertido en deuda pública de Estados Unidos; tras la Reserva Federal, China es el principal financiador del gobierno estadounidense. Los países productores de petróleo también han creado fondos soberanos que gestionan grandes cantidades de dinero y sus decisiones son determinantes en los tipos de interés, las bolsas y las divisas de los países.

Los inversores, en algún momento y por causas normalmente inesperadas, se asustan, y lo emocional domina a lo racional. Se produce lo que se denomina en la literatura económica «el efecto rebaño»: todos quieren vender a la vez.

La escasez de compradores colapsa los mercados, la liquidez se seca y acaban provocando graves daños sobre la actividad y el empleo. La historia nos enseña que las crisis financieras son intrínsecas al sistema capitalista. No en vano, el término «bancarrota» existe desde hace siglos. En la Edad Media, los banqueros tomaban depósitos y daban crédito fuera de las ciudades, junto a sus murallas, sentados en una banca. Cuando quebraban, les rompían la banca para que todo el mundo lo supiera y no les dejaran depósitos. Desde entonces se sigue usando el término «bancarrota», aunque hoy la banca es electrónica.

Siempre ha habido crisis financieras y siempre las habrá. Un banco tiene una rentabilidad muy baja de sus inversiones (próxima al 1 % de media en la actualidad) y siempre es más rentable y con menor riesgo comprar un bono de deuda pública que hacer banca. Para que sea rentable, la banca coloca poco capital y mucha deuda, incluidos los depósitos. Si ponen una quinta parte de capital y cuatro quintas partes de deuda, la rentabilidad total sería la misma, pero la rentabilidad sobre el capital invertido sería del 5 %, y sería rentable asumir un riesgo en banca que lo haga más atractivo que comprar un bono de deuda pública.

Los bancos tienen otra gran vulnerabilidad que provoca buena parte de las crisis financieras: reciben depósitos a corto plazo y dan crédito a largo plazo. Cuando hay salidas masivas de depósitos, porque los ahorradores se asustan y temen que el banco no les pueda devolver su dinero, no es posible recuperar lo prestado y muchas entidades quiebran. Para eso se crearon los bancos centrales: financian al banco para devolver la salida de depósitos hasta que culmina el pánico. Los bancos centrales evitaron otra gran depresión mundial en 2008 tras la quiebra de Lehman Brothers.

Sin embargo, en las dos últimas décadas los bancos han reducido el peso de sus depósitos y han aumentado sus emisiones de bonos en los mercados de capitales, lo cual los hace más vulnerables a crisis financieras en los

mercados internacionales. Se ha desarrollado mucho lo que en 2008 se denominó «sistema bancario en la sombra». Los gobiernos conscientes de los efectos negativos de las crisis bancarias sobre el empleo y la actividad económica han desarrollado una regulación estricta y tienen numerosos equipos de supervisión para garantizar que las entidades cumplen las normas.

Sin embargo, la crisis de 2008 se produjo en el sistema bancario en la sombra, en muchas ocasiones con la regulación y la supervisión reducidas a su mínima expresión. Lehman Brothers era un banco de inversión que estaba fuera del círculo de regulación y supervisión bancaria de la Reserva Federal y de la red del Fondo de Garantía de Depósitos. Lehman estaba supervisado por la Comisión de Valores y no podía captar depósitos. Su dependencia de los mercados de capitales era elevada para emitir bonos. Lo que precipitó su quiebra fue la pérdida del acceso a la financiación en los mercados interbancarios a muy corto plazo.

Lehman, al igual que el resto de los bancos estadounidenses y muchos europeos, creó grandes fondos domiciliados en paraísos fiscales que compraban activos y se financiaban directamente en los mercados emitiendo pagarés. Esos fondos invertían en activos inmobiliarios y fueron claves para explicar la creación de burbujas generalizadas en distintos países. El mercado inmobiliario es local, pero la aparición de estos fondos fue determinante en la creación de la burbuja de crédito internacional que acabó provocando las diferentes burbujas desde Estados Unidos hasta Nueva Zelanda, pasando por España. Los bancos españoles aumentaron el crédito durante la burbuja muy por encima del incremento de sus depósitos; además, lo financiaron emitiendo bonos, la mayoría con garantía hipotecaria, que compraron estos fondos. Sin la financiación de estos fondos internacionales el intenso crecimiento del crédito en España no habría sido posible.

En 2006, el precio de las casas en Estados Unidos dejó de ser accesible

para muchas familias, la demanda se frenó y, como se construían muchas viviendas, los precios comenzaron a caer. Las leyes de la oferta y la demanda que describió Alfred Marshall en sus *Principios de economía* en 1890 sirven para explicar el comportamiento de la economía de mercado un siglo después. Como siempre sucede en los ajustes del mercado de la vivienda, cuando el precio comenzó a caer la morosidad de las hipotecas comenzó a subir, especialmente las llamadas *subprime*. Los activos con garantía inmobiliaria que habían sido muy demandados por estos fondos, por considerarlos de bajo riesgo, empezaron a ser repudiados. Los mercados de pagarés con respaldo de bonos con garantía hipotecaria se secaron y los fondos de la banca en la sombra no pudieron financiar sus inversiones. Y si vendían los bonos, quebraban y no podían devolver el dinero a los tenedores. Por lo tanto, tuvimos una banca rota como las de la Edad Media, pero en vez de ser provocada por una fuga de depósitos, en esta ocasión fue una crisis del siglo XXI generada por una fuga en los mercados financieros.

La FED y el BCE actuaron rápidamente en el verano de 2007 para evitar que el sistema bancario colapsara. Los bancos matrices compraron esos activos de sus fondos y sustituyeron la financiación en los mercados pidiendo prestado a su banco central. Sin embargo, Lehman Brothers no podía acceder a los préstamos de la FED al ser un banco de inversión. Lehman aumentó su dependencia de los mercados interbancarios, y los grandes bancos comerciales conseguían dinero en la Reserva Federal y se lo prestaban a Lehman con el compromiso de devaluación de una semana o un mes. Cuando pensaron que Lehman había perdido su capital y había riesgo de no recuperar su dinero, los grandes bancos dejaron de prestarle y Lehman colapsó.

Tras Lehman Brothers, el gobierno estadounidense tuvo que nacionalizar la mayor aseguradora del país, las dos grandes agencias hipotecarias y la mayor caja de ahorros. El temor a quiebras generalizadas provocó el pánico y los

mercados financieros mundiales se secaron. Estamos hablando de la mayor crisis en los mercados financieros globales de la historia de la humanidad.

El comercio se paga a plazo y nadie, tras la quiebra de Lehman, podía financiar las compras y ventas de productos. El comercio mundial colapsó en tan sólo quince días y registró la mayor caída de exportaciones de la historia, muy superior a la de 1930. Se suele hablar de la diferencia entre la economía real y la financiera. Pero tras la quiebra de Lehman Brothers, todos los ciudadanos comprendimos que no hay nada más real que el dinero. El desarrollo de los mercados financieros siempre se había visto en clave de eficiencia, mejor asignación del ahorro y facilitaba la inversión y la creación de empleo. Tras la Gran Recesión volvimos a comprobar la enorme capacidad destructiva del sistema financiero que se ha creado en las últimas décadas: fuerte destrucción de empleo, aumento de la pobreza, de la desigualdad y de la deuda pública, que dilata el coste de la crisis a las próximas generaciones.

Recuerdo una cena en Madrid con Robert Lucas, premio Nobel de Economía, que había refutado en sus investigaciones la utilidad de la política monetaria. El Nobel reconoció que había descubierto en la Gran Recesión la importancia de que exista un prestador de última instancia. Los españoles somos testigos como nadie del fenómeno. Durante la burbuja inmobiliaria el crédito crecía muy por encima de los depósitos, y el consumo y la inversión, muy por encima del PIB. Esta circunstancia llevó a acumular un elevado déficit exterior y una de las mayores deudas externas del mundo. Sin el sistema bancario en la sombra y la burbuja de crédito internacional habría sido imposible el boom de crédito en España y la burbuja. Más tarde sufrimos la virulencia de la fuga de capitales, especialmente tras el rescate de 2012.

CÓMO EJERCER UNA REGULACIÓN REAL Y EFECTIVA PARA EVITAR BURBUJAS Y



## RECESIONES

Urge reducir la intensidad y la volatilidad de los flujos de capitales, principal causa de inestabilidad macroeconómica en el mundo. La solución simple siempre es la tasa Tobin, cuyos efectos están claramente sobrevalorados. Primero conviene aclarar que James Tobin propuso la tasa para reducir la extrema volatilidad del mercado de divisas tras la ruptura de Bretton Woods. Interpretar lo que diría hoy Tobin, premio Nobel de Economía pero en otro contexto tan diferente, es un ejercicio absurdo. La solución pasa por acabar con el no-sistema financiero internacional que comenzó en 1973. La globalización financiera ha sido muy intensa desde entonces y se necesita una mayor coordinación de las políticas macroeconómicas.

El G20, donde están representados los gobiernos, debe coordinar las políticas fiscales. El Comité de Basilea, donde están los principales bancos centrales, debe coordinar mejor las políticas monetarias. Por ejemplo, si el BCE hubiese aprobado su política de compra de deuda en 2010 —como lo hizo la Fed—, se habría reducido la volatilidad en los tipos de cambio, y el comercio y el empleo mundiales habrían crecido más y todos los países se habrían beneficiado. Asimismo, en la Eurozona España no habría entrado de nuevo en recesión, no nos habrían rescatado, nuestra tasa de paro sería significativamente más baja y nuestros salarios, mayores. El FMI se creó en 1945 para coordinar políticas; por lo tanto, su servicio de estudios, constituido por un ejército de economistas formados en las mejores universidades y muy bien pagados con dinero de los contribuyentes de los países miembros, debe hacer labores de gabinete y análisis a ambas instituciones para que las políticas monetarias y fiscales sean «glocales» y se coordinen mejor entre ellas.

Muchos ciudadanos tienen la percepción de que nadie los gobierna en la

globalización. Esa sensación genera incertidumbre y temor. El proceso de integración económica ha mejorado los datos de renta y pobreza de la mayoría de la población del planeta, pero también ha habido perdedores, y éstos se concentran en los países desarrollados. Ese descontento y ese temor lo aprovechan los populistas para predicar proteccionismo y planificación económica: la historia nos demuestra que éstos acaban generando pobreza e infelicidad. La realidad es que la política sigue siendo local y la riqueza y los flujos financieros se concentran en muy pocos países. En consecuencia, para crear un sistema financiero internacional, basta con que esos países coordinen acuerdos y que la política priorice a las personas con visión glocal. Además, debemos adaptar las instituciones mundiales a la nueva realidad multipolar y multicultural en un mundo cuyo eje de gravedad se ha desplazado al este y al sur.

La lección que debemos aprender de la Gran Recesión es la misma que la de la Gran Depresión: la clave es prevenir crisis financieras tan violentas que generen tal infelicidad y deuda que acaben pagándolas varias generaciones. La actividad de buena parte de los agentes financieros es glocal y de nuevo la política debe ser glocal. Para ello, el Comité de Basilea, como he dicho, es clave en la regulación y la supervisión financieras. Fue creado para eso mismo, y su primer gran acuerdo fue un requisito mínimo del 8 % de capital para que los bancos tuvieran un colchón que permitiera absorber pérdidas en las recesiones en caso de aumentar el desempleo y la morosidad. Se eligió el 8 % porque era el promedio de los principales bancos de la época. Desde entonces la regulación ha permitido que algunos grandes bancos tengan tan sólo un 3 % de capital tangible sobre el total de sus deudas, lo cual los hace extremadamente vulnerables al ciclo económico.

Otro problema es que el capital de las entidades, con los avances de la innovación financiera, es de peor calidad. El caso más evidente fue el de las

preferentes en España. Durante la época de bonanza, estas preferentes se emitían en los mercados de capitales entre inversores cualificados que eran conscientes de que, en caso de quiebra de la entidad, asumirían las pérdidas. Durante la crisis, varias entidades españolas —bancos y cajas— emitieron esos títulos en su red de sucursales, distribuidos como depósitos altamente remunerados y sin que la mayoría de esos ahorradores fueran conscientes que en caso de quiebra sufrirían pérdidas en sus ahorros. Una lección que debemos aprender los ciudadanos es que cuando alguien te paga un tipo de interés mucho más alto que la media es que estás asumiendo riesgos que debes conocer y evaluar antes de prestarles tu dinero.

Entre los bancos italianos esa práctica estaba más generalizada aún. Y en muchas entidades alemanas es habitual el denominado «capital silente», que permite a los gobiernos regionales tener el control de las entidades pero sin poner el capital. En todos esos casos, cuando llegó la quiebra del banco, el capital de peor calidad demostró que no tenía capacidad de absorber pérdidas y lo acabamos pagando los contribuyentes con dinero público. En el caso de las preferentes españolas, aunque tarde y mal, la mayoría de los ahorradores han recuperado buena parte de su dinero.

Por lo tanto, la nueva regulación debe exigir más capital a las entidades y de mayor calidad. Esto es lo que está exigiendo el BCE para los bancos europeos, y es una medida acertada. Sin embargo, la Gran Recesión y la crisis de Lehman Brothers provocaron el pánico y la sobre-reacción en caliente de los reguladores financieros. La regulación es mucho mayor y sus efectos suelen ser inesperados. Por ejemplo, las nuevas exigencias de capital de los bancos europeos para dar créditos a pymes han aumentado desde 2008 y el resultado es menos crédito disponible para las empresas para invertir y crear empleo.

Al mismo tiempo que se exige mucho más a los bancos tradicionales, el

sistema bancario en la sombra sigue al margen de la regulación, provocando que buena parte de la financiación de empresas se haga ahora a través de fondos de inversión, de pensiones y capital riesgo, al margen de la regulación y la supervisión bancarias. Por lo tanto, además de mayores exigencias de capital, es necesario revisar algunas regulaciones que están dañando la recuperación y el potencial de crecimiento de las economías, así como endurecer la regulación del sistema bancario en la sombra. La clave es reforzar la supervisión de estas entidades. En definitiva, las sabias palabras de Alonso Quijano cuando hizo gobernador de su isla Barataria a Sancho Panza: «No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procura que sean buenas y, sobre todo, que se guarden y cumplan».

La regulación financiera debería favorecer la canalización del ahorro a créditos, para avanzar en la economía del conocimiento, la economía verde y circular. Pero la regulación actual lo penaliza. Las nuevas tecnologías y la economía colaborativa pueden ayudar. El principal problema de vulnerabilidad financiera de las pequeñas empresas es que no cobran sus ventas al contado. El cobro de sus facturas es a plazo y eso las hace ser dependientes de financiarse con sus proveedores y con los bancos.

Hoy hay varios proyectos en el mercado para crear redes sociales de empresas donde se netean sus deudas dentro de la red: si A le debe a B y B le debe a C, A le paga a C. Estas redes reducen a la mitad las necesidades de circulante con los bancos tradicionales. En las crisis, las empresas tienen problemas financieros, retrasan sus pagos y provocan que muchos de sus proveedores mueran por asfixia financiera, ya que los bancos también tienen problemas, y en las recesiones el crédito es más restringido. Estas innovaciones tecnológicas permitirían reducir la mortalidad empresarial durante las recesiones, aminorando la destrucción de empleo y la infelicidad que generan las crisis.

Los bancos centrales deberían incluir la desigualdad entre las variables que usan para tomar decisiones. Como hemos aprendido tras la Gran Recesión, durante décadas ha sido un error analizar la eficiencia en el uso de los recursos como algo independiente de la distribución de la renta. Aquí las nuevas tecnologías también pueden ayudar. El pago por móvil es una realidad que pronto reducirá el uso de tarjetas de crédito de plástico a su mínima expresión. Este mecanismo facilita la implementación de programas de renta mínima y lucha contra la pobreza, ya que con el móvil nadie sabe que es una ayuda social; con ello se reducirá el estigma y hará que muchas personas a las que les daba vergüenza aceptar una tarjeta social lo hagan.

La banca se hará en el móvil y eso facilitará identificar qué personas están por debajo de la renta mínima vital. Al igual que consiguen un bono social para tener servicios básicos garantizados, como la luz y el agua, podrán determinar que sus cuentas no sean embargables. Durante las crisis, muchas personas no pueden pagar sus deudas y los embargos las persiguen de por vida. Por eso se ven obligadas a cerrar sus cuentas del banco para que no las embarguen, de modo que entran en exclusión financiera. En el caso de gente en riesgo de pobreza, su situación se agrava significativamente. Por todo ello, el sistema financiero, que tradicionalmente ha aumentado la desigualdad durante las recesiones al amplificar los efectos de la crisis, podría minimizar esos efectos gracias a las nuevas tecnologías. Se reduce el caos y la entropía del sistema gracias a la tecnología y la intervención inteligente del Estado.

¿SIN TRANSPARENCIA NO HAY PARAÍOSOS?

Es necesario avanzar en transparencia. En España sabemos cuánto ganan nuestros diputados y cargos públicos, qué patrimonio poseían antes de entrar

en política y el que tendrán al salir. Sabemos qué recorrido llevan nuestras frutas y hortalizas porque están geolocalizadas durante todo el trayecto. En cambio no sabemos quiénes son los tenedores de nuestra deuda pública. Gracias a ella hemos podido pagar nuestras pensiones y el sueldo de nuestros funcionarios, y debemos valorarlo positivamente. Pero es necesario avanzar en transparencia en los mercados financieros.

El problema de transparencia es compartido con los paraísos fiscales, y la actuación debe ser conjunta. Tras el acto terrorista del 11S se supo que, además de derribar las Torres Gemelas, Bin Laden había vendido futuros de bolsa en Asia y había ganado mucho dinero especulando a la baja con información privilegiada sobre su terrible atentado. Lo había hecho a través de paraísos fiscales y no había dejado rastro. Tras el atentado se organizó un grupo de trabajo en la OCDE con la participación de sus países miembros para mejorar la transparencia.

El resultado ha tardado en materializarse, pero ha habido grandes avances desde entonces. Se endurecieron las condiciones para los paraísos fiscales en la OCDE y, para no sufrir las consecuencias, la mayoría de los países que estaban en la lista han renunciado al secreto bancario. Desde 2017, estos países intercambian información con las agencias tributarias de los Estados que lo solicitan. Para saber cuánto dinero tenía Bárcenas en su cuenta en Suiza, la Audiencia Nacional pidió una comisión rogatoria y tardó varios años en recibir la información. Hoy Suiza intercambia un fichero con la Agencia Tributaria española y, en caso de que hubiera indicios de delito, la información estaría disponible igual que si el dinero estuviera en un banco español. Lo mismo pasaría con las cuentas de los Pujol en Andorra: el Principado también intercambia información con la Agencia Tributaria y la investigación habría sido inmediata.

Otro tanto ha sucedido con las leyes de blanqueo de capitales. Cada vez que

alguien hace un ingreso o una transferencia de una cuantía elevada debe justificar la procedencia y el uso del dinero. Sigue habiendo (y siempre habrá) países que deciden soberanamente no cobrar impuestos para atraer capitales. Pero cada día es más complicado recurrir a esos mismos países para no tributar los impuestos en los países de residencia de los contribuyentes y para blanquear dinero negro procedente de actividades ilícitas.

La mayor parte de las transacciones en paraísos fiscales tienen lugar en muy pocos países y basta con que ellos se pongan de acuerdo; la política sigue siendo local. Lo que hemos contado demuestra que, cuando la política se pone al servicio del interés general y se coordina internacionalmente, se consigue hacer un mundo mejor y más justo. Es clave acabar con las amnistías fiscales en los países con mayor renta. Si las empresas o grandes fortunas saben que en algún momento les permiten repatriar dinero de paraísos fiscales sin sanciones, tienen incentivos para seguir usándolos. La globalización y la revolución tecnológica generan ganancias; no obstante, si la mayor parte de éstas se canalizan a través de paraísos fiscales y reducen los recursos de los gobiernos para mitigar los efectos negativos que generan ambos fenómenos sobre el empleo y los salarios de los trabajadores afectados, se crea el caldo de cultivo para el avance del populismo. Por lo tanto, se trata de humanizar la era de la tecnología global aprovechando la mejora del progreso humano pero minimizando el caos que genera.

Avanzar en transparencia en el sistema financiero internacional ayudaría a tener un mercado más eficiente y a democratizar la globalización financiera. También es importante regular los grandes fondos financieros para reducir la vulnerabilidad y prevenir otra crisis tan grave como la de Lehman Brothers. Igual que las leyes de competencia limitan la participación de las empresas en otras compañías para evitar oligopolios que fijen precios por encima de los que se reproducirían con más competencia, se debería informar del capital que

invierten esos fondos en determinados países o acciones de empresas. Y si el porcentaje fuera muy elevado, debería tener un plan restringido en caso de decidir vender, para evitar inestabilidad en los mercados. Esta medida reduciría la presión en la entrada de capitales para formar burbujas y limitaría los efectos de la crisis financiera en caso de decidir una venta rápida de participaciones. La volatilidad es intrínseca a los mercados, pero con una mejor regulación se reduciría significativamente. Las grandes crisis financieras y depresiones económicas serían menos probables.

#### EL CAMBIO CLIMÁTICO TRAE VIENTOS DE CAMBIOS SOCIALES Y ECONÓMICOS

Lo mismo sucede con los derechos laborales en la OIT. Como ya mencioné en el capítulo anterior, Pablo Iglesias fundó el Partido Socialista y el sindicato UGT para acabar con el trabajo infantil y conseguir la jornada de cuarenta horas. En España lo hemos conseguido, pero en el mundo sigue siendo un objetivo político de primer orden. De nuevo con la creación de la ONU se ha avanzado mucho, pero queda aún por avanzar. China ya ha creado sindicatos, los trabajadores comienzan a conseguir con sus reivindicaciones más días de vacaciones, jornadas de menos horas y mejores condiciones de trabajo. Sus salarios medios ya superan los de muchos países latinoamericanos. Shangai tiene una renta por habitante del primer mundo, pero la provincia más pobre de China dispone de la misma renta que Pakistán, y los habitantes de las zonas rurales de esa provincia tienen la misma renta per cápita que los países más pobres de África. Precisamente este continente ha avanzado de manera significativa, y es una de las áreas que más crece en el mundo, pero sigue siendo el continente que concentra mayor pobreza y donde queda mucho camino por recorrer en cuanto a derechos laborales y civiles.



El cambio climático es un problema global, pero puede tener soluciones locales ya que sólo unos pocos países son responsables de la mayor parte de la contaminación. El dióxido de carbono permite que haya vida en la Tierra; el problema es que estamos emitiendo más de lo que la atmósfera puede soportar y eso aumenta la temperatura. Hay ciclos climáticos desde hace milenios y la revolución industrial empezó hace dos siglos. Yo era muy pequeño, pero recuerdo cuando el barco de Greenpeace, con sus arriesgadas maniobras, conseguía evitar que se tirasen bidones al mar con residuos nucleares a unos kilómetros de la costa gallega. Hoy, cada año hay una cumbre sobre el clima y nuestra concienciación es mayor, pero no debemos conformarnos con esto. La población mundial ha frenado su crecimiento, pero sigue aumentando. La esperanza de vida, gracias a los avances de la medicina y la ciencia, cada año es mayor. La renta mundial por habitante también crece. Es necesario por tanto aprender de la naturaleza y que en las ciudades volvamos a los principios de la economía circular de nuestros abuelos en el campo. Hay que reparar para alargar la vida útil de los bienes y reciclar para reducir la presión sobre los recursos.

Desde 1965 las emisiones de dióxido de carbono se han triplicado en el mundo. China y la India producen por sí solas la mitad de ese crecimiento. Esto es lógico, ya que suponen el 40 % de la población mundial y están en plena fase de su desarrollo incipiente, muy basado en la industria, que, como nos enseñó el premio Nobel de Economía Simon Kuznets, es menos eficiente en el uso de la energía y muy contaminante. En los últimos años se ha estancado el crecimiento de las emisiones en China. El gigante asiático produce el 50 % del acero mundial y el exceso de capacidad ha forzado a cerrar muchas acerías con tecnologías obsoletas altamente contaminantes. Además, dos tercios de la electricidad en China se generan con carbón (cuenta con las mayores reservas del mundo). Por lo tanto, el cambio de modelo chino,

con menor peso de la industria y mayor peso del sector servicios, permitirá más empleo y mejores salarios, demandará más importaciones y creará más empleo en el resto del mundo, y permitirá frenar el crecimiento de las emisiones contaminantes en el planeta. China ha firmado los acuerdos de la Cumbre de París sobre Cambio Climático, lo que sin duda es un gran avance; sin embargo, tampoco debemos olvidar que ellos son los principales perjudicados por sus propias emisiones: las industrias están cerca de las grandes ciudades, y tanto el aire como el agua de los ríos están muy contaminados.

Europa es el área con mayor concienciación ambiental del mundo, gracias a la educación y la opinión pública, y es el líder mundial en tecnología de la economía circular. Lejos de una crisis, la lucha contra el cambio climático es una gran oportunidad. Europa es el mayor centro científico del mundo: uno de cada tres artículos científicos se elabora en universidades europeas. La acción conjunta de gobiernos, universidades y empresas innovadoras permitirá hacer este pequeño planeta nuestro más humano y apto para la vida, además de crear nuevos empleos. El problema es que Alemania es el principal productor y consumidor de carbón de Europa y eso pone palos en las ruedas para avanzar en la política tecnológica y en una regulación energética que favorezca la innovación en energías renovables.

## LA CASA BLANCA ESTRENA HUÉSPED, Y EL MUNDO LO SIENTE

La guerra de Irak a principios de siglo supuso un paso atrás en los avances hacia instituciones mundiales multiculturales y multipolares. La Gran Recesión de 2008 reforzó la cooperación económica internacional y el G20 tomó mayor relevancia que antes. La llegada a la Casa Blanca de Obama dio otro empujón

hacia un nuevo mundo. Estados Unidos, junto con China, se erigió en líder para evitar otra gran depresión. El presidente aprobó un plan de estímulo fiscal de 700.000 millones de dólares y la Reserva Federal hizo la mayor inyección de liquidez de la historia en el sistema financiero. Asimismo, comenzó a restaurar todos los canales de comunicación cerrados y consiguió que el mundo avanzase hacia unas instituciones multipolares y multiculturales. Sin embargo, aún queda mucho por hacer.

La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca supone una amenaza para el sistema de Naciones Unidas que ha regido el mundo desde 1945. Su rival en las elecciones presidenciales, Hillary Clinton, tuvo casi 3 millones de votos más que él, pero gracias al sistema de elección Trump consiguió más votos de compromisarios en estados claves. En tres de ellos la victoria fue mínima (tan sólo 20.000 votos), pero todos los compromisarios de esos estados fueron para Trump. De diez elecciones, con un reparto de votos similar, Clinton habría ganado nueve según las leyes de probabilidad. Sin embargo, quien se llevó el gato al agua fue Trump. Su victoria, legal a todas luces, le otorga el derecho de gobernar el que sigue siendo el principal país del mundo; no obstante, ha fracturado en dos la sociedad norteamericana. Asimismo, causa una grave preocupación el enfrentamiento provocado con China, la segunda potencia militar del mundo: Rex Tillerson, el secretario de Estado nombrado por Trump, afirmó que prohibiría el acceso a China a unas islas próximas a su costa sobre las que existe un conflicto territorial. La reacción del gobierno chino fue inmediata: tensión y ningún ánimo de evitar el conflicto.

Durante la Guerra Fría —y tras el desastre en Corea y Vietnam—, Estados Unidos pactó con China dejarle Asia como su zona de influencia, a cambio de no apoyar a la Unión Soviética. Ahora Trump ha anunciado una guerra comercial con China, a la que ha acusado de manipular su tipo de cambio y amenaza con imponerle aranceles para prohibir sus exportaciones a Estados

Unidos. Al mismo tiempo se acerca a Putin, con el que le une una excelente relación y que, como han denunciado numerosos medios de comunicación norteamericanos, influyó en la campaña filtrando información de Hillary Clinton (como hizo en la campaña francesa contra Emmanuel Macron para favorecer a su rival, Marine Le Pen). Trump, además, ataca a México virulentamente y comienza a comportarse como si América Latina fuera de nuevo el patio trasero de Estados Unidos.

En cuanto a Europa, el nuevo presidente de Estados Unidos apoya al Reino Unido, afirmando que el Brexit los beneficiará, y defiende la salida de Grecia del euro. Con todo ello Trump lleva a cabo la táctica del divide y vencerás. Asimismo, ha anunciado que reducirá significativamente su aportación a la OTAN, que concentra la mayor parte de sus efectivos en Europa. Por lo tanto, en este nuevo pacto bipolar Trump parece dejar a Rusia su zona de influencia europea a cambio de que no apoye a China.

Europa es el referente mundial en cuanto a una democracia con un desarrollo humano sostenible ambientalmente. Es el resultado de muchas décadas de gobiernos socialdemócratas que consiguieron grandes avances. El mayor logro de la socialdemocracia es que la sociedad europea haya hecho suyo el modelo social y que cada vez que los liberales han intentado privatizarlo y desmontarlo hayan perdido las elecciones. El otro gran logro de la socialdemocracia europea fue convertirse en una barrera de contención al comunismo, que tanta infelicidad ha generado en los países que lo han padecido. En 1945 Alemania se partió en dos por un muro. Cuando lo derribaron, cuarenta y cinco años después, Alemania del Oeste —con una economía de modelo socialdemócrata— era uno de los países con mayor nivel de vida del mundo, mientras que Alemania del Este —comunista— se había quedado muy atrasada.

## VOLVAMOS A LOS GRIEGOS

El objetivo de más y mejor Europa debe partir de un análisis realista. La crisis que comenzó en 2008 ha dejado en evidencia que Europa necesita adaptar sus propias instituciones a esta nueva era antes de pretender influir para cambiar las instituciones mundiales. La prioridad es resolver la crisis griega; fue donde empezó el caos y no habrá de nuevo orden hasta que no se resuelva. Es cierto que la derecha griega gestionó desastrosamente el país durante los años de la burbuja de crédito internacional. Es cierto que los socialistas griegos se equivocaron al aflorar más del 10 % en déficit oculto del gobierno anterior de derechas sin haber pactado con sus socios europeos y el FMI un programa para hacer frente a la fuga de capitales que aquel anuncio provocó. Es cierto que Syriza se equivocó negando la mano tendida de Hollande y Renzi, yendo al conflicto directo contra la Troika que acabó en corralito. Tsipras, líder de Syriza, acabó aplicando un programa de austeridad, rescató varios bancos con dinero público y se ha hecho socialdemócrata.

Pero la Troika también se ha equivocado en Grecia, como ha reconocido el propio FMI. Desde 2010 se aplicaban duros recortes y reformas. Se hacían previsiones sistemáticas de crecimiento irreales que supuestamente aumentarían los ingresos públicos y harían la deuda pública griega sostenible en el largo plazo. El problema es que dentro de la Eurozona, sin capacidad para devaluar el tipo de cambio y con salarios rígidos a la baja —como nos enseñó Keynes en la *Teoría general*—, el ajuste debe venir vía productividad por ocupado. El crecimiento de la productividad lo determina la inversión en stock de capital e innovación. Pero Grecia invirtió en 2016 un 10 % del PIB, casi la mitad que Alemania o España. Con ese nivel anémico de inversión ningún país puede salir de una crisis de deuda externa.

Los tipos de interés son determinantes en la inversión, y éstos en Grecia, a

pesar del rescate, siguen demasiado elevados y el crédito a empresas, extremadamente restringido. A corto plazo, para aumentar la inversión, el BCE debe comprar deuda griega y bajar los tipos de interés, como ha sucedido en España, Italia, Irlanda y Portugal desde 2013. Si el sector privado está muy endeudado y el Estado griego padece una de las peores crisis fiscales de la historia de Europa, es necesario que la inversión venga de fuera. Es urgente que los europeos aprobemos el plan de inversión que propuso en 2016 la Comisión Europea. Con ello aumentarían las exportaciones griegas y se activaría la inversión en su sector industrial, el más intensivo en capital. El plan de la Comisión tiene por objetivo reducir la tasa de paro europea, que es el doble que en Estados Unidos. Grecia, con la mayor tasa de paro del continente, debería ser el principal beneficiado del plan. A largo plazo, Grecia tiene que ser un lugar más atractivo para hacer negocios, para crear nuevas empresas, para que las que están sean más innovadoras, más internacionales y gestionen mejor el recurso humano.

La alternativa es no hacer nada y seguir con el mantra: el rescate y los recortes los sacarán de la crisis. O que Grecia salga del euro, que era el plan de Yanis Varoufakis, el entonces ministro de Finanzas griego, y es lo mismo que defiende Trump. La salida provocaría más pobreza en el país, que necesitaría inmediatamente más dinero y un nuevo rescate. Y si les dejamos devaluar el tipo de cambio y seguir en la unión aduanera, el ajuste lo pagarían el resto de los países importando productos griegos en vez de productos de otros países de la unión. Tras la salida, comenzaría la paranoia de quién es el próximo, aumentando las primas de riesgo de los países periféricos, lo que forzaría al BCE a comprar más deuda y reduciría la creación de empleo en toda Europa. La inacción en una crisis de deuda sale carísima.

Por todo ello, Europa debe superar la filosofía moral de la culpa y hacer política para solucionar los problemas de los ciudadanos, como hicieron los

padres del proyecto europeo hace seis décadas. Los griegos han cometido errores, como todos los países en su historia, pero basta ya de sacrificios absurdos. En la deuda se puede optar por retrasar todos los pagos cinco años. O conseguimos que Grecia crezca o nunca podrá pagar sus deudas. La crisis griega tiene solución, pero es necesario cambiar la política económica que ha fracasado.

## EUROPA, SIEMPRE EUROPA

La política fiscal europea exige democratizar Europa. La prioridad es avanzar en la unión fiscal. Donald Trump gestiona un presupuesto equivalente al 20 % del PIB de Estados Unidos; Jean-Claude Juncker tan sólo el 1 % del PIB europeo. Hoy en día, Europa funciona en la práctica con un gobierno que es la Comisión Europea y un sistema bicameral: el Parlamento Europeo y el Consejo de Estado, que es el equivalente a nuestro Senado. El Consejo toma decisiones por mayoría simple y ha sido controlado por gobiernos conservadores desde hace muchos años. Y el Parlamento ha sido controlado por el Partido Popular Europeo desde hace tres lustros. En esos quince años el presupuesto europeo que gestiona la Comisión ha ido perdiendo peso, y esta última, a su vez, ha ido perdiendo poder, reforzando al Consejo y a los países. Es cierto que la gestión del Consejo se ha profesionalizado con la elección de un presidente permanente y un presidente del Eurogrupo en los mismos términos. Pero los mayores errores de política económica europea desde 2008 se han cometido en el Consejo y, en la mayoría de las ocasiones, por votaciones condicionadas por la política interna y los ciclos electorales de los países miembros.

«Más Europa» significa reforzar el papel del Parlamento Europeo, que ya

tiene legitimidad democrática con las elecciones. Implica reforzar a la Comisión Europea, reducir el poder de los países que tienen cuotas de comisarios y convertirla en una institución con más autonomía en las decisiones, sometida a la rendición de cuentas en la Eurocámara. Ésta es la propuesta del informe presentado por los Cinco Presidentes y que por primera vez desde 2008 ha sido apoyado por el presidente del Eurogrupo, el portugués Mario Centeno. En el verano de 2017 le invité a un curso que dirigía sobre «El futuro de la socialdemocracia» en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander. Dio un discurso socialdemócrata del siglo XXI: más Europa, mejor Europa, flexibilidad en el mercado de trabajo para que las empresas se adapten a la era de la tecnología global junto con subidas de salario mínimo y aumento de regulación que permita dignificar el trabajo, prudencia fiscal y reducción de la deuda para permitir tipos de interés bajos que posibiliten a las empresas invertir e innovar y crear empleos de calidad. Fue el mismo discurso que dio en febrero de 2018 en el Parlamento Europeo y que, por fortuna para los ciudadanos europeos, comparte con el comisario de Economía Pierre Moscovici. Un discurso que suena muy diferente al de sus antecesores en el cargo, que fueron los apóstoles de la austeridad expansiva.

Los antiguos satélites de la Unión Soviética siempre han estado muy próximos a Estados Unidos. Este economista observador trabajó cuatro años en Polonia gestionando la oficina de arquitectos que diseñó la ampliación del aeropuerto de Varsovia. Como me explicaron amigos polacos, es un país que siempre ha sido invadido por el este y por el oeste y que vive bajo el temor de volver a serlo de nuevo. Su tesis es que, en caso de conflicto, Estados Unidos y la OTAN tardarían veinticuatro horas en actuar. Los europeos tardamos veinticuatro meses. La estrategia de Trump de reducir la presencia de la OTAN es una oportunidad para neutralizar a los nacionalistas polacos y reforzar a los europeístas. En esos cuatro años aprendí a admirar a los



polacos, un pueblo que ha sufrido mucho y que me recuerda a España en los años noventa. Ya han hecho su transición del comunismo a la democracia. Miembro de la Unión Europea desde 2004, es uno de los países donde más crecen las clases medias en Europa. Sigue teniendo una productividad inferior a la española, pero cuentan con un excelente sistema educativo: el tercero del mundo en los informes Pisa que elabora la OCDE, el país europeo mejor situado en el ranking. Está mejorando sus infraestructuras, y las constructoras e ingenieras españolas son las más activas allí. Lamentablemente, los polacos han vuelto a elegir un gobierno ultranacionalista, lo que supone un freno al proyecto europeo y los hace más vulnerables ante la amenaza de la Gran Rusia de Putin, al que investigan por ayudar a Trump a ganar las elecciones de Estados Unidos.

Otra prioridad es hacer Europa más competitiva. Como hemos comentado, los europeos somos los líderes mundiales en conocimiento científico, pero las empresas estadounidenses y chinas están liderando la innovación en los nuevos sectores. A las europeas les está costando más adaptarse a la revolución tecnológica en la que estamos inmersos. Uno de los problemas es el sistema financiero. En Estados Unidos, los fondos de capital riesgo que invertían en innovación gestionaban 25.000 millones de dólares; en Europa, tan sólo 5.000 millones, lo mismo que gestionaban los fondos israelíes. En Francia y Alemania, el sistema bancario sí tiene tradición de financiar proyectos de innovación; en el resto de los países, incluido España, el sistema bancario es muy reacio a asumir riesgos en empresas que lideran la innovación y los nuevos empleos en los sectores emergentes de alta tecnología.

El mundo y el desarrollo humano y ambiental han mejorado desde 1945 gracias a la aportación de Naciones Unidas y la Unión Europea. Aún queda mucho para hacer de éste un mundo mejor, donde las personas volvamos a ser

el centro de las decisiones, donde los ciudadanos recuperen la confianza en la política y donde una mejor economía —con menos desempleo y mejores salarios— nos permita tener una mejor democracia y seguir viviendo en paz. La estrategia de cualquier país debe ser encontrar su sitio en el mundo y en su región. En el caso español, en Europa.

## Empleo de calidad en España en la era de la tecnología global

No existe mayor prueba del progreso de una nación que el progreso de la cooperación.

JOHN STUART MILL

España es el país de Europa donde más ha crecido la desigualdad desde que comenzó la crisis en 2008. Pero a diferencia de lo sucedido en otros países, como Estados Unidos, el 10 % de los españoles más ricos han perdido peso en la distribución de la renta. La mayoría de los nuevos ricos se dedicaban a la construcción y la promoción de viviendas; cuando pinchó la burbuja, muchos de ellos —altamente endeudados— quebraron y se empobrecieron.

La causa de que el aumento de la desigualdad en España haya sido superior a la de otros países viene determinada porque el 30 % de los españoles con menor renta son más pobres. Según la encuesta de condiciones de vida, el 80 % de los españoles que se encuentran en riesgo de pobreza lo están como consecuencia de la pérdida del empleo. Muchos de ellos son parados de larga duración que, pasados dos años, han perdido también la prestación. Estos 1,2 millones de hogares que tenían a todos sus miembros en paro a finales de

2017, ese 2,5 % de la población en exclusión social, son los mayores perjudicados por la crisis y han de ser la prioridad de la política económica.

Algunos de los que perdieron el empleo a causa de la crisis han conseguido volver al mercado de trabajo, pero han pasado a formar parte de las estadísticas de pobreza relativa. Los economistas especializados en el mercado laboral que han medido ese efecto nos dicen que los desempleados, al volver al mercado de trabajo, se encuentran con un salario un 30 % inferior al que tenían antes. A ellos se suma otro colectivo muy afectado por la deflación salarial: los jóvenes menores de treinta años que se incorporaban nuevos al mercado laboral. La situación se agrava en el caso de las mujeres, pues suponen el 70 % de las rentas más bajas y sólo el 25 % de las rentas altas. Por último, los inmigrantes que llegaron a nuestro país buscando trabajo en la época de las vacas gordas han soportado tasas de paro muy superiores a las de los españoles nativos y, asimismo, ha sido los más perjudicados por la caída de salarios y la precariedad.

#### CICLOS: BURBUJA-CRISIS-RECUPERACIÓN

A las tendencias globales sobre desigualdad se han sumado los efectos devastadores del pinchazo de la burbuja inmobiliaria en España. Los ciclos económicos expansivos suelen durar siete u ocho años. Tras la recesión de 1992, en el año 2000 se debería haber producido una recesión en España, como sucedió en el resto de los países europeos, en los que concentramos el 65 % de nuestras exportaciones y con los que tenemos una elevada sincronización de nuestro ciclo económico. Las exportaciones españolas cayeron en 2001, igual que ocurrió en los demás Estados europeos. Esta recesión habría sido corta y de baja intensidad y habría enfriado la burbuja

inmobiliaria incipiente. Hasta 1998, siempre que España había tenido un déficit exterior próximo al 3 % del PIB, había sufrido una crisis en la balanza de pagos y una recesión. Con la entrada en el euro, esta limitación desapareció. Con Alemania en crisis, el exceso de ahorro germano necesitaba buscar uso fuera de sus fronteras. Y la burbuja inmobiliaria española era un destino ideal.

España es el cuarto país de la Eurozona y tiene capacidad de absorber grandes cantidades de dinero, mientras que el ahorro alemán se canaliza sobre todo en fondos de pensiones que necesitan acudir a emisiones de bonos con cantidades elevadas. España comenzó a emitir bonos con garantía hipotecaria con máxima calificación crediticia, y como los fondos de pensiones son por naturaleza adversos al riesgo, suelen demandar activos de renta fija con una elevada calificación crediticia. Tal como nos enseña la historia económica, siempre que hay alguien dispuesto a comprar un bien y otros dispuestos a venderlo, acaban por encontrarse en el mercado.

Italia también estaba en condiciones favorables para inflar una burbuja inmobiliaria y, sin embargo, no lo hizo. Debemos reconocer que la burbuja fue *made in Spain* y dejar de buscar enemigos exteriores a los que culpar de nuestros males si queremos aprender lecciones que nos ayuden a no repetirla en el futuro.

Ya hemos explicado que en España existe una costumbre centenaria de inversión en el ladrillo y la compra de vivienda. Las causas objetivas eran variadas, pero no es la primera vez que nos sucede. Antes de entrar en el euro, los plazos de las hipotecas tenían un máximo de quince años que creció hasta los treinta, lo que reducía significativamente la cuota mensual y hacía la compra mucho más accesible para rentas medias y bajas. Además, los tipos de interés de nuestras hipotecas eran referenciados al euríbor y, al entrar en el euro, bajaron más que en Italia. La creación de empleo es uno de los factores

que determina la demanda de viviendas, y España es un país que crece y crea más empleo que Italia. A esto hay que añadir que, además de la burbuja y la subida de los precios, a causa del boom de la construcción, llegaron cinco millones de inmigrantes al país que también demandaban una vivienda.

Para frenarla era necesario subir los tipos de interés o poner limitaciones al crecimiento del crédito, y ninguna de estas dos decisiones estaba en manos del gobierno de España. No obstante, y esto ya lo hemos desarrollado anteriormente en el libro, durante los gobiernos de Aznar se cometieron errores que amplificaron la burbuja. El principal, la Ley del Suelo.

Se calcula que por cada vivienda construida se crean dos trabajos, entre empleos directos e indirectos. Cuando en España se llegaron a construir 750.000 viviendas en un año, 1,5 millones de trabajadores vivían directa o indirectamente del ladrillo. En el pasado año de 2016 se iniciaron algo menos de 100.000 viviendas, mientras que el promedio histórico está próximo a las 250.000. Es decir, que para compensar el pinchazo de la burbuja, este país debe crear un millón de empleos en otros sectores, lo cual reduciría 5 puntos la tasa de paro. A este millón habría que sumar el otro millón de empleos que se destruyeron tras el rescate de 2012 y los duros recortes posteriores. Crear dos millones de empleos exige aumentar un 10 % el nivel de ocupación actual. Si el promedio de creación de empleo es del 3 %, tardaríamos tres años; si es del 2 %, cinco años, y si es del 1 %, diez años. Por lo tanto, para resolver las cicatrices de la crisis es esencial que la política económica esté orientada al crecimiento. El aumento del empleo determinará la tasa de paro, pero el tipo de empleo y los salarios determinará nuestro nivel de vida, nuestro Estado de bienestar y las pensiones de nueve millones de españoles.

La crisis deja un elevado nivel de deuda. La deuda pública está próxima al 100 % del PIB, la más alta desde 1909, y el déficit público en 2017 estuvo próximo al 3 % del PIB. En 2018, si se mantiene el crecimiento, una política monetaria expansiva del BCE y el gobierno del PP no toma más decisiones erráticas —como sucedió en los presupuestos de 2016 cuando se acabó con el doble de déficit de lo previsto—, el déficit público en España estará por debajo del 3 %. Esto supone cumplir el Pacto de Estabilidad y España estaría fuera de los protocolos de sanción, aunque incumpla los objetivos fijados por Bruselas. Desde el verano de 2013 se relajó la interpretación de las reglas fiscales y se dio más tiempo a los países para reducir el déficit al 3 % y así acabar con los recortes para salir de la recesión. Esta decisión en Bruselas es determinante para explicar la recuperación y la creación de empleo en España desde 2014. Sin embargo, la elevada deuda pública limita la acción del Estado para reducir la tasa de paro.

La otra gran limitación es la deuda externa. El 80 % es privada y la mayor parte está en manos de la banca. Si la creación de empleo se diera en sectores domésticos, aumentaría el consumo e, igualmente, el déficit exterior, por lo que necesitaríamos más deuda externa para financiar el crecimiento. En 2016 y en 2017, el BCE compró más de la mitad de la deuda emitida por el Estado y financió a los bancos españoles con más de 300.000 millones. La intervención del BCE evitó que Rajoy provocara la salida de España del euro tras el rescate de 2012. El cambio de política monetaria liderado por Draghi ha permitido bajar las primas de riesgo y aliviar el pago de intereses de la deuda externa, otra variable determinante para explicar el crecimiento y la creación de empleo en España desde 2014.

Digerir esa deuda con el BCE llevará años. Pero volver a un modelo de crecimiento basado exclusivamente en nuestra demanda interna, como sucedió

durante la burbuja, haría que se incrementara la deuda externa y, lejos de reducir nuestra dependencia del BCE y de los mercados financieros internacionales, la estaríamos aumentando. Esta restricción —clave para entender la crisis— es algo que el gobierno de Rajoy ha eliminado del debate en la opinión pública y que el resto de los partidos también han suprimido de sus propuestas para salir de la crisis.

El BCE, igual que el resto de los bancos centrales, tendrá que mantener la inyección de dinero durante un período prolongado. No obstante, en 2019 seguramente dejará de comprar deuda pública y entonces la economía española deberá financiarse sola de nuevo en los mercados y de nuevo será vulnerable. Por lo tanto, el plan para crear empleo de calidad en España, con salarios dignos que permitan pagar pensiones dignas, debe contar con las empresas y el sector privado, especialmente con las que exportan o prestan servicios en el exterior.

En el plan debe haber medidas a corto, medio y largo plazo. A corto plazo, la prioridad es bajar la tasa de paro. Las políticas que los economistas sabemos que reducen esta tasa a corto plazo son la política fiscal, la monetaria y la cambiaria. El BCE, con sus compras de deuda, ha bajado los tipos de interés y ha depreciado el euro. El descenso de tipos de interés hace que muchos proyectos de inversión vuelvan a ser rentables y se puedan financiar. Por esta razón, principalmente, las empresas han aumentado la inversión y han comenzado a crear empleo desde 2014. Igual que el rescate y el aumento de la prima de riesgo y los tipos de interés de los créditos pararon muchas inversiones en 2012 y 2013 y por eso se destruía empleo.

Al meter más dinero en circulación, el BCE ha provocado que el euro sea menos escaso y por eso se ha depreciado y vale menos. En 2014, el euro llegó a cotizar a 1,4 contra el dólar. En 2016 acabó próximo a la paridad. Los salarios en euros de los españoles bajaron con fuerza en 2012 y 2013, y están



estancados desde 2014. En cambio, los salarios en dólares eran un 30 % más baratos que en 2014, por el efecto de los tipos de cambio; por este motivo, nuestras exportaciones han crecido. El sector del automóvil es un buen ejemplo. España es uno de los grandes productores mundiales de coches. Las multinacionales del automóvil compiten entre ellas para vender sus coches y las fábricas de la misma marca compiten entre ellas para producirlos.

Gracias a la depreciación del BCE y del tipo de cambio, las fábricas de la Eurozona tienen costes salariales en dólares un 30 % más baratos. Esto ha posibilitado que las empresas exportadoras españolas hayan aumentado tanto la producción como sus ventas. Lo han podido hacer creando empleos, y podrían haber subido los salarios de sus trabajadores aprovechando la depreciación del tipo de cambio. Como decía Milton Friedman, si todos nos levantáramos una hora antes, no sería necesario cambiar la hora en primavera, pero es más fácil atrasar el reloj. En 2012, el gobierno español y la Troika forzaron una reforma laboral para bajar los salarios, pero habría sido más sencillo que el BCE hubiera comprado deuda entonces y hubiera depreciado el tipo de cambio del euro (como este economista observador proponía en su libro *Hay vida después de la crisis* en 2013).

Las políticas monetaria y cambiaria ya son favorables para crecer y crear empleo en Europa y en España desde 2014. A esto debemos añadir la fuerte caída del precio del petróleo y del gas natural desde entonces, lo que ha permitido ahorrarnos en importaciones 25.000 millones de euros (2,5 % del PIB) en 2016. Las familias y las empresas españolas han gastado ese dinero en consumo e inversión. La bajada de las primas de riesgo y del euro, provocada por las compras de deuda del BCE y el precio inferior del crudo, explica la mitad del crecimiento del PIB y del empleo en 2015 y 2016. O lo que es lo mismo: medio millón de españoles han encontrado trabajo gracias al BCE y la bajada de los precios del petróleo.

En 2017, esos vientos favorables han perdido intensidad y en 2018 todo anticipa que el precio del petróleo, el gas y el euro seguirán subiendo, restando impulso al crecimiento del PIB y del empleo. Esto explica que en el último trimestre de 2017 el crecimiento del PIB de España fuera similar al del promedio de la Eurozona y al de Alemania y Francia, cuando en 2016 era casi el doble. De modo que la recuperación no se produjo por las reformas de Rajoy; la causa fue más bien la agresiva política monetaria expansiva del BCE liderada por Mario Draghi. El BCE ya ha anticipado que en 2019 dejará de comprar nuestros bonos y, de nuevo, los españoles seremos muy vulnerables al contagio de episodios de inestabilidad financiera en los mercados globales.

#### LOS PARADIGMAS CAMBIAN: EL BCE y ESPAÑA

En este tipo de crisis, la política monetaria y el tipo de cambio son necesarios pero no suficientes; así nos lo enseñó Keynes en su *Teoría general*. El problema es que la crisis afecta al canal de crédito y dificulta la inversión empresarial y el acceso de las familias, por ejemplo, a las hipotecas. Y la deflación o la baja inflación en la que se encontraba Europa en 2016 dificultaba a las empresas subir los precios, lo cual limitaba la rentabilidad de los nuevos proyectos de inversión. Por esta razón, la demanda de inversión privada es insuficiente para conseguir el pleno empleo y, por lo tanto, Keynes recomendaba desarrollar planes de inversión pública.

Como siempre, es necesario poner en su contexto histórico las propuestas y las ideas de los economistas clásicos. Keynes era británico y la libra era la moneda de reserva internacional en 1936. Esta circunstancia aumentaba el atractivo de la moneda y permitía financiar déficits públicos emitiendo más deuda pública a menores tipos de interés. España, con la peseta, nunca pudo

hacer planes de inversión pública en las recesiones. Para poder tener un déficit se necesita que alguien te preste el dinero. Y, además de la cantidad, es determinante el tipo de interés.

La deuda pública de un país determina el activo con menor riesgo y su tipo de interés condiciona a su vez los costes a los que se financian las empresas y las familias. Los países con inestabilidad macroeconómica tienen tipos de interés más altos, lo cual dificulta tanto la inversión empresarial como la creación de empleo, y deriva en bajos niveles de salarios y renta por habitante. Esto es lo que le sucedía a España antes de entrar en la Comunidad Económica Europea en 1986 y, sobre todo, antes de incorporarse al euro en 1999. A mediados de los noventa, los españoles pagaban tipos del 15 % por sus hipotecas, al igual que hacían las empresas por sus créditos. Eso hacía que muchas inversiones empresariales no generaran beneficio suficiente para pagar intereses tan altos. Ahora, dentro del euro y con los tipos más bajos, sí son rentables.

Cuando estalló la crisis griega, la prima de riesgo comenzó a subir y, con ella, los depósitos que nos pagaban los bancos a los ahorradores. Como consecuencia, aumentaron los tipos de interés de las hipotecas y, sobre todo, de los créditos a empresas, donde los impagos eran más frecuentes y donde los bancos asumían más riesgo. El máximo se produjo en 2012 tras el rescate. Una de cada tres pymes declaraba entonces en la encuesta trimestral del BCE que la restricción de crédito era su principal problema.

Casi tres cuartas partes de la financiación de las pymes en España se da con sus proveedores, que en la mayoría de los casos son otras pymes. Las grandes empresas pagan a sus proveedores a plazos muy largos y son las pequeñas empresas las que tienen que asumir la financiación. Ésta se consigue a través de créditos bancarios que en la mayoría de las ocasiones son pólizas de crédito que hay que renovar cada año. Cuando pinchó la burbuja, las ventas de

las empresas de la construcción cayeron bruscamente y muchas empezaron a dejar de pagar a los bancos y a sus clientes. Los bancos españoles, además, tenían problemas para emitir bonos en los mercados financieros internacionales y, como habían dado más crédito que depósitos, tuvieron que restringir el crédito con más intensidad que en crisis anteriores.

Los impagos de empresas del sector se extendieron muy rápido a través de sus proveedores, lo cual ayudó a intensificar los cierres de empresas y la destrucción de empleo. Durante el rescate, en 2012, la restricción de crédito alcanzó su máxima intensidad; el gobierno no podía emitir deuda pública en julio y los bancos tampoco. Aquella situación forzó el rescate y provocó que muchas pymes no pudieran renovar su póliza de crédito. Una de cada diez empresas con menos de cincuenta trabajadores se vio forzada a cerrar su actividad en 2012 y 2013, y se destruyeron un millón de empleos; en definitiva, una recesión con una capacidad destructiva similar a la de la crisis de 1993. Por suerte, estábamos dentro de la Eurozona y los bancos españoles pudieron pedir prestado al BCE más de 400.000 millones de euros, el 40 % del PIB. Aun así, en julio de 2012, España estuvo a punto de abandonar el euro. Si eso hubiera sucedido, la restricción de crédito habría sido muy intensa, muchas más empresas habrían tenido que cerrar, se habría destruido mucho más empleo y la tasa de paro habría subido por encima del 30 %.

El propio ministro de Economía Luis de Guindos reconoce en su ya mencionado libro que en julio de 2012 el gobierno sólo tenía dinero para pagar las pensiones y el sueldo de los funcionarios de ese mes. Los inversores internacionales temían la salida de España del euro y una brusca devaluación de la peseta, que les habría llevado a pérdidas en sus bonos de deuda pública de la misma proporción que la devaluación. Por eso dejaron de comprar más deuda e intentaron vender la que tenían. Pero como había muy pocos

ahorradores dispuestos a comprar, esto llevó la prima de riesgo a su máximo histórico.

Nunca olvidaré la angustia de aquellos días, cuando trabajaba como economista en el principal intermediario de deuda pública española. Mi empresa no especulaba, simplemente se encargaba de poner de acuerdo en el precio a los que querían comprar y a los querían vender bonos, igual que hace una agencia inmobiliaria con las casas. Pero el negocio había desaparecido, y encontrar un comprador de deuda pública era una misión igual de improbable que conseguir agua en el desierto del Sáhara. En mis clases de macroeconomía internacional de la universidad explicaba las principales crisis financieras y cambiarias en el mundo en las últimas décadas y era consciente de que si abandonábamos el euro, el sufrimiento y la infelicidad de la sociedad española serían aún mayores de lo que ya eran.

Todos esperábamos una señal, y ésta llegó desde Londres. Como nos enseñó Keynes, cuando piensas que va a suceder lo inevitable, surge lo imprevisto. Ese día Draghi daba un discurso. Estas intervenciones tienen fama de ser aburridas y, como los discursos siempre se publican, normalmente los miembros del Consejo se limitan a leerlos. Sin embargo, aquella vez el italiano permitió preguntas de los periodistas y, al responder a uno de ellos, pronunció las palabras mágicas que ya he mencionado en un capítulo anterior.

Hasta ese momento el paradigma dominante era que el BCE no podía comprar deuda pública como había hecho la Reserva Federal, el Banco de Inglaterra o el Banco de Japón, ya que lo prohibía la Constitución alemana y los Tratados de la Unión. Pero como nos enseñaron Heráclito y Platón, los paradigmas cambian. Draghi, tras esas palabras, anunció una nueva línea de crédito que podría permitir al BCE comprar deuda pública española, siempre que el gobierno español estuviera bajo un programa de la Troika. Tras esas

palabras, Angela Merkel se enfrentó al banco central alemán y a buena parte de su opinión pública, y apoyó el plan de Draghi.

Los inversores que habían perdido la confianza en el gobierno español para que garantizase que nuestro país siguiera en el euro y les devolviera su deuda tenían ahora el aval del BCE, con capacidad ilimitada para crear euros y devolverles sus ahorros. Esa facultad tiene riesgos, ya que puede acabar generando una hiperinflación que provocaría que esos mismos ahorradores perdieran todos sus ahorros, como sucedió en Alemania en 1924 y en varios países de América Latina en los años ochenta. Por lo tanto, además de tener capacidad ilimitada, el BCE es un banco central creíble ya que los inversores confían que mantendrá la inflación estable en el futuro preservando sus ahorros.

Posteriormente, el Constitucional alemán y el Tribunal de Estrasburgo dijeron que el plan Draghi era legal y aquello permitió que en 2015 el BCE comprara deuda pública y bajara las primas de riesgo de todos los países periféricos, especialmente de España, Italia e Irlanda. Tal es la fuerza de la política cuando se usa correctamente, con buenos fundamentos técnicos: consigue mejorar la vida de los ciudadanos. Draghi fue elegido por sus méritos técnicos, y es el político que más ha hecho por el proyecto europeo desde que comenzó la crisis en el verano de 2007.

Desde ese mismo año, el BCE se ha convertido en el principal acreedor de la economía española. A finales de 2017, los bancos españoles le debían al banco central 170.000 millones y el BCE había comprado bonos españoles, la mayoría del Estado, por valor de 300.000 millones; la suma de ambos está próxima al 45 % del PIB. Esa cantidad es superior a la que le debían conjuntamente en 2012. La diferencia es que la acción decidida del BCE ha eliminado el miedo de los inversores a que España abandone el euro, al igual

que Irlanda e Italia, y ahora compran deuda pública a tipos próximos al 1 %, muy inferiores al 7 % que alcanzaron en 2012.

El crédito en España sigue restringido, pero ya no es el principal problema de las pymes españolas, y el acceso se hace a tipos de interés inferiores. El aumento del pago de intereses en 2013 obligó a reducir salarios para mantener los beneficios. La actuación del BCE ha permitido reducir el pago de intereses de las empresas y aumentar los beneficios. Como nos enseñó Michał Kalecki, economista polaco coetáneo de Keynes, las empresas, además de expectativas futuras de rentabilidad de sus inversiones, necesitan mirar el retrovisor y confirmar que sus negocios dan beneficios. Ambas cosas ayudan a explicar los ciclos económicos. En las fases expansivas, los beneficios crecen y las expectativas futuras son optimistas. Cuando los beneficios ya no crecen, los empresarios se vuelven pesimistas, dejan de invertir y comienza la destrucción de empleo y la recesión. Lo que Keynes denominó en su *Teoría general* los «espíritus animales».

Como nos enseña la historia, los países que no aprenden de sus errores están condenados a repetirlos. Es importante que los europeos y los españoles seamos conscientes de lo que consiguió la actuación del BCE y los elevados costes que padecemos por actuar tan tarde, lo que dio lugar a un aumento de la tasa de paro y de la deuda pública. Aprendiendo esa lección comprenderemos que cuando se producen dudas sobre el futuro del euro se requiere una actuación rápida y contundente para evitar que el miedo de los inversores active de nuevo el mecanismo recesivo. Es fundamental también que los españoles valoremos la estabilidad macroeconómica y la pertenencia al euro que nos ha permitido salir de la recesión y volver a crear empleo. Asimismo, debemos ser conscientes que el BCE es determinante para la economía española al ser nuestro principal acreedor. No hay que olvidar que en algún momento de 2019 dejará de comprar deuda pública, los tipos de interés de

nuestras emisiones subirán, el coste de los créditos a nuestras empresas también, y eso provocará que crezca menos la inversión y el empleo, como ha sucedido en Estados Unidos desde que la Fed dejó de comprar la deuda propia.

#### INVERSIÓN, AEROPUERTOS, FERROCARRILES Y PUERTOS. COMBATIR LA DEUDA

Los bancos españoles y el Estado tardarán años en devolver la elevada deuda que tenemos con el BCE. Por eso es tan importante comprender que nuestro crecimiento debe orientarse al exterior y que es preciso aumentar nuestra tasa de ahorro para retornar el dinero prestado. Esta medida debe ser compatible con crecer y crear empleo, ya que si un país no crece, es totalmente imposible que pague sus deudas. Espero, querido lector, que entiendas la irresponsabilidad de Rajoy al atribuirse el cien por cien del mérito de la creación de empleo en España, ignorar la gran vulnerabilidad que sigue suponiendo nuestra deuda externa y no tener un plan para conseguirla.

En 2017, España S.A. le debía al exterior 1,9 billones de euros. Si descuentas los activos que el Estado tiene en el exterior, la deuda neta es de 900.000 millones, es decir, el 85 % del PIB, una de las más altas del mundo. La deuda pública en manos de no residentes es de 600.000 millones (en 2011, antes de llegar Rajoy a la Moncloa, era de 200.000 millones). De esos 600.000 millones, 200.000 millones están en manos del BCE y son estables a largo plazo. Sin embargo, la dependencia de los mercados financieros globales ha aumentado significativamente desde el rescate de 2011.

Si los tipos de interés están próximos al 0 % y estables, como ha conseguido el BCE desde 2014, las empresas españolas pueden financiar sus inversiones pagando intereses bajos, lo cual favorece la creación de empleo.



Cuando el BCE deje de comprar deuda pública española y suba los tipos de interés, las empresas españolas iniciarán menos proyectos de inversión y crearán menos empleos. Y de nuevo seremos más vulnerables a las condiciones en los mercados financieros. El Tesoro Público tiene que emitir cada año unos 300.000 millones de euros, o sea, unos 25.000 millones al mes y unos 6.000 millones cada semana. Si vuelve la tensión en los mercados y nos llega el contagio, tendremos problemas y habrá riesgo de volver a entrar en recesión y destruir empleo. Si provocamos nosotros el problema, como en la primavera de 2012, y los inversores de nuevo se asustan y huyen en manada, volveremos a ser rescatados y sufriremos otra grave crisis con nuevos recortes. Desde 1996 hasta 2004, el PP vivió en el País de Nunca Jamás de la burbuja inmobiliaria, y ahora cree que Mario Draghi es Peter Pan y que la deuda es un problema que se soluciona con polvo de hadas.

Para España es importante que los planes de inversión pública —con objeto de reducir la tasa de paro— sean europeos y se financien con bonos europeos. La tasa de paro en la Eurozona es el doble que en Estados Unidos, y la tasa de inversión es 4 puntos de PIB inferior a la de 2007. Por esta razón, la Comisión Europea aprobó el conocido Plan Juncker, que fue una de las condiciones del Partido Socialdemócrata Europeo para darle su apoyo en su intención de presidir la Comisión. El plan estaba bien pensado, pero se diseñó mal y apenas ha tenido impacto sobre la inversión, el PIB y el empleo. Los socialdemócratas europeos pedían que fuera un plan de inversión pública financiado directamente con bonos emitidos por la Comisión Europea que podrían ser comprados por el BCE, lo cual ayudaría a que el plan de estímulo se financiara a tipos próximos al 0 %.

Otra condición es que esas inversiones no computaran para calcular el protocolo de déficit excesivo de los países, ya que aquellos con déficits por encima del 3 % del PIB, como es el caso de España, no podrían acogerse al

plan ya que el aumento de gasto los llevaría a incumplir sus compromisos con Bruselas. Pero el Partido Popular Europeo lo vetó y forzó a que la financiación pasara por el Banco Europeo de Inversiones y tuviera una participación privada de al menos el 50 % de la inversión, o que más de la mitad de los ingresos fueran a precios de mercado en caso de empresas con capital público.

La Comisión Europea propuso en 2017 un nuevo plan más parecido al original, pero de nuevo el Partido Popular en el Parlamento Europeo, así como los países gobernados por partidos conservadores con mayoría en el Consejo y en el Eurogrupo, lo vetaron. La Agencia Tributaria publica los datos de ventas que las empresas que facturan más de 6 millones de euros al año declaran al pagar el IVA. Es la mejor estadística de actividad existente en España, junto a las afiliaciones a la Seguridad Social. El gasto en inversión de las empresas privadas en España al finalizar 2017 sigue siendo un 35 % inferior al de 2007. Desde 2014 se ha recuperado, pero aún sigue en el nivel de finales de 2011, cuando Rajoy llegó a la Moncloa. Y es el mismo nivel de inversión que realizaban en el año 2000, nada más entrar en el euro. La tasa de inversión total según la contabilidad nacional, pública y privada, en construcción en bienes de equipo y en software era del 21,5 % en 2011 y estuvo próxima al 20 % en 2017. En este año se registró la tasa más baja de inversión pública en infraestructuras sobre PIB desde 1980. Todo ello ayuda a explicar que nuestra tasa de paro siga tan alta y que, aunque se cree empleo, éste sea precario y con salarios muy bajos.

España ya ha convergido en infraestructuras con nuestros socios europeos. Nuestros ingenieros y empresas de construcción son líderes mundiales y las obras en España se ejecutan con mucha calidad y a coste inferior al de otros países europeos. Mi padre trabajaba para una de las principales constructoras cuando yo nací. Siempre que pasamos por la fábrica de cervezas El Águila en

Algete, cerca de Madrid, me recuerda que en los años sesenta se tuvieron que asociar con una empresa estadounidense para construirla. El edificio es una pila en altura de hormigón y en España no había maquinaria ni personal capacitado para construirlo.

Como ya he dicho en otras ocasiones, yo trabajaba en el Estudio Lamela Arquitectos desarrollando el proyecto de la T4 de Barajas, conjuntamente con Richard Rogers, la compañía española de ingeniería Ineco y otra empresa de ingenieros británica. Quince años después, sigue siendo uno de los aeropuertos más vanguardistas del mundo y, además, ha sido casi reproducido por China en la T3 del aeropuerto de Shanghai. La fachada es un muro de vidrio de nueve metros de altura sin estructura visible. La estructura va con cables metálicos en unos tubos que parecen parte de la decoración y permiten que el muro de vidrio soporte el impacto del viento exterior sin romperse. Nunca se había ejecutado nada parecido en el mundo y fue una constructora española con ingenieros españoles la que lo consiguió.

Al tener nueve metros de altura, climatizar todo el edificio de la T4 generaría un elevado consumo energético. Rogers es uno de los arquitectos pioneros en arquitectura bioclimática de mínimo consumo energético e impacto ambiental. Se diseñó un sistema de climatización que sólo emite calor en invierno y frío en verano hasta tres metros de altura. Por encima de ese nivel el edificio no está climatizado. Este sistema también fue innovador, y tanto el diseño como la ejecución corrieron a cargo de ingenieros y empresas españoles. Rogers, además de la T4 de Barajas, estaba realizando el proyecto de la T5 de Heathrow en Londres. En España el proyecto se hizo en la mitad de tiempo, con una tercera parte del coste y con una mejor calidad de ejecución. No es casual que sea una empresa española la que gestiona hoy el aeropuerto de Londres y que la reforma de la T2 y la T3 de Heathrow la hiciera Luis Vidal, director del proyecto de la T4 de Barajas.

Gracias a esa gran inversión pública de las últimas décadas España dispone de la mayor red de aeropuertos internacionales del mundo. Sólo así se puede explicar que en 2017 más de 80 millones de turistas vinieran a nuestro país, de los cuales 60 millones lo hicieran usando el avión. Sin los aeropuertos de Madrid, Barcelona, Mallorca, Tenerife, Gran Canaria, Lanzarote, Málaga, Valencia, Sevilla, Bilbao, Alicante o Santiago no sería posible explicar el buen comportamiento del mejor sector de la economía española desde 2007.

Por lo que respecta a la inversión en ferrocarril, ésta se concentró en la red radial de alta velocidad. Los turistas que llegan a Madrid se distribuyen en tren por la mayoría de las ciudades históricas, que reciben millones de turistas deseosos de visitar nuestro patrimonio histórico, el tercero más importante del mundo según la Unesco, y disfrutar de nuestra cultura, nuestra gastronomía y nuestras fiestas. Donde no llega el ferrocarril, en la mayoría de las ocasiones llega una autovía. España es líder europeo en red de cable para conexión a internet y en redes 4G para móviles, gracias a los planes Avanza y la Agenda Digital del gobierno Zapatero en 2004.

Por lo tanto, no es necesario que la inversión en infraestructuras sea tan intensa como en el pasado, pero tampoco puede ser tan escasa como en 2017. El consumo de cemento ese mismo año registró un mínimo histórico desde que se comenzó a recopilar datos en 1960. Los ingenieros estiman que el mantenimiento de la red actual de infraestructuras exige al menos el 1 % del PIB anual. En 2017, el gobierno de Rajoy volvió a reducir la inversión pública hasta casi la mitad que en 2011, cuando llegó a la Moncloa, registrando un nuevo mínimo histórico desde hace décadas. España corre el riesgo —sucedió así después de Thatcher y Reagan— de que el bajo nivel de inversión acabe deteriorando y dejando obsoletas las infraestructuras. En Estados Unidos cada año se caen un promedio de cincuenta puentes por falta

de mantenimiento. Y el coste de construirlos de nuevo es mucho más caro que el mantenimiento.

Si se aprobase el plan de inversión europeo, habría que priorizar el ferrocarril de mercancías, y aprovechar la gran inversión en puertos para concentrarlos con polos industriales y así reindustrializar España. El suelo de los puertos debe priorizar el uso industrial. El gran olvidado de la inversión pública es el corredor del Mediterráneo, que concentra buena parte de la población y la actividad económica española. Algeciras es el gran puerto del sur de Europa y por el estrecho pasa la gran autopista del mar que cruza los canales de Panamá y Suez. Se estima que la inversión necesaria sería de unos 50.000 millones de euros, casi el 5 % del PIB español pero tan sólo el 0,5 % del PIB de la Eurozona. Éste sería uno de los proyectos prioritarios para el plan europeo del que hemos hablado.

El corredor central que conectaría Europa y África con el mundo a través de Algeciras aprovecharía la red ya existente y únicamente necesitaría una inversión de unos 500 millones de euros, o sea, el 0,05 % del PIB español. Se podría ejecutar en pocos meses. Este proyecto lo podría acometer el gobierno de España sin apoyo europeo y sin poner en riesgo la estabilidad presupuestaria y financiera. En el nuevo milenio la línea férrea que llega a Algeciras es única, no pueden cruzarse dos trenes a la vez, y no está electrificada desde Bobadilla. Esta inversión reduciría los costes de transporte, haría nuestra industria más competitiva, aumentaría el empleo industrial y mejorarían los salarios y la vida de cientos de miles de españoles.

Este economista observador ha creado y dirige un Foro, al que hemos llamado Global Sur, precisamente para divulgar y concienciar a España de esta gran oportunidad. El Foro nació en Lanzarote, ya que Canarias tiene una posición privilegiada para ser plataforma tricontinental entre África, América Latina y Europa. El puerto de Las Palmas es el centro de reparaciones y

mantenimiento de las plataformas petrolíferas de la costa africana. Rolls Royce ha abierto una nueva fábrica para este cometido en el puerto y ha contratado a muchos ingenieros y operarios con elevados salarios. Por lo tanto, Gran Canaria, pese a ser un importante centro turístico, también comienza a reindustrializarse.

Además de lo ya comentado, hay que desarrollar el ferrocarril de mercancías entre los polos industriales del interior y los diques secos de los puertos. La prioridad, como ya he dicho anteriormente, es el corredor mediterráneo, donde se concentra la mayor parte de la actividad económica en España y que está por desarrollar, tanto el ferrocarril de mercancías como el de viajeros. Desde Almería hasta Barcelona hay una distancia similar a la que hay entre Girona y Madrid: el AVE a Girona tarda tres horas y media, mientras que el tren desde Almería hasta Barcelona, trece horas. También es prioritaria la Ruta de la Plata para conectar Extremadura y Castilla y León con los puertos andaluces, del Atlántico y el Cantábrico. Y el norte de España, con más peso de la industria.

Elon Musk, fundador de PayPal, vendió la empresa e invirtió en Tesla para hacer coches eléctricos, así como en SpaceX para enviar nanosatélites al espacio. Ahora está invirtiendo en Hyperloop (una especie de tren dentro de un tubo al vacío para eliminar la fricción y maximizar la velocidad), que ya ha realizado pruebas a 1.000 kilómetros por hora. El transporte siempre ha sido determinante en la historia de la humanidad y en la riqueza de las naciones, y lo seguirá siendo en el siglo XXI. Lo que hemos diseñado en los párrafos anteriores es la misma red de transporte que construyeron los romanos en Hispania antes del nacimiento de Cristo. Lo que cambia es la velocidad del transporte, el tiempo, la cantidad de carga y el coste. El menor coste permitirá a las empresas españolas ser más competitivas, aumentar sus ventas en el exterior, crear más empleos y remunerarlos con mejores salarios. Y con esos

sueldos habrá más ingresos en la Seguridad Social para pagar mejores pensiones y en el Estado para mejorar la sanidad y la educación.

#### PATENTES, INVESTIGACIONES Y EMPRESARIOS: MUNDOS POR UNIR

Otra prioridad del plan debe ser la innovación. España ya ha convergido en renta por habitante, en infraestructuras, en capital o máquinas por trabajador y en productividad por ocupado con el promedio de la Unión Europea. Pero aún nos separa cierta distancia con Francia, con las regiones del occidente de Alemania y con los países con mayor renta de la OCDE. Otros países con salarios más bajos que los nuestros se han incorporado al comercio internacional, como lo hicimos nosotros en los años sesenta.

Las nuevas tecnologías y las nuevas empresas se están creando en ciudades caras y congestionadas como Londres, Estocolmo o París, y nuestros salarios y alquileres de oficinas siguen siendo muy competitivos en comparación. El coste de la vida en España es significativamente menor. Por lo tanto, los trabajadores que cobran un salario más bajo que en Londres tienen en cambio un mejor nivel de vida en una de nuestras ciudades. España posee la mejor red de aeropuertos internacionales del mundo, sin la cual no sería posible ser el líder en pernoctaciones turísticas, con una excelente conectividad con las principales ciudades europeas y latinoamericanas. Por todo ello, la clave es creernos que somos muy competitivos para ser la sede de empresas de nuevas tecnologías y facilitar en todo lo posible su llegada.

El plan debe conseguir atraer el talento del exterior y conseguir que empresas españolas entren en dinámicas innovadoras para crear empleos de calidad con mejores salarios y, así, poder pagar mejores pensiones y tener unas mejores sanidad y educación. España está entre los países con mayores

publicaciones científicas del mundo. Lo que nos falta es convertir esa investigación y ese conocimiento primero en patentes y luego en inversión y empleo. En el año 2000, el registro de patentes por habitantes en España era tan sólo el 10 % del promedio europeo (y Europa está lejos de Estados Unidos y países asiáticos en este ámbito). Los gobiernos de Zapatero, conscientes de la burbuja y de la necesidad de diversificar la inversión en otros sectores más innovadores, triplicaron el presupuesto de I+D+i. La inversión funcionó y el registro de patentes por habitantes se multiplicó y subió hasta el 40 % del promedio europeo. Desde 2011, Rajoy ha recortado drásticamente el presupuesto de I+D+i de nuevo hasta los niveles de 2004.

Tecnalia es un ejemplo de éxito en España de transferencia tecnológica. Es una fundación sin ánimo de lucro que se creó tras la fusión de ocho centros tecnológicos de Euskadi. Tiene sucursales en otras comunidades autónomas como Andalucía y Comunidad Valenciana y en varios países de América Latina. Cuenta con una red de 1.500 investigadores asociados y está especializada por sectores: agroalimentario, aeroespacial, industrial, *big data*; miles de empresas son clientes y algunas forman parte del consejo.

La mitad de sus ingresos proviene del sector privado y la otra mitad del sector público. Desde 2016, tras los fuertes recortes de I+D+i, la mayoría de los ingresos provienen de la Comisión Europea. Tecnalia es la institución que más proyectos recibe de la agenda 2020 de innovación europea (ocupa el puesto 23 del ranking) y es la que más patentes registra en España. La clave del éxito es que ha profesionalizado la gestión y su investigación es muy práctica y está orientada a las necesidades de sus clientes y de las empresas que les solicitan soluciones tecnológicas. Por lo tanto, no hace falta buscar modelos en otros países. Necesitamos que el resto de los centros tecnológicos alcancen el nivel de excelencia que ha conseguido Tecnalia.

Sin embargo, la clave de todo es la «i» que ponemos en último lugar y en



minúscula. Uno de los centros de innovación más interesantes en España es LoomHouse, fundado por José y Paula Almansa. Ambos fueron cofundadores del Impact Hub en 2005 en Madrid, en el Barrio de las Letras. El Hub fue el segundo del mundo después de Londres y hoy está presente en una red de 108 países. En ese centro nacieron Cabify, Blablacar, Change.org y buena parte de las empresas innovadoras españolas de éxito creadas en la última década.

Ahora consideran que el *coworking* ya está generalizado y han iniciado un nuevo proyecto. Los *loomers* deben innovar de verdad, no vale copiar algo de Estados Unidos y sacar la versión para España. Han de tener la sana ambición del crecimiento y cumplir los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de Naciones Unidas. Asimismo, deben compartir su conocimiento con la comunidad. Su primer centro lo abrieron en la Real Fábrica de Tapices, junto a la estación de Atocha de Madrid, un lugar mágico e idóneo para innovar. En el momento de acabar de escribir este libro están abriendo su segundo centro en la capital y tienen proyectos para abrir más en Málaga, Alicante, Sevilla, Lisboa, Oporto, Miami y Ciudad de México. Loom cree en las empresas innovadoras y quiere que tengan centros por todo el mundo para ser nómadas y contar con las mismas condiciones óptimas para innovar independientemente del país en el que estén.

La innovación social y cultural es una de sus prioridades, ya que ellos tienen la misma visión que Pico della Mirandola hace quinientos años: el hombre debe ser el centro y la tecnología debe servir para ayudar a hacer un mundo mejor y sostenible, social y ambientalmente. Uno de los proyectos preferidos desarrollado por *loomers* es Welever (del inglés «somos palanca»). Se trata de una sencilla aplicación en el móvil donde cualquier ciudadano puede desarrollar su actividad solidaria de voluntariado y ser un líder social. En las universidades la aplicación permite que cada estudiante, además de su currículum académico, tenga un currículum de su actividad como

voluntario que refleje sus valores, proactividad y capacidad de liderazgo. Los departamentos de recursos humanos de las empresas podrán identificar a los líderes sociales dentro de su organización que puedan asumir más responsabilidad, y en las ciudades podremos elegir los barrios donde hay más personas solidarias y que colaboran con la comunidad. Una sencilla aplicación puede lograr ciudades con alma y canalizar parte de la energía de los seres humanos para conseguir hacer un mundo mejor. Y además puede crear miles de empleos de calidad con buenos salarios.

Como digo, el plan de inversión europeo debe priorizar los fondos para innovación. Es necesaria la intervención del Estado, ya que si fuera sólo un problema privado, ya estaría resuelto. Las mejores universidades en investigación son públicas y los mejores investigadores trabajan para el Estado, que debe tener un papel proactivo y colaborativo con la empresa privada para conseguir que el conocimiento se convierta en inversión y en nuevos empleos con mejores salarios, que es el objetivo de una estrategia de desarrollo. Por su parte, el Estado puede invertir todo el PIB en I+D y en patentes, pero si no hay un ecosistema de innovadores detrás, la mayoría de proyectos no germinarán en inversión y en empleo. España necesita ampliar su inversión en I+D, pero, por encima de todo, necesita desarrollar su ecosistema de innovadores y mejorar su calidad. La dinámica de creación de nuevas empresas ha mejorado y empiezan a tener acceso a capital gracias a la llegada de fondos de capital semilla internacionales y la creación de fondos nacionales.

El problema, como explica José Almansa de LoomHouse, es que estas empresas nacen en el caos pero necesitan orden para sobrevivir. Javier García, un consultor muy experimentado en asesoramiento de nuevas empresas innovadoras, ha escrito un libro muy recomendable, *La burbuja emprendedora* (Empresa Activa, 2017). Explica que la mayoría de estas

empresas mueren por falta de dinero en la caja. Los innovadores concentran todas sus energías en el desarrollo del proyecto y se olvidan de que la liquidez para las empresas es como el oxígeno para las personas. Javier ha desarrollado un modelo financiero que avisa a las empresas de cuándo se les acabará el dinero en la caja y de cómo afectan sus decisiones a su esperanza de vida (algo similar, en los coches, al piloto que te avisa de que has entrado en la reserva y te quedas sin gasolina).

En el otro extremo están las grandes empresas que tienen que presentar resultados cada trimestre y viven en el orden y la burocracia, un entorno que ahuyenta la innovación. En LoomHouse siguen la metodología Kórdica, que consiste en llevar a las nuevas empresas innovadoras del caos al orden, y respecto a las grandes empresas, a sacarlas del orden extremo y acercarlas al caos para poder innovar y adaptarse a la era de la tecnología global.

En mi vida profesional he trabajado en la empresa privada y siempre lo he compaginado con mi faceta académica como profesor. En la empresa me decían que era un teórico y en la universidad me acusaban de ser demasiado práctico. Si España quiere acercarse a las grandes potencias mundiales en innovación, debe acortar la distancia entre esos dos mundos que hoy, en muchas ocasiones, hablan lenguajes diferentes y no se entienden. En los últimos años he colaborado en varios proyectos innovadores, lo que me ha permitido conocer mejor este mundo fascinante de la ciencia, el conocimiento, las patentes y el desarrollo posterior del negocio. La situación ha mejorado en este nuevo siglo. Las personas del sector con mucha experiencia me cuentan que en las décadas de los ochenta y los noventa había un fuerte rechazo de los científicos universitarios a convertir sus investigaciones en patentes y en negocios. Lo consideraban prostituir la ciencia.

Recuerdo la presentación de Reticare, una patente española cuyas investigaciones las desarrolló una catedrática de Óptica de la Complutense y

que se asoció con la empresa Crambo para desarrollar el negocio. En la presentación a los medios, un periodista les preguntó: «¿Qué hace una catedrática asociada con un empresario para desarrollar sus investigaciones?». Hoy esa empresa ha conseguido más de 10 millones de dólares de capital privado en Estados Unidos y está vendiendo sus productos en Europa y en América (especialmente en Estados Unidos). La investigación —realizada con ratones— concluyó que la luz que irradian las nuevas tabletas y teléfonos inteligentes supone un foco constante e intenso que acaba afectando a la retina, especialmente la de los niños.

El proyecto fue casual: el empresario innovador y la investigadora se conocieron en una feria internacional y años después surgió la inversión y el empleo. El objetivo debe ser que la universidad se acerque más a las empresas, especialmente a las pymes, para que los proyectos tengan un método y no sean sólo el fruto de la casualidad. Los investigadores no tienen por qué ser empresarios y los empresarios no tienen por qué ser investigadores, pero es necesario que ambos hagan un esfuerzo por entenderse.

Lo que falta es poner en valor la investigación y convertirla en inversión y empleo. Es necesario profesionalizar más el proceso. Las oficinas de transferencia tecnológica son las encargadas de poner en contacto a los investigadores y las empresas. Desde su creación han conseguido multiplicar el número de patentes registradas, lo cual es un gran logro, pero en la mayoría de los casos no han sido capaces de convertir esa patente en un proyecto de inversión innovador que genere empleos de calidad. Por publicar sus investigaciones en un artículo científico, los investigadores obtienen sexenios que les suponen un aumento de su sueldo, pero son incompatibles con los sexenios de innovación para aquellos que deciden patentar y desarrollar el negocio. Publicar en una revista científica de prestigio internacional es complicado, pero la probabilidad es mayor que la de conseguir la patente y

desarrollar el negocio. Por esta razón, los investigadores prefieren publicar para minimizar riesgos.

Asimismo, los investigadores de universidades públicas que optan por patentar y desarrollar el negocio sólo pueden tener un 10 % del capital de la empresa que desarrollan. Es su dinero y sólo ellos asumen el riesgo, por lo que deberían poder tener un porcentaje mayor. Estos investigadores mantienen las mismas horas de clase que los profesores que no investigan. Investigar debería estar reconocido y habría que permitir que se reduzcan sus horas lectivas. Para eso sería necesario contratar más profesores en esos departamentos, lo cual exige aumentar el presupuesto público en educación. Los incentivos los carga el diablo y deberíamos diseñar los que sean favorables a la innovación.

#### TECNOLOGÍA Y PLANES DE NEGOCIOS: UNA VÍA PARA CREAR EMPLEO

Si logramos esta aproximación entre investigadores, universidades y empresas, lograremos cerrar el círculo virtuoso de la innovación, convirtiendo conocimiento en inversión y, por tanto, en empleo. En España hay 1,5 millones de empresas registradas en la Seguridad Social con más de un trabajador. De éstas, tan sólo 33.000 (2 % del total) tienen más de cincuenta trabajadores. En esas empresas se paga el doble de salario medio que en las empresas de menos de cincuenta trabajadores. El objetivo es crear más empleos y mejores con salarios más altos; por eso necesitamos empresas que aumenten su tamaño medio, especialmente en el sector industrial y agroalimentario. En el sector servicios, con preferencia en el mundo digital, nuevas tecnologías y consultoría, el tamaño no es tan determinante y muchas empresas pequeñas crean empleos de calidad con buenos sueldos. En Estados Unidos sí consiguen

que esas nuevas empresas en dichos sectores acaben siendo multinacionales con miles de empleos con los mejores salarios del mundo, algo que en Europa, y especialmente en España, no está sucediendo.

Sin embargo, no innovan por ser grandes; son grandes porque son innovadoras. Las empresas con más de cincuenta trabajadores tienen ratios de inversión en I+D+i, de internacionalización y de gestión de sus recursos humanos comparables con los países con mayor renta por habitante. Por eso crean más empleo y pueden pagar mejores sueldos. La mayoría de las empresas que han intentado aumentar su tamaño artificialmente con deuda durante la burbuja de crédito quebraron. El sistema capitalista sigue un proceso de selección natural durísimo. No sobreviven las empresas más grandes, progresan las empresas que identifican mejor los gustos y las necesidades de los ciudadanos y consiguen que compren sus productos o servicios antes que la competencia.

En este proceso es clave la labor del empresario, como nos enseñó Schumpeter en su *Teoría del desenvolvimiento económico* de 1911. Pero más economistas han avanzado en esa teoría. Mariana Mazzucatto, economista de origen italiano que da clases en la Universidad de Sussex, cerca de Londres, es una de las principales referencias mundiales en el asunto. Sus tesis rompen con el Consenso de Washington y el paradigma neoliberal reinante en las últimas décadas. Mariana explica en sus conferencias que el iPhone tiene más de la mitad de sus patentes desarrolladas con dinero del Estado en universidades públicas y con patentes públicas. Lo que hizo magistralmente Steve Jobs fue identificar una necesidad que era poder conectarse a internet desde el móvil y aprovechar las patentes y la tecnología existentes para producir el iPhone.

Con sus investigaciones, esta economista ha desmitificado la importancia de las deducciones fiscales para fomentar la innovación. La teoría es que si no

les cobramos impuestos por los beneficios generados, esas empresas reinvertirían en más investigación. Pero la realidad es que aquellas que más se benefician de tales deducciones fiscales se recompran sus propias acciones con sus beneficios, en vez de invertir en nuevos proyectos. El precio de una acción depende de las expectativas de beneficios futuros dividida por la base de capital y recursos propios, lo que los economistas denominamos «productividad del capital» o los financieros, «rentabilidad del capital». Al recomprar acciones, la propia empresa desaparece de circulación y, al ser un bien más escaso, el precio de la acción sube.

En 2009, el Estado y los bancos centrales evitaron una gran depresión. Desde entonces las bolsas han subido a máximos. Y los principales compradores son las mismas empresas que, en vez de emplear los beneficios para financiar nuevas inversiones, lo dedican a reducir su base de capital, aumentar el endeudamiento de las empresas y hacerlas más vulnerables ante eventos de inestabilidad financiera como fue la quiebra de Lehman Brothers. De no haber sido por la actuación decidida de los gobiernos y los bancos centrales, estas empresas altamente endeudadas y con poca base de capital para soportar pérdidas habrían quebrado. Donald Trump ha concentrado buena parte de su promesa de bajada de impuestos en las grandes empresas, lo cual contribuirá a agravar este problema.

Mazzucato acaba con el mito de los partidos conservadores del País de Nunca Jamás, donde, eliminando impuestos, las empresas invierten en innovación y están garantizados el pleno empleo y el aumento de la renta futura por habitante.

En 2016, según la Comisión Europea, España ocupaba el puesto 27 del mundo en registro de patentes por habitante. Registramos 1.558: 33 patentes por cada millón de habitantes. Suiza lidera el ranking con 892 patentes por cada millón de habitantes; Holanda, 400; Suecia, 360; Alemania, 310; Francia,

160, e Italia, 67. Irlanda, que en 1990 tenía una renta por habitante similar a la de España, orientó su política económica a las nuevas tecnologías y la innovación. En 2016 registró 135 patentes por cada millón de habitantes, cuatro veces más que en España, y su renta por habitante fue significativamente mayor.

Este economista observador ha estudiado mucho este tema. En la Universidad de Alcalá contamos con uno de los mejores equipos de investigación sobre emprendimiento, innovación y tamaño de la empresa. Antonio García Tabuenca, antaño mi profesor y hoy colega de departamento, es una referencia en la materia. Antonio fue el precursor desde el Imade para crear el parque tecnológico de Tres Cantos en los años ochenta. Aprovechando la inversión de una fábrica de chips de la empresa estadounidense ATT, consiguieron instalar la fábrica cerca de la Universidad Autónoma de Madrid y vincular la actividad del parque a la de la universidad y sus investigadores. El objetivo fue aproximar a empresas e investigadores, algo que Giner de los Ríos ya proponía seis décadas antes.

Hoy el mundo ha cambiado y la política tecnológica y de innovación tiene que adaptarse. A los grandes fondos soberanos y los grandes fondos de pensiones no les gusta invertir sus ahorros en bonos alemanes a dos años al  $-1\%$ , donde tienen que pagar por custodiar sus ahorros. Por eso buscan empresas y proyectos que generen una rentabilidad mayor y donde la cuestión sea gestionar el riesgo que asumen. Para elegir las inversiones y gestionar esos riesgos, contratan empresas de capital riesgo. La Comisión Europea realizó un estudio en 2014 al respecto. Mientras estas empresas de capital riesgo invertían en Estados Unidos 25.000 millones anuales, sólo invertían en Europa 5.000 millones, la mayoría en el Reino Unido.

En España, el sistema financiero canaliza la mayor parte del ahorro al ladrillo, y el dinero que llega a las empresas innovadoras es mínimo. El caso



de Reticare refleja bien el problema. Para desarrollar la patente, producir el invento y comercializarlo, optaron por ampliar capital. Visitaron a uno de los principales fondos de capital riesgo españoles, que se vanagloriaba de gestionar 50 millones de euros. La persona que los atendió venía de la banca y no tenía conocimientos suficientes para comprender la patente y el modelo de negocio. Esa misma semana fueron a Cupertino en California, ciudad donde está la sede de Apple. Se reunieron con un fondo que gestionaba 3.000 millones de dólares y cuyo gestor era doctor en Materiales por Stanford; éste comprendió perfectamente el producto y el potencial del modelo de negocio.

Aquí, el Estado apoya con financiación a estos proyectos a través del CDTI (Centro para el Desarrollo Tecnológico Industrial), de Enisa (Empresa Nacional de Innovación, S.A.) y de las agencias y bancos de desarrollo de las comunidades autónomas. Tras la Ley de Estabilidad Presupuestaria aprobada por el PP en 2013, la mayoría de las comunidades tienen serias limitaciones para aumentar su endeudamiento. Además, los fondos del CDTI se han recortado mucho y son claramente insuficientes. España debe transformar el ICO (Instituto de Crédito Oficial) en una Agencia Pública de Innovación. El ICO ha cumplido una gran misión en las últimas décadas facilitando el crédito a las pymes. Con la peseta, el ICO emitía en los mercados internacionales, algo a lo que la banca española tenía un acceso muy restringido. Ese dinero se lo prestaba a los bancos, condicionado a que llegase a las pymes a tipos de interés preferenciales y plazos de préstamo más largos de los habituales. El ICO sólo daba liquidez, ya que el riesgo de impago lo asumía el banco al cien por cien.

Tras la crisis, el BCE da liquidez ilimitada a los bancos españoles al 0 %. Por lo tanto, la misión principal del ICO ha dejado de ser necesaria y se prevé que el acceso ilimitado de los bancos españoles en el BCE a tipos reducidos continuará por un período prolongado. El ICO no tiene la limitación de

endeudamiento que tienen las comunidades autónomas y debería complementar su misión de dar liquidez a las pymes concentrando líneas de crédito en empresas innovadoras con alto potencial de crecimiento y de creación de empleo de calidad. Es necesario contar con evaluadores experimentados que seleccionen las empresas y que verifiquen que realmente están en dinámicas innovadoras.

En Francia, Macron ha optado por este modelo unificando la agencia financiera gala con las agencias de innovación, y quiere invertir, a través de fondos de fondos, 25.000 millones de euros. En España, el ICO también ha creado un fondo de fondos, pero está dotado con 800 millones de euros. (Al acabar de escribir este capítulo, tan sólo ha gastado 300 millones.) Estuve con Mariana Mazzucato en Madrid. Conversamos sobre este problema y este plan, y coincidió conmigo en que debe ser una prioridad de la política tecnológica en España.

Los economistas que más y mejor han estudiado estos temas en España — Vicente Salas, Buesa, Molero, Myro, entre otros— coinciden que hay un problema de baja calidad y falta de ambición de nuestra clase empresarial. El verano de 2016 dirigí un curso en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en Santander, sobre globalización y revolución tecnológica. Invité a Josu Ugarte, quien fue durante muchos años director de internacionalización de la Corporación Mondragón, y en la actualidad es consejero delegado de Schneider Electric para España y Portugal. Josu nos explicó que ser empresario hoy es mucho más complicado que hace treinta años. Los empresarios innovadores, si quieren tener éxito, deben poseer una visión global. Deben comprender los cambios sociológicos que la revolución tecnológica está provocando y que afectan a sus clientes y sus ventas. Deben saber de geoestrategia y geopolítica si quieren que sus ventas sean globales.

Cuando se analiza la calidad de nuestros empresarios comprobamos que

tienen menor nivel de estudios que sus homólogos en la OCDE; tienen peores prácticas de gobierno corporativo y de responsabilidad social. La burbuja hizo mucho daño al objetivo de convertirnos en una economía más innovadora. Comprar suelo daba una rentabilidad muy elevada y exigía muy poco esfuerzo. Muchos empresarios abandonaron sus negocios y dejaron de innovar para construir viviendas, lo cual les permitía dedicar más tiempo a jugar al golf o viajar que sus anteriores negocios. La mayoría de esos empresarios se sobreendeudaron comprando suelo y, cuando pinchó la burbuja, quebraron; con ellos se destruyó mucho capital necesario para invertir en nuevos sectores y negocios y crear empleos de calidad y buenos salarios.

En España hay 300.000 empresas con un número de trabajadores entre 6 y 50. Si un 10 % de ellas entrasen en dinámicas de innovación con estrategias de negocio globales y creasen 10 empleos cada una, 300.000 españoles encontrarían trabajo y la tasa de paro bajaría 1,5 puntos. Si creasen 20 empleos cada una, 600.000 nuevos empleos y la tasa de paro bajaría 3 puntos. Si el 20 % de esas empresas entraran en dinámicas innovadoras y creasen 20 puestos de trabajo cada una, serían 1,2 millones de nuevos empleos y 6 puntos menos de tasa de paro. No hay precedentes de un plan similar en España y es muy difícil estimar su impacto en nuevos empleos *a priori*. Pero es evidente que la innovación, la ciencia y su financiación deben ser una prioridad de la política económica española y europea para crear empleos de calidad en la era de la tecnología global.

La filosofía oriental asocia crisis a oportunidad. Junto a otros socios con mucha experiencia internacional en el asesoramiento de empresas y capital riesgo, nos hemos animado a crear un fondo. La mayoría del dinero vendrá de fuera de España y lo invertiremos en empresas españolas, compañías ya en funcionamiento con un tamaño mediano, con productos o servicios innovadores y competitivos con alto potencial de crecimiento. Además de

capital, el fondo les apoyará en mejorar su gestión, su gobierno corporativo, su expansión internacional, sus metodologías de innovación, su estructura financiera, etcétera. Tienen que ser empresas que cumplan los ODS de Naciones Unidas, que creen empleos de calidad y ayuden a dejar a las próximas generaciones un pequeño planeta Tierra más habitable. Como los exploradores, nosotros nos adentramos en un terreno desconocido de la economía española para los grandes fondos de capital riesgo internacionales y para los bancos españoles. Nuestra intención es descubrir que hay muchas oportunidades y que otros nos sigan después con más inversión y poder ayudar a reducir la tasa de paro, especialmente juvenil, así como la precariedad salarial que sufren millones de españoles, sobre todo los jóvenes, las mujeres y los mayores de cincuenta años.

#### SATÉLITES QUE CAMBEN EN LA PALMA DE LA MANO

Un día me invitaron a dar una conferencia TED en Ibiza, una de las islas más maravillosas del mundo. Antes de mi charla hablaba Raúl, un joven de unos treinta años, ingeniero aeronáutico, que dijo que su empresa, PLD Space, quería lanzar cohetes al espacio. La nanotecnología permite construir satélites que caben en la palma de una mano y ha reducido significativamente los costes. Con esos satélites se puede llevar acceso a internet a nuestras zonas rurales, diseñar sistemas de alerta temprana de incendios, sistemas de predicción climatológica en tiempo real, geolocalización para sistemas de tráfico y gestión de atascos, y experimentos científicos de todo tipo de nuestras universidades.

Los satélites hasta ahora eran muy grandes y no hay cohetes lanzaderas para minisatélites. Por lo tanto, una nueva tecnología —ayudada de la robótica—

genera nuevas oportunidades de negocio y nuevos empleos, como ha sucedido siempre en la historia. Como ya comenté unas páginas atrás, Elon Musk invirtió su dinero de la venta de PayPal en SpaceX y ya están haciendo pruebas de lanzamiento de sus cohetes. Sin embargo, la ley considera que su negocio es asunto de seguridad nacional y le impide vender su tecnología fuera de Estados Unidos.

Esto ha generado una oportunidad de negocio que PLD Space ha aprovechado. Ubicados en el parque tecnológico de Elche, su ciudad natal, vinculados a la universidad y con apoyo público, un grupo de jóvenes ha decidido cumplir su sueño imposible: enviar cohetes al espacio. Con tecnología propia ya están experimentando con los motores en Teruel con el apoyo del gobierno de Aragón. Quieren lanzarlos desde Huelva y ya están en contacto con la Agencia Espacial Europea. También quieren lanzarlos desde México y vender sus servicios en América Latina. Al ser un proyecto que consume muchos recursos y que no verá ingresos hasta que hagan su primer lanzamiento, ha habido muchas dificultades para su ejecución; la principal, la falta de financiación. Además del apoyo público, han conseguido que entre el capital de GMV, una empresa española líder mundial en el sector aeroespacial. El consejero delegado de GMV ha entrado en el consejo de PLD, lo cual aportará experiencia de gestión e innovación y aumentará significativamente la probabilidad de éxito del proyecto.

Lo que necesita España son muchos emprendedores como Raúl y un entorno de innovación que aumente las probabilidades de éxito de sus proyectos. Para ello necesitamos un Estado emprendedor, como lo denomina Mariana Mazzucato, que facilite su labor y complemente sus carencias. Necesitan apoyo en la financiación —que en PLD ha sido insuficiente— y también en la investigación con las universidades públicas. Necesitan diplomacia económica para facilitar los contactos con instituciones europeas y con países

extracomunitarios. Necesitan apoyo de los ayuntamientos, las comunidades autónomas, el gobierno central y la Unión Europea para modificar regulaciones diseñadas para la tecnología anterior y que es preciso adaptar a la nueva realidad tecnológica.

Como nos enseñó Albert Einstein, «Dios no juega a los dados con la naturaleza». La provincia de Alicante cuenta con uno de los ecosistemas de innovación más desarrollados de España tras Madrid y Barcelona. Alicante es una zona con mucha tradición industrial y una clase empresarial pujante. Los sectores tradicionales del textil y el calzado entraron en crisis y eso creó la necesidad de innovar.

En Madrid vivimos en una realidad paralela y por eso es necesario viajar y conocer lo que ocurre en otros territorios para comprender la economía española, lo mismo que viajar fuera de España para comprender las economías europea y mundial. Conocí a Andrés Pedreño en unas jornadas de economía española de la Universidad de Alicante, donde es catedrático y fue rector. En 2017, *Alicante Plaza*, un medio local, me invitó a dar una conferencia y le pedí a Andrés conocer el ecosistema de innovación del que tantas veces me había hablado. Así que organizó una comida con Alicantec, una asociación que han creado los innovadores de la provincia. Entre los presentes al acto había varios expertos en inteligencia artificial que vivían en Alicante pero que hacían proyectos en todo el mundo, desde Silicon Valley hasta China. Google ha dicho que Alicante es uno de los centros más avanzados de Europa en investigación en inteligencia artificial, y son alicantinos los que desarrollan esa tecnología. El problema es que en muchas ocasiones trabajan para empresas extranjeras.

El objetivo es desarrollar empresas españolas que aprovechen el capital humano existente y atraigan más de fuera. El presidente valenciano Ximo Puig ha puesto en marcha una iniciativa muy interesante: Alicante Distrito Digital.

Aprovechando el ecosistema ya existente, la Generalitat quiere apoyarlo para que se desarrolle con el objetivo de crear más empleo, pero sobre todo de mayor calidad y con mejores salarios. El PP invirtió en Alicante unos 600 millones de euros para crear la Ciudad de la Luz, cuyo objetivo era convertir Alicante en el Hollywood de Europa. La inversión fue ruinoso: para mantenerla abierta había que dar subvenciones millonarias a cada producción que venía, y la Comisión Europea abrió un expediente de ayudas al Estado y obligó a cerrarla.

Alicante Distrito Digital quiere convertir la Ciudad de la Luz en un centro de innovación. La provincia cuenta con un clima privilegiado y un aeropuerto con conexión diaria con la mayoría de las grandes ciudades europeas, además de un tren de alta velocidad que en dos horas y media te deja en el aeropuerto de Barajas. Por lo tanto, dispone de todas las condiciones para crear empleos de calidad en la era de la tecnología global. Sólo falta que los empresarios alicantinos se lo crean y consigan financiación para sus proyectos en igualdad de condiciones que sus competidores internacionales.

#### MONASTERIOS: FORMAR EMPRESARIOS, CULTIVAR INNOVADORES

Otro fenómeno que he podido comprobar personalmente es la proliferación por toda España de lanzaderas, viveros e incubadoras de empresas. Los jóvenes que se inician en el arte de hacer negocios tienen asesoramiento desde el primer día. La ayuda va desde elaborar su plan estratégico hasta darles servicios de secretaría y llamadas que abona el centro, les enseñan a hacer los trámites para darse de alta y conseguir licencias, llevar su contabilidad, aprovecharla para elaborar su plan y comprobar si éste se cumple, diseñar su estrategia comercial, negociar con distribuidores para que vendan sus

productos, asesoría jurídica para firmar sus contratos, etcétera. Conseguir hacerse un hueco en un mercado competitivo es una misión compleja. El apoyo que reciben los nuevos empresarios no garantiza el éxito, pero si tienen un buen plan y capacidad para desarrollarlo, el apoyo de estas instituciones aumenta exponencialmente la probabilidad de desarrollo del negocio.

España cuenta con tres escuelas de negocios entre las mejores del mundo. Paradójicamente, nuestros empresarios tienen baja calidad formativa, pero han gastado mucho dinero en sus ejecutivos para formarlos. Estos ejecutivos de multinacionales españolas o extranjeras han conseguido elevados salarios y muchos han decidido hacerse empresarios y montar su propio proyecto. Un buen número de ellos están entrando en el mundo de la innovación, y ése es otro fenómeno que te hace ser optimista sobre la capacidad de nuestra querida España de conseguir su nuevo reto: crear empleos de calidad en la era de la tecnología global. Muchos extranjeros vienen a estudiar sus MBA a nuestras escuelas de negocios. Cuando acaban su máster, deberían tener un permiso de trabajo inmediato que les permita quedarse en España para desarrollar sus proyectos y crear empleos de calidad. Trump ha limitado sus visados en Estados Unidos, lo cual supone una oportunidad para España.

Una pregunta que le hacen a este economista observador cuando habla de estos temas es en qué sectores se puede producir. Como nos enseñó Schumpeter, «la innovación es un mar que no sale en los mapas». Todos los sectores y todas las empresas pueden y deben innovar. Si no lo hacen, otras lo harán y conseguirán que los consumidores se decanten por ellas.

Una agradable noche de agosto asistí a una cena en Suances, uno de esos lugares maravillosos de nuestra costa cantábrica, organizada por el presidente autonómico Miguel Ángel Revilla. En la velada estaba Didier, un alto ejecutivo de una cadena de distribución germana. Mientras comíamos, dijo que en Alemania había un fuerte crecimiento de demanda por productos



ecológicos, pero que el problema de España es que producía con pesticidas, citando el caso concreto de Almería. Le dije que estaba mal informado y organicé personalmente un viaje a la provincia para que lo comprobara. Vino acompañado de su número dos, de su jefe de compras y de un alemán que tenía plantaciones de permacultura en Huelva. La permacultura es a la agricultura lo que los bueyes de Kobe a la carne. Las plantas están al aire libre, su energía es la luz, es ecológica y les ponen música para que los frutos sean de mayor calidad. La primera visita fue al centro experimental de Las Palmerillas, donde Cajamar dedica parte de sus beneficios a obra social para innovar en las técnicas agrícolas. Han patentado un invernadero óptimo para zonas semiáridas e innovan en técnicas para aumentar la productividad de las cosechas y la calidad de éstas. Experimentan con el tipo de abejas para mejorar la polinización que aumentan la producción de cada tipo de hortaliza, con sistemas de riego eficientes que reducen el consumo de agua y con bichos para combatir plagas y no usar fertilizantes. Luego visitamos una cooperativa donde se procesa la producción y el envasado para que llegue a los supermercados alemanes. Después fuimos a la empresa que cría las abejas, una multinacional que vende sus criaturas en cuarenta países. Es un proceso extremadamente meticuloso donde se cuida a las crías con mimo, donde se las alimenta con polen que nos dieron a probar, para luego liberarlas en las zonas de cultivo y que hagan su labor de polinización.

Gracias a ese viaje, la cadena de supermercados comenzó a comprar productos con el sello ecológico de Almería. Didier ahora está en contacto con varias empresas andaluzas para desarrollar productos y ayudarles a comercializarlos mejor, al precio más óptimo. Eso está permitiendo crear mejores empleos con mayores salarios. Un modelo reproducible en todo el territorio español. Su idea es que los agricultores que producen sin pesticidas sean igual de eficientes que sus competidores y los productos bío se vendan al

mismo precio que el resto. Entonces será el propio mercado el que acabe con los pesticidas, consiguiendo una alimentación más saludable y un pequeño planeta Tierra más habitable. Como consecuencia, se creará más empleo en el mundo rural y se frenará la despoblación.

En la construcción de obra pública y viviendas somos muy eficientes aunque siempre hay margen para innovar. También lo somos en la rehabilitación. José María Peridis es muy conocido por sus magistrales viñetas en *El País*. Es arquitecto, y su gran pasión es el románico palentino y la rehabilitación del patrimonio histórico. Pasó su niñez en Aguilar de Campoo, en las montañas palentinas. Decidió dedicar buena parte de su vida y su patrimonio personal a rehabilitar el Monasterio de Santa María la Real, que hoy da nombre a su Fundación.

El monasterio estaba totalmente en ruinas y hoy es el instituto del pueblo, escuela taller, centro de investigación y un excelente hotel rural lleno de encanto desde el que se puede visitar los Picos de Europa, uno de los lugares más maravillosos del mundo. El lector debe descontar que soy palentino y amigo de Peridis. Todas las personas que he llevado de visita al monasterio y a la zona han regresado maravilladas. Las vistas de los Picos de Europa desde el mirador de Piedras Luengas es un espectáculo sublime. Osos, lobos y ciervos habitan salvajes por esas tierras.

Peridis creó escuelas taller para formar a personas en el arte de la rehabilitación de patrimonio histórico. Desde entonces ha participado en cientos de proyectos nacionales e internacionales, además de su famosa serie de televisión sobre el románico, que fue clave para desarrollar turísticamente el Camino de Santiago, donde se han creado miles de empleos. Hoy su Fundación asesora a numerosas ciudades e instituciones para rehabilitar. Uno de los proyectos es rehabilitar centros históricos y edificios públicos. El objetivo es mejorar las cubiertas, las fachadas y la carpintería de los edificios

para incrementar su eficiencia energética y reducir el coste de climatización y el impacto sobre el cambio climático.

Al rehabilitar la cubierta se podría instalar placas fotovoltaicas o parques urbanos para reducir la contaminación en el centro de las ciudades más afectadas. Para ello sería necesaria una nueva ley eléctrica, ya que la que aprobó el PP en 2013 restringe el autoconsumo; además, habría que eliminar el impuesto al sol. Este plan crearía cientos de miles de empleos en varios años. Sería una oportunidad para innovar en las técnicas, para priorizar a los parados de larga duración —expulsados del mercado tras el pinchazo de la burbuja inmobiliaria—, y todo ello combinado con escuelas taller para mejorar sus habilidades y su empleabilidad.

#### LOS ROBOTS Y EL TALENTO IRREEMPLAZABLE

En la industria, la innovación y el tamaño son determinantes para la competitividad. El 85 % de nuestras exportaciones de bienes corren a cargo de tan sólo 5.000 empresas. Hay 15.000 empresas que exportan regularmente, pero menos de 5 millones de euros anuales. Estas 15.000 empresas son el objetivo del fondo de capital riesgo del que he hablado anteriormente. Para competir y tener éxito en mercados internacionales necesitan ser innovadoras, por eso es fundamental que se acerquen a nuestras universidades y a nuestros investigadores. Estas empresas tractoras funcionan en la economía como la estructura de hormigón de un edificio. Si aumentamos la estructura de grandes empresas se crearán nuevas pymes y autónomos, que son imprescindibles para que una economía sea eficiente. Por lo tanto, el efecto de creación de empleo del plan se multiplicaría al crear cientos de miles de empleos indirectos.

Una parte de los empleos industriales en el mundo están siendo sustituidos

por robots. Estos ingenios se instalan principalmente en países con una tasa de paro baja y escasez de oferta, para sustituir a trabajadores especializados que se jubilan y a otros con elevados salarios, como sucede en Alemania, Japón, el Reino Unido o Estados Unidos. La implantación de robots en España ha sido mínima, pero en las multinacionales industriales sus fábricas compiten entre ellas. Los robots son un fenómeno que está generando temor en una parte de la población que ve amenazada su empleo; por este motivo es necesario que los Estados intervengan para que el proceso sea ordenado, y para que las empresas se encarguen de asumir los costes de orientación y recolocación de los trabajadores afectados.

A corto plazo puede la tentación del proteccionismo, como está haciendo Trump. Pero a medio plazo, las nuevas fábricas con robots serán más competitivas y la multinacional irá reduciendo el empleo industrial en las fábricas españolas. Las fábricas con robots que he visitado necesitan menos operarios, pero siguen requiriendo empleos industriales tradicionales que reciben formación para adaptarse a la nueva realidad. Además, han contratado a muchos ingenieros e informáticos para programarlos y mecánicos para repararlos. Si la fábrica se va de España, se pierden los empleos que transportan la producción, los del puerto que cargan y descargan los barcos, los asesores fiscales o legales y autónomos que asesoran a la empresa, las pymes proveedoras de la gran fábrica, así como los trabajadores de los bares y comercios de la zona que viven de todos esos empleos.

Raúl Rojas, al que tuve el gusto de conocer, es uno de los expertos más reconocidos del mundo en inteligencia artificial y robots. Desarrolla sus investigaciones en la Universidad de Berlín y forma parte del consejo asesor de Cotec. Rojas enseña que los robots sólo pueden reproducir tareas predecibles y programables. Sin embargo, muchas otras siguen siendo impredecibles y tardarán décadas antes de que los robots puedan realizarlas.

Este economista observador estudió en su doctorado predicción de variables y fenómenos económicos con algoritmos genéticos y redes neuronales. El resultado fue decepcionante: el éxito del modelo era elegir las variables para explicar el fenómeno y los pesos que dadas a cada una dentro del modelo de predicción, pero para eso es necesario un economista con buena formación en teoría económica y conocimientos prácticos del problema que se intenta resolver. Tras el diseño sigue siendo necesario revisar el modelo y la máquina, y se requiere la inteligencia humana. La clave es que nuestras empresas industriales innoven en los nuevos procesos y creen otros empleos que los robots no puedan reproducir. La prioridad de la política económica debe ser que esos nuevos empleos se creen en España.

La UGT de Aragón me invitó a dar una conferencia en Zaragoza y organizaron para mí una visita a una fábrica de Valeo, una multinacional francesa de componentes de automóvil. Habían introducido robots y la fábrica había duplicado el empleo desde entonces. ¿Cómo es posible esa paradoja? Los robots, como me enseñó Rojas, sólo se pueden introducir en la parte de la cadena de montaje que es predecible y fácilmente modelizable y se mantenían muchos de los empleos tradicionales. En el tramo robotizado había cuatro trabajadores en dos turnos y habían pasado a un trabajador en dos turnos. La producción había aumentado un 30 % y la productividad por trabajador se había multiplicado por cinco. La empresa había incrementado sus beneficios y, en vez de invertirlos en bonos franceses a dos años a tipos negativos, los invirtió en I+D en la misma fábrica. Esta decisión obtuvo sus frutos: desarrollaron unos dispositivos que consiguen reducir las emisiones contaminantes de los automóviles y que Valeo produce en Zaragoza para vender en todo el mundo.

En Elche visité una fábrica de calzado muy mecanizada. Cada año diseñan más de cuatrocientos modelos diferentes y, cuando los producen, cambiar la

programación y la modelización de los robots sería carísimo en horas. En la fábrica han introducido algunos robots que les permiten hacer algunos remaches con mayor precisión y les dan más margen de diseño para ser más competitivos y subir los precios de sus zapatos. Con todo, la mayoría de los puestos de trabajo de la fábrica no se han visto afectados por los robots y el empleo total aumenta cada año.

## SALARIO DE EFICIENCIA

A nuestros alumnos universitarios les enseñamos la teoría de salarios de eficiencia, que ha tenido aportaciones de varios premios Nobel de Economía como George Akerlof y Joseph Stiglitz. Cuando una empresa contrata a una persona nueva tiene incertidumbre sobre sus resultados futuros, y el nuevo empleado tarda un tiempo en adaptarse a la cultura de la empresa, determinante de su éxito y de su productividad. Los trabajadores tenemos conocimiento y experiencia, que en muchas ocasiones no son fáciles de reemplazar. Por eso la teoría justifica que en determinadas empresas y sectores, y en empleos concretos, las empresas paguen salarios por encima del mercado para retener el talento.

Adolfo Utor es uno de los mejores empresarios que he conocido. Comenzó en una empresa pública de transporte marítimo como administrativo y llegó a director general. Hoy es el dueño de Baleària, empresa líder en transporte entre las Baleares y la península. Innovó con un barco que optimizaba la carga y permitía combinar mejor el transporte mixto de mercancías y pasajeros. Sus nuevos barcos utilizan gas natural, lo cual reduce el consumo de energía y la emisión de gases contaminantes que intensifican el cambio climático. Hoy en día cuenta con barcos en Estados Unidos que hacen la ruta de Miami,

Bahamas, Puerto Rico, y espera cerrar el círculo con República Dominicana y Cuba... si Donald Trump no lo impide.

Utor es el que mejor me ha explicado la teoría de los salarios de eficiencia desde la práctica aprendida en la universidad de la vida y de la empresa. Para Utor, el valor de un trabajador en una empresa es  $V = e \times c^2$ , donde  $e$  es empleabilidad que tiene que ver con la formación del trabajador, su curva de aprendizaje, experiencia y habilidades, y  $c$  es el compromiso, donde el salario, las condiciones de trabajo y las proyecciones profesionales que ofrece la empresa son determinantes para atraer y retener el talento; el compromiso va elevado al cuadrado, por lo que explica en mayor medida el valor de un trabajador para la empresa que la empleabilidad.

Baleària es una empresa innovadora y muy bien gestionada. Permite crear empleo y obtener beneficios. Una de las claves de su éxito es la gestión de recursos humanos. Utor ha firmado un convenio para diez años con los sindicatos de sus trabajadores donde una parte del sueldo va vinculado a la productividad, que es la variable que determina el éxito y los beneficios. La clave del compromiso es que sea creíble y perdurable en el tiempo. Durante la crisis cayeron las ventas y la productividad de la empresa y los trabajadores asumieron que una parte de su salario vinculado a la productividad disminuía. Pero cuando llegó la recuperación, recobraron con creces esa caída y hoy sus salarios son mayores que en 2008.

Por lo tanto, Baleària es la empresa prototipo y el modelo de desarrollo sostenible, social y ambiental que defendemos los socialdemócratas. Está bien gestionada y es competitiva para crear empleo, y presta un servicio público como es conectar las islas Baleares entre ellas y la península, principal cadena de suministro de mercancías. Sin sus barcos no sería posible organizar la logística para que Baleares recibiera millones de turistas, principal fuente de empleo y riqueza de las islas. Esto se hace con capital privado pero

también con una buena regulación pública que garantiza el interés general de los ciudadanos.

En definitiva, una empresa innovadora y con conciencia ambiental que reduce el impacto de la actividad humana sobre el pequeño planeta Tierra. Si todos los barcos del mundo tuvieran los motores de Baleària, las emisiones se reducirían significativamente. Además, es una empresa que cuida de su capital humano. Cuando subes al barco se nota ya que, aunque los trabajadores siempre pensamos que merecemos un sueldo mayor, las personas que te atienden son eficaces y con excelencia en la calidad del servicio y el trato al cliente. Los seres humanos somos también clientes, de modo que el trato y la calidad del servicio es una de las variables que nos guían en nuestras decisiones de consumo.

## REFORMAS LABORALES

El ejemplo de Baleària nos ayuda a tener una visión real de la negociación colectiva. Los economistas siempre hablamos de la negociación de salarios y la distribución de éstos en el PIB en clave macroeconómica. Pero la macroeconomía es una abstracción; la realidad es microeconómica, y son 1,5 millones de empresas las que llevan a cabo esta negociación de salarios.

En 2012, el PP, con su reforma laboral, cambió las reglas de juego de la negociación colectiva, dando prevalencia al convenio de empresa sobre el sectorial. Desde entonces, cualquier empresa tiene el poder para descolgarse del convenio de su sector y aplicar los salarios y las condiciones que quiera siempre que lo pacte con sus trabajadores. Yo tuve la fortuna de aprender economía laboral con Luis Toharia, que fue el primer español en ir a estudiar su doctorado al MIT, una de las mejores escuelas de economía del mundo, y su



director de tesis fue Robert Solow, premio Nobel de Economía ya citado en capítulos anteriores, y el encargado de desarrollar el modelo matemático que explica la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones.

Recuerdo un día, cuando era estudiante de doctorado en el antiguo edificio de la facultad de Economía en Alcalá, un convento del siglo XVI, en el que Luis nos dio una lección magistral. Nos dijo que las reformas laborales siempre son un experimento que permite medir los efectos sobre el empleo y los salarios antes y después de la reforma, y que la experiencia nos enseñaba que esos efectos eran inesperados y en muchas ocasiones distintos a los que se buscaba como objetivo de la reforma.

Esta reflexión es clave para analizar y comprender lo que ha traído consigo la reforma laboral del PP. Cuando la aprobaron, el gobierno les dijo a los españoles que permitiría mejorar nuestra competitividad y crear empleo. En la primavera de 2012, antes del rescate, los responsables de la política económica del PP reconocían en privado que la reforma bajaría los salarios y permitiría crear empleo en 2013. Acertaron en lo primero, pero se equivocaron estrepitosamente en lo segundo. Ese año se destruyeron medio millón de empleos que había que sumar al medio millón destruido en 2012. En abril de 2013, el gobierno asumió el desastre, reconoció que la tasa de paro podía subir al 27 % y empezaron a decir que las leyes ni crean ni destruyen empleo.

La persona más crítica con la reforma laboral del PP y que mejor ha descrito sus efectos inesperados es Antonio Catalán. Su empresa es líder mundial. Nació en Corella, un pequeño pueblo navarro, y su padre era el taxista de la localidad. Al acabar sus estudios de empresariales en la universidad, decidió ponerlos en práctica. Abrió un hotel en Pamplona y creó una sociedad llamada Navarra Hoteles, hoy NH Hoteles. Con el nuevo siglo vendió su participación en NH y creó AC Hoteles. En la actualidad, AC forma

parte del grupo Marriott, líder mundial hotelero. Antonio mantiene la presidencia ejecutiva y ha creado 3.000 empleos en España y 14.000 en todo el mundo. AC abre un hotel cada semana y está presente en los cinco continentes.

Este empresario también sufrió la crisis, como todos, pero es de los pocos que reconoce sus errores y su responsabilidad, que no culpa a Zapatero, y de los que dice que en 2008 nunca imaginó una crisis tan intensa como la que hemos padecido. 2013 fue el peor año de la crisis para los hoteles urbanos, especialidad de AC. En la mayoría de sus establecimientos los ingresos habían caído un 50 % con respecto a 2008. Decidieron aplicar la flexibilidad interna que recomendamos los economistas para minimizar el impacto sobre la destrucción de empleo: los trabajadores accedieron a disminuir las horas trabajadas y a prescindir del sueldo variable para reducir sus sueldos, con lo que se evitaron cientos de despidos.

2014 y 2015 fueron años de recuperación de ingresos y de márgenes. En 2016, la empresa volvió a los beneficios y comenzó a abrir nuevos hoteles, a contratar y a subir salarios. En algunos hoteles habían optado por subcontratar a las camareras de pisos. Grandes empresas especializadas del sector se hicieron con los servicios y, aprovechando la reforma laboral, crearon convenios de empresa que bajaban los sueldos a las camareras de piso un 30 %. Catalán ha explicado que no era consciente y que fue un error no controlar las condiciones de sus trabajadores subcontratados, como hacen multinacionales en otros sectores.

Como explica Antonio, el negocio hotelero es el mismo desde tiempos inmemoriales. Los clientes quieren una buena habitación y un buen servicio. Él no teme a los robots ni tiene previsto crear empleos con ellos. Mantiene el modelo de negocio de siempre, fiel a su diseño funcional, que aprendió en Barcelona y se basa en la calidad del servicio. Por eso ha rescindido varios

contratos de camareras de piso y les ha subido el sueldo de nuevo al convenio. Los contratos que no pueden rescindirse los ha revisado y ha exigido que les suban el sueldo hasta el convenio sectorial, asumiendo AC el incremento de coste. En muchas empresas del sector hotelero se están viendo récords históricos de beneficios con crecimientos de ingresos del 15 % mientras pagan a sus trabajadores lo mismo que en los años noventa.

#### LA MANO INVISIBLE DE LA DESIGUALDAD

En 2016 y 2017, las empresas del Ibex casi doblaron sus beneficios y el total de empresas cotizadas los aumentaron el 30% y el 13%, respectivamente. Buena parte de ese crecimiento de los beneficios tiene que ver con la decisión del BCE de comprar deuda pública y también de esas empresas, y ha bajado significativamente el pago de intereses de la deuda. El rescate de 2012 provocó un fuerte aumento de la prima de riesgo y del pago de intereses de las empresas, por lo que muchas forzaron las bajadas de salarios. Ahora lo normal sería que repartieran la reducción de intereses con sus trabajadores voluntariamente y sin intervención del Estado.

Desde el PP nos dirán que eso dañaría la inversión y la creación de empleo y que Bruselas no nos dejaría. La subida de salarios tendrá un impacto infinitamente inferior a la subida del impuesto de sociedades que Rajoy exigió a las empresas en 2016 por 8.000 millones de euros para evitar la sanción de Bruselas por incumplir el déficit. En los presupuestos de 2016 nos dijeron que el déficit sería del 2,8 % y sin ese anticipo a cuenta habría estado próximo al 5,5 %. El gobierno recaudó 30.000 millones menos de lo previsto, el 3% del PIB, una desviación con la economía y los ingresos públicos creciendo. Un hecho sin precedentes no sólo en España, sino en todos los países

desarrollados. Por esa chapuza, Rajoy tuvo que volver a incumplir su promesa electoral y de nuevo nos subió los impuestos nada más llegar al gobierno. La posverdad en España ya era algo habitual antes de que Trump llegara a la Casa Blanca.

Tras el experimento de la reforma laboral del PP, en la que se le da al empresario el poder discrecional de fijar los salarios, los españoles hemos aprendido que la mano invisible del mercado es un mito. El experimento de la reforma laboral confirma el segundo teorema de la economía del bienestar que desarrollaron los economistas de la Universidad de Cambridge a finales del siglo XIX. La economía de mercado es más eficiente en la gestión de recursos escasos que la planificación económica y el comunismo, pero no garantiza una distribución equilibrada de la renta generada. Mediante un sencillo modelo de equilibrio entre dos individuos, Francis Edgeworth demostró que uno se podía quedar con prácticamente toda la renta y la riqueza y el otro con nada mientras la economía de mercado estaba en equilibrio.

Sólo cambiando la reforma laboral y aumentando el peso de los salarios en el PIB hasta niveles de 2011 —y sin necesidad de subir los impuestos— la recaudación del Estado aumentaría más de 10.000 millones y permitiría cerrar dos terceras partes del agujero del sistema público de pensiones. Pero la regulación laboral en 2007 fue con la que se formó la burbuja, y en 2008, con una fuerte destrucción de empleo, subieron los salarios hasta en el sector de la construcción. El estatuto de los trabajadores se aprobó en 1977, cuando en el mundo China apenas exportaba y no había móviles ni internet.

España necesita un nuevo marco laboral lo suficientemente flexible para que nuestras empresas creen empleos de calidad en la era de la tecnología global y lo suficientemente regulado para garantizar que los beneficios se repartan de forma equitativa con los trabajadores. Encontrar el *intermezzo* aristotélico no es sencillo. Se culpa a la socialdemocracia de no tener

soluciones para todos los problemas de los seres humanos, lo cual, no por menos cierto, es injusto, pero yo no he conocido aún a nadie que las tenga. Versionando a san Agustín: como socialdemócrata, cuando me analizo, me deprimó, pero cuando me comparo con los ultraliberales y los comunistas, me ensalzo.

## SINDICATOS Y NEGOCIACIÓN COLECTIVA

Como hijo de obreros y nieto de agricultores, siempre he estado muy próximo al mundo del trabajo. En 2012, Lito, el histórico líder del metal de la UGT, me invitó a comer. Querían potenciar la fundación AGFitel y me propusieron entrar en el consejo asesor. Su deseo era abrir la fundación y el sindicato a la sociedad y querían a socialdemócratas independientes, de fuera del sindicato, que dijeran lo que pensaban, incluso cuando fuese en contra de lo que defendía el sindicato. Es lo mismo que Sócrates les decía a sus discípulos. Acepté inmediatamente. Los sindicatos han sufrido una brutal campaña de desprestigio desde que comenzó la crisis y mucha gente de la izquierda también ha colaborado en ella. En un mundo ideal donde las empresas repartan equilibradamente sus beneficios con sus trabajadores, los sindicatos no serían necesarios. Pero ese mundo sólo existe en el País de Nunca Jamás. Desde 2012 he colaborado con ellos siempre que me lo han pedido y sin exigir nunca nada a cambio. Yo le debo todo lo que soy a la sociedad española que me pagó mis estudios en la universidad y, cuando me proponen algo que considero hace el bien, siempre estoy disponible.

He pasado muchas horas y muchos viajes por toda España con la gente de UGT y he aprendido con ellos mucho sobre negociación colectiva, una pieza clave de la economía. Lito siempre me decía que a ellos les interesaba que la

empresa fuera competitiva y diera muchos beneficios, y colaboraban con los empresarios para conseguir que las multinacionales industriales eligieran España para producir y crear empleo. Y cuando llegaban los beneficios, Lito y su equipo eran despiadados en la negociación con la empresa para defender a sus trabajadores. Sin empresarios como Antonio Catalán o Adolfo Utor y sindicalistas responsables como Lito no sería posible explicar el progreso que ha vivido España desde la muerte de Franco.

El sector del automóvil ha sido uno de los más dinámicos desde 2009 y explica buena parte del crecimiento de nuestras exportaciones. Recuerdo en noviembre de 2008 que Lito me invitó a dar una conferencia en sus jornadas de negociación colectiva. Había quebrado Lehman Brothers y compartía mesa con el presidente de IG Metal, el gran sindicato alemán. Nos contó que venía de la fábrica de Volvo de Suecia, donde los pedidos habían caído desde 2.000 coches en septiembre a 100 en tan sólo dos meses.

El 90 % de los automóviles que se producen en España se exportan. El desplome del 50 % de la producción —desde la quiebra de Lehman hasta la primavera de 2009— fue por causas externas que nada tenían que ver con el pinchazo de la burbuja inmobiliaria. Las multinacionales empezaron a recortar su producción y la cuestión era saber en qué fábrica y en qué país. Lito tenía hilo directo con el presidente Zapatero y fue el principal interlocutor del sector con el gobierno de España. Aquella gestión evitó el cierre de varias fábricas. Como siempre me decía Lito, hay que evitar el cierre de las fábricas como sea, porque cuando lo hacen, la mayoría nunca vuelven a abrir y el empleo se pierde de por vida.

La innovación y la política tecnológica eran otras de las obsesiones de Lito. Consciente de cómo funciona el mundo de las empresas y las multinacionales, quería que nuestros trabajadores cada vez construyeran bienes de mayor valor añadido para ser menos vulnerables a la competencia internacional. En

aquellas negociaciones en 2009 entró en juego el coche eléctrico. España fue el primer país del mundo en aprobar el matrimonio homosexual y también el primer país en tomar medidas para favorecer el coche eléctrico. Estas medidas formaban parte de una estrategia de política industrial y tecnológica para que en nuestras fábricas se construyeran coches eléctricos, con ingeniería y tecnología diseñada y desarrollada en España. La estrategia era similar a la de la energía eólica en los años ochenta. Los primeros molinos instalados en Tarifa eran muy ineficientes y la tecnología, cara. Hoy España, gracias a una política industrial y tecnológica acertada, es líder mundial en energía eólica y nuestros ingenieros y empresas instalan y gestionan parques en Estados Unidos, China, Brasil o el Reino Unido. Lamentablemente, desde 2012 el PP interrumpió los planes para desarrollar el coche eléctrico, recortó brutalmente las ayudas a la I+D+i y hoy los coches que se compran en España son importados, con tecnología y empleos creados en otros países.

Pero como me enseñaba Lito, la negociación colectiva en el sector del automóvil no era extensible al resto. Está formado por empresas grandes, con mucha tradición y cultura de negociación y tienen sindicalistas liberados muy profesionales con gran experiencia en la negociación de salarios y condiciones de trabajo. El problema, según el sindicalista, estaba en las pymes, especialmente en las de menos de diez trabajadores. En España los sindicatos siguen siendo las instituciones más participativas: la UGT tiene casi un millón de afiliados que pagan su cuota religiosamente cada mes. Negocian convenios nacionales y sectoriales que benefician a millones de trabajadores, aunque la mayoría no están afiliados.

Es lo que los economistas llamamos el «problema del viajero gratuito», que junto a los oligopolios y las externalidades, impiden el equilibrio en la economía de mercado y justifican una intervención pública con una buena regulación. Las empresas gastan millones de euros en abogados internos y

externos que asesoran en esas negociaciones. Los sindicatos no disponen de tantos recursos y tienen una aportación en los Presupuestos Generales del Estado. El populismo y la antipolítica que han surgido durante la crisis han ayudado a la campaña de desprestigio de los sindicatos y han debilitado a los trabajadores en la negociación de salarios. Por otra parte, también es necesario que los sindicatos se adapten a las nuevas ocupaciones del siglo XXI.

La nueva regulación laboral debe buscar que, antes de hacer efectivo el despido de un trabajador, se agoten todas las posibilidades de flexibilidad interna dentro de la empresa. Que los salarios se vinculen a la productividad, aunque el objetivo del 2 % de estabilidad de precios definido por el BCE debe seguir siendo un referente en la negociación de salarios. De hecho, el IPC lo creó a principios del siglo XX el economista Irving Fisher para resolver un conflicto laboral en Estados Unidos, y así comenzó la negociación colectiva como hoy la conocemos. La regulación laboral debe permitir que las empresas decidan elegir España para crear empleos de calidad en la era de la tecnología global. Y debe permitir, asimismo, que empresas con problemas, cuyas ventas van peor que las de su sector, puedan pactar medidas de flexibilidad interna con sus trabajadores para conseguir que vuelvan los beneficios que permitan aumentar la inversión, las ventas y el empleo.

La nueva regulación no será perfecta y esférica como la luna aristotélica. Tendrá cráteres como la luna de Galileo, pero es fácil mejorar la que aprobó el PP en 2012. El objetivo es que la economía española siga creando empleo, mejorando la renta y los salarios y reduciendo la desigualdad como ha hecho desde que se aprobó la Constitución en 1978.

ESPAÑA: TECNOLOGÍA Y SERVICIO. OPORTUNIDAD PARA CREAR EMPLEO



La española es una de las economías más competitivas en el sector servicios. No sólo en turismo, pues en servicios no turísticos hemos doblado nuestra cuota internacional y continuamos aumentándola desde 2008. En el sector servicios, el *stock* de capital y la maquinaria no son tan determinantes. La clave es la calidad, la imagen de marca, el servicio al cliente, el diseño. Estados Unidos, con un nivel de llegada de turistas similar al de España, ingresa el triple de dólares que nosotros. Eso les permite generar más empleos con mejores salarios. Internet y el desarrollo de negocios digitales suponen riesgos, pero también oportunidades. Todas las empresas españolas deberían analizar el impacto de las ventas por internet en su negocio y tener una estrategia para adaptarse a los nuevos tiempos.

La mayoría de los nuevos empleos en el mundo se van a generar en el sector servicios. La tecnología y el aumento de la productividad reducirán las horas trabajadas y subirán los salarios mundiales, lo cual incrementará exponencialmente la demanda de ocio. La tecnología y los avances en salud pública permiten alargar la esperanza de vida. Ambos efectos harán que la demanda de servicios sea mayor.

Se estima que en los próximos quince años se crearán en el mundo mil millones de nuevos consumidores de clase media. En su mayoría serán asiáticos que tienen fantásticas playas. Son turistas que provienen de culturas milenarias y les encanta visitar otras culturas milenarias. Para España es una gran oportunidad de potenciar el turismo cultural, que permitirá crear empleos con mejores salarios en zonas del interior, desarrollando nuestras localidades rurales. También hay mucho potencial de crecimiento en turismo deportivo o del paisaje.

Otros servicios cuentan asimismo con mucho margen para innovar. En estos sectores el tamaño no es tan determinante y la clave es crear empleo de calidad con innovación y aprovechar las ventajas que ofrece la revolución

digital. Estas empresas innovadoras también deberían ser el objetivo prioritario del plan que he comentado sobre el ICO. Todas las empresas españolas deberían analizar el impacto que la digitalización de la economía tendrá sobre sus negocios e innovar para aprovechar las oportunidades y minimizar los riesgos. Para reducir la tasa de paro y mejorar los salarios, nuestras empresas tienen que desarrollar más proyectos de inversión rentables en la era de la tecnología global, y eso se puede (y debe) producir en todos los sectores de la economía.

Somos líderes mundiales en ingeniería, y también somos muy competitivos en la gestión de datos, el oro negro del siglo XXI. La Universidad de Granada tiene prestigio en informática y gestión de datos. Axesor es una empresa que nació de la universidad con el apoyo de la Junta de Andalucía. Empezó aplicando la gestión de datos al registro mercantil para ayudar a las empresas a gestionar sus riesgos de crédito comercial, una de las principales vulnerabilidades de las pymes españolas. Luego creó una agencia de *rating* española. Gracias a sus *ratings* muchas pymes se han podido financiar en el Mercado Alternativo de Renta Fija. En 2016 inició su expansión internacional en América Latina.

El sector servicios será, por tanto, el que más empleos cree en la próxima década en el mundo, y España es muy competitiva en él. La clave es conseguir vender los servicios a precios más altos, con más calidad, y crear empleo al mismo nivel con mejores salarios.

## EL CAMBIO CLIMÁTICO: RETO Y OPORTUNIDAD

El cambio climático es el principal reto que tiene que afrontar la humanidad. Desde Atapuerca, los humanos siempre hemos resuelto los retos con nuevas

tecnologías. La regulación para reducir emisiones tiene que ser global, pero cada país debe tener su propio plan para adaptarse al cambio climático. El agua será uno de los grandes problemas globales en el siglo XXI según el World Economic Forum. España es un país sometido a estrés hídrico, que representará uno de los principales riesgos de desarrollo económico y creación de empleo. Por eso debe tener en perspectiva una política del agua.

Con más de un 20 % de paro es lógico que el empleo y la desigualdad centren el debate público en España. La mayor parte de este capítulo ha girado en torno a la solución de esos problemas. Sin embargo, el resto de ellos no deben ser olvidados.

En 2015, unos compañeros del departamento de economía de Alcalá decidimos organizar un Foro de Economía del Agua. Por el Foro han pasado varios premios Nobel de Economía y expertos en agua y se ha convertido en poco tiempo en un referente. Desde 2007, la inversión en infraestructuras de nuestra red del ciclo integral urbano del agua se ha reducido un 90 % y es urgente reactivarla. España lidera la tecnología en gestión de agua. Debido a la administración masiva de datos y nuevos materiales, nos permitimos un uso más eficiente de este bien escaso. A su vez, el debate sobre el agua ha derivado en una discusión entre lo público y lo privado, igual que sucedió en América Latina: en las crisis se pasaba del Consenso de Washington, que defendía la primacía de lo privado, al populismo de defender la preponderancia de lo público.

El debate es estéril y carece de racionalidad. El agua en España es de titularidad pública y eso no está en cuestión. Los municipios pueden optar por gestionar directamente el servicio, hacer una concesión a una empresa privada o a una empresa mixta entre el ayuntamiento y el sector privado, que es el modelo mayoritario. La Cuba de Castro gestiona el agua de La Habana y Varadero con una filial de Aguas de Barcelona, con el mismo modelo mixto

que gestiona el agua del área metropolitana de la propia Ciudad Condal. Un modelo exitoso con un siglo de vida. Hay ejemplos de empresas públicas de agua bien gestionadas y también mal gestionadas, y lo mismo sucede con empresas privadas.

En Barcelona, sin embargo, Ada Colau pretende acabar con el modelo exitoso que ha permitido que muchos ingenieros catalanes resuelvan problemas de agua por los cinco continentes, y quiere adelantar por la izquierda al líder cubano, que a su vez se adelantó a los ODS de Naciones Unidas. La ONU estima que para hacer frente a los retos del cambio climático, especialmente en materia de agua, serán necesarias cuantiosas inversiones que, si no se acometen, acabarán afectando al empleo y la calidad de vida de los países. Y para financiar esas inversiones recomienda la participación público-privada que Fidel Castro usó en la isla para hacer llegar agua a los cubanos de La Habana.

Colau quiere nacionalizar el agua más por mantener el poder que por convicción. Su equipo de gobierno ha reconocido que renacionalizar le costaría a la ciudad 600 millones de euros ya que buena parte de las infraestructuras fueron realizadas por la empresa de agua y la ley y el contrato exigen pagarlas. La alcaldesa prometió acabar con los desahucios en Barcelona y facilitar el acceso a la vivienda, especialmente de los jóvenes. Pero la realidad es que los desahucios han aumentado y los precios de la vivienda han subido con fuerza, especialmente los alquileres. En 2018, el presupuesto para promoción de vivienda pública de Colau fue de 30 millones de euros. Si respetase a sus votantes, la pregunta participativa sería: ¿prefieres renacionalizar el agua o multiplicar por 30 veces el presupuesto para vivienda en alquiler, o aumentar el presupuesto en cultura o en limpieza de las calles, etcétera? Sin embargo, la demagogia la lleva a criminalizar lo privado (en el caso de Barcelona, la empresa es mixta con participación pública). Por el

contrario, en Madrid, Manuela Carmena con buen criterio ha preferido usar los recursos escasos en mejorar otras partidas que sufrieron duros recortes que en renacionalizar todo de nuevo.

Los ayuntamientos que tienen sus empresas de agua públicas y bien gestionadas, como por ejemplo Emasesa en Sevilla, sufren también problemas de cara a aumentar su inversión para hacer frente al cambio climático y que el agua no sea una limitación para el crecimiento de la ciudad y el empleo. ¿Te imaginas que en pleno verano sevillano, después de un paseo caluroso, los turistas llegasen al hotel y cuando abriesen la ducha hubieran cortado el suministro? Ése es un riesgo real que provocará el cambio climático.

Semejante riesgo se resuelve con tecnología, con renovación de la red para reducir las fugas de agua, con buena regulación y con un uso más eficiente del recurso escaso. Los ayuntamientos españoles padecen el suplicio de la regla de gasto que les impuso Rajoy en 2013 en la Ley de Estabilidad Presupuestaria, de la que se quejan hasta los alcaldes del PP. El problema no es la regla sino su diseño. La regla entró en vigor en lo peor de la crisis cuando la inversión de los ayuntamientos en agua se había recortado más de la mitad desde 2010 y había retrocedido hasta niveles desconocidos en la contabilidad nacional. Y encima de estar en el fondo, el gobierno limitó el crecimiento del gasto por debajo del 2 % de objetivo de estabilidad de precios del BCE. Por lo tanto, cuando la economía comenzó a crecer, y con ella los ingresos públicos, los ayuntamientos no podían gastarlos en nuevas inversiones. Algunas de ellas sí están permitidas por ley, pero como hay otra limitación para contratar empleados públicos no se pueden acometer desde las empresas públicas. Si alguien te pide una comparación entre Trump y Rajoy al formar parte de partidos conservadores, podemos encontrar muchas similitudes. Pero lo que resulta más sorprendente es que Rajoy, Trump y Colau coincidan en incumplir los ODS de Naciones Unidas. Y debo reconocer que

nunca pensé que Fidel Castro, comunista convencido, sería más pragmático para solucionar la gestión de un recurso vital y escaso como el agua que la alcaldesa de Barcelona.

Lo determinante para afrontar el reto del agua no es si la gestión es pública o privada. La clave es una regulación y una concesión óptimas que permitan que los ciudadanos tengamos garantizado el suministro de agua con buena calidad y a buen precio. El plan de inversión europeo debería incluir la economía circular. España debería priorizar el uso de los fondos en el ciclo integral de agua. Es necesario invertir en la red actual para modernizarla e incorporar las nuevas tecnologías que nos permitan gestionar este bien tanpreciado con mayor eficacia. España es el país más avanzado de la Unión Europea en reciclaje y reutilización de agua, pero queda mucho por hacer, así que ésta debe ser la prioridad.

Recibimos 75 millones de turistas, la mayor parte en la costa, que es la zona más sometida a estrés hídrico (el verano es la época con menos pluviosidad y con más escasez de agua). La inversión durante los gobiernos de Zapatero en desaladoras limita el riesgo de falta de suministro. La desaladora de Torrevieja tiene más capacidad que toda el agua que llega por el trasvase del Tajo-Segura. La inversión tiene dos objetivos: el primero, adaptarnos al cambio climático; el segundo, visión de política industrial y tecnológica. La industria del agua en España da empleo a 45.000 trabajadores con salarios por encima de la media, cuyas empresas son líderes mundiales, con tecnología e ingeniería cien por cien nacional. El agua es un sector donde España puede crear empleos de calidad en la era de la tecnología global.

Otra oportunidad del cambio climático para nuestro país es la energía renovable, especialmente la fotovoltaica. La tecnología de la energía solar ha avanzado tanto que en 2017 era rentable instalar plantas sin necesidad de subvención. España dispone del doble de horas de sol al año que nuestros

socios en el centro y norte de Europa. El sol es el petróleo del siglo XXI, y con una buena regulación y algo de vida inteligente en el gobierno deberíamos ser una potencia exportadora de energía. Los españoles contribuiríamos a dejar a las futuras generaciones un pequeño planeta Tierra más habitable y nos ahorraríamos buena parte de los 40.000 millones (4 % del PIB) que importamos de petróleo y gas cada año. Además, crearíamos empleos de calidad con buenos salarios. Puertollano es uno de nuestros principales polos industriales y cerca hay varias ciudades que suman 300.000 habitantes. Varias empresas que producían y montaban plantas fotovoltaicas se localizaron allí y crearon miles de empleos. Cuando Rajoy llegó al gobierno, culpó de todos los problemas del sector eléctrico a la fotovoltaica, aplicó fuertes recortes y puso trabas regulatorias para su desarrollo. Los inversores afectados apelaron a los tribunales de arbitraje del Banco Mundial y la España de Rajoy tiene más demandas internacionales por inseguridad jurídica en las inversiones extranjeras que la Venezuela de Maduro.

El coste de producir un megavatio con placas fotovoltaicas ha caído a la mitad desde 2012 y seguirá descendiendo en el futuro. Con Rajoy, Puertollano ha perdido cinco años, mientras que otros países han ido más rápido y nos llevan ventaja. Por fortuna, ahora la tecnología solar es competitiva, y Rajoy, haciendo lo que mejor sabe hacer (o sea, nada), no es un obstáculo para su desarrollo.

Como ejemplo tenemos a Ferrosolar, que ha abierto una nueva fábrica en Puertollano y ha creado cientos de empleos. El problema es que parte de la tecnología sigue siendo importada y, como sucede en el sector del automóvil, la mayor parte del valor y los mejores empleos no estarán en Puertollano. La clave es priorizar el I+D+i y que empresa, ayuntamiento de Puertollano, Junta de Castilla-La Mancha, universidad y centro de formación profesional y el gobierno de España colaboren para conseguir que la tecnología sea española.

Si lo logran, además de resolver un problema energético en España y disminuir los efectos del cambio climático, conseguiremos crear una industria y multinacionales que exporten esa tecnología por el mundo. Ésa es la cuadratura del círculo para crear empleos de calidad en la era de la tecnología global. Es lo que han conseguido nuestras empresas de agua y es lo que necesitamos que logren las de energía solar.

### TRES POLÍTICOS CLAVES PARA EL FUTURO: EDUCACIÓN, EDUCACIÓN Y EDUCACIÓN

España ha mejorado mucho en educación, pero aún hay margen para hacerlo mejor. Cuando Franco murió, muchos españoles vivían como en la novela de Delibes *Los santos inocentes*. En Andalucía la situación era dramática hacia 1975, ya que uno de cada dos andaluces no estaba escolarizado, y uno de cada cuatro era analfabeto. Políticas socialdemócratas —desde el gobierno de la nación y desde el gobierno autonómico— han permitido erradicar el analfabetismo.

Hoy España tiene el mismo porcentaje de población con estudios universitarios que nuestros socios europeos. Y hemos avanzado mucho más en educación temprana. Los estudios confirman que aumenta la probabilidad de éxito de los alumnos para tener vidas estables. Uno de cada tres niños españoles (menores de dos años) está escolarizado, algo que sólo sucede en el 4 % de los niños de la Unión Europea. El 96 % de los niños españoles con tres y cuatro años están escolarizados, mientras que en la Unión Europea sólo suponen el 20 %.

Nuestro gran déficit —y reto pendiente— es la formación profesional: tan sólo el 9 % en España, muy lejos del 55 % de Alemania o los países nórdicos. La formación profesional es un canal muy eficaz de acceso al mercado de



trabajo y potenciarla reduciría la tasa de paro juvenil, que sigue siendo alta, lo que es una inmoralidad. Hay que conseguir que la formación sea más práctica y vincularla a las empresas, como hacían las antiguas universidades laborales. En España hay unos 150.000 jóvenes que demandan prácticas en empresas cada año, y hay 1,5 millones de empresas. El problema es que hay muy poca cultura de formación a sus trabajadores en las empresas, y el nuevo contrato de prácticas que aprobó el PP eliminó la obligatoriedad de formación de los jóvenes.

Cuando este economista observador dirigía el servicio de estudios de Intermoney tenía un equipo fijo de tres economistas y siempre contábamos con un estudiante en prácticas. Por política de empresa, todos tenían un sueldo de 800 euros mensuales si estaban a jornada completa. Los jóvenes economistas se integraban como uno más en el equipo y se formaban en la práctica colaborando en el día a día. En menos de dos meses ya eran del equipo. Formamos a más de veinte jóvenes y la mayoría encontraron buenos empleos con buenos salarios en nuestro servicio de estudios, en otros departamentos de nuestra empresa o en otras empresas del sector. Hay que recuperar la condicionalidad de formación para contratar en prácticas y priorizar a las empresas que contratan estudiantes remunerados y los forman; asimismo, éstas deben tener un reconocimiento público por colaborar a reducir el desempleo juvenil y tener preferencia en la contratación de las administraciones públicas.

El fracaso escolar es otro reto que es preciso afrontar. Esta rémora ayuda a explicar que el 40 % de la población en edad de trabajar en España no haya terminado los estudios de secundaria. A principios de los años noventa el porcentaje era del 75 %, por lo tanto de nuevo debemos reconocer el éxito de la política educativa que ha aumentado significativamente el capital humano y ha sido clave para explicar los incrementos de productividad y renta por habitante en España. Aun así, sigue siendo una cifra muy elevada, por lo que

debe continuar el esfuerzo. Además, se trata de las personas que en muchos casos realizan tareas previsibles y programables y las más sensibles a la revolución tecnológica.

Para esta tarea es necesaria la colaboración del Estado, de las empresas y la sociedad civil. Son personas que en la mayoría de los casos llevan muchos años fuera del ciclo de formación continua. Difícilmente se pueden adaptar a la oferta formativa de nuestros institutos y universidades. Por lo tanto, para tener éxito es necesario un plan nacional que necesita de la colaboración de las comunidades autónomas que tienen delegada la gestión de la educación. La prioridad son los parados de larga duración que precisan de políticas activas de empleo y orientación para mejorar su empleabilidad, así como de la formación y la mejora de sus habilidades, factores clave para que regresen al mercado de trabajo. Las empresas son de las que menos gastan en formación de sus trabajadores en porcentaje del PIB según la OCDE. Las universidades e institutos de formación profesional deben flexibilizar sus programas y planes de estudios para que este colectivo de millones de españoles entre en la cultura de la formación continua. Esto ya se hace en la Universidad de Alcalá, y los resultados son positivos y esperanzadores.

En el mundo de la globalización el inglés es el idioma comercial, el segundo es el chino y el tercero, el castellano. Prácticamente el cien por cien de los alumnos de secundaria españoles estudian inglés, pero son una minoría los que estudian chino como segundo idioma. Con el Estado de las Autonomías, muchas comunidades autónomas han podido estudiar en su propio idioma, algo que con el franquismo no era posible, y con ello se han enriquecido su conocimiento y su cultura. Esto debe ser compatible y complementario con una buena formación en castellano, en inglés y, si es posible, también en chino, para que en el futuro los estudiantes sean más atractivos desde el punto de vista laboral.

En la nueva revolución tecnológica es necesario que los niños también se formen en el idioma de las máquinas. Los lenguajes de programación son binarios y es necesario reforzar el estudio de lógica y filosofía para enseñar a los niños a pensar, algo que, según Raúl Rojas, las máquinas y los robots no podrán hacer hasta dentro de muchas décadas. Lamentablemente, la última reforma educativa del PP redujo el número de horas de filosofía en los programas de estudio.

Incluso teniendo éxito en estos planes, la crisis ha dejado duras cicatrices, especialmente en los mayores de cincuenta años. Ya era complicado encontrar empleo con esa edad antes de la crisis. Por mis apariciones en televisión he podido conocer a mucha gente en esa situación y por eso estoy especialmente sensibilizado con sus circunstancias. Son personas que se sienten fracasadas, muchas han tenido problemas con la bebida, en el núcleo familiar, y un buen número han acabado en la calle. Su deseo es tener un trabajo, y la prioridad debe ser ejecutar políticas activas de empleo para que lo consigan. Pero si fallan, deben tener una red de último recurso con una renta mínima que les garantice la alimentación, la vivienda y los servicios básicos necesarios para vivir. Los socialdemócratas, cuando alguien se cae —ya sea por la crisis, el pinchazo de la burbuja inmobiliaria, la globalización o la revolución tecnológica—, le ayudamos a levantarse. Y si no puede, nos tumbamos a su lado.

España ha superado todas sus encrucijadas de los últimos cuarenta años y estoy convencido de que resolveremos la elevada tasa de paro actual y los bajos salarios. «No hay viento favorable para el marino que no sabe adónde se dirige», dijo Séneca, y nuestro modelo actual de abaratar costes no conduce a ningún destino interesante. Nuestro reto es hacerlo mejor, diferente y a buen precio, como hemos explicado en este capítulo.

## EPÍLOGO

### España y un mundo mejor y posible

Debemos cumplir nuestros sueños  
imposibles.

SEBASTIÁN ÁLVARO

Querido lector, el viaje que te propuse al comenzar este libro llega a su fin y es el momento de las conclusiones. El objetivo ha sido concretar una actualización de mi libro *Hay vida después de la crisis*. Éste se escribió en 2012 tras el primer rescate internacional de la economía española desde 1957, y se publicó en la primavera de 2013, en el suelo de la destrucción de empleo y el momento más duro de la crisis. El libro, además de un análisis de las causas de la peor crisis mundial, europea y española desde la Gran Depresión, incluía un plan alternativo de política económica para Europa y para España.

Parte del plan propuesto se ha cumplido y los datos demuestran que ha funcionado. El libro proponía que el BCE comprase deuda, como lo habían hecho la Reserva Federal, el Banco de Inglaterra y el Banco de Japón. El propósito fue reducir las primas de riesgo para que las empresas españolas dispusieran otra vez de crédito a tipos razonables, para volver a invertir y crear empleo. Como expliqué, la compra de deuda aumentaría la cantidad de euros en circulación, depreciaría el tipo de cambio y abarataría los salarios en

dólares de los trabajadores españoles. Eso permitiría aumentar las exportaciones sin necesidad de bajar los salarios.

La reducción de tipos de interés ha sido determinante para explicar la recuperación del empleo en España y en toda Europa desde 2014. La depreciación del euro ha ayudado a que las exportaciones españolas crecieran sistemáticamente más que el comercio internacional desde 2014. Lamentablemente, el comercio mundial se ha frenado en seco desde 2013 y eso ha reducido el crecimiento de las exportaciones europeas y también de las españolas.

En mi primer libro pedía acabar con la austeridad en España y Europa. Por fin sucedió en 2014. Tras las elecciones europeas, el Partido Popular perdió la mayoría en el Parlamento Europeo que había tenido en los quince años anteriores. La nueva Comisión Europea incorporó al socialdemócrata francés Pierre Moscovici como comisario de Economía, quien hizo una interpretación legal y más flexible de las normas y los tratados, con el fin de priorizar la recuperación y la creación de empleo.

España tuvo dos años más para cumplir el compromiso de reducir el déficit al 3 % del PIB y eso permitió acabar con los recortes. El empleo público, junto con más sanidad y educación, ha aumentado en 166.000 personas desde 2014. El problema, al igual que en el resto de los sectores, es la precariedad y los salarios de esos nuevos contratados. No obstante, la tasa de paro europea y española sigue siendo muy elevada y muy superior a la estadounidense. Por eso este economista observador recomendaba un plan de inversión pública europeo financiado con bonos europeos. Por desgracia, ese plan sigue sin aprobarse y por eso he vuelto a incluirlo en este libro como una prioridad.

En clave global, con Obama en la Casa Blanca, el mundo transitaba a instituciones multiculturales y multipolares adaptadas a la nueva realidad. Se aprobó una regulación más estricta de los mercados financieros. Se ha avanzado en la transparencia y el intercambio de información con los antiguos paraísos fiscales. Y las cumbres contra el cambio climático se han realizado cada año y cada vez con mayores compromisos por parte de aquellos que se quedaron fuera de los Acuerdos de Kioto, especialmente China y Estados Unidos, los dos países que más emisiones contaminantes generan. Hoy, con Trump en la Casa Blanca, he considerado necesario reforzar la agenda global y europea en este nuevo libro. El mundo necesita que Europa recupere relevancia y peso en el tablero mundial para contrarrestar el modelo populista y proteccionista del presidente norteamericano. Un socialdemócrata europeo es el nuevo secretario general de Naciones Unidas y este libro propone un plan de España en Europa y de Europa en el mundo.

Los españoles siempre hemos mirado a Europa como un referente y eso ha sido fundamental para nuestro desarrollo en libertades, derechos civiles, sociales, empleo y nivel de vida. La crisis económica ha dejado en evidencia que Europa necesita seguir avanzando en el proyecto y adaptar sus instituciones a este nuevo mundo. El nuestro es el cuarto país por población y peso económico de la Unión. El proceso necesitará liderazgo, y Francia y Alemania siguen siendo determinantes. Pero España e Italia deben tener más relevancia en el proceso de construcción europea. Lamentablemente, el rescate de 2012 fue un duro golpe a nuestra *auctoritas* en Bruselas y Rajoy ha dejado claro, tras cinco años en la Moncloa, que no tiene un plan ni para España, ni para Europa, ni para el mundo.

En mi libro de 2013 había propuestas para aumentar la presión fiscal en una situación de rescate y para evitar recortes en el Estado de bienestar. Rajoy ha

superado todas las expectativas, confirmando que subir impuestos es de derechas. Los ha subido todos, especialmente el IVA, y ha creado otros nuevos, como el de las bebidas azucaradas, que fue derogado a principios de los años noventa. En innovación, educación y adaptación de nuestra economía —para los cambios que se están produciendo en el mundo— Rajoy ha hecho lo que mejor sabe hacer: o sea, nada. El problema es que vivimos en un mundo global y el resto de los países sí han avanzado. En un mundo así, el coste de quedarte quieto seis años sale carísimo. El coche eléctrico que comentamos en el capítulo anterior es un buen ejemplo. Rajoy paró todos los planes de Zapatero y no ha hecho nada desde 2011. Tesla y las empresas californianas lideran hoy esa tecnología que va a generar millones de empleos de calidad con unos buenos salarios. Aún estamos a tiempo de subirnos a ese tren, pero hemos perdido seis años preciosos para liderarlo.

En mi libro de 2013 propuse muchas medidas para reducir la desigualdad. El rescate, la destrucción de empleo posterior, la reforma laboral y la deflación salarial han incidido significativamente en la desigualdad y la exclusión social en España.

Estados Unidos tardó tres años en recuperar el PIB de 2008 antes de la crisis; Reino Unido, cuatro años, y España no lo recuperó hasta 2017, nueve años después. La pésima gestión de la crisis griega y la desastrosa gestión de 2012 —que acabó en el rescate financiero español— han agudizado la crisis y la han prolongado, aumentando exponencialmente el sufrimiento y la infelicidad de buena parte de la sociedad española. En 2011, el 80 % de los parados cobraban la prestación por desempleo; en 2018, más de la mitad no cobraban ninguna prestación y están en riesgo de exclusión severa. El PP no sólo no ha hecho nada por ellos, sino que además ha mostrado una gran insensibilidad al criticar a las ONG que denunciaban la situación, acusándolas de generar alarma social.

## AGRADECIDA, AUN EN LOS PEORES MOMENTOS

La economía española ha vuelto a demostrar que es muy agradecida y desde 2015 ha experimentado un crecimiento del empleo mayor que el de nuestros socios europeos y el promedio de países desarrollados. La clave es mantener esa creación y conseguir que sean empleos de calidad, con salarios dignos que permitan aumentar los ingresos de la Seguridad Social y pagar pensiones dignas. Éste es el objetivo de la socialdemocracia. Con la reforma de las pensiones el PP las desvinculó del IPC, y con su fórmula están casi congeladas. Zapatero subió un 30 % las pensiones desde 2004 hasta 2011; Rajoy sólo las ha subido el 1,5 % desde entonces. Más dramático es el caso de las pensiones mínimas, que Zapatero subió un 50 % y Rajoy el 1,5%, como el resto.

Hay 7 millones de pensionistas; de éstos, 5 millones cobran menos de 1.000 euros al mes, y de estos últimos, 3 millones cobran 600 euros o menos. Esos 3 millones de personas principalmente consumen energía y alimentos, y desde 2011 el precio de su cesta de la compra ha subido más del 10 %. Por lo tanto, tras la reforma del PP, los pensionistas españoles sufren lo que los economistas llamamos «ilusión monetaria». Tendrán el mismo dinero en el banco, pero cuando vayan a las tiendas, si la inflación está próxima al 2 % que es el objetivo de estabilidad de precios, comprarán un 2 % menos de alimentos, de ropa, etcétera. En el caso de las pensiones mínimas, la mayor parte de su cesta de la compra consiste en luz, gas y alimentos, que han subido un 11 % desde 2012 hasta 2017, mientras que su pensión ha subido tan sólo un 1,5 % durante el mismo período. Con el modelo «yo te lo hago más barato» del PP, cada cinco años nuestros pensionistas serán un 10 % más pobres.



SI QUIERES IR LEJOS...

Por esta razón, propongo un plan para cambiar el modelo al «yo te lo hago mejor, diferente y a buen precio». He escrito el libro para demostrar que otra España, otra Europa y otro mundo son posibles, y que con un buen plan de política económica serán una España, una Europa y un mundo mejores. Y además lo he escrito en positivo, con la convicción de que la sociedad española tiene la capacidad de volver a superar los retos que se le presentan. En el libro de *Hay vida después de la crisis* citaba a Heródoto, quien nos enseña que nuestro estado de ánimo es nuestro destino. Es necesario que la sociedad española recupere la ilusión y la autoconfianza.

Con cambios tan profundos es necesario generar ilusión y, al mismo tiempo, calmar esos miedos. La globalización y la revolución tecnológica han cambiado el mundo; existen riesgos y hay ciudadanos perjudicados por ellos. Sin embargo, la mayoría de la sociedad española se ha beneficiado de esos cambios desde 1980: hemos creado 6 millones de empleos, hemos cuadruplicado la renta por habitante y triplicado el gasto social por habitante.

La clave es que cada vez España tenga más empresarios innovadores capaces de generar empleos de calidad en la era de la tecnología global. El Estado es el propietario de las mejores universidades en el país y es fundamental la colaboración público-privada en el desarrollo de más innovación. Asimismo, es clave adaptar la política social a las nuevas realidades de desigualdad y pobreza. Al igual que hicimos en los años ochenta en la reconversión industrial de sectores maduros, ahora la sociedad española debe ser solidaria con los trabajadores y sus familias que están siendo perjudicados por los efectos de la globalización y la revolución tecnológica.

Negar esta realidad y este descontento y no hacer nada crea el caldo de cultivo para los ismos: populismo, comunismo, fascismo, etcétera.

Espero que este libro contribuya a aumentar el nivel del debate público con propuestas del siglo XXI, para volver a tener un gobierno socialdemócrata en España y en Europa que siga transformando la sociedad y mejorando el nivel de vida de los españoles y los europeos, especialmente de los más perjudicados por esta maldita crisis.

Como dice el proverbio: si quieres ir rápido, ve solo; si quieres ir lejos, vayamos juntos.

Ánimo, volveremos a cumplir nuestros sueños imposibles.

**¿Es verdad que ha terminado la crisis? ¿Qué secuelas ha dejado en el país? ¿Inflaremos otra burbuja como la del ladrillo? ¿Está España condenada a vivir del turismo? ¿Qué consecuencias tendrá el Brexit para los ciudadanos europeos? ¿Qué efectos está provocando la presidencia de Donald Trump en el orden económico mundial? ¿Qué camino le queda al estado del bienestar?**



En junio de 2012 España fue rescatada por nuestros socios europeos y el Fondo Monetario Internacional. Nos encontrábamos en uno de los momentos económicos más convulsos de los últimos cuarenta años y la situación fue adquiriendo tintes sombríos en los meses posteriores, en los que alcanzamos la cifra de 6 millones de desempleados y un 27% de tasa de paro.

Alarmado por la gravedad de la situación, en mayo de 2013 publiqué mi primer libro, *Hay vida después de la crisis*, con el propósito de contribuir al debate y explicar las causas de esta maldita crisis que tan grandes cicatrices ha dejado: ha elevado el paro de larga duración hasta el punto que, en muchos casos, se ha convertido en pobreza; ofrece trabajos precarios y escasos a nuestros jóvenes mientras la cesta de la compra y las facturas de bienes básicos, como la electricidad, se han disparado.

Vivimos un momento crítico en el que, de nuevo, veo con preocupación el futuro y discrepo del mensaje oficialista. Por esta razón, me parece necesario regresar a las propuestas que nos lleven a recuperar la dignidad de este país y

de sus ciudadanos. No resulta sencillo sostener que hay vida después de la crisis, pero estoy seguro de que construir la España del bienestar es posible.

Recorramos juntos el camino de la indignación a la esperanza.

**José Carlos Díez** es uno de los economistas más influyentes del momento. Es economista jefe de Intermoney, el bróker financiero más antiguo de España y líder en nuestro país en intermediación de deuda pública. Según un estudio reciente de ESADE, Intermoney lidera el ranking de acierto en las previsiones del panel de Funcas desde 2005. Además, compagina su vida profesional con la vida académica. Ha sido profesor de Fundamentos del análisis económico de la Universidad de Alcalá de Henares y colaborador del IE Business School. En la actualidad imparte clases de Macroeconomía Internacional en ICADE. En septiembre de 2008, coincidiendo con la quiebra de Lehman Brothers, empezó a escribir un blog, El economista observador, desde el que ha explicado con claridad y rigor los fundamentos de la «Gran Recesión» hasta convertirse en referencia indispensable para todo aquel interesado en comprenderla. Asesora a casi todos los medios de este país: es contertulio de *La Brújula de la Economía* en Onda Cero y *Al rojo vivo* en La Sexta, y colabora habitualmente en medios de comunicación nacionales e internacionales como *The Economist*, *Financial Times*, *Bloomberg*, *Reuters*, *CNBC*, *El País*, *El Mundo*, *Cinco Días* o *Expansión*.

@josecdiez

[http://blogs.cinco dias.com/el\\_economista\\_observador/](http://blogs.cinco dias.com/el_economista_observador/)

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, José Carlos Díez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01961-6

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

De la indignación a la esperanza

Prefacio

1. La desigualdad: el gran reto del siglo XXI
2. En busca de un nuevo paradigma global
3. Pobreza versus desigualdad
4. España, un caso de éxito
5. Crónica de una crisis anunciada
6. Made in Spain
7. Democratizar la globalización
8. Empleo de calidad en España en la era de la tecnología global

Epílogo. España y un mundo mejor y posible

Sobre este libro

Sobre José Carlos Díez

Créditos